



Cuentos de la Dragonlance · Volumen 4

# El reino de Istar

Edición de Margaret Weis y Tracy Hickman



# LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

El mundo de Krynn es fuente de inagotables sorpresas, basten dos ejemplos: en uno de los siete cuentos incluidos en el presente volumen, un Kender se convierte en caballero de Solamnia (bueno, casi lo consigue). En otra narración, un ogro llega a ser salvador de la caza de los enanos, ¡vivir para ver! El libro se cierra con una novela corta de Margaret Weis y Tracy Hickman, «Hilos de seda», en la que se cuenta la suerte que corrieron los verdaderos clérigos y cómo Nuitari, guardiana de la magia negra, intenta frustrar las ambiciones del hechicero Túnica Negra, conocido como Fistandantilus.

Contiene los relatos:

Seis cantos por el Templo de Istar, de Michael Williams.

Los matices de la fe, de Richard A. Knaak.

Estofado de Kender, de Nick O'Donohoe.

El deseo del goblin, de Nick O'Donohoe.

Las tres vidas de Horgan Embaucabueyes, de Douglas Niles.

Llenando espacios vacíos, de Nancy Varian Berberick.

Día libre, de Dan Parkinson.

Hilos de seda, de Margaret Weis y Tracy Hickman.

**L=LIBROS**

Margaret Weis & Tracy Hickman & Michael Williams & Richard A. Knaak &  
Nick O'Donohe & Roger E. Moore & Douglas Niles & Nancy Varian Berberick  
& Dan Parkinson

**El reino de Istar**  
**Cuentos de la Dragonlance 04**

## Prólogo

«Paladine, conoces la perversidad que me rodea. Has sido testigo de las calamidades que han asolado Krynn... No puedes menos que admitir que tu doctrina de equilibrio no produce los resultados deseables.

» ¡... erradicaremos el Mal! ¡Destruye a los ogros, pon a raya a los descarriados humanos, asigna territorios lejanos a los enanos, los kenders y los gnomos, razas que por tu gusto nunca habrías creado!

» ¡... te exijo, Paladine, que me prestes tu poder a fin de aniquilar todas las sombras que se ciernen sobre nuestras tierras!» .

Así habló el Príncipe de los Sacerdotes el día del Cataclismo.

Era un buen hombre, pero intolerante, orgulloso. Creía que su línea de conducta era la correcta, la única, e insistió en que todos, incluidos los dioses, la siguieran. Aquellos que se mostraron en desacuerdo con él fueron considerados malignos y, de acuerdo con la ley, tenían que ser « convertidos» o destruidos. Las historias narradas en este volumen tratan sobre los efectos que tales edictos y creencias tuvieron sobre la gente de Ansalon en el tiempo anterior al Cataclismo.

Michael Williams inicia la serie, de un modo muy apropiado, con una profecía de los últimos días en « Seis cantos por el Templo de Istar» .

« Los matices de la fe» , de Richard A. Knaak, relata la historia de un joven caballero que viaja a Istar en busca de la verdad. La encuentra, aunque no del modo que había imaginado.

Un rudo y maduro instructor de jóvenes caballeros tiene que hacer frente a los problemas que le plantea un recluta poco o nada ortodoxo en « Estofado kender» , de Nick O'Donohoe.

« El deseo del goblin» , de Roger E. Moore, es un cuento sobre una disparatada banda de refugiados que se unen empujados por la necesidad y que casi alcanzan el poder de superar el Mal. Casi.

« Las tres vidas de Horgan Embaucabueyes» , de Douglas Niles, abunda en el tema de aliados inverosímiles, forzados a agruparse a fin de hacer frente a un enemigo común, de acuerdo con el relato que un amanuense le hace a Astinus.

Nancy Varian Berberick escribe sobre alianzas de naturaleza más intrigante en « Llenando espacios vacíos» .

Dan Parkinson narra en « Día Libre» cómo los seres pequeños y en apariencia insignificantes pueden terminar jugando un papel importante en la

historia.

Nuestra novela «Hilos de seda» revela la suerte corrida por los verdaderos clérigos y cuenta cómo Nuitari, guardián de la magia negra, intenta frustrar las ambiciones del hechicero Túnica Negra conocido como Fistandantilus.

Estamos encantados de visitar Krynn una vez más, junto con muchos de los componentes del equipo original de *Dragonlance* y algunos nuevos amigos que hemos conocido en el camino. Esperamos que disfrutéis con la lectura de *El reino de Istar* y que nos acompañéis en los viajes a través de Krynn en los próximos volúmenes de esta serie.

*Margaret Weis & Tracy Hickman*

## Seis cantos por el Templo de Istar

*Michael Williams*

De acuerdo con la leyenda, el autor de estos cantos es el desconocido bardo silvanesti Astralas, nacido en la época de la proclamación del Manifiesto de la Virtud. Sobre pasados los cien años de edad cuando inició su viaje, el profeta elfo embarcó rumbo a Istar poco después de entrar en vigor el Edicto del Control del Pensamiento y regresó con una serie de confusas y turbadoras visiones de un inminente desastre. Desapareció en circunstancias misteriosas aproximadamente en el tiempo del Cataclismo; algunos dicen que fue destruido por las sacerdotisas elfas de Istar, en cumplimiento del edicto. Otros afirman que, durante los días de pesadilla y caos que siguieron al Cataclismo, Astralas viajó por los bosques de Ansalon, recitando sin descanso estos cantos. El quinto de estos poemas, la reseña de las propias visiones, aparece en más de cien versiones orales por todo el continente. No obstante, ésta es la única versión manuscrita conocida.

*Quivalen Sath  
Custodio de los Archivos Poéticos  
de Qualinesti*

### I

Astralas, llamado al canto  
Por el dios flautista  
Branchala de las hojas,  
llamado cuando yo rondaba  
por los bosques de Silvanost,  
dos mil quinientos años  
desde la firma de pergaminos,  
desde el descanso de las armas.

Oh, cuando el dios me llamó,  
las lunas gemelas cruzaron  
sobre la proa de mi barco,  
y el océano se tiñó de rojo y plata,  
luz envolvente  
sobre luz inarticulada  
precipitándose de la oscuridad establecida,  
esperando mi canción.

Oh, cuando el dios me llamó,  
éste fue mi canto,  
mi profecía apremiada  
por un viento divino.

## II

El lenguaje del viento  
es único,  
pronunciado con el movimiento  
de la nube y el agua,  
articulado con el susurro de las hojas  
en la breve pausa  
entre la espera y el recuerdo,  
acechante, esquivo como la luz y la promesa.

El lenguaje del viento  
es el año que se desvanece  
preservado en recuerdos,  
anhelando siempre  
una estación en que el corazón  
pudo haber estado en su salvaje unción.  
Y el viento es siempre el latido de tu corazón,  
palpitando remoto  
como las impasibles estrellas,  
y se mueve desde la llegada a la partida,  
dejándote sólo una canción:  
*Oh, ése era el lenguaje el viento  
dices, ¿qué significado guarda  
para las hojas y el agua?,*

*Y siempre, ¿qué significa?*

Así me encontró la primera vez  
en las riberas del Thon-Thalas  
en el confín del río,  
tras los ministerios  
de tintero y tutoría,  
tras la malograda herencia de días,  
cuando las largas ideas se esconden en madrigueras  
y la infancia baila  
en las lagunas de la memoria,  
perdiendo su entidad en la danza.  
Yo recordaba demasiado,  
ineficaz para espada y escudo,  
para libro de hechizos y luna,  
para altar e incienso,  
para gramática arcana de las aves  
y alambique de las estaciones.  
el río diciéndome siempre,  
diciéndome:

*Ven, Astralas, ven a las aguas;  
soy el último hogar; decía,  
el refugio de los sueños  
y el sueño de la razón.  
Entra en la corriente, Astralas.  
Te llevaré más allá de tus fracasos.  
Entra en la corriente y abre los brazos  
mientras saltas al torbellino de su curso,  
al movimiento, a la luz en el agua,  
al agua misma, extasiado y perdido  
mientras el mundo entero se desvanece.*

Y el río hablaba siempre así,  
siempre la oscura corriente  
arrullando al corazón y la mente  
en ese curso a la deriva  
donde las naciones cambian  
tras de ti y se desvanecen,  
y piensas que han desaparecido  
en la necesidad de los ríos,  
en las almenas de los bosques,  
de modo que, si regresas

para retomar tu camino,  
te pierdes en el laberinto  
de hojas y de inevitable corriente,  
de proa a popa,  
de naciones perdiéndose siempre en la distancia.

Así hablaba el río,  
y secretamente yo escuchaba atento,  
suspendido en oscuridad,  
en la rendición del corazón.

Una barca para la travesía  
empecé a fabricar,  
pieles desolladas en pozos de cal,  
selladas con sebo  
y cosidas por la fibra del lino  
a medida que la lezna y la aguja  
pasan a través y por encima  
del flexible esqueleto de madera;  
las velas se hincharon  
con vientos carnívoros,  
y en ignorancia, en sumisión,  
la barca bogó sin timón,  
botada en corrientes insensibles,  
llevada hacia el sur  
donde el Courrain esconde  
el borde del mundo.  
llevado hacia el sur  
y acá sobre cubierta,  
y la barca fue una cuna, el lecho de una novia,  
un catafalco gris arrastrado hacia la noche;  
fue vino fuerte y pócima,  
sueño más allá de la memoria  
y más allá de la recuperación,  
y, mientras yacía  
en el entramado venoso de drizas,  
decidí no volver a levantarme.

Y el día de mi muerte  
fue el de mi embarque.

### III

Hay algo  
en el navegar sin timón,  
abandonando la esperanza  
como la cáscara inútil del deseo,  
arquitecturas de barca y cuerpo  
que se funden con el agua  
y el viento que aligera de cargas.  
En el sur, las velas hinchadas con palabras,  
y la barca alzó el vuelo  
sobre el rechazo de las aguas.  
El viento habló quedo  
bajo el latir de las velas:  
*Vén, Astralas, cabalga hasta la profecía;  
soy el aliento de un dios,*  
decía el viento,  
*la fuente de los sueños  
y el sutil entramado del razonamiento.*  
*Astralas, abre tus brazos;  
Pasaré entre tus dedos  
como luz descompuesta,  
como una visión del entrecejo de un rey enojado.*  
*Apresúrate hacia Istar, con sus cúpulas y templos,  
donde la luz del sol se refleja  
en bronce y plata,  
ni cristal y pulido hierro.*  
*Allí tendrás e interpretarás  
diez revelaciones,  
en aquella ciudad opulenta  
donde la verdad sin dolor  
gobierna la medida de un palmo,  
reluce como la luz de la luna  
sobre aguas inmutables.*  
*Pero tú, Astralas,  
marcado por tu terrible viaje,  
no puedes hacer tregua con el viento y el agua  
en el palpito de tus venas,  
pues están en ti para siempre.*

A mi partida,  
los árboles lloraron sangre  
que tiñó la blancura  
de abedules y nogales,  
y relució oscura sobre el arce y el roble,  
sangre que caía  
como hojas en miles de países,  
más amenazadora que un augurio,  
brotada de heridas proféticas,  
a medida que navegaba a través de la desembocadura  
del antiguo Thon-Thalas,  
como una plegaria derramada en el océano infinito.

En el intrincado y complejo torbellino de presagios,  
de extensas profecías,  
llega un momento en que te encuentras  
en presencia de oráculos,  
pero lo que predicen  
son espejos y humo.

Cuando llegué al Courrain  
me encontraba en cubierta,  
trasladado el desaliento  
al país de la fe,  
y, poco a poco, la costa tomó forma  
y un nombre,  
mientras que el bosque se reducía a Silvanost,  
verde sobre agua sobre verde.

Al cabo de mucho, a babor,  
aparecieron los fuegos señalizadores de Balifor,  
el maltratado país de los kendens,  
de jupaks y flautas  
y tesoros saqueados.  
El humo de la línea costera se mezclaba en el aire  
con las nubes de las montañas  
resolviéndose en martillo y arpa,  
en constelaciones veladas,  
mientras las playas de Balifor  
suspiraban por la marcha de los dioses.

Al norte y al oeste, a lo largo de la costa,  
abrazadas por el viento perfumado de pinos,  
por infusión de cicuta,  
las amplias llanuras trepaban  
hacia el verde montañoso,  
y por doquier, bosque y océano,  
océano y bosque entrelazados  
con la bruma del remoto oeste  
en deteriorados horizontes,  
hasta que la fantasía del viajero  
imagina que Silvanost se alza de nuevo  
en sueños de recuperación,  
pero, en lugar de ello,  
es la Istar dominada por el clero,  
frecuentada por el sacrificio,  
donde la libertad es incienso,  
el humo que se alza al cielo  
destruido en sus propias ceremonias.  
Allí, en los mares que se bifurcan,  
en cálidas aguas dañinas y septentrionales,  
el viento me llevó hacia el oeste  
bordeando una tierra desolada.

#### IV

Ahora el mar es un país  
llano y cruel,  
hirviendo con lumbres inconstantes.  
El aire salino  
sofoca las luces costeras,  
pero el mástil, los remos desarmados,  
arden con el Fuego de Santelmo,  
y una verde incandescencia  
tiñe las aguas;  
y a menudo, de noche,  
la línea costera es oscura  
en contraste con el luminoso arrecife,  
con el fénix de Habbakuk,

bajo en el borroso oeste,  
y el viento y el agua  
son prestados y recónditos como la luz.

Y en esas mismas noches,  
en la superficie del agua,  
la tiniebla inexplicable  
se embarca de estribor a babor  
como un sueño de lo más hondo de la memoria,  
como si del océano  
emergiera una nueva isla  
revelada por la distancia  
y las extrañas voces de las ballenas.  
La brújula se agita  
y se hunde en aguas vertiginosas,  
y al despertar el alba  
fraccionada en remolinos de espuma,  
con el impenetrable jade  
del océano a tus pies,  
despides a la noche, la rechazas,  
y ésta es la razón por la que este canto  
vuelve a ti en silencio,  
en pleno mediodía, cuando el mar congregado  
va cambiando más allá del pensamiento y la memoria,  
por encima de las corrientes eternas.

Y ahora los vientos del norte,  
alzándose fieros, ecuatoriales,  
el viento de orate,  
los alisios de la profecía,  
me conducen a la bahía.  
Karthay aparece por estribor,  
la ciudad de los puertos  
donde la torre del hechicero  
aguarda la erosión de las montañas,  
mientras los vientos del norte  
arrancan mi barca del abrazo de las aguas.  
Nos precipitamos en la bahía de Istar  
como un imprevisto cometa,  
como algo horrendo aproximándose  
a las laberínticas calles en ruinas,  
al borde del puerto

donde el viento pasó sobre mí,  
encalmado la barca  
al pie de los gigantescos muelles,  
donde el viento pasó sobre mí,  
agarrando la telaraña del reino  
mientras soplaba a su antojo,  
y nadie supo decir  
de dónde vino o adonde fue,  
y se zambulló por los callejones,  
saltó por encima de las torres,  
y arrasó la casa  
del último Príncipe de los Sacerdotes.

Los augures lo interpretaron  
como otra señal inmutable  
que añadir a las lágrimas de sangre  
de los alisos y los vallenwoods,  
las constantes erupciones  
de hogueras y forjas,  
a la huida de los dioses  
y al retorno de éstos.

Y el anuncio de mi llegada  
fue una señal de advertencia.

Diez revelaciones, oh, Istar, yacen dormidas  
en la gran cúpula de cristal  
del Templo de tu Príncipe de los Sacerdotes,  
donde los muros se apartan de la plomada,  
donde los cimientos pasan  
de corindón a cuarzo,  
de piedra caliza a arcilla,  
hasta los sueños tambaleantes de su basamento.

Diez revelaciones yacen dormidas,  
y mi canto las ha despertado.  
Pues mis palabras son el viento arrasador,  
la sangre de los árboles  
y el fuego de las playas;  
los dioses caminan en mi canto,  
donde diez revelaciones despertaron  
en las manos de mi canción;

las ofrecí, relucientes, fraccionadas,  
y los dioses irrumpieron en mis manos.

## V

Istar, tu ejército en Balifor  
es un guantelete que aprieta  
una herencia de azogue.

Tus sacerdotes en Qualinost  
son deslumbramiento de cristal  
fraccionado en terciopelo rojo.

Tu mano ligera en Hyló  
roba el aliento de la cuna:  
hielo en el guante.

En Silvanost, los blancos muslos de las mujeres  
vadean a través de las aguas turbias  
del Thon-Thalas.

Tu brazo armado en Solamnia  
se enreda en filamentos,  
en el callejón de la araña.

Tus hijos de Thoradin  
relegan al sueño del olvido  
linajes de tierra verde y sol.

Los fragmentos del rememorado Ergoth  
recogidos en una vasija rota.  
en la dispersión que llaman los doce rincones del planeta.

Asoma entre los labios de Thorbardin  
la hilera de dientes  
de túmulos sin nombre.

Tus dedos en Sancrist  
manosean con torpeza la intrincada empuñadura  
de una espada prestada.

Pero, Istar, el último canto es tuyo,  
el canto en el centro de las canciones:  
un hueso blanquecino sobre el altar.

## VI

Y la última generación de Istar,  
generación pura,  
nacida de piedras relucientes  
arrancadas de la corona  
del bonete de un charlatán,  
cuya bondad es ritual  
estricto, matemático,  
desnudo de los elementos  
en el fuego del alma,  
y en la tierra del cuerpo,  
en el agua de la sangre  
en la circunferencia del aire.  
Has pasado a través de tu templo  
hasta el momento indemne,  
pero ahora toda Istar  
está ensartada en nuestras palabras,  
en nuestro propio entendimiento,  
mientras tú pasas de la noche  
a tener conciencia de la noche,  
que el odio es el sosiego de los filósofos;  
que su costo es eterno;  
que le arrastra a través de meteoros,  
a través de la paralización invernal,  
a través de la rosa marchita,  
a través de las aguas del tiburón,  
a través de la negra compresión de los océanos,  
a través de la roca,  
a través del magma,  
a ti misma, a un absceso de nada  
que reconocerás como nada,  
que sabrás que se repite una y otra vez,  
con las mismas reglas.

Así habla el viento,  
en un lenguaje único,  
pronunciado con el movimiento  
de la nube y el agua,  
articulado con el susurro de las hojas,  
en la breve pausa  
entre la espera y el recuerdo,  
acechante, esquivo como la luz y la promesa.  
Así habla el viento  
en el largo año preservado  
en el recuerdo del corazón,  
y siempre anhelante  
de otro bendito año  
en que el corazón  
haya estado en su salvaje unción.  
Y el viento es siempre el latido de tu corazón,  
palpitando remoto  
como las impasibles estrellas,  
y se mueve desde la llegada a la partida,  
dejando sólo una canción:  
*Oh, ése era el lenguaje del viento,  
dices ¿qué significado guarda  
para las hojas y el agua?*  
y *siempre* es lo que significa.

## Los matices de la fe

*Richard A. Knaak*

Arryl Tremaine entró en la sala de La Locura de Timón, la posada donde se hospedaba, y de inmediato advirtió que las miradas convergían en él. La ropa que vestía era normal, un sencillo atuendo de viaje, de modo que los que estaban en la sala no podían identificarlo como un Caballero de Solamnia, pero sí podían ver que era forastero. Ello era suficiente para llamar la atención. De no haber tenido la precaución de dejar la armadura en su cuarto, los otros parroquianos no habrían tenido que disimular que miraban a cualquier parte y no a él.

Hizo caso omiso de ellos y se encaminó hacia el posadero, un hombre bullicioso y pesado llamado Brek. Fue el único que lo saludó, seguramente porque sentía cierta afinidad con el joven caballero. El abuelo de Brek había sido el tal Timón cuya locura había dado nombre a la posada, así como, probablemente, indujo a la familia a abandonar Solamnia. Timón había sido un Caballero de la Espada, al igual que lo era Tremaine.

Arryl opinaba que el linaje de Timón había degenerado mucho en sólo dos generaciones.

—buenas tardes, caballero Tremaine —dijo el hombre, con un tono respetuoso. Todos los parroquianos alzaron la vista.

—Maese Brek —La voz de Arryl sonó queda y un poco cortante—. Le pedí que no se dirigiera a mí por mi título.

No era corriente ver a un Caballero de Solamnia en el reino de Istar, y aún menos en la sagrada ciudad del mismo nombre. Arryl, que procedía de la zona más alejada del suroeste de su país, jamás había llegado a comprender la razón. Tanto la orden de caballería como el Príncipe de los Sacerdotes, que era el regente de Istar, servían al mismo señor, el dios de la luz y la bondad, Paladine. Compatibles en otro tiempo, parecía que los dos servidores ya no eran capaces de trabajar uno al lado del otro. Corrían rumores de que la iglesia sentía envidia del poder de los caballeros, y los caballeros de la riqueza de la iglesia. Pero un Tremaine nunca se había rebajado tanto como para dar crédito a semejante demagogia. La Casa Tremaine habría conocido tiempos mejores, pero el orgullo de la familia estaba todavía en flor. El joven caballero había llegado a Istar hacía

tres días a fin de descubrir la verdad.

—Mis disculpas, maese Tremaine. ¿Habéis decidido tomar vuestra cena aquí? No os hemos visto desde vuestra llegada. Mi esposa y mis hijas temen que su modo de cocinar no sea de vuestro agrado.

Arryl no tenía ganas de hablar sobre comidas ni sobre la familia del posadero, y menos aún sobre las hijas de maese Brek. Al igual que otras muchas mujeres, se sentían atraídas por la apostura del joven caballero, sus rasgos atractivos, aunque fríos, y su figura alta y bien proporcionada. Arryl no las había alentado en lo más mínimo y, de hecho, consideraba sacrilega la idea de mezclar placeres mundanos con el sagrado propósito de su viaje.

—He venido sólo para pedir cierta información antes de retirarme a descansar.

—¿Tan temprano? Apenas ha oscurecido, señor. —Brek pensó que el caballero era un poco raro. Era evidente que el posadero había olvidado los rituales diarios de un Caballero de Solamnia, o su abuelo nunca le había hablado de ellos.

Arryl frunció el entrecejo. Quería respuestas, y no más preguntas referentes a sus hábitos personales.

—Vi que la guardia de la ciudad arrestaba a un hombre; un hombre que no hacía otra cosa que estar en sucarreta vendiendo fruta. Yo mismo le compré mercancía ayer. Los soldados no dieron razón alguna que justificara su arresto, algo impensable en mi país. Lo encadenaron y lo arrastraron...

—Estoy seguro de que había un motivo justo, maese Tremaine —se apresuró a interrumpirlo Brek. De repente, su sonrisa se había vuelto forzada—. ¿Os quedaréis para los Juegos? Se comenta que habrá algo especial esta vez. ¡Algunos dicen que el Príncipe de los Sacerdotes asistirá!

—No soy partidario de los así llamados Juegos. Y ya he visto bastante al Príncipe de los Sacerdotes, gracias.

Por dondequiera que Tremaine fuera en la inmensa urbe, con sus altas torres y sus templos extravagantemente dorados, se encontraba con la benevolente imagen del sagrado monarca sonriéndole. En todos los numerosos estandartes majestuosos, que al principio le recordaron sus días de instrucción en el alcázar de Yngaard, aparecía el perfil estilizado del Príncipe de los Sacerdotes. Bustos iguales al que había colgado en la pared, detrás de maese Brek, invocaban una petrificada bendición sobre el caballero.

Peor eran las estatuas, sobre todo la que representaba al Príncipe de los Sacerdotes sosteniendo en una mano a un sonriente bebé y una retorcida serpiente de muchas cabezas en la otra. El ofidio era la interpretación que el escultor había hecho de la diosa de la oscuridad, Takhisis la eterna rival de Paladine. ¡Arryl lo consideró un ultraje todos sabían que Huma, un Caballero de Solamnia quien había derrotado a la Reina de los Dragones! ¡Era Huma quien

había invocado la ayuda de los dioses, de Paladine, no el Príncipe de los Sacerdotes!

En cuanto a Paladine, la deidad en cuyo honor se había erigido Istar, estaba representado también, pero ni mucho menos con la prodigalidad con que lo estaba el cabeza de la iglesia. De hecho, muchos de los tributos a Paladine estaban en la misma altura que los del Príncipe de los Sacerdotes, ¡como si fueran iguales!

—La sagrada Istar parece más interesada por la mayor gloria de su sirviente que por la de quien es su señor —dijo Arryl con severidad.

Brek se puso pálido y miró de reojo a los tres hombres que estaban sentados en un nicho de la sala.

—Si me disculpáis, caballero..., maese Tremaine, tengo que... ayudar a mi esposa.

Maese Brek se marchó antes de que el caballero tuviera tiempo de respirar. Al parecer, la velocidad no era uno de los atributos diluidos en la apatía de dos generaciones.

Arryl se encogió de hombros, dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera que conducía a su habitación. Tenía mucho en que pensar. El peregrinaje a la sagrada Istar había sido decepcionante. Tremaine confiaba en que sus oraciones vespertinas le dieran la respuesta que necesitaba.

El caballero no había dado más de una docena de pasos cuando una voz procedente de la mesa del rincón instó con sequedad:

—¿Dispones de un minuto, señor caballero?

Arryl pensó rehusar, pero entonces reparó en las túnicas blancas y plateadas que vestían los tres hombres.

Eran clérigos de la Orden de Paladine. Arryl los saludó con una cortés inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, hermanos.

—Que la bendición del Príncipe de los Sacerdotes esté contigo, hermano —respondió el menos corpulento del trío, que se sentaba en el medio. Sus compañeros no dijeron nada y se limitaron a saludar con un breve cabeceo. Resultaba evidente que el que hablaba era su superior—, ¿Me equivoco al suponer que tenemos el honor de dirigirnos a uno de nuestros hermanos solámnicos?

Los dos acólitos, pues no podían ser otra cosa, tenían más apariencia de soldados que de sacerdotes. Claro que la Orden de Paladine contaba con combatientes capacitados, a pesar de que les estaba prohibido el uso de armas blancas. Luchaban con armas que no tenían cuchillas; mazas, por ejemplo, como era el caso de estos dos, que las tenían sobre la mesa. Arryl sospechó que actuaban como guardaespaldas del tercero, lo que hablaba por sí mismo de la autoridad y poder que ejercía.

Tal poder no se reflejaba en su apariencia, ya que el sacerdote era delgado y tenía los hombros un poco encorvados. Su rostro era alargado y estrecho y a Arryl le recordaba el de una rata. Con todo, el hombre era un Hijo Venerable.

—Soy Arryl Tremaine, Caballero de la Espada —respondió con cortesía.

—Tal como había imaginado, un guerrero solámnico. —El clérigo juntó las manos, con los dedos índices apretados entre sí, formando un vértice agudo, como un chapitel. Arryl reparó en que el sacerdote llevaba guantes de piel fina, que hacían juego con sus ropajes clericales. Se preguntó si tendría algún problema con las manos que le obligara a ocultarlas bajo los guantes. El tiempo no era tan frío para necesitar esa protección. El clérigo continuó—: Disculpa que no me haya presentado. Soy el Hijo Venerable Gurim.

Aunque a los ojos de Paladine quizá fuera un pecado, Tremaine no pudo evitar que el semblante del hombre le causara repulsión. El hermano Gurim tenía los ojos como una rata que observa todo. Su nariz era larga y ganchuda. Daba la impresión de que se le hubiera roto y no se hubiese curado bien, lo que era un contrasentido, habida cuenta que Gurim debería haber sido capaz de sanarse a sí mismo. El sacerdote estaba casi calvo y peinaba los ralos cabellos en una pobre imitación de la corona monacal.

Los finos labios de Gurim se estiraban en una sonrisa retorcida, hecho que contribuía a incrementar su semejanza con un roedor.

El caballero cayó en la cuenta de que lo estaba mirando con descortés fijeza. Por fin se acordó de contestar a la presentación del clérigo.

—Es un honor conocerte. Si me perdonas, he de retirarme a mi cuarto para preparar mi oración vespertina.

Gurim asintió con un cabeceo, pero no despidió al caballero.

—Cuán placentero es conocer a uno de nuestros hermanos comprometidos en la lucha contra la Reina Oscura. Cuán reconfortante es saber que la fe no se ha debilitado en todos vosotros, los caballeros.

Arryl estaba furioso, pero cuidó de no alterar el gesto. —Nosotros, los caballeros, somos fieles a los principios establecidos por Paladine. Tenemos menos fe en el Hombre, no en dios.

Gurim inclinó la cabeza y esbozó una desagradable sonrisa.

—¿De veras? —Las manos enguantadas se separaron y el clérigo las puso en la mesa, con las palmas hacia abajo—. No quiero retrasarte más en tu vigilia, señor caballero. Sólo deseaba decirte que es un placer tu visita a Istar. Rezo porque llegue el día en que vuestra Orden ocupe de nuevo el lugar que le corresponde, como el brazo armado de Su Reverencia contra las fuerzas del Mal. Tu presencia me anima a ese respecto.

—Me alegra ser de tu agrado, hermano. —Tremaine hizo una profunda reverencia a fin de que su expresión desdénosa pasara inadvertida. ¿La hermandad de la caballería el brazo armado del Príncipe de los Sacerdotes? Los

Caballeros de Solamnia eran tan firmes en sus creencias como cualquiera en la sagrada Istar. Firmes e independientes... como había establecido Paladine, cuando, junto con los dioses Habbakuk y Kiri-Jolith, se apareció ante Vinas Solamnus, el fundador de la Orden, y le mandó que se separara de su malvado señor, el emperador de Ergoth.

La Orden había existido desde mucho antes de que hubiera un Príncipe de los Sacerdotes.

Tremaine se encaminó hacia la escalera. Gurim trazó un símbolo en el aire.

—Ve en paz, señor caballero. Que la bendición del Príncipe de los Sacerdotes esté contigo.

Arryl echó una ojeada atrás.

—Y que Paladine te guarde, hermano.

La sonrisa de rata de Gurim no abandonó la mente de Arryl durante todo el camino escaleras arriba y hasta donde estaba situado su cuarto. Sólo cuando inició sus oraciones vespertinas la imagen empezó a perder consistencia, y únicamente cuando estuvo recogido en lo más hondo de su ser, el desagradable semblante del hermano Gurim se borró por completo.

Desgraciadamente, el recuerdo del hombre no desapareció.

Al final del quinto día de estancia en la sagrada Istar, Arryl Tremaine había visto más que suficiente. Dudaba de la santidad de la ciudad y sus líderes. Istar no era el bastión del Bien que había imaginado durante su infancia. No era la ciudad de los milagros. Algunas zonas de la urbe eran hermosas, cierto, pero otras eran feas, abarrotadas de infortunados que vivían rodeados de miseria y suciedad. Sin embargo, la mayoría de los ciudadanos de Istar actuaba como si estos barrios no existieran, como si creyeran que podían librarse de ellos con sólo desearlo.

Aquel día, Arryl le dijo a Brek que abandonaría Istar a la mañana siguiente.

Por la noche, Arryl se dirigía a la posada, que estaba ya a la vista, cuando oyó un grito sofocado y un gruñido. Guerrero experimentado en combate, el joven caballero identificó el sonido como la exclamación de alguien a quien han golpeado o apuñalado. Procedía de un callejón que había a su derecha.

Siendo ésta la sagrada Istar, la ley prohibía a los hombres llevar armas, a menos que fueran parte del clero o de la guardia de la ciudad. Se permitía llevar dagas, ya que a nadie le gustaba ir por la ciudad por completo desarmado, pero tenían que estar enfundadas en la vaina y atadas con las correas de seguridad.

Arryl se esforzó por soltar la lazada que sujetaba su daga mientras corría presuroso hacia el callejón. Pero quienquiera que lo hubiese anudado había hecho un buen trabajo, y el joven se dio por vencido, decidiendo confiar en sus otras habilidades de luchador.

Solinari brillaba con fuerza. A la luz de la luna, Arryl divisó a tres hombres que luchaban entre sí. Mejor dicho, dos golpeaban a un tercero. Los dos atacantes llevaban espadas a sus costados.

—¡Apartaos y rendíos! —gritó el caballero, cuando los tuvo casi a su alcance.

Los dos hombres soltaron al tercero, que yacía inmóvil en el suelo. Uno de los atacantes desenvainó un cuchillo. El otro sacó una espada corta. En las sombras, Arryl no distinguía los rasgos de ninguno de los dos, pero supuso la clase de hombres que eran: matones que confiaban en la fuerza bruta y en la rapidez de acción, sin que la destreza jugara un papel importante.

El primero arremetió con su arma y después lanzó un golpe con su carnoso puño. Tremaine dejó que la daga pasara de largo y desvió el puñetazo con un golpe de su mano; al mismo tiempo, propinó una patada.

La dura puntera de la bota alcanzó al hombre justo debajo de la rótula. Con un chillido de dolor, el atacante cayó al suelo, aferrándose la rodilla con la mano libre.

La punta de una espada rozó el antebrazo de Arryl. En lugar de retroceder, como habría hecho la mayoría de la gente, Tremaine saltó hacia adelante mientras el segundo asaltante completaba su movimiento de arremetida. El hombre vio lo que pasaba, pero, cuando quiso reaccionar y cambiar la dirección de la espada, Arryl ya lo había cogido por la cintura.

Los dos combatientes chocaron contra la pared del callejón. El atacante quedó atrapado entre el muro y el caballero, soltó un gruñido, dejó caer la espada e intentó recobrar el resuello, pues se había quedado sin respiración con la fuerza del empujón.

Tremaine no le dio cuartel. Con el puño izquierdo le propinó un fuerte golpe en el estómago.

Doblado en dos, el segundo hombre se desplomó.

Arryl oyó un movimiento cerca de él y lanzó una patada de lado. El primer atacante, a punto de saltar sobre él, salió lanzado contra la pared opuesta.

Después de aquello, cesó toda resistencia.

Sin que apenas se hubiera alterado el ritmo de su respiración, el caballero miró en derredor, buscando a la víctima. No le sorprendió ver que había desaparecido. El desgraciado se había escabullido a la primera oportunidad que se le presentó. Arryl no podía culparlo. Eran pocos los que igualaban el coraje y la destreza de un Caballero de Solamnía.

Arryl se preguntaba qué hacer con aquellos dos, cuando un grupo de soldados armados, pertenecientes sin duda a la guardia de la ciudad, apareció por el final del callejón.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó un hombre, adelantándose al grupo. A diferencia de los otros, vestía la túnica clerical.

—Estos hombres estaban golpeando a otro. Les ordené que se rindieran, pero prefirieron atacarme.

Los soldados entraron en el callejón. Entre varios levantaron a los aturridos atacantes y se los llevaron casi a rastras. Entretanto, el clérigo ordenó que

trajeran una antorcha para inspeccionar mejor la escena. Tras observar el callejón y las armas que habían dejado caer los adversarios de Tremaine, el clérigo volvió su atención al caballero. Vista a la titilante luz de la antorcha, la pálida y demacrada faz del sacerdote lo hacía parecer un cadáver muerto hacía una semana.

—¿Por qué no llamaste a la guardia?

—No habrían llegado a tiempo. La vida de un hombre estaba en peligro.

—Eso es lo que tú dices. —La voz del clérigo sonaba escéptica.

Arryl se encolerizó un poco al ver que alguien ponía en tela de juicio su palabra, pero se recordó que el sacerdote ignoraba que fuera un Caballero de Solamnia.

—¿Es tuya la espada? —El clérigo señaló el arma tirada en el suelo.

—No voy armado. La espada y la daga son de ellos.

—¿Derrotaste a dos hombres sin arma alguna? —El clérigo estaba sinceramente impresionado. Tremaine se encogió de hombros.

—Soy un Caballero de Solamnia, de la Orden de la Espada. He sido entrenado para combatir con o sin armas. Los dos que me atacaron apenas representaban una amenaza. En manos de novatos, las espadas y las dagas son por lo general más peligrosas para ellos mismos que para los demás.

Los guardias se miraron e intercambiaron comentarios en voz baja. El clérigo les ordenó que se callaran. Arryl reparó en la raya plateada que cruzaba el torso del hombre, igual a la que había visto en la túnica del hermano Gurim y de otros cuantos clérigos desde su llegada. Se preguntó fugazmente qué significado tendría, pero el clérigo atrajo de nuevo su atención.

—¿Cómo te llamas, solámnico?

—Soy Arryl Tremaine.

Bien, Arryl Tremaine, quiero que nos acompañes.

—Discúlpame, hermano, pero me gustaría regresar a mis aposentos. He descuidado el cumplimiento de las oraciones vespertinas.

—Tu dedicación es encomiable, pero esto es asunto de la justicia. Las leyes de Su Reverencia y del gran Paladine han sido quebrantadas. Sin duda comprendes que esto es mucho más importante que dejar de rezar un día, ¿verdad?

Arryl vaciló un momento; luego asintió con un cabeceo. El clérigo tenía razón. Se había transgredido la ley y él era testigo. Sin duda quería que testificara contra aquellos dos.

—Vamos pues, señor caballero —dijo el sacerdote con voz placentera—. Camina a mi lado. No es corriente tener entre nosotros a uno de nuestros hermanos solámnicos.

«No es de extrañar», pensó Arryl para sus adentros. Cuando se marchara de Istar a la mañana siguiente, nunca regresaría.

Los guardias de la ciudad se colocaron de improviso a su alrededor y lo empujaron con brusquedad. Furioso por su comportamiento descarado, el caballero se llevó la mano a la espada, pero entonces recordó que no sólo él no era el prisionero, sino también que su arma estaba en el cuarto de la posada.

Para su sorpresa, los guardias lo condujeron al Templo de Paladine.

—¿Por qué estamos aquí? —Preguntó Tremaine—. Imaginaba que a los criminales se los llevaba al cuartel general de la guardia de la ciudad.

El demacrado clérigo, que todavía no se había presentado, dirigió una mirada a Arryl con la que dio a entender que sólo a un forastero se le ocurriría hacer tal pregunta.

—La guardia de la ciudad es el brazo armado de la justicia. Determinar y velar por la ley es asunto de la Orden de Paladine.

A pesar del derecho que asistía a tal afirmación, el caballero abrigaba sus dudas.

—No me has explicado la razón de haberme traído aquí. ¿He de actuar como testigo?

—Eso habrán de decidirlo los inquisidores.

¿Inquisidores? A Tremaine no le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto.

El templo era tan espléndido como todo lo demás en Istar. Inmensas columnas de mármol se encumbraban en el aire. Intrincados frisos en los que se representaban tanto la historia de Istar como la gloria de Paladine decoraban las paredes. Esculturas y otros objetos valiosos se alineaban en los vestíbulos. El templo se había construido mucho tiempo antes de que el actual Príncipe de los Sacerdotes asumiera el poder. Las reformas introducidas desde ese momento eran llamativas y parecían estar fuera de lugar. Sus banderas y bustos estaban por doquier, pero en este lugar la verdadera grandeza de Paladine superaba la de su servidor, como era de justicia.

Unas altas puertas dobles de plata, pura plata, conducían a la cámara donde los inquisidores impartían justicia. Tremaine y los otros esperaron varios minutos y el caballero empezó a impacientarse. De improviso, las puertas se abrieron de par en par. Dos corpulentos acólitos, armados con sendas mazas de aspecto contundente, se situaron a ambos lados de la entrada, guardándola. Uno de ellos hizo un gesto con la cabeza al guía de Arryl.

—Entra.

Los guardias empujaron al caballero, ¡como si él fuera el prisionero! Les dirigió una mirada colérica.

La estancia estaba alumbrada sólo por unas cuantas antorchas, pero aun así la claridad era suficiente para que Arryl observara el entorno. Era sorprendente el contraste existente entre esta cámara y el resto del templo. Daba la impresión de que los constructores se hubiesen olvidado de la estancia una vez que las paredes

estuvieron levantadas. Para que no cupiera duda alguna, las familiares banderas y bustos del Príncipe de los Sacerdotes estaban presentes, pero poco más. El único mobiliario consistía en una mesa y tres sillas, situadas sobre un estrado.

Las puertas se cerraron a sus espaldas.

Tres figuras encapuchadas entraron por una puerta lateral en la que el caballero no había reparado a causa de la mortecina luz. La túnica que vestían era idéntica a las del hermano Gurim y el clérigo que estaba a su lado, con la banda plateada cruzándoles el pecho. Tremaine dedujo ahora el significado de aquel símbolo. Estos clérigos actuaban como guardianes de la justicia en la ciudad del Príncipe los Sacerdotes.

Las capuchas ocultaban los rasgos de los recién llegados, que lomaron asiento en las sillas, de cara al grupo que esperaba. El que estaba en el centro juntó las manos.

—¿Es éste el involucrado en la pelea, hermano Efram? —preguntó.

El acompañante de Arryl salió de la fila de guardias y se situó tres pasos por delante. El caballero intentó seguirlo, pero los soldados formaron un cerrado círculo a su alrededor. Arryl frunció el entrecejo, pero se detuvo, suponiendo que se trataba de alguna clase de protocolo.

El hermano Efram hizo una respetuosa reverencia.

—Éste es —respondió.

El portavoz del triunvirato hizo una seña a alguien que estaba al otro lado de la puerta lateral. Arryl se quedó petrificado al ver que los dos hombres a los que había vapuleado entraban sin escolta. ¡Era a él al que tenían bajo vigilancia!

—¿Es éste el hombre? —les preguntó la figura central.

Asintieron con un cabeceo.

—Podéis marcharos.

Los dos abandonaron la estancia. Los clérigos encapuchados volvieron su atención a Arryl, que estaba cada vez más furioso. Tuvo que recordarse a sí mismo que se encontraba en un templo de Paladine.

—¿Eres Arryl Tremaine, Caballero de Solamnia? —preguntó el clérigo.

—¡Sí, lo soy! —respondió con orgullo.

—Conoces la ley escrita, ¿no es así, señor caballero? —dijo el clérigo del centro, juntando las manos otra vez.

—En efecto. ¿Qué...?

—Entonces, te das cuenta de que la has infringido.

—¿Que yo...? —Arryl se puso tenso. No podía dar crédito a sus oídos—. ¡Soy inocente de cualquier delito! ¿Qué quieres decir con que he infringido la ley?

—Arryl Tremaine —intervino otro de los inquisidores—. Se te acusa de impedir que dos miembros de la guardia de la ciudad cumplieran con su deber. Además, asaltaste y heriste a ambos soldados.

—¡Esto es absurdo! —Replicó Tremaine— ¡Estaban golpeando a un hombre

desarmado hasta dejarlo inconsciente! Cuando intervino no se identificaron. ¡Y me atacaron! ¡Me limité a defenderme!

—¿Dónde está ese tercer hombre? —preguntó el mismo clérigo.

—Yo... —Tremaine no tenía respuesta. Su único testigo había desaparecido durante la pelea— ¿Cómo iba a saber que estos hombres eran guardias? ¡Soy inocente! ¡Esto es una locura!

—Ninguno de nosotros está libre de pecado —anunció el clérigo del centro. El tercer inquisidor, que todavía no había hablado, movió la cabeza en señal de asentimiento. El portavoz continuó—: Y tú más que nadie, Caballero de Solamnia, deberías saber que el desconocimiento de la ley no es una excusa válida. Piensa el caos que surgiría si permitiéramos algo así.

Fue como si el mundo dejara de existir para Arryl Tremaine. Lo único que existía eran los tres hombres y su increíble acusación. ¿Qué pasaba allí?

Comprendiendo que atravesaba un momento de desconcierto y debilidad, aprovecharon la ocasión para prenderlo. Dos guardias lo agarraron por los brazos y se los sujetaron a la espalda; le pusieron grilletes en las muñecas, los lobillos y la garganta. Arryl era demasiado orgulloso para presentar resistencia. Contra tantos, habría sido inútil. En menos de un minuto, el caballero estaba encadenado.

—Arryl Tremaine —dijo el inquisidor—, has sido encontrado culpable de crímenes contra las leyes establecidas por el Príncipe de los Sacerdotes de Istar y por el mismo Paladine. Oponerse a esas leyes es oponerse a tu propia fe.

Arryl no dijo nada, aturdido e intentando comprender qué estaba sucediendo.

Por consiguiente, se te sentencia a los Juegos, donde entrenarás y lucharás por alcanzar la libertad... si Paladine te juzga merecedor de la salvación.

¿Los Juegos? Como todo lo demás, incluso la sentencia de Arryl rayaba en lo absurdo, lo inconcebible. Los Juegos eran la propia muerte, unos combates sangrientos, carentes de sentido, que iban contra las leyes de Paladine, recogidas en el Código y la Medida.

—Encerradlo en una celda esta noche y ocupaos de que se lo lleve a la arena mañana a primera hora —ordenó el Inquisidor. El hermano Efram hizo una inclinación de cabeza. Luego, el inquisidor se dirigió a Arryl—. Que el Príncipe de los Sacerdotes vele por tu alma, señor caballero.

Los tres clérigos encapuchados se pusieron de pie. Arryl sacudió de encima las manos de los guardias y se dirigió a la salida mientras lanzaba una mirada funesta a los inquisidores. Su mente registró un rasgo relativo al tercer clérigo, que no había hablado. Arryl intentó detenerse para mirar con más detenimiento, pero, a empujones los guardias lo obligaron a reanudar la marcha hacia las puertas.

A pesar de todo, Tremaine estaba seguro de que el tercer inquisidor, y sólo él, llevaba un par de guantes finos y elegantes.

Arryl Tremaine estaba de pie ante los altos muros del estadio contemplándolo

con desagrado y desprecio. Hasta su peregrinaje de incógnito a Istar, había considerado los Juegos como una aberración, el punto negro de la sagrada urbe cuya existencia estaba dispuesta a admitir. Ni que decir tiene que jamás se había imaginado a sí mismo en su interior, condenado a luchar por un crimen que no había cometido. Ahora era uno más entre un grupo de hombres hoscos subidos a una carreta que se había detenido frente a la monstruosa construcción de piedra.

El estadio parecía lo bastante espacioso para acoger a todos los ciudadanos de Istar. Desde donde se encontraba, podía ver un trozo de la arena, donde los hombres se mataban unos a otros para divertir a las masas.

En Istar el lugar sagrado por excelencia.

—¡Vamos, bajad, bajad! —ordenó un horrendo enano lleno de cicatrices, que al parecer era el encargado del estadio—. Me llamo Arack. Y este es Raag.

El tal Raag era un ogro. De piel amarillenta y más alto que el espigado Tremaine, tenía un rostro verrugoso que Arryl dudaba que ni siquiera la consabida madre fuera capaz de amar. El ogro era la cosa más monstruosa con que se había topado el guerrero solámnico.

El caballero, con su actitud orgullosa y su alta talla erguida, sobresalía en comparación con la otra media docena de cabizbajos prisioneros, de aspecto rústico y desaliñado. La mayoría tenía la expresión vil del criminal reincidente. Sólo dos despertaron el interés de Arryl. Un muchacho vestido con ropas de parches de colores, que evidentemente no tenía ni idea de lo que iba a ser de él, y un semielfo cuyo semblante era el del hombre que sabe que está condenado. Tras estudiar al resto durante el corto y frío trayecto desde su celda hasta este lugar, Arryl dedujo que la mayoría no sobreviviría el tiempo suficiente para ganarse la libertad.

El caballero echó un vistazo en derredor y puso mala cara al ver que el exterior del estadio estaba adornado con el semblante benevolente del Príncipe de los Sacerdotes. De inmediato, acudió a su mente el recuerdo del hermano Gurim.

El hermano Gurim. El clérigo con cara de rata era el responsable de que hubiese sido sentenciado a este lugar; de eso no le cabía la menor duda a Arryl. Una noche en el frío calabozo de la prisión había sido lo bastante larga para que el guerrero solámnico pusiera en tela de juicio la ley y la autoridad por la que había sido juzgado. Había algo raro. Era demasiada coincidencia que el mismo hombre que había hablado con él el día anterior y que le había oído hacer unos comentarios sobre Istar que —Arryl tenía que admitirlo— habían sido imprudentes, fuera uno de los inquisidores de su repentino y demencial juicio.

Máscaras de mármol jalonaban los muros del estadio, y cada rostro contemplaba con esculpida ternura a los hilos espirituales del monarca cuando entraban al recinto los días de los Juegos. A través del portón abierto, Arryl vio los rostros que adornaban la parte interior del estadio. Probablemente el semblante

de cada monarca que subía al poder reemplazaba al de su predecesor. Al caballero no le sorprendió comprobar que era escaso el tributo rendido a Paladine.

Una vez más, Tremaine se preguntó si Istar, baluarte por excelencia de Paladine, había olvidado a quién debía rendir culto en realidad.

—¡Tú, el de ahí! —El enano se acercó a él. Para ser un habitante de las colinas, Arack era un tipo sorprendentemente magro, como un pequeño gato. Conocedor de la fortaleza de los de su raza, Arryl se preguntó si lograría vencer al enano en un combate. Uno no se ganaba autoridad en un estadio sin proezas que le respaldaran—, ¿Quién eres tú?

—Soy Arryl Tremaine.

—El caballero. —El enano lo examinó, deteniéndose a cierta distancia para mirar el largo y bien cuidado bigotesolámnico—. Estás en buena forma. El último de los tuyos que vi parecía más un mercader que un luchador. Redondo como un barril.

Raag se echó a reír. Arryl guardó silencio, adivinando que la intención del enano era provocarlo para que luchara.

—Según tengo entendido, vapuleaste a un par de guardias de la ciudad —continuó Arack

—Hice lo que creía que era correcto. No sabía que fueran guardias —replicó Arryl con severidad. El enano resopló desdeñoso.

—Sí, eso es lo que dicen todos. —Arack se volvió a los demás prisioneros y señaló a Tremaine—. ¿Veis a este hombre? Luchó contra los guardias de la ciudad y derrotó a los dos... ¡y sin otras armas que sus propias manos!

Se produjo un sutil movimiento de separación alrededor del caballero, como si alguien que se hubiese enfrentado a la guardia estuviera mancillado.

—¿Qué arma manejas mejor? —preguntó el enano, volviendo a lo que le interesaba. Sus ojos chispeaban con algún plan. Arryl tuvo la inquietante sensación de que ese plan tenía que ver con él.

—La espada.

—Especifica. ¿Qué tipo de espada?

—Espada ancha. Y la corta. —Tremaine decidió no decirle nada más.

Arack reflexionó con actitud pensativa mientras se rascaba la mejilla.

—Bien. Entonces irás al grupo de Nelk

—No lucharé. No formaré parte de este ritual bárbaro. ¡Este sitio, estos Juegos, son una afrenta!

—¡Irás al grupo de Nelk, sea lo que sea lo que termines haciendo!

Aquello ponía fin a la discusión, en cuanto a Arack se refería. Se alejó del caballero y se detuvo ante el semielfo, que observaba de reojo al solámnico.

Arryl comprendía que seguir discutiendo ahora sería una pérdida de tiempo. Guardó silencio y enfocó su mente en otros asuntos. Se preguntó qué pensaría

maese Brek al ver que no regresaba. Se le ocurrió que quizás el posadero sabía exactamente lo que le había pasado y que tal vez tenía algo que ver en ello.

La pelea... cerca de la posada... No, Arryl no podía creer que alguien fuera capaz de hacer algo tan monstruoso, ni siquiera el hermano Gurim.

« ¡Mi armadura! » Arryl estaba horrorizado de que hubiesen pasado tantas horas sin acordarse de la armadura transmitida desde su abuelo.

— ¡Maestro Arack! —llamó. El enano le echó una ojeada por encima del hombro.

— ¿Qué quieres, señor caballero? —preguntó con sorna.

— ¡Mi armadura! ¿Qué ha sido de ella?

— La guardia te la devolverá, si se decide que la laves en la arena. ¡Y ahora, vuelve a tu sitio!

Entonces, la guardia tenía sus pertenencias. Arryl estaba muy preocupado por la armadura. Los que lo habían visto entrar en Istar vistiendo una armadura completa, tal vez creyeron que era un caballero elegante y rico, pero la verdad era que, aun cuando la Casa Tremaine no estaba en la pobreza, había aprendido a ser frugal, como muchos de los de su clase. Arryl había tenido suerte de que la armadura de su abuelo le hubiese servido llevando a cabo muy pocos arreglos, y también de que llevara el símbolo de la Orden a la que el joven Tremaine había aspirado a pertenecer siempre. En las familias solámnicas se tenía por costumbre guardar una armadura, mientras estuviera en buen uso, hasta que llegara el momento en que otro miembro de la casa pudiera utilizarla por ser de su talla.

Naturalmente, cuando no encajaba, entonces había que encargar una nueva. Algunos caballeros lo preferían, pero Arryl consideraba un honor vestir la que había pertenecido a un honorable antepasado.

Ahora no podía hacer nada al respecto, salvo confiar en que ningún miembro de la guardia encaprichara con ella.

El rostro malicioso de Raag apareció frente a él. El aliento unción del ogro golpeó a Arryl como una bofetada.

— ¡Caballero! —Raag esbozó una mueca que dejó al descubierto unos dientes afilados y amarillentos—. Tú venir.

— ¡Llévate también a estos dos —dijo Arack, señalando con el pulgar al semielfo y al muchacho de aspecto desconcertado, que vestía unas ropas amplias y de abigarrados colores que eran habituales en los campesinos de los pueblos del lejano suroeste de Istar. Arryl recordó haber oído que los habitantes de aquella zona tenían unas costumbres muy relajadas en cuanto al culto de los dioses. Incluso se comentaba que veneraban a los dioses de la Neutralidad, a despecho de los esfuerzos del Príncipe de los Sacerdotes por erradicar dicha práctica. El caballero se preguntó qué clase de crimen habría merecido que un simple muchacho, quien no debía de sobrepasar los catorce años, fuera condenado al estadio, y cómo esperaban que un chico torpe y desgarrado tomara parte en los

Juegos.

En esta época, los Juegos consistían en combates de verdad y en combates de torneo, con más abundancia de los primeros que de los segundos. La diferencia entre los dos era que los combates «de verdad» significaban por lo general «muerte de verdad» también. Los torneos se celebraban entre gladiadores de extraordinaria destreza, que eran demasiado valiosos para malgastar sus vidas, y la lucha terminaba generalmente cuando uno de los combatientes era desarmado. Ninguno de los prisioneros estaba destinado a formar parte de dichos torneos. Los Juegos en los que Arryl y sus compañeros tenían que participar serían muy, muy reales.

Raag los condujo al interior del estadio y a la arena. El ruido del entrecuchar de las armas era casi ensordecedor. Un grupo de luchadores, obviamente gladiadores veteranos, formaban un círculo y animaban con sus gritos a dos combatientes. Los ruidos de la batalla provocaron una sensación excitante en Arryl. Estiró el cuello para atisbar algo. Resultaba evidente por la frecuencia de los golpes que eran dos oponentes que no sólo luchaban con velocidad, sino con destreza.

A despecho del ruido, alguien advirtió la proximidad de Raag. Al parecer, convenía reparar en su presencia antes de convertirse en un obstáculo temporal en su camino.

Los gladiadores abrieron un paso para el ogro que se acercaba. Arryl hizo un rápido examen de los hombres: todos luchadores endurecidos, pero carentes de la gracia y elegancia de un caballero. De no existir el estadio, muchos de ellos habrían acabado como mercenarios o salteadores de caminos. Probablemente más de uno habría sido una o las dos cosas durante el transcurso de su vida.

Raag, brusco como siempre, se volvió hacia Arryl y señaló al combatiente de la izquierda.

—Nelk Arack dice que luches con Nelk.

Arryl estaba pasmado. Nelk era un elfo.

Un elfo manco. Arryl se preguntó qué clase de elfo haría de la muerte su profesión, y dedujo que debía de ser un elfo oscuro, uno de los desterrados de la sociedad elfa.

Tremaine lo estudió con atención. No parecía diferente de los pocos elfos que el caballero había visto, salvo por una mueca sarcástica de la boca que le afeaba los rasgos elegantes y delicados, como si Nelk —ése no podía ser su verdadero nombre— hubiese visto demasiado mundo y no lo hubiese encontrado de su agrado. Pero manejaba una maza con la habilidad de un maestro solámnico, destreza, por otro lado, necesaria, ya que al elfo le faltaba el antebrazo derecho y por lo tanto no podía utilizar escudo. Su gracia y agilidad innatas también lo ayudaban a compensar su minusvalía física.

El adversario de Nelk era un humano, un hombre delgado de cabello castaño

que no sólo tenía apariencia de serpiente, sino que también se movía como tal. Luchaba con espada y Arryl, que sintió una inmediata antipatía por el serpentino individuo, tuvo que admitir de mala gana que era muy diestro en su manejo.

Era un duelo extraño, maza contra espada. Ambos hombres estaban al día en su práctica y resultaba evidente que eran maestros. Observar a los dos expertos luchadores en acción hizo que Arryl olvidara sus preocupaciones. Aunque Nelk tenía sólo un brazo, la maza que manejaba medía casi noventa centímetros. Se movía con una rapidez que pocos humanos podían igualar. Su adversario, más pesado, compensaba la carencia de la agilidad elfa utilizando espada y escudo como muy pocos caballeros sabrían hacerlo.

Idas armas chocaban de manera constante, sin darse un respiro. Cada vez que parecía que uno de los combatientes iba a romper las defensas del otro, un contraataque volvía a nivelar las fuerzas.

Entonces, Arryl vio que el humano cometía un error. Al extender demasiado el brazo izquierdo, dejó el costado desprotegido. Era un error leve, pero un maestro como Nelk debería ser capaz de sacar provecho de ello con facilidad.

Sin embargo, Nelk hizo caso omiso. La brecha en la defensa del humano desapareció de inmediato. De nuevo, ambos estuvieron en igualdad.

—¡Detente, Sylverlin! —El elfo retrocedió, sin bajar la guardia.

Su serpentino oponente hizo otro tanto. Los dos hombres se hicieron un saludo y después esbozaron una torva sonrisa. La respiración de Nelk era normal, sin el menor asomo de alteración; su adversario humano parecía estar sólo un poco agitado por el extenuante ejercicio. Arryl aplaudió para sus adentros la destreza de ambos contrincantes.

El elfo se volvió y miró a los recién llegados. El resto de los gladiadores se dispersó mientras Nelk se acercaba para inspeccionar el pequeño grupo que Raag le traía.

—¿Y éstos? —preguntó.

—Orden de Arack—fue todo cuanto comentó el ogro.

—Míos, entonces. —El elfo examinó al trío de prisioneros. Pareció encontrar divertido al chico, y miró con desdén al semielfo. La mayoría de los elfos, incluso los elfos oscuros, consideran a los mestizos como seres inferiores a cualquiera de las dos razas que los ha engendrado. Nelk se detuvo al llegar frente a Arryl—. Veo que eres guerrero.

—Solámnico —indicó Raag.

—Ah. El caballero —dijo Sylverlin, que se acercaba a ellos.

Los dos instructores contemplaron con interés a Tremaine. Éste adoptó una postura más erguida.

—No lucharé en vuestros Juegos —anunció.

—¿Ah, no? —Nelk se encogió de hombros— Lo veremos. Arack te ha puesto bajo mi mando y eso es lo único que cuenta.

—¿Eres demasiado importante para nosotros? —siseó Sylverlin. Incluso su voz era de serpiente.

—Arack espera —gruñó Raag.

Satisfecho de que Nelk tuviera ahora a su cargo a los tres prisioneros, el ogro giró sobre sus talones y se marchó sin decir una palabra más. Nelk lo observó mientras se alejaba, como si evaluara cada uno de sus movimientos.

—Todavía te derrotaría, mi buen amigo —comentó Sylverlin con tono indiferente—. Cuando llega el momento, la cabeza le funciona con rapidez, por no mencionar que su piel es tan dura como un pectoral.

—Conozco muy bien cuáles son mis limitaciones y las tuyas, Sylverlin. Más vale que te preocupes por las tuyas. Si hubiésemos estado luchando a muerte, te habría aplastado las costillas después de tu última estrategia.

—¿Te refieres a la brecha que dejé? No era un error, mi buen amigo. —El hombre hizo una burlona reverencia a Arryl y después se marchó en dirección contraria a la tomada por Raag.

—Sabía que no era un error —comentó el elfo con una sonrisa torcida, y en tono lo bastante alto para que lo escuchara el caballero—. ¿Por qué si no iba a pasarlo por alto? —Los ojos rasgados del Nelk se volvieron hacia Arryl—. En cuanto a ti, humano, lucharás. Y lucharás por la sencilla razón de que si no lo haces, morirás. Tú... y otros por tu causa. —Su mirada fue, como por casualidad, al semielfo y al muchacho—. Pero ahora, deberías comer algo, creo. Hoy vas a necesitar de toda tu fuerza. Eso tenlo por seguro. Ve con ellos.

Señaló a varios gladiadores que lanzaban miradas maliciosas a los recién llegados y hacían comentarios groseros sobre « últimas comidas ». Arryl se puso tenso y su mano buscó una espada que no pendía a su costado. Nelk se echó a reír y se alejó sin prisa.

El semielfo se acercó a Arryl.

—Nos matarán aquí mismo si causas problemas ahora —Susurró—. ¡Es mejor conservar la vida y esperar una ocasión mejor, humano!

De mala gana, Tremaine se contuvo y empezó a caminar. Las palabras del semielfo tenían sentido, pero se preguntó cuándo se presentaría esa ocasión mejor. Escapar parecía imposible. El estadio estaba bien protegido; había arqueros y centinelas apostados por todas partes.

El semielfo dio un respingo que hizo a Arryl alzar la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡El inquisidor mayor se encuentra en las gradas con los maestros del estadio! —Musitó su compañero—. ¡Ruega que no seamos nosotros la causa por la que está aquí! ¡En tal caso, nuestras posibilidades de sobrevivir pasarán de ser escasas a nulas!

Siguiendo la dirección de los ojos del otro prisionero, el caballero divisó a un hombre que había estado presenciando el combate entre Nelk y Sylverlin desde

las gradas.

¡El hermano Gurim!

Arryl tropezó y estuvo a punto de irse de bruces. Su mirada se quedó prendida en los ojos de rata del clérigo. Ahora estaba seguro. Había entrado en una pesadilla instigada por el sacerdote de manos enguantadas.

¿Realmente era esto en lo que se había convertido Istar?

Sylverlin condujo a Arryl a la arena después de comer y le entregó una espada. El caballero la tiró a los pies del hombre. Sylverlin le ordenó que la recogiera. Arryl le dijo lo mismo que le había dicho al elfo antes:

—No lucharé.

Tremaine esperaba que lo golpearan o lo torturaran. Sylverlin apretó los puños, como si lo regocijara tal idea.

—Déjalo en paz—ordenó Nelk. Hizo que Arryl se apartara a un lado y llevó al semielfo y al muchacho a un variopinto grupo de desdichados.

Sylverlin frunció el entrecejo, evidentemente decepcionado; no obstante, obedeció a Nelk, aunque le lanzó una mirada enconada que el elfo pasó por alto. La espada quedó tirada a los pies del caballero, como si se tratara de alguna clase de reto. Arryl se cruzó de brazos y permaneció inmóvil el resto de la tarde.

Al final de la jornada, pensó otra vez que lo castigarían. Nelk le ordenó ponerse en la fila con los otros. Eso fue todo. Ni la menor mención de castigo. Sylverlin se unió a Nelk; los dos parecían estar tan ligadas como dos ramas del mismo árbol. Marcharon juntos, como si ahora fueran los mejores amigos.

Durante la cena, el semielfo se sentó al lado de Arryl. Nadie más se puso cerca de ellos. Los otros hombres, tanto los gladiadores veteranos como los recién llegados, no estaban dispuestos a sentarse junto al guerrero solámnico que había luchado con la guardia de la ciudad ni con el semielfo cuyo crimen era el hecho de existir. El único que parecía tener ganas de unirse a ellos era el muchacho campesino, que también estaba solo. Dirigió a ambos una sonrisa nerviosa y tímida, esperando, sin duda, a que lo invitaran a reunirse con ellos. Tremaine iba a hacerle una seña, pero su compañero sacudió la cabeza.

—Me gustaría hablar contigo a solas. Me llamo Balsar Hermano del Sol—dijo el semielfo en voz baja. Era de tez atezada y su herencia mestiza le daba exotismo a sus rasgos. Un suave vello facial testimoniaba que su mitad humana tenía cierta predominancia—. ¿Cuál es tu nombre?

Tremaine vaciló. Aunque Solamnia se había creado basándose en los principios de justicia e igualdad, los mestizos como Balsar Hermano del Sol no eran bien aceptados por la sociedad. Tal vez su propia situación desesperada hizo más tolerante al caballero.

—Soy Arryl Tremaine.

—Al parecer, los dos somos unos proscritos.—Balsar señaló los bancos vacíos a su alrededor—. No pareces la clase de persona que venga a parar aquí.

Eres un Caballero de Solamnia, ¿verdad?

—Caballero de la Orden de la Espada.

—Lo suponía. —Balsar echó una ojeada furtiva en derredor, como si temiera que hubiese alguien espionando su conversación—. No tienes que contármelo si no quieres, pero me gustaría saber la razón por la que estás aquí.

—No he cometido ningún delito. Salí en ayuda de un hombre al que estaban dando una paliza. No sabía que esos matones que lo golpeaban fueran de la guardia de la ciudad.

El semielfo esbozó una sonrisa amarga.

—Aquí, eso es delito suficiente, dependiendo de las circunstancias. Cuéntamelo.

Arryl relató lo ocurrido sin omitir nada. Después de veinticuatro horas sin que nadie quisiera escuchar su versión, le resultaba grato encontrar un oyente comprensible. Balsar Hermano del Sol escuchó y a medida que avanzaba el relato su expresión fue tornándose sombría y amargada.

—Qué suerte tengo. Siempre me alió con quienes despiertan la ira de los poderosos. —El semielfo probó su cena e hizo una mueca de asco, pero se lo tragó a pesar de todo. La comida del estadio estaba concebida con el propósito de mantener en forma a los hombres para la lucha; el sabor no era un punto primordial—. Has hecho que los inquisidores se fijen en ti. Peor aún, has despertado la ira del hermano Gurim.

—¿Pero qué le he hecho a ese hombre?

—¿Que qué le has hecho? Puede ser un sinnúmero de cosas. —Balsar hurgó las gachas con el dedo. Cuando lo sacó de la pasta, el agujero que había hecho no se llenó— Lo peor del estadio no es la posibilidad de morir en la arena, sino la comida.

Arryl no sonrió por el comentario. El semielfo se encogió de hombros.

—Hay algo que tienes que entender, Tremaine. En Istar, la iglesia es la ley. Y, entre los clérigos, los inquisidores son la justicia, los que definen los preceptos del Príncipe de los Sacerdotes y cómo afectan a los ciudadanos.

—Ojalá estuvieran tan interesados en los preceptos de Paladine como lo están por los del Príncipe de los Sacerdotes —dijo Arryl con severidad.

Balsar abrió los ojos de par en par y luego movió la cabeza en un gesto de entendimiento.

—Vosotros, los caballeros, sois muy firmes en vuestra fe. Por no mencionar que no andáis remisos a la hora de expresarlo en voz alta. Te has explayado a ese respecto durante los últimos días, ¿verdad?

—¿Y qué, si ha sido así? Estoy en mi derecho...

—En Solamnia, estarías en tu derecho, pero no aquí... —Balsar sacudió la cabeza—. Istar es otro cantar. Un Caballero de Solamnia, uno de los legendarios guerreros de la justicia y el bien, entra en la ciudad santa y descubre que no es

tan santa. No me extraña que hayas incurrido en la cólera del hermano Gurim. Para él, eres una amenaza para el orden.

—¿Por expresar mi opinión? —Arryl reparó en que había levantado la voz. Miró alrededor, pero todos los demás ponían un gran empeño en disimular que no lo habían oído—. Soy sólo un hombre. ¿Qué amenaza podría representar?

El semielfo gruñó y empezó a comer las gachas otra vez.

—Has venido a un lugar visitado por muy pocos de los tuyos —susurró—. Y, de inmediato, has empezado a poner en tela de juicio la actuación del clero. Desde hace mucho tiempo, los que rigen Istar ven en las Ordenes Solámnicas a unos rivales que envidian el poder y la riqueza de la iglesia.

Tremaine recordó lo que el hermano Gurim había dicho en la posada: « Rezo porque llegue el día en que vuestra Orden ocupe de nuevo el lugar que le corresponde, como el brazo armado de Su Reverencia... » .

—El hermano Gurim puede incluso sospechar que esto es un complot de vuestra hermandad para socavar la autoridad de Su Reverencia. Ello es suficiente por sí solo para ordenar tu ejecución —añadió el semielfo.

Era una idea tan absurda que Arryl no pudo tomarla en serio. Decidió que había llegado el momento de dar otro derrotero a la conversación.

—¿Y tú, Balsar Hermano del Sol? ¿Qué mal has hecho para ser sentenciado a los Juegos?

Tremaine imaginaba un delito común, como un robo, pero el semielfo se encogió de hombros y dijo:

—Soy mestizo.

—Pero eso no es un crimen.

—Bienvenido a Istar, señor caballero. —El semielfo puso de nuevo su atención en las nada apetitosas gachas.

Amaneció otro día. Arryl rehusó coger la espada que Sylverlin le tendía. El gladiador le lanzó pullas, se mofó de él, lo insultó, pero el caballero no se dio por aludido.

Nelk observaba en silencio.

Sylverlin empujó a Tremaine un par de veces, pero sin hacerle daño. El caballero se preguntó qué tramaba Nelk.

Habría sido muy sencillo ejecutarlo, pero al parecer alguien deseaba algo más. Alguien quería que luchara en la arena. Arryl creyó entenderlo. Si cedía, para el inquisidor sería una victoria tan grande como si lo hubiese derrotado y le hubiese dado muerte en combate. Significaría que Gurim había quebrantado la voluntad del caballero, y podría afirmar que era débil.

Arryl estaba decidido a no doblegarse al arbitrio del inquisidor mayor.

Por último, Nelk mandó a Sylverlin que entrenara a otros gladiadores en el manejo de la espada. El hombre de aspecto de serpiente les enseñó cómo simular que golpeaban a un adversario. Ninguno de los gladiadores veteranos

quería morir o matar a uno de sus compañeros de manera accidental durante un torneo. Los prisioneros, por supuesto, no tenían opción. Su única esperanza era sobrevivir el tiempo suficiente para ganarse la libertad o recibir la oferta de ocupar un puesto en los combates de torneo.

—Esta actitud no te beneficia en nada, solámnico —dijo Nelk, echando una ojeada a la espada.

—No lucharé. Ejecútame si quieres, pero no actuaré en contra del Código y la Medida combatiendo para divertir a otros.

El elfo se echó a reír.

—¿Te enseñaron a ser tan arrogante en la Orden, o es algo innato en ti? —Arryl rehusó responder. El elfo se acercó más a él y bajó la voz—. ¡Lucharás en los Juegos, caballero! ¡Oyeme bien! Confiaba en que no me obligaras a llegar a esto, pero quiero que sepas que...

—¡Nelk! —Llamó Sylverlin—. ¡Espectadores!

Señaló hacia la derecha con la punta de la espada. El hermano Gurim se encontraba otra vez en las gradas. La capucha ocultaba sus desagradables rasgos, pero Arryl lo reconoció por los guantes. El clérigo llamó con un ademán a Nelk.

El elfo manco lanzó una mirada larga e intensa al caballero.

—¡Puede que hayas echado a perder tu última oportunidad, estúpido humano! —susurró.

Nelk y Sylverlin fueron a hablar con el hermano Gurim. Apenas se habían alejado cuando Balsar Hermano del Sol y el muchacho, cargados con armamento suficiente para equipar a una legión, se reunieron con el caballero. El chico esbozó una tímida sonrisa, y Tremaine lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¿Qué quería de ti el Maldito? —preguntó Balsar.

—¿El Maldito? —repitió Arryl con el entrecejo fruncido.

—No sabes lo que «Nelk» significa en elfo, ¿verdad? No importa. ¿Te amenazó con una paliza?

—No, en absoluto, pero creo que va a pasar algo muy pronto.

—Y tú no harás nada por impedirlo. —El semielfo sacudió la cabeza—. Aceptarás su castigo... o el hacha, si deciden que no merece la pena gastar tiempo contigo. Atiende mis palabras, Tremaine. El hermano Gurim te ha dejado vivir este tiempo por alguna razón. Tiene fama de jugar con sus víctimas.

—¿De verdad es tan malvado? —preguntó el chico con timidez. Era la primera vez que Arryl lo oía hablar—, ¡Pero si es un clérigo!

—Sí, ¿y qué? —instó con rabia Balsar Hermano del Sol.

—No lo asustes sin necesidad —advirtió el caballero.

—¡Tú, mestizo! —Uno de los gladiadores de confianza de Sylverlin golpeó a Balsar en la cabeza—. ¡A los guardias no les gustan las conversaciones en voz baja! Vamos, muévete. ¡Arack contará todas esas armas antes de dejarte salir

del almacén!

Balsar Hermano del Sol se tambaleó por el golpe, hizo una mueca y echó a andar, con su joven compañero esforzándose para no quedarse atrás. Tremaine reflexionó acerca de la advertencia del semielfo, pero continuó inmóvil. Podía y debía resistir, fuera cual fuera el castigo que Nelk, o más probablemente Sylverlin, decidiera infligirle.

Arryl miró con fijeza al clérigo, en un intento de lograr fuerza de voluntad que los ojos del hombre se encontraran con los suyos. No obstante, Gurim no volvió la vista hacia él ni una sola vez. El inquisidor sabía que el caballero lo estaba observando y hacía caso omiso de manera deliberada. Arryl sintió crecer su cólera. El clérigo lo estaba incitando, y su estrategia estaba dando resultado.

La conversación entre los gladiadores y el clérigo fue breve, lo que podía ser tanto bueno como malo. Nelk y Sylverlin volvieron a la arena. El hermano Gurim, acompañado por los dos corpulentos acólitos que parecían su sombra, abandonó el estadio. El semblante de Nelk tenía una estudiada expresión de indiferencia. Sylverlin lanzó a Arryl una sonrisa serpentina.

Nelk no volvió a dirigir la palabra al caballero ese día. Nadie habló con Tremaine ni le pidió que cogiera la espada. Era evidente que se había tomado una decisión, y los instructores se limitaban a esperar a que llegara el momento oportuno para llevarla a cabo.

Aquella noche, Arryl Tremaine se puso en paz con Paladine. No esperaba llegar vivo al final del día siguiente.

Arryl estaba convencido de la suerte que le aguardaba cuando se formaron los grupos. El semielfo, el chico y la mayor parte de los gladiadores veteranos fueron enviados al extremo opuesto de la arena a fin de iniciar una serie de combates de prácticas. Nelk, Arryl y un grupo mucho más reducido pero seleccionado, permanecieron en el mismo lugar donde el caballero había estado el día anterior. Nelk aleccionaba al grupo en el modo de utilizar la maza contra una espada. Parecía preocupado. Tremaine dedujo que algo mucho más importante que la instrucción ocupaba la mente del elfo.

Nelk no le prestó atención a Arryl, salvo para decirle dónde debía quedarse. Desde su posición, el caballero podía ver con claridad el palco reservado para las contadas ocasiones en que el Príncipe de los Sacerdotes acudía a los Juegos, pero Balsar le había dicho que otros clérigos de alto rango lo ocupaban con frecuencia.

Por consiguiente, no se sorprendió demasiado cuando el hermano Gurim y sus dos acólitos entraron en el palco un par de horas después de iniciarse los entrenamientos.

El inquisidor mayor se sentó en el centro del reservado y contempló las prácticas con expresión de aburrimiento. Llevaba retirada la capucha y, tal como el día anterior, parecía no prestar la menor atención a Arryl. El clérigo observaba con atención al grupo de Sylverlin.

Nelk ordenó a uno de sus subordinados que lo reemplazara. Sus ojos fueron veloces hacia el hermano Gurim y después a Arryl. El elfo manco, con la maza todavía empuñada, caminó despacio hacia el caballero.

—Traté de advertirte —dijo Nelk en voz baja—. Él sabía desde el principio que no serviría de nada amenazarte con la muerte, pero disfruta con sus propios juegos casi tanto como con los de la arena.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Tremaine con brusquedad, seguro de que se trataba de una estratagema.

—De un modo u otro, conseguiré que hagas lo que quiere, sin que importe cuántas vidas cueste. —Su mirada fue hacia Sylverlin.

Arryl lo entendió y el miedo le atenazó el corazón. Observó al numeroso grupo situado al otro extremo de la arena. Los gladiadores se apiñaban en torno a un cuerpo tendido en el suelo.

—A veces, algunos no logran llegar a los Juegos —dijo Nelk

« ¡El chico! », fue el primer pensamiento de Arryl.

—¡Bendito sea Paladine! —El caballero intentó echar a correr, pero el elfo le puso la zancadilla.

Cuando Arryl trató de incorporarse, Nelk apoyó contra su garganta el extremo ganchudo y dentado de su maza.

—Ya es demasiado tarde, señor caballero. Lo era incluso cuando empecé a hablar. —Nelk retrocedió un paso y permitió que Arryl se levantara. Varios gladiadores del grupo de Sylverlin se dirigían hacia ellos, llevando una forma inerme.

—Se ha producido otro accidente de prácticas —gritó Sylverlin con voz jovial.

La víctima no era, en contra de los temores de Arryl, el muchacho.

—Balsar Hermano del Sol —musitó el caballero. Una lona desgastada y sucia cubría en parte el cuerpo del semielfo, pero la sangre ya empezaba a empaparla. Arryl dedujo que Balsar había muerto de manera instantánea.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Nelk

¿Qué es lo que ocurre siempre? —Replicó el gladiador que iba a la cabeza, un hombretón grande como un oso, con el rostro y los brazos llenos de cicatrices—. ¡Se arrojó prácticamente sobre la espada! ¡Se le advirtió del peligro de moverse así, pero no hizo caso! El maestro Sylverlin no pudo evitar traspasarlo de parte a parte —añadió el gigantón, por si acaso.

¡Sylverlin!

Como por casualidad, la punta de la maza de Nelk se posó sobre el hombro de Arryl. El caballero captó la indirecta y observó con impotente furia cómo los gladiadores sacaban el cadáver de la arena. Los ojos de Tremaine fueron hacia el asiento del inquisidor mayor. Por primera vez, el hermano Gurim le devolvió la mirada.

—Los accidentes pueden ocurrir en cualquier momento —comentó Nelk con tono despreocupado—. Sobre todo a los que no están acostumbrados al manejo de armas. Por ejemplo, ese chico...

Tremaine se volvió hacia el elfo bruscamente.

—¡No harías tal atrocidad!

—El sí —contestó Nelk, mientras señalaba al hermano Gurim—, ¿Serás capaz de cruzarte de brazos mientras otros mueren por tu obstinación?

El Código y la Medida de los caballeros decía lo contrario. Permitir que otros murieran en su lugar sería equivalente a un comportamiento cobarde.

—El chico puede salvarse —dijo Nelk con suavidad—. Es a ti a quien quiere el hermano Gurim, no a él.

Sí, para demostrar que un clérigo podía hacer que un Caballero de Solamnia cediera a sus principios. Para hacer que un caballero se doblegara a la voluntad del clérigo. El semblante del hermano Gurim era impasible, pero no sus ojos. El inquisidor ordenaría la muerte del muchacho si Arryl rechazaba sus exigencias. Arryl se volvió hacia Nelk

—¿Qué le ocurrirá al chico? —preguntó.

—Se descubrirá que ha habido un error. Debería haber sido enviado a trabajar limpiando los suelos del templo durante un mes a fin de cumplir su sentencia. Estas equivocaciones ocurren a veces. —Nelk se encogió de hombros—. Hay ocasiones en que tales fallos se rectifican, y otras no.

« ¡La sagrada Istar! », pensó Arryl con amargura. No tenía opción. El Código y la Medida exigían que protegiera a los inocentes de cualquier daño.

—Acepto, siempre y cuando tú personalmente me garantices la vida del muchacho.

—Empeño mi palabra en ello. Tú no has tratado con las excentricidades del inquisidor como lo he hecho yo, Estará satisfecho de perdonar la vida del chico, aunque sólo sea para demostrar lo benévolo que es.

Cosa extraña, en los ojos del elfo se advertía alivio, noto el caballero. Nelk levantó la maza de su hombro y, dándole media vuelta, apoyó la punta en la tierra.

Aquel gesto era una señal, la señal de la derrota de Arryl.

En el momento en que la maza tocó el suelo, el inquisidor se incorporó y abandonó el estadio. No se demoró, no lanzó una última ojeada. El hermano Gurim había visto a su adversario doblar la rodilla y eso era todo cuanto quería. Por ahora. El elfo manco sonrió.

—Recoge tu espada y únete a nosotros. Quiero ver qué puedes hacer con un arma.

Tremaine se agachó y aferró la espada que le habían ofrecido día tras día. « Sí, veréis lo que soy capaz de hacer con un arma », juró para sus adentros. Se había visto obligado a tomar esta decisión, pero, ahora que lo había hecho, no

tenía intención de retroceder. Los gladiadores comprobarían qué significaba enfrentarse a un verdadero caballero.

El hermano Gurim vería lo que significaba en realidad ser un Caballero de Solamnia.

Nelk se aseguró de que Arryl estuviera presente cuando la guardia de la ciudad se llevó al muchacho del estadio. Le llevó un buen rato a uno de los guardias explicar a encolerizado Arack que se había cometido una equivocación. Evidentemente, al enano no le gustaban los errores. Descargó su furia en el desdichado comandante de los soldados con unas palabras tan demoledoras como sus puños. Tremaine comprendió que la ira de Arack era verdadera. Ello contribuyó a convencer al caballero de que el chico recibiría sin duda un castigo más leve.

—Te di mi palabra —dijo Nelk.

Fue ese mismo día, poco después del traslado del muchacho, cuando el maestro instructor de espada lanzó su reto al caballero. Observó el combate de entrenamiento el elfo y Arryl con avidez y envidia. No los interrumpió, sino que aguardó paciente a pocos pasos. Por fin Nelk hizo un alto.

—¿Qué quieres, Sylverlin?

La punta la espada del serpentino humano señaló al caballero.

—A él. Necesito comprobar si estará listo para los Juegos. —Arryl adelantó un paso, todavía acalorado por la muerte del semielfo, Nelk se apresuró a interponerse entre los \*\*\*.

—Lo estará. Yo me ocupo de ello.

—¿Tú? —Sylverlin frunció el entrecejo—. Te equivocas, amigo Nelk. Este pertenece a mi grupo.

—Eres tú quien se equivoca, amigo Sylverlin.

El humano miró de soslayo al cauteloso caballero.

—Qué pena —dijo, mientras se encogía de hombros—. Confiaba en que nuestras espadas se cruzaran. No tendré esa suerte. Habrás muerto antes de que se me presente la ocasión.

Arryl iba replicar, pero Nelk fue más rápido. Hizo girar su maza y apartó a un lado el arma del espadachín.

—No desees el mal para otros, Sylverlin. Los dioses tienen la costumbre de volver esos deseos en contra de quien los formula.

El serpentino guerrero se echó a reír, hizo una burlona reverencia al caballero y se alejó sin pronunciar otra palabra. Arryl apenas podía reprimir el deseo de cargar contra él.

—Te tiene entre ceja y ceja. Esto lo cambia todo —masculló el elfo.

Tremaine estudió los rasgos de Nelk, y tuvo un mal presagio al reparar en la expresión sombría de su compañero.

—¿A qué te refieres?

—Sylverlin nunca ha demostrado interés por aquellos a los que elijo para luchar conmigo. Pero tú, caballero, eres algo especial para él. Odia y siempre ha odiado a los tuyos. Mató muy deprisa al último caballero. Algunos comentan que es uno de los vuestros, expulsado de la Orden. ¿Quién sabe? El único hombre con quien ansia combatir más que contigo, soy yo, y eso le está prohibido. Sylverlin nunca discute las órdenes del hermano Gurim.

Arryl estaba sorprendido.

—¿Voy a luchar contigo en la arena?

—¡Tienes que luchar conmigo, humano! —Nelk hizo una pausa y después añadió en un susurro—: No podía salvar al semielfo, pero quizás esté en mi mano salvarte a ti, Caballero de Solamnia.

Al principio, Arryl pensó que no había oído bien. Nelk hizo un gesto con la cabeza apenas perceptible.

—Puedo salvarte de la arena, Arryl Tremaine, al igual que he salvado a otros. No sería el primero.

Tremaine había soportado suficientes traiciones. Se apartó del elfo.

—¡No caeré en más trampas tendidas por el hermano Gurim! Entrégame a Sylverlin. ¡Al menos, él no pretende ser distinto de cómo es en realidad! ¡Tiene una deuda pendiente conmigo por la muerte de Balsar Hermano del Sol!

—¡No es ninguna trampa! ¡He salvado a otros y, si hubiese estado en mi mano, habría salvado incluso al mestizo! ¡Escúchame bien, pues dudo que tengamos mucho tiempo más para hablar! Hay un modo de que escapes de la arena y de Istar. ¡Pero para que tenga éxito has de confiar plenamente en mí!

—¿Por qué habría de hacerlo? —dijo Arryl con sorna.

Nelk tiró la maza y agarró la espada del caballero por el cortante filo de la hoja.

—¿Estás loco? —Arryl apartó con premura el arma, pero la sangre manaba ya de la herida abierta en la palma del elfo.

—Observa —instó Nelk Cerró los ojos y musitó algo. Arryl sintió una vibración en el aire.

¡La herida del elfo empezó a curarse! Despacio al principio y después con incrementada rapidez, el profundo corte se cerró. Se formó una costra a lo largo de la herida, la cual también desapareció un segundo después. En un visto y no visto, todo cuanto quedó del corte fue una fina cicatriz; aun así, Nelk no había terminado todavía. Incluso la cicatriz se desvaneció, y la sangre que le manchaba la palma fue la única evidencia de la herida que se había infligido a sí mismo. Nelk se limpió la mano en la camisa.

—¡Eres un clérigo de Mishakal! —susurró Arryl, boquiabierto.

—Sirvo a la diosa, sí.

—Pero... el brazo que te falta...

—Decidí no curarme a fin de ocultar el hecho de que la diosa favorece

todavía a aquellos que le son devotos. Si hicieras que el hermano Gurim se autolesionase para comprobar si es capaz de sanarse, descubrirías que el inquisidor carece de la fe necesaria, o quizá sea su dios quien no tenía fe en él. — El elfo contempló con fijeza a su compañero—. ¿Me harás caso ahora? ¿Crearás en mí?

Tremaine bajó la espada.

—Si creyera que mi sentencia es justa, no te prestaría oídos. Pero en Istar no hay justicia. —Sacudió la cabeza—. Muy poca fe, aparte de la tuya. ¿Qué tengo que hacer?

—Sylverlin está ansioso por luchar contigo, pero he conseguido que se me conceda el derecho a enfrentarme a ti en la arena. Cuando empiece el combate abierto, debemos asegurarnos de que Sylverlin no se interpone entre nosotros. La lucha tiene que ser entre mi maza y tu espada. —Nelk sacudió la cabeza—. Hasta ahora, siempre he confiado en mi destreza, sin descubrir mis planes a aquellos a los que rescaté, por temor a que sintieran miedo y acabaran por traicionarme tanto a mí como a ellos mismos. Pero la situación con Sylverlin, y también tu valía como guerrero, han hecho necesario este cambio. Ahora me encuentro con que soy yo quien debe confiar en ti, caballero.

—¿Y qué pasa con Sylverlin? ¿No puede quedar sin castigo por lo que hizo!

—Deja al maestro de espada a mi cuidado. Se acerca el momento en que se producirá un choque entre él y yo. Puede llamarme amigo, pero no existe el menor afecto entre nosotros. Tal vez desees ahora su muerte, caballero, pero ten la seguridad de que tengo mayores y más importantes razones que tú para vengarme de él. Lo que debe importarnos más en este momento es asegurarnos de que sólo nosotros dos, y nadie más, nos enfrentamos en los Juegos. No debemos permitir que nadie se interponga entre ambos.

Arryl no estaba todavía conforme con dejar a Sylverlin en manos del elfo, pero Nelkera un clérigo..., un verdadero clérigo.

—Acataré tu decisión, pero dime: ¿por qué te arriesgas en este lugar? ¿Por qué lo haces?

El elfo reflexionó antes de responder al caballero.

—Porque hay que mantener el equilibrio... E Istar amenaza con incurrir en el error de inclinar la balanza demasiado hacia un lado.

—Está bien. Explicame tu plan. ¿Qué ocurrirá cuando nos enfrentemos en combate?

Nelk dio unos golpecitos en el pecho del caballero con el extremo de su maza.

—En ese momento, mientras la multitud y el hermano Gurim presencian la lucha, te mataré, señor caballero.

¡Qué ansiedad de contemplar sangre!

El día de los Juegos llegó pronto, aunque no tan pronto como Arryl hubiese deseado. El caballero se encontraba entre las filas de gladiadores que aguardaban

impacientes; sus ojos recorrieron el estadio abarrotado. Istar parecía estar hoy especialmente ansiosa de ver correr sangre. Tremaine había oído rumores de que él era la atracción principal. Se había corrido la voz de que había un Caballero de Solamnia entre los combatientes. A pesar de que su armadura seguía en poder de la guardia de la ciudad, no le cabía la menor duda de que la mayor parte de la muchedumbre lo había identificado entre los demás.

Frente a él se hallaban Nelk... y Sylverlin.

El palco del Príncipe de los Sacerdotes estaba abarrotado, pero, como era habitual, el sagrado monarca no se encontraba presente. El reservado acogía a un grupo de hombres ataviados con idénticas túnicas blancas y plateadas. Sentado en el centro, estaba el único que llevaba guantes: el hermano Gurim. Arryl no distinguía bien sus rasgos, pero supuso que el inquisidor mayor estaba sonriente. Para Gurim, todo marchaba a la perfección. Ese día marcaría un nuevo triunfo.

Arryl deseó arrastrar al falso clérigo a la arena y gritarle la verdad.

La parte del torneo ya había terminado. Sólo restaba el ilusivo combate final. Un combate sin normas en el que un hombre sólo podía confiar en sobrevivir hasta el límite de tiempo. Arryl oyó a algunos prisioneros maquinando desesperadamente para quedarse detrás, lejos del resto de los combatientes. Sus planes se vinieron abajo cuando Arack les informó que la irresolución no salvaría la vida a ninguno de los presentes. Los arqueros, situados en lo alto de las gradas, tenían orden de disparar contra cualquier gladiador que rehuyera la batalla. Los prisioneros tenían que luchar. Mientras lo hicieran, tenían una oportunidad. Arack puso énfasis en esto último, y los prisioneros se mostraron más esperanzados.

Arryl podría haberles dicho la verdad. Estaban condenados. La mayoría eran inexpertos luchadores, a pesar de los días de entrenamiento. Habían aprendido lo suficiente para tirar tajos y cuchilladas, pero los luchadores expertos eran pocos y estaban muy distanciados entre sí. Los maestros de los Juegos no querían que sus gladiadores escogidos murieran.

Arryl sabía lo que ocurriría, pues Nelk lo había puesto al corriente. Los luchadores expertos estaban identificados por los veteranos. Dos, incluso tres, combatirían con ellos, en tanto que el resto caería sobre los otros prisioneros. Daría la impresión de ser una lucha nivelada, pero la experiencia y la brutal destreza de los gladiadores cambiarían las tornas a su favor casi de inmediato. La multitud aclamaría, ya que la mayoría de sus favoritos vencería y nadie pensaría en los muertos, que, al fin y a la postre, eran criminales convictos.

Sylverlin sonreía expectante. Nelk miraba a Tremaine con una expresión casi indiferente. Iba armado con una maza de cadena de aspecto siniestro que le daba un alcance que casi duplicaba el de su otra arma. Tremaine estaba algo desconcertado por el cambio e intentó no pensar en lo que podría hacerle un golpe accidental. Para defenderse contaba con un escudo oxidado, su espada y su destreza.

Los cuernos emitieron su toque a muerto. Los gladiadores cargaron contra sus oponentes preestablecidos. Todos evitaron al caballero, enterados de que le estaba reservado a Nelk. Todos, salvo Sylverlin, que echó a correr en pos del elfo. Tremaine lanzó un grito de advertencia.

Nelk giró sobre sus talones. Sylverlin pasó a su lado como una centella, con la espada enarbolada.

—¡Eres mío, caballero! —siseó Sylverlin.

Tremaine hizo un movimiento en su dirección.

Nelk corrió hacia ellos, como si planeara unirse a Sylverlin en la lucha contra Arryl. La bola cubierta de pinchos de la maza del elfo se balanceó atrás y adelante, como un horrendo péndulo, y arañó la pierna de Sylverlin.

El maestro de espada aulló de dolor y cayó hecho un ovillo al suelo, ahora ensangrentado, de la arena.

—La diosa ha bendecido mi maza —dijo Nelk, sonriendo a Arryl, al tiempo que arremetía contra él y trazaba un arco mortífero con el arma.

El elfo manco se movía con más rapidez de lo que había imaginado el solámnico y lo golpeó con una precisión letal. Si no hubiera sido por la confianza que tenía en él, Arryl habría sospechado que Nelk trataba de matarlo de verdad.

Tremaine alzó su espada y arremetió, manteniendo a raya al otro, como habían planeado. Nelk hizo un gesto con la cabeza y, aprovechando que estaba de espaldas a la muchedumbre, le guiñó un ojo al caballero. Los dos giraron uno en torno al otro, amagando golpes, pero, en opinión de los espectadores, eran demasiado expertos para caer en semejantes artimañas. La multitud vitoreó.

De repente, como salido de la nada, Sylverlin apareció en escena. Se encaminó hacia Nelk con la espada enarbolada, dispuesto a ensartar al elfo por la espalda.

No había tiempo para advertir a Nelk y en cualquier caso tampoco lo oiría. El caballero arremetió hacia adelante. Nelk reaccionó a su ataque apartándose hacia un lado, sin haberse percatado todavía del verdadero peligro. El golpe de Sylverlin alcanzó al elfo en el hombro, pero el movimiento de Nelk dejó al gladiador humano a descubierto ante Tremaine.

El acero del caballero se hundió hasta la empuñadura en el estómago de Sylverlin. Arryl sacó la espada de un lirón. El gladiador se desplomó despacio al suelo.

Arryl sintió un ruido metálico a sus espaldas. Con un Resto maquinal, empezó a volverse, luchando contra el impulso de retroceder. Éste era el plan de Nelk.

Una gruesa cadena se enrolló en torno a su cuello. Arryl simuló debatirse para librarse del cerco, y entonces cayó en la cuenta de que Nelk no fingía, que intentaba matarlo de verdad.

La multitud había cesado de gritar y contenía el aliento, excitada.

—¡Sylverlin era para mí! —gritó el elfo en voz alta, y apreto aún más la

cadena.

« De nuevo mi confianza ha sido traicionada... y esta vez será fatal », pensó Tremaine.

Intentó levantar la espada y alcanzar con ella al elfo, pero carecía de las fuerzas necesarias. El arma escapó de sus dedos inertes. Trató de hablar, de maldecir a Nelk, de suplicar. De sus labios sólo salió un patético sonido ahogado. El moribundo caballero vio la figura blanca y plateada del inquisidor mayor incorporarse por la excitación.

La cadena aplastó la tráquea de Arryl. El dolor fue espantoso. Luchó por respirar, pero se ahogó en su propia sangre. Se le doblaron las piernas, y habría caído al suelo si la cruel cadena no lo hubiera sujetado de pie. Vio las gradas y después el cielo; se desplomó. Un fuego abrasador le quemó los ojos, los pulmones, el cerebro. Cuando las llamas se apagaron, todo fue oscuridad.

—Confía en mí —susurró una voz... y se echó a reír.

Cuando Arryl despertó, comprendió dos cosas.

La primera, que, a despecho de saber que había expirado, no estaba muerto.

La segunda, que estaba tendido boca arriba en un campo que debía de hallarse lejos del estadio, ya que no oía los gritos de la muchedumbre ni veía los altos muros del recinto.

Mareado y confuso, se llevó la mano a la garganta con un gesto maquinal al tiempo que se sentaba. Estaba bien, ileso, sin el menor rastro de heridas. Como había ocurrido con la mano del elfo...

Al mirar en derredor, Arryl vio a Nelk encaramado a lomos de un caballo negro. Sujetaba las riendas del corcel del propio caballero. La armadura, la apreciada armadura de su abuelo, relucía con la luz del sol, empaquetada con cuidado y atada con correas a un caballo de carga.

—La experiencia de la muerte debe de haber sido peor para ti que para los otros que hice volver a la vida. Llegué a dudar de que consiguieras despertar.

¡Volver a la vida! El caballero se puso de pie y miró con gesto ceñudo al divertido elfo.

—¿Qué quieres decir con « volver a la vida » ? ¡Me mataste!

—Sí. Y después te traje de vuelta. Es uno de mis poderes como clérigo verdadero.

—¡No eres un clérigo de Mishakal! —El caballero recordó sus últimos pensamientos—. ¡Me dijiste que eras servidor de la diosa!

—¡Ah! Nunca me preguntaste de qué diosa —dijo Nelk con astucia.

Arryl se llevó la mano a la espada y al punto descubrió que el arma no pendía de su costado. Nelk alzó la espada y la funda.

—Fuiste tú quien decidió que era seguidor de la diosa del Bien, no yo. No soy clérigo de Mishakal, cierto. Soy servidor de Kinthalas, a quien vosotros llamáis Sargonnas.

¡Sargonnas! El consorte de la Reina de la Oscuridad, Takhisis.

—¿Por qué me trajiste de vuelta a la vida? —Inquirió Tremaine con desconfianza—. ¿Por qué? ¿Con qué propósito?

Nelk consideró el asunto.

—Lo que te conté en el estadio es verdad, caballero. Existe un equilibrio que hay que mantener, aunque he de admitir que a Su Oscura Majestad le gustaría que se inclinara a su favor. Hago cuanto está en mi mano por ayudar a aquellos que creo que contribuirán a la causa. Todos cuantos he rescatado están en deuda con mi Señora, aunque no se den cuenta de ello.

—¿Y esperas que te lo agradezca? —preguntó con sequedad Arryl.

—Yo no espero nada. Encuentro divertida la idea de que un Caballero de Solamnia, encarcelado y condenado por la Orden de Paladine, le deba la vida a un servidor de la eterna adversaria de su dios.

Tremaine no podía negar lo que decía el elfo, pero no estaba dispuesto a que Sargonnas ni Takhisis poseyeran el alma de un caballero. Antes moriría... otra vez.

—¡No soy tu esclavo, elfo oscuro! Dame mi espada y lucharemos. Esta vez, limpiamente.

—Te devolveré la espada, señor caballero; y el resto de tus pertenencias, que tuve que ingeniármelas para conseguir. En cuanto al combate, tal vez sea ése el destino que el futuro nos guarda, pero no en este momento. No lucharé contigo. Y no creo que me ataques sin haber un desafío.

Nelk arrojó la espada al caballero. Tremaine recogió el \*\*\* enfundada, pero no la desenvainó.

—Por si le sirve de alivio a tu conciencia, te diré que inlúta ni te obliga a mí. Puedes seguir tu camino, libre de nuevo, pero quizá con un poco más de comprensión del mundo. —Nelk sonrió—. Tienes mi palabra.

—¿Y ahora, qué pasa? ¿Dónde estoy? —preguntó Arryl con gesto severo.

Lo que más deseaba en ese momento era regresar al alcázar de la Orden y recapacitar. Había habido un tiempo en que el mundo era blanco y negro, pero ahora se había tornado confuso, con demasiados matices grises.

—Nos encontramos a una jornada de cabalgada al noroeste de Istar, en un lugar seguro, aunque no deberíamos retrasar mucho la partida. Tú tienes que ponerte en camino y yo he de regresar...

—¿Regresar a Istar? ¿A los Juegos?

—Por supuesto. Me dieron permiso para llevar el cadáver de Sylverlin a sus familiares —dijo Nelk con gesto sombrío—. Eran unos chacales. Disfrutaron al ver su despojos. Me hiciste ese favor, caballero. Sylverlin había descubierto mi secreto y me amenazó con descubrirme. Ahora está muerto y mi secreto a salvo... durante un tiempo. Sólo tú sabes que soy un clérigo, y dudo que estés dispuesto a informar al hermano Gurim, ¿verdad?

Tremaine guardó silencio. Nelk asintió con un cabeceo.

—Lo suponía. Puede que Gurim o Arack o cualquier otro descubran que he estado salvando vidas, pero, hasta entonces, seguiré sirviendo a la diosa. Habrá otros como tú. Los inquisidores son unas personas muy ocupadas. —El elfo sonrió, y el gesto le dio una apariencia muy semejante a la de Sylverlin—. Si te encuentras lo bastante fuerte para cabalgar, te recomiendo que te pongas en marcha. Más vale no correr riesgos innecesarios.

—Rehúso darte las gracias.

—He hecho lo que debía. —Nelk aguardó a que Tremaine hubiera montado antes de añadir—: Te recomendaría que no te pusieras tu armadura hasta que te encuentres lejos de Istar.

—Comprendo...

Nelk cogió con firmeza las riendas de su caballo.

—Que la bendición de Kinthalas y Chis lev sea contigo.

El solámnico alzó la vista al oír pronunciar el segundo nombre. Chislev era una deidad neutral que sentía predilección por la raza elfa. Era la encarnación de la naturaleza, de la vida en los bosques. Los ojos del Nelk se encontraron con los del caballero.

—Sí, no negaré que mi propia sangre, por muy oscura que sea, puede ser en parte responsable de este deseo de mantener el equilibrio de la vida.

El clérigo hizo que su caballo volviera grupas y se dispuso a marchar. No obstante, Arryl sentía la necesidad de aferrarse a algo sólido, algo que explicara lo inexplicable.

—Aguarda, Nelk. Necesito saber... Balsar me dijo... Nelk no es tu nombre, ¿verdad?

—No, señor caballero. —La voz del elfo dejó entrever un tono amargo. Detuvo a su caballo—. Ese me lo impusieron cuando fui desterrado. No tiene una traducción exacta, pero en esencia significa «impío, carente de fe». Para mi pueblo, ese nombre fue el peor castigo que pudieron infligirme.

—¿Cómo pudieron...?

—Según sus creencias, siempre fui un traidor de la tradición. Aun cuando adoraba a los dioses, no lo hacía del modo que los elfos consideran apropiado. En ese aspecto, mi gente se parece más a los clérigos de Istar de lo que está dispuesto a admitir. —El elfo alzó la mano en un gesto de despedida... y de bendición—. Que tus propias creencias se mantengan firmes, Caballero de la Espada. Pero ojalá que no te hagan ciego a la verdad.

Arryl Tremaine permaneció inmóvil en el mismo sitio hasta que Nelk desapareció tras una colina cercana. El caballero todavía no sabía a qué atenerse con el elfo, que era y no era todo cuanto Arryl había esperado de un servidor de la Reina de la Oscuridad.

Para su sorpresa, llegó a la conclusión de que, en medio de tanta corrupción y

locura que había visto en la ciudad sagrada, su fe seguía firme... y ello gracias a un elfo oscuro. Todavía no alcanzaba a comprender cómo. Y quizá nunca lo entendería. Pero Nelk tenía razón. De ahora en adelante, Arryl defendería sus creencias y lucharía contra la injusticia... donde quiera que la encontrara.

—Que Paladine también te guarde, Nelk —dijo, mientras montaba en su caballo—. Tenías razón. Volveremos a encontrarnos.

Pues tenía la intención de regresar, algún día, a Istar. La sagrada Istar.

## Estofado de Kender

*Nick O'Donohe*

Moran adelantó a un espadachín, y colocó la pieza de lado a fin de prevenir una emboscada.

—Tu mercenario corre peligro.

Rakiel frunció los labios.

—Por primera vez en nuestras vidas. —Alargó un brazo esbelto, de delicados músculos, y retiró al mercenario a un callejón.

Los dos hombres jugaban al Draconel, que según se decía había sido inventado por el propio Huma con el propósito de mantener a los caballeros listos para la guerra. La parrilla de juego estaba extendida sobre un mapa de ilk Tsaroth y el bando del dragón movía pequeños grupos de incursión por calles secundarias, por los desagües, y en el interior de carros de mercado. Moran, acostumbrado al juego abierto del que eran partidarios los caballeros solámnicos, estaba intrigado por el estilo subrepticio de Rakiel; intrigado... y un poco escandalizado. Adelantó a un segundo espadachín.

—Preparo una salida por la calle Grimm.

—Tu franqueza te honra. —Rakiel retiró de la calle Grimm a un arquero oculto previamente en ella—. Quizá tanto da si tus caballeros moralmente obligados por el honor dejan de combatir batallas.

En otro tiempo, el cáustico comentario del clérigo habría herido los sentimientos de Moran. Alto y delgado, Moran se despertaba día tras día en un lecho amplio y solitario, sabiendo que había dedicado su vida a prepararse para una batalla que jamás combatiría: una batalla gloriosa a lomos de un dragón, como en la que había luchado el gran Huma. Pero los dragones habían sido expulsados. Istar se ocupaba de traer « la paz » al mundo, y él se había volcado en ejercitar a escuderos novicios con una ferocidad que le había ganado el apodo de Loco Moran.

Ahora, ya cincuentón, Loco Moran era una leyenda, parodiado por su severidad, respetado por su enseñanza. Pocas veces sonreía. Jamás reía.

El lejano ruido de una puerta al abrirse, abajo, distrajo a Rakiel del juego. Se asomó por la ventana de la torre.

—Alguien ha entrado. ¿Más novicios? —Pronunció la palabra con desagrado. Istar empezaba a sentirse ofendida por las apelaciones a la piedad de los Caballeros de Solamnia, como asimismo, quizá, por su riqueza.

Moran se atusó el bigote con gesto pensativo.

—Los chicos están emplazados para mañana, y los he entrevistado a todos y repasado sus referencias. —Reflexionó sobre quién podría ser el que llegaba—. La carne la fruta y otras provisiones fueron entregadas ayer, y el cocinero se ha despedido esta mañana. —Todos los cocineros juiciosos se despedían antes de la temporada de la instrucción de reclutas— Probablemente sea algún voluntario —decidido.

Rakiel resopló con desdén.

—Estás soñando. En estos tiempos, los voluntarios van a los clérigos. Los caballeros sólo consiguen hijos segundos sin fortuna. Y pobres necesitados —añadió con un leve tono de burla—. Gente que cree que el tesoro de los caballeros estará a su disposición cuando firmen su alistamiento.

Moran dio un respingo. Rakiel era un « huésped » de Mansión de la Medida en Xak Tsaroth, cuya misión en preparar un informe para los clérigos sobre la caballería y sus métodos de adiestramiento. O, al menos, eso era lo que decía. De hecho, nunca perdía la menor oportunidad para desacreditar a los caballeros, y mostraba un interés excesivo en el tesoro.

—Estos novicios no son de esa clase —replicó Moran con gesto estirado.

—Tal vez no tengan interés en el oro. ¿Pero qué me dices del primero, de Saliak? Hambriento de poder, te lo garantizo.

—Su padre es un caballero —repuso Moran—, el hijo aprenderá a dirigir. —De hecho, el padre era un hombre empobrecido y amargado, y ello había afectado a Saliak, el hijo. Moran había encontrado al muchacho arrogante, egocéntrico y con una vena de crueldad. Sin la disciplina de la Orden, las aptitudes y el evidente valor del chico nunca llegarían a nada positivo.

—Así que Saliak aprenderá a dirigir —dijo Rakiel con tono incrédulo—. En fin, « no nos conduzcas al mal », como reza el dicho. ¿Y qué me dices de Steyan? Un zoquete grandullón y torpe.

Moran desestimó el comentario con un ademán.

—Yo soy grandullón. Y era torpe. Es un chico tranquilo y un poco sensible. Saldrá adelante.

Steyan se había ganado el afecto de Moran cuando, durante la entrevista, en lugar de preguntar acerca de espadas y armaduras en primer lugar, el muchacho soltó de buenas a primeras:

—¿Es duro ver morir a los amigos? Querría salvarlos.

—A veces no es posible —fue la escueta respuesta de Moran.

El espigado muchacho se había rascado la cabeza mientras musitaba:

—Eso es duro.

Aun así, había aceptado aprender a ser un caballero, como deseaban sus padres. Era el cuarto hijo y, obviamente, no heredaría nada. Tendría que abrirse camino por sí mismo.

Moran sacudió la cabeza y volvió al momento presente.

—¿Qué te parecen Janeel y Dein? Sus padres están bien limados y su linaje es bastante sólido.

—Sus mentes son bastante fáciles de influir —remedó Rakiel, cruzándose de brazos— Veremos si llegan a algo. Al menos tienen más posibilidad que el gordo. Ese no aguantará más de un día.

—El «gordo» tiene también un nombre —dijo Moran enfadado, aunque no logró recordarlo. En la entrevista este chico había mantenido agachada la cabeza casi siempre y había dejado que su hermano mayor llevara la batuta; el hermano no se había dirigido a él por su nombre ninguna vez—. Aquí aprenderá a tener amor propio.

—Sólo si los otros lo dejan. Y éstos son la flor y nata de la juventud que viene a la caballería. Es probable que en un tiempo fuera distinto, ¿pero cómo puedes preocuparte de esos..., esos... desechos? No valen el dinero que cuesta su adiestramiento. ¿De verdad crees que podrás hacer de ellos unos caballeros?

Antes de que Moran tuviera ocasión de contestar, el sonido de unos lejanos pasos, abajo, lo hizo ladear la cabeza.

—Tenía razón. Es un voluntario.

—¿No vas a salir corriendo a su encuentro? —preguntó Rakiel con acritud.

—Si de verdad quiere ser un caballero, subirá la escalera hasta el final. ¿O es que piensas que mis aposentos están en la torre con el propósito de alejarme del polvo y el calor? —Loco Moran empezaba a entrar en su papel. Añadió con satisfacción—: La instrucción se inicia con la subida de esta escalera y nunca cesa. Incluye eso en tu informe.

Las pisadas se detuvieron al otro lado de la puerta y de inmediato se oyeron unos golpes de llamada. «Sin vacilación —pensó Moran—. Bien». Esperó ante la puerta, con la «Máscara» puesta: la expresión facial fiera y el bigote erizado, que dejaba sin el menor vestigio de seguridad a los novicios y que los chicos habían aprendido a conocer y a temer. Moran imaginaba siempre que la Máscara la tenía colgada en la puerta, donde podía cogerla y «ponérsela» sobre su verdadero semblante antes de descender al salón inferior para impartir instrucción teórica y práctica a los reclutas.

Los golpes de llamada cesaron. Siguió un extraño ruido, como si arañaran la madera, y después nada. Moran, con la espada en la mano, abrió la puerta con brusquedad y blandió el acero a la altura del pecho de un hombre joven.

La espada trazó un arco al nivel de los ojos del chico que estaba en la puerta; el muchacho ni siquiera parpadeo.

«Un niño», pensó Moran decepcionado. Entonces se fijó en sus ojos: limpios

e inocentes, pero pensativos, que lo miraban desde un rostro en el que se marcaban las primeras (¿prematuras?) arrugas. El cabello le caía revuelto sobre la frente, impidiéndole casi la visión.

Moran lo examinó como un guerrero examina a un nuevo adversario. El chico vestía un jubón de tela basta y unas calzas descoloridas. Sostenía un estropeado morral hecho con piel de oveja y en la otra mano una pieza de latón que a Moran le resultó familiar.

El chico contemplaba con interés al caballero. Moran Tenía una nariz aguilena y un frondoso bigote blanco; ofrecía un aspecto fiero y lejano, salvo en las contadas ocasiones que sonreía.

—Podría haberme matado —dijo el chico.

» lo dice sin miedo. Ni el menor asomo», pensó Moran.

—Todavía estoy a tiempo. ¿A qué has venido?

Rakiel casi dio un brinco ante el amedrentador retumbo de «la voz», compañera inseparable de la Máscara.

—Quiero llegar a ser un Caballero de Solamnia —respondió el chico.

Rakiel soltó una risita. El alborozo del clérigo se cortó de raíz cuando Moran, con un simple giro de muñeca, lanzó hacia atrás la espada, que se hincó en la pared opuesta con un golpe sordo y vibrante.

El instructor resistió el impulso de comprobar dónde había clavado el arma. «Mientras tengas algo pendiente al frente, da siempre por sentado que lo has hecho en el lugar preciso», había dicho Talisin, el mentor de Moran. Al caballero le causaba cierta complacencia que su destreza hubiera impresionado a Rakiel tanto como al muchacho.

—¿Nombre?

—Tarli. Hijo de... —vaciló antes de añadir— De Lorena, de la calle de los Sepultureros. Era costurera y hacía mortajas.

Por primera vez en la vida profesional de Moran, la Máscara estuvo a punto de resquebrajarse.

—Lorena ¿Una mujer de piel morena, esbelta, de cabello rojo, más o menos de la mitad de mi talla?

Tarli sacudió la cabeza.

—Las canas se mezclaban con el rojo del cabello cuando la enterraron. De eso hace un año.

Moran sintió como si la Máscara lo estuviera mirando a él; su propia severidad le hacía daño.

—Nos conocíamos. Trabajó para..., para un amigo mío. Tienes la aldaba de mi puerta en la mano —añadió con tono brusco.

—En efecto. —Tarli giró el llamador entre los dedos, como si le sorprendiera verlo allí. Se lo entregó al caballero—. Se soltó.

El chico atisbo bajo el brazo de Moran y contempló con fijeza los libros

encuadernados que había en una estantería, sobre la cama.

—¿Las tácticas Brightblade? ¿De Bedal Brightblade? —Tarli se coló por debajo del brazo del caballero y entró en la habitación aunque no lo habían invitado a hacerlo. Cruzó ante el perplejo clérigo y sacó el libro en cuestión—. Manuscrito. —Pasó las hojas hasta llegar a una ilustración en la que se detallaba un complicado movimiento de finta y ataque e intentó ejecutarlo con la mano izquierda—. ¿Lo habéis escrito vos?

—En efecto. —Moran procuró que su voz no denotara la satisfacción que sentía. Le había costado años de lectura y más años de pruebas técnicas hasta estar seguro de cuál era el estilo de combate utilizado por Bedal Brightblade—. Existen doce copias de este libro, una para cada instructor de escuderos, además del original.

Sin darse cuenta de ello, había dejado de lado la Máscara y «la voz», y las hizo aparecer otra vez de inmediato.

—La esgrima no es lo más importante. Si deseas ser un caballero, están el Código y la Medida, y es todo lo que cuenta. El Código son cuatro palabras, la Medida treinta y siete volúmenes de trescientas páginas cada uno. ¿Cuál de los dos es más importante?

—La Medida —respondió Tarli con seguridad; luego añadió con idéntica firmeza— A menos que sea el Código.

Moran apuntó con el índice al chico.

—Est Sularis oth Mithas. Mi honor es mi vida.

Tarli lo miró sin comprender.

—¿Acaso no lo es de todo el mundo? —preguntó.

Moran lo observó con fijeza un largo rato hasta asegurarse de que no bromeaba. Rakiel los contemplaba a los dos con expresión divertida que no se tomaba el trabajo de disimular.

—Lleva tus cosas al barracón de la planta baja, Tarli —dijo Moran—. Las clases empiezan mañana.

—Sí. —El chico añadió con premura—: Señor. —Hizo una reverencia y chocó con la mesa donde estaba el juego de Draconel; las piezas se tambalearon. En su camino hacia la puerta dio un fuerte golpe a Rakiel con el morral.

—Tarli —llamó Moran.

El muchacho se dio media vuelta con brusquedad y tiró al suelo un candelabro. Al recogerlo, derribó la jarra de agua que había sobre el mueble; el recipiente de cristal se hizo añicos. Moran lo miró con gesto severo.

—El libro.

—¡Oh! Sí. —Tarli se lo devolvió—. Me gustaría leerlo.

Los dos hombres oyeron el ruido del petate dando tumbos tras el chico hasta que llegó abajo.

Rakiel contempló a Moran con una expresión mezcla de perplejidad y

desagrado.

—No irás a admitirlo, ¿verdad?

—Él ya lo ha decidido.

El clérigo soltó una risa desagradable.

—¿Tan desesperados estáis los caballeros?

—Para los caballeros, el honor está en primer lugar a hora de hacer una elección, y en segundo la nobleza de la familia. —No siempre había sido así.

—Pero si ni siquiera sabes quién es el padre. —El clérigo Frunció los labios—. Puede que ni siquiera él lo sepa.

—Entonces juzgaré al muchacho por su valía, no por su familia.

—Es intolerable —dijo Rakiel con gesto estirado—. No solo es un chico vulgar, sino también un bastardo, probablemente.

—No tanto como un clérigo al que podría señalar —rezongó con voz baja Moran.

—Y demasiado bajo —siguió machacando Rakiel—. Casi no parece un humano. ¿Se te ha ocurrido que quizá sea un...?

—Lorena era muy baja —dijo el caballero con expresión inocente, mientras miraba a través de la ventana.

Nadie recordaba que hubiese habido un verano más caluroso. Todos los viajeros que tenían sombrillas de cáñamo embreado o lienzo encerado las habían abierto y yacían debajo de ellas. Los demás iban con pasos cansinos hasta las murallas de la ciudad y se tumbaban a la estrecha sombra del mediodía.

Sólo Moran, un delgado caballero de aspecto cansado, cabalgaba bajo el ardiente sol tirando de un carro que transportaba una espada, un escudo y un cadáver. El cuerpo había sido reverentemente envuelto en una manta. Moran lo había mantenido fresco con el agua de su ración de viaje. Pasó ante el obelisco situado a las afueras de la ciudad y echó una ojeada a la última línea de la inscripción:

Que los dioses nos recompensen por la gracia de nuestro hogar.

Volvió la cabeza a otro lado.

Moran cruzó frente al Templo de Mishakal, ya casi terminado. Algunos vagabundos lo contemplaban embobados, más impresionados por la obra de cantería que el polvoriento y solitario Caballero de Solamnia.

Llamó a un desvencijado edificio de madera. La pared trasera de piedra era el muro lateral de la entrada de acceso a la escalera conocida por la « Senda de la Muerte ». Una joven acudió a la llamada.

—Busco a Alwin, el sepulturero —dijo Moran.

—Ha muerto —repuso la joven— El negocio es mío ahora. Me llamo Lorena.

Moran la miró y su primer pensamiento fue: « Es una chiquilla ». Luego, al fijarse en sus ojos, comprendió enseguida que era una mujer adulta, aunque más

baja que la mayoría.

Lorena no alcanzaba a ver por encima de los costados del carro. Trepó por una rueda, echó una ojeada y dio un respingo al descubrir la espada y el escudo.

—¿Quién era? —Parecía una niña en un espectáculo de marionetas que aguardara anhelante la siguiente sorpresa.

El brillante cabello pelirrojo se extendió sobre sus hombros al inclinarse para observar a Moran, quien quitaba la manta que envolvía al cadáver: Talisin, cuyo bigote negro parecía aún más oscuro en contraste con la pálida piel. La parte trasera del yelmo estaba hendida por la mitad.

—El mejor espadachín desde Brightblade, muerto por un hacha arrojada —contestó Moran deprimido. Se volvió hacia la joven, avergonzada de sentir el ardiente escozor de las lágrimas—. Remienda la túnica y la capa, ponle polainas nuevas... y cuanto sea necesario. Será enterrado con su familia; era un noble y un héroe, y el mejor... —Moran fue incapaz de continuar.

Con una fuerza sorprendente, Lorena arrastró el carro al interior del edificio. Midió el cuerpo rápidamente y calculó el coste de la tela y la mano de obra mientras Moran aguardaba de pie, sumido en un hondo pesar.

—Vuelve dentro de dos días —dijo la muchacha.

El caballero se daba media vuelta para marcharse cuando Lorena lo detuvo poniendo una mano en su brazo.

—Y después visítame a menudo. —El reparó en la franqueza de sus ojos, en lo dulce de su voz—. Necesitarás hablar, y yo... —De pronto, pareció sentirse turbada; se arregló la ropa y se atusó el cabello—. Eres distinto de cuantos conozco. Me encantan los sitios extraños y los hombres extraños.

Mientras se alejaba, la oyó cantar con aquella voz clara y joven: «Devuelve a este hombre al seno de Huma...». El propio Moran había entonado ese canto hacía dos días, con la voz quebrada por el dolor. Para su sorpresa, regresó a visitarla a la semana de celebrarse el funeral.

En la pared del fondo de la clase colgaba un tapiz prestado por los poderes de la ciudad y procedente de la galería de arte permanente, que representaba caballeros moñudos en dragones plateados y dorados, con las lanzas apuntadas hacia unos dragones rojos y sus jinetes. Los dragones, bordados con hilos metálicos, brillaban en la triste y gris estancia de manera perturbadora.

Los novicios estaban excitados. Dos de ellos saltaban sobre los bancos en un simulado combate de esgrima, y casi todos los demás formaban un círculo en torno a la primera pelea del recién iniciado curso entre dos chicos que rodaban por el suelo.

Moran entró en la sala, cargado con dos pectorales. Los chicos se quedaron clavados en el sitio y después se sentaron presurosos. A Tarli le sangraba el labio inferior. Otro novicio, Saliak, tenía los nudillos manchados de sangre.

«Ajá, ya ha empezado», pensó Moran. Se dirigió en silencio a la mesa

colocada bajo el tapiz y se puso de cara a los novicios, que ahora estaban callados y sentados en los bajos bancos de madera. Sólo Tarli, que se había puesto aparte de los demás, era tan bajo que los pies no le llegaban al suelo.

Otros dos novicios se sentaban separados del resto: el desmañado chico alto y el gordo. Moran, con su larga experiencia, sabía que los tres serían el blanco de los barracones.

Soltó uno de los pectorales con brusquedad sobre la mesa. El fuerte golpe metálico hizo que todos los chicos dieran un brinco.

—Esta es la armadura de un Caballero de la Espada —dijo con frialdad—. El agujero que veis lo hizo una lanza, durante un combate.

Soltó el segundo pectoral sobre la mesa con idéntica brusquedad.

—Esta la llevaba puesta un novicio en la última semana de instrucción para llegar a ser escudero. El agujero lo hizo también una lanza, durante las prácticas.

» Los agujeros son muy semejantes. También lo eran las heridas..., ambas mortales.

En el silencio que sobrevino, unos cuantos chicos intercambiaron miradas nerviosas.

—¿De verdad puede una lanza atravesar una armadura así? —preguntó Tarli con interés.

Sin pronunciar una palabra, Moran dio la vuelta a los pectorales y mostró los pequeños orificios de salida que habían hecho las puntas de las lanzas. Uno de los novicios tuvo una arcada. Moran recorrió con la mirada el grupo y encontró al chico en cuestión.

—Janeel, ¿tienes algo que decir?

El muchacho carraspeó.

—Señor, si sirve de ayuda para los entrenamientos, mi padre conoce a un verdadero sanador, un clérigo.

—Mientras estéis haciendo la instrucción no habrá pectorales de armaduras ni sanadores. —Dejó pasar unos segundos para que el significado de sus palabras quedara claro—. El mayor favor que puedo hacer a los Caballeros de Solamnia es acabar con cualquiera de vosotros que sea incapaz de defenderse por sus propios medios, antes de que fracaséis en el campo de batalla, donde otros caballeros dependerán de vosotros. Cuando un novicio muere, le doy las gracias a Paladine porque haya ocurrido aquí y no más adelante. —Bajó un poco el tono de voz—. Esa es la razón por la que os daré todas las ocasiones de morir que sea capaz de imaginar, antes incluso de que seáis escuderos. —Se encaminó a la puerta que había al fondo de la sala—. Regresaré. Si alguno de vosotros quiere marcharse, que lo haga ahora. —Clavó los ojos en Saliak, que ya tenía aspecto de cabecilla— No avergoncéis a ninguno para obligarlo a quedarse. Sería casi un asesinato.

Abandonó la habitación y fue a inspeccionar una vez más el equipo de

entrenamiento.

Poco tiempo después, volvió a la clase y se dirigió a la mesa. Cuando se dio media vuelta, se encontró con un grupo de novicios asustados pero decididos, que acababan de aprender que el honor podía acarrear la muerte, pero que estaban dispuestos a ser honorables.

Vio vacío el sitio donde Tarli había estado sentado.

Sintió alivio, tanto por el chico como por sí mismo, pero también lo asaltó una inesperada decepción que sólo merced a la Máscara logró disimular.

—Los que habéis decidido quedaros —dijo—, puede que muráis por ello. Unos en los entrenamientos, otros en servido, y algunos en combate... Sí, incluso hoy en día. —Los años transcurridos hacían más llevadero el dolor que le causaba la historia que contaría a continuación—. El primer caballero al que serví como escudero murió en combate. Desde entonces, me juré a mí mismo que prepararía bien a todos los novicios para que tuvieran una vida honorable y una muerte adecuada.

Los chicos lo miraban atentos, y dejó que la idea penetrara en sus mentes. Por primera vez, estos muchachos empezaban a entender cómo podría ser su muerte. También, por primera vez en sus vidas, experimentaban el coraje de hombres adultos.

Observó sus rostros y se sintió aliviado por la marcha de Tarli; el chico tenía una inocencia que los entrenamientos habrían destruido...

Un terrible rugido sonó directamente debajo de Saliak, que soltó un agudo chillido de sobresalto, se incorporó de un brinco y salvó a trompicones la segunda y tercera filas de bancos para correr en busca de la salida. Casi todos los demás se levantaron también de un salto, pero enseguida volvieron a sus asientos, con expresión abochornada.

Saliak casi llegó a la puerta antes de volverse a mirar. Con una sonrisa inocente, Tarli salió gateando de debajo del banco delantero y se sentó en el sitio de Saliak. Este regresó casi a hurtadillas y se puso al lado de Tarli.

—Lo siento, señor —dijo Tarli a Moran, sonriendo y con los ojos relucientes.

La Máscara permaneció inalterable, como si no hubiese pasado nada, pero a Moran no le pasaron inadvertidas las duras miradas de los abochornados novicios ni el profundo odio reflejado en el rostro del humillado Saliak.

« Ah, Tarli, Tarli —pensó Moran, sintiendo una inesperada oleada de afecto exasperado—. Yo no habría podido trazarte un camino más riguroso del que tú acabas de marcarte» .

Cuando terminó la clase, Rakiel salió de detrás del tapiz de dragones, desde donde había estado observando.

—¿Qué opinión te merecen? —preguntó.

—La de siempre —respondió escueto Moran—. Demasiada ambición, demasiada energía y muy poco seso.

Rakiel soltó una risita.

—¿Y conseguirás que utilicen la cabeza?

—El miedo lo hará.

Moran miró por la ventana y vio que Saliak lanzaba un golpe malintencionado a la nuca de Tarli. El chico lo oyó venir —cómo, Moran no alcanzó a imaginarlo — y lo eludió agachándose. Saliak se tambaleó por el impulso. Tarli se echó a un lado, y el otro se fue de bruces al suelo. Sin levantarse, Saliak arrojó una piedra y alcanzó a Tarli en el hombro. Moran dio la espalda a la ventana.

—Esta tarde haremos las primeras prácticas con la lanza. Eso asustaría a cualquiera. En adelante, pensarán muy bien lo que hacen antes de actuar.

—¿Incluso el tal Tarli? —Rakiel sacudió la cabeza—. Admitelo, no sirve para estar aquí. Es dos palmos más bajo que cualquiera de los otros, y ya se ha hecho enemigos. —Hizo un gesto de desagrado—. Lo que es peor, gasta bromas como un kender. Francamente, dudo que una simple clase práctica de lanza lo haga reflexionar.

—¿«Una simple clase práctica de lanza»? Si es eso lo que piensas, tal vez deberías intentarlo tú.

Rakiel echó un vistazo al tapiz; sus ojos se detuvieron ni las puntas de las lanzas.

—En otro momento. ¿Continuamos esta noche con la partida de Dracone!?

Moran señaló con la cabeza el nicho oculto tras el tapiz.

—Estaré observando a los chicos durante un rato. ¿Qué tal después de la cena? Será un placer.

—Y, cosa rara, aquí \*\*\*

Lo que era cierto. Por lo menos, Rakiel era alguien con quien hablar. Al clérigo no le pasó inadvertido lo chocante de la frase.

—¿Un placer? De verdad, Moran, debes de estar muy falto de compañía.

Solo por primera vez en su vida, pasó con ella la mayor parte del verano. Al principio, le habló de los lugares que había visitado, y después sobre Talisin y cuán doloroso había sido verlo morir en una escaramuza sin importancia con un puñado de goblins.

Por último, le confió su mayor secreto: que ya no estaba seguro de qué significaba ser un caballero, y que no sabía al abrigo dudas sobre la Medida, había o no violado el Código.

Lorena se había reído, como hacía a menudo, y le había dicho que era demasiado serio. El intentó, como muchas otras veces, revolverle el cabello, y ella, como siempre, se agachó eludiendo su mano.

Todas las mañanas durante aquel verano, Moran se despertaba irritado. Por las noches, la irritación se tornaba paciencia, como ocurre a veces, haciendo que los hombres maduros se sientan jóvenes de nuevo. Permaneció tumbado, despierto durante horas, la noche en que Lorena dio un brinco y saltó a sus brazos (él la

cogió en el aire, como hacía siempre), le besó la punta de la nariz y le dijo: «Espero que tu sentido del honor no sea tan maleable como tiernas son tus caricias».

«¿Lo es? —se había preguntado— ¿Deseo continuar siendo un caballero y vivir para una guerra que nunca habrá, o haría mejor dedicando mi vida a Lorena?».

De eso hacía dieciocho años, poco antes de que naciera Tarli.

Con la brisa de la tarde, las monturas de madera colgadas de las cuerdas y poleas se mecían en medio de crujidos. Los ojos de los escuderos fueron de las monturas a las perchas de escudos y lanzas con puntas metálicas, y observaron con desconfianza las manchas marrones de óxido de aspecto sospechoso que se marcaban en las piedras del patio. Los adoquines se habían fregado bien, pero las manchas parecían haber impregnado profundamente la piedra.

Moran se sentía orgulloso de aquellas manchas; había empleado muchas horas la pasada semana pintándolas y dándoles un aspecto antiguo.

—Bien.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Estaba parado debajo del arco de la puerta, con una lanza de tres metros y medio metida bajo el brazo con la facilidad de quien sujeta una fusta.

Saludó con la lanza, eludiendo el ápice del arco por escasos centímetros. Tocó su hombro derecho con la lanza, después el izquierdo, y a continuación la hizo girar dos veces para terminar poniéndola de nuevo bajo el brazo; todo ello sin rozar el arco.

Tarli aplaudió. Su aplauso perdió fuerza y por último cesó ante las frías miradas de sus compañeros.

—La lanza es el arma tradicional del caballero —anunció Moran en voz alta—. Huma consagró una de ellas, llamada la Gracia de Huma, a Paladine. Un solo caballero, con una sola lanza, derrotó a cuarenta y dos enemigos en el sitio de Tarsis. —Miró con desdén al grupo—. Permitid me que también os mencione que tal vez, sólo tal vez, vuestra lanza os mantenga vivos mientras sois escudero\*, Posteriormente practicaréis con lanzas de infantería. Por el momento... —De repente, movió el arma de manera que la punta casi rozó la nariz de Saliak; acto seguido se la cambió a la mano izquierda de manera que por poco no ensartó a Tarli. Saliak se encogió. Tarli, para complacencia de Moran, ni siquiera pestañeó—. Tú y tú, elegid lanzas y montad.

—¿En los barriles? —preguntó Tarli excitado. Observó con fijeza las monturas de madera, cuyas riendas pasaban por unas ranuras y se unían a las cuerdas de las poleas.

—No son barriles, piltrafa de redrojo —siseó Saliak.

—Tampoco son caballos —replicó Tarli, encogiéndose los hombros—. ¿Qué se supone que son?

—¿Y qué más da? —dijo Saliak mientras sacaba una lanza de la percha. La alzó con un movimiento brusco y después la bajó, en un torpe saludo. Era fuerte y de brazos largos, de manera que, a despecho de su inexperiencia, controlaba bien el arma.

Tarli alzó otra lanza y se tambaleó hacia atrás al perder el equilibrio por el peso.

—Es demasiado larga —protestó, ganándose con ello las Metiloflosas risas de sus compañeros de clase.

Moran lo miró con solemnidad.

—Crece para que esté a tu medida —dijo.

Saliak prorrumpió en carcajadas.

Con la lanza sujeta torpemente por el centro, Tarli se dirigió a su montura, que estaba señalada con impactos de lanza. Debajo de la silla, a ambos lados, sobresalían dos tablas gruesas y cortas. El chico las examinó.

—Si fueran más grandes, pensaría que son alas. —Se volvió a mirar a Moran, con el rostro iluminado—. Se supone que la montura es un dragón, ¿verdad? Nos entrenáis luchar a lomos de dragones, como el tapiz que hay en la clase.

» Buena conjetura », pensó Moran. Puede que en otros tiempos aquello fuera cierto, pero en la actualidad esta clase de reconstrucción se mantenía en honor a Huma y con el propósito de hacer que los escuderos principiantes se sintieran torpes y así bajarles los humos.

Sin Embargo, no hizo ningún comentario en voz alta humó a entregar las cuerdas a los colaboradores, los chicos se encargarían de mover los barriles en el aire.

—Colaboradores, cuando dé la señal, izad las monturas. Jinetes, montad, coged las riendas y los escudos, y sujetad vuestras lanzas.

Los dos combatientes subieron a sus monturas. Saliak se sentaba con fácil comodidad, con las rodillas dobladas, en la postura inconfundible de quien posee corcel y ha cabalgado. Tarli sólo alcanzaba los estribos incorporándose a medias.

Ajustaron las lanzas en el soporte giratorio de la silla, de manera que la mayor parte del peso del arma quedaba en la parte delantera. Tarli logró mantener la lanza levantada apoyando casi todo su peso en el extremo del mango. Viró la punta con movimientos torpes.

Saliak balanceó la suya hacia los lados, arriba, abajo y en círculo. Luego, sonrió a Tarli.

—Despídete.

Moran aguardó un instante antes de dar la señal.

—¿Sí? ¿Quieres decir algo? —preguntó a Steyan.

El muchacho, que parecía no haber pegado ojo hacía noches, lanzó una mirada especulativa a Saliak.

—No, nada —farfulló por último. Algunos novicios parecieron sentirse

aliviados.

Moran se volvió hacia los jinetes y bajó la mano que tenía levantada.

—¡Ahora!

Los chicos tiraron de las cuerdas, y las monturas se mecieron en el aire.

Tarli estuvo a punto de dejar caer la lanza cuando el barril dio un brusco tirón hacia arriba; sus colaboradores habían tirado demasiado fuerte, posiblemente de manera intencionada. Logró recuperar el equilibrio, pero la lanza se salió del soporte y el muchacho se vio obligado a soportar todo su peso. La punta descendió a un nivel que no representaba amenaza para nadie, salvo sus propios colaboradores.

« Buen comienzo —pensó Moran—. Más vale que cometa errores aquí, donde tiene posibilidad de sobrevivir» .

En la primera pasada de los jinetes, Saliak lanzó el escudo de Tarli y lo tiró al suelo. Sus compañeros de clase vitorearon.

Tarli echó un vistazo al escudo caído y luego, apartándose el pelo de la frente, miró de hito en hito al exultante Saliak. La expresión de Tarli era excitada y desconcierto, pero sin el menor atisbo de temor.

Saliak tiró de las riendas, y sus colaboradores lo arrastraron hacia atrás y lo lanzaron directamente contra Tarli.

El jinete viró su lanza lateralmente. Tarli se agachó sobre la silla, evitando el golpe.

Ya fuera de manera intencionada o accidental, Saliak sesgó las riendas de su oponente. Los colaboradores de Tarli, sin que se lo indicara señal alguna, tiraron alocadamente.

El muchacho se tambaleó de lado a lado, intentando no acabar aplastado contra los muros del patio. Volvió la mirada hacia Moran; los ojos del chico pedían ayuda o consejo.

El instructor observó la escena en silencio.

Saliak tiró hacia atrás de las riendas, y su montura coleó inmóvil; contempló el vuelo de Tarli. Tras secarse las palmas en las polainas, Saliak aferró la lanza con firmeza. Sus colaboradores tiraron despacio hacia atrás, preparándose para lanzarlo en arco hacia adelante.

Tarli contempló frustrado la lanza que apenas conseguía sostener. De improviso, se puso las riendas entre los dientes y, colocando la lanza en cruz, como una barra de equilibrio, la golpeó contra el pomo de la silla. El arma se partió en dos.

Los presentes dieron un respingo. Tarli arrojó al suelo la mitad delantera, a lo con rapidez las riendas rotas en torno al mango y empezó a girar el trozo de astil por la correa de cuero, sobre su cabeza. El palo roto zumbó como si fuera algo vivo. La montura de Tarli se balanceaba alocadamente. Saliak arremetió contra él, apuntando su lanza directamente al pecho desprotegido de su oponente.

Tarli se inclinó de lado, al tiempo que golpeaba con su lanza rota la de Saliak. Ésta se quebró, y los fragmentos rebotaron contra el escudo de Saliak y lo golpearon en la frente.

Aturdido, el chico soltó las riendas. Tarli movió su pequeño cuerpo al centro de la silla e hizo girar el mango de la lanza con mayor rapidez.

Las dos monturas, fuera de control, pasaron una al lado de la otra. Tarli consiguió propinar otros cuatro golpes a Saliak antes de que éste cayera en brazos de sus colaboradores.

Tarli desmontó con facilidad, descolgándose por un estribo a fin de acortar la distancia de caída. Corrió hacia donde Saliak estaba sentado, frotándose los ojos con gesto aturdido. Tarli se inclinó sobre él y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, no llores.

Moran había visto a un hombre mirar a otro del mismo modo que Saliak miró a Tarli. Fue en una taberna del puerto de Tarsis. En la lucha que siguió salieron a relucir unos garfios; el recuerdo todavía le revolvió el estómago a Moran.

Saliak se incorporó, no sin dificultad, y se dio media vuelta. Tarli se encogió de hombros y fue a reunirse con los demás, pero los otros chicos lo eludieron y se acercaron a Saliak. Incluso el muchacho alto y delgado, así como el gordo, rehuyeron a Tarli, sin duda por miedo a las represalias de sus condiscípulos. Moran los observó con gesto impasible.

—Las prácticas se han terminado hasta que las monturas estén reparadas. — La expresión de los chicos fue más de alivio que de desencanto—. Volved a vuestros barracones.

Tarli se quedó atrás para recoger la improvisada arma que había hecho con las riendas y la lanza rota. Levantó la vista al advertir que el caballero estaba de pie junto a él.

—Me he hecho un enemigo —dijo el muchacho. Moran asintió con un cabeceo.

—¿Sólo uno?

Una sonrisa asomó fugaz al rostro cansado de Tarli.

—Saliak es el chico más popular de Xak Tsaroth. Quizá del mundo entero. Su familia patrocina su propio festival en otoño. Su padre y su abuelo fueron caballeros. —Pareció que el desánimo se apoderaba de Tarli por un instante—. Me pregunto qué se sentirá al tener un padre tan importante que todo el mundo te respeta aun cuando no hayas hecho nada para merecerlo.

Dicho esto, abandonó el patio mientras balanceaba por la correa el fragmento de lanza. Moran lo siguió con la vista, sintiendo un profundo dolor en su interior.

Paseaban por el mercado al atardecer, Lorena tirándole de la mano. Más que amantes, parecían padre e hija. De vez en cuando, un soplo de brisa barría el mercado y ella se atusaba el hermoso cabello cuidadosamente, casi con remilgo, colocándolo bien sobre las orejas. A Moran le encantaba observarla.

Disfrutaba explicándole cosas sobre las diversas mercancías del mercado. « Ese artilugio es creación de los gnomos del Monte Noimporta... Probablemente esté prohibida su venta y no cabe duda que es peligroso. Ese tipo de hacha, los enanos la usan en el norte para cortar leña. Las hojas duran la vida de un enano, por no mencionar las nuestras. Esa hamaca está hecha por los tejedores de Tarsis. Talisn y yo fuimos allí una vez, cuando yo era joven... ». Enmudeció.

Lorena posó la mano en su brazo. « Lo sigues echando de menos » .

« Él lo fue todo para mí cuando era un muchacho. Me llevaba a todas partes, y la gente se portaba bien conmigo por el sólo hecho de que estaba con él. Aprendí del él todo lo que sé » .

« Fue como un padre para ti. Todos necesitamos a alguien así » . Lo miró con expresión crítica. « Tú serías un padre manijilloso » .

El bajó la vista hacia la joven, nervioso. « ¿Por qué dices eso? » .

Lorena se echó a reír y se colgó de su brazo como si fuera una cría. « Porque sé que te preocupa. No te gustan las bromas, ¿verdad? Algún día, “caballero” conseguiré que te rías otra vez » .

Aquella noche, ya tarde, Moran salió al patio, acosado por la melancolía. Había cenado con Rakiel y después estuvo espiando a los novicios desde uno de los nichos de observación existentes en la Mansión de la Medida.

El caballero esperaba novatadas y abusos, pero los novicios de este año parecían más crueles que los de cursos anteriores. Hasta cierto punto, Tarli tenía la culpa. O, mejor dicho, se corrigió Moran, la presencia de Tarli. Los novatos siempre atacaban a los que eran diferentes, y Tarli lo era tanto...

Como si al pensar en él hubiese invocado al muchacho, Tarli apareció por una ventana de los barracones.

— Buenas noches, señor. Por cierto, os he hecho un favor.

— ¿Un favor? — El instructor ya estaba aprendiendo a mirar con desconfianza las iniciativas del chico.

Tarli asintió con un cabeceo. Debía de estar de puntillas para que lo viera desde abajo.

— He hecho más de esas lanzas cortas, como la que utilicé hoy.

— ¿De veras? Eh, un momento. ¿Cómo las has hecho?

— Con las otras lanzas. Ya os dije que eran demasiado largas. Las partí en tres, casi todas... Algunas por la mitad, para los chicos más grandes.

— ¿Has roto las lanzas? — Moran estaba boquiabierto. « ¡Huma nos asista! » —. ¿Todas?

Tarli rebulló intranquilo.

— Bueno, eso creo. Además de las de las perchas, encontré las del armario del almacén, que estaba lleno con lanzas, las de colores. ¿Es que hay más?

¡Dulce nombre de Paladine!

— ¿Las de colores...? ¿Te refieres a las rojas, plateadas y doradas? ¿Las de

gala, que utilizan los caballeros en los desfiles? —Moran sacudió la cabeza, negándose a creerlo—. ¡Pero si estaban bajo llave!

—Bah, no me deis las gracias —dijo Tarli, haciendo un ademán como restando importancia al favor que había hecho— No era una buena cerradura. Resultó fácil. Buenas noches, señor. —Saltó y desapareció de la ventana. Debía de haber estado subido a una banqueta.

Dominado por el pánico, Moran salió disparado hacia la armería. Pasó largas horas revisando las lanzas y con firmando que no había forma de reensamblarlas.

El tesoro cubriría el gasto de reemplazar el lote, pero el papeleo que le esperaba iba a ser un trabajo duro, un arduo reto en sí mismo.

Por último, Moran aceptó agradecido la oferta de Rakiel de redactar la petición de fondos. La ayuda del clérigo compensó casi, aunque no del todo, su zahiriente sonrisa en la que se leía: « te lo advertí » .

—El robo con allanamiento podría ser una profesión alternativa en el futuro del muchacho. Dime, ¿de verdad puede el tesoro permitirse malgastar dinero en entrenar a un bastardo y un vándalo?

—El tesoro puede permitirse reponer la mansión entera —replicó con sequedad Moran.

—¿De veras? ¿Sólo con los fondos que ponen a tu disposición? —Rakiel arqueó la ceja en un gesto de incredulidad—. En fin, esperemos que Tarli no tenga unos proyectos tan ambiciosos.

—¿Cómo dices que lo llaman? —preguntó Rakiel, mientras movía un espía en el tablero de juego. Moran masticó un bollo del desayuno antes de contestar.

—Estofado kender. Afirman que no es humano. —Movié un soldado de infantería, lanceando al espía de manera accidental—. Colgaron su petate en alto, fuera de su alcance, y lo llamaron animal y lo encadenaron. Se supone que yo no tengo que saberlo.

Rakiel miró con fijeza al caballero, conmocionado. Moran untó mantequilla en otro bollo.

—Oh, y el chico alto, Steyan, es Monte Noimporta. Anteanoche, aserraron parcialmente las patas de su cama; cuando la cama se rompió, lo obligaron a levantarse para arreglarla. Maglion, el gordo, es Panza gully. Hacen que se coma las sobras de la mesa y fingen que es medio gully y que le están haciendo un favor.

—¿No vas a impedírselo?

—¿Por qué? —Moran parecía sorprendido—. Me pasó el día entero entrenándolos hasta casi matarlos; después los mastico y los escupo. Se sienten frustrados todo el tiempo. Se desquitan los unos con los otros por la noche. — Señaló a Rakiel con el cuchillo de la mantequilla—. Entonces, una noche, alguno de ellos empezará a pensar en la Medida. A pensar de verdad. Sentirá miedo,

pero se enfrentará a los otros y dirá: « Esto no está bien. No deberíamos hacerlo» . Al día siguiente, todos vivirán el Código.

Iba expresión de Rakiel denotaba que no estaba convencido.

—Ocurre todos los años —aseguró Moran.

—Y, entretanto, los dejás que se torturen unos a otros. Incluso cuando la toman con tu propio...

—¿Mi propio qué? —El cuchillo de mantequilla seguía siendo un cuchillo de mantequilla, pero de repente la hoja pareció brillar más con la luz de la ventana.

—Nada. —Rakiel sonrió con nerviosismo—. No sé en qué estaría pensando.

Como ocurría con cualquier asunto informal de los caballeros, las clases se impartían en el lenguaje conocido como Común Culto. Sólo la parte inicial era en la antigua lengua. Moran se situó en la primera fila de bancos mientras los novicios decían: « Est Sularis oth Mithas» y tomaban asiento.

El instructor estaba entre Tarli y Saliak, que habían acabado por sentarse juntos durante el curso. Ninguno de los chicos quería parecer cobarde por cambiarse y separarse del otro. Además, Saliak disfrutaba dando codazos y golpes a Tarli cuando creía que Moran no estaba mirando.

En lugar de ir a la mesa, el caballero se sentó en el banco y se volvió hacia Saliak una vez recitado el Código.

—¿Por qué pronuncias esas palabras?

—Porque vos nos lo ordenáis —contestó Saliak, nervioso.

Alguien soltó una risita.

—¿Y por qué lo ordeno?

—Porque el Código es importante —contestó Tarli.

Moran se volvió hacia el chico exhibiendo toda la dureza de la Máscara.

—¿Qué lo hace ser importante?

Antes de que Tarli tuviera tiempo de responder, Moran giró con brusquedad la cabeza hacia la segunda fila.

—Tú, Maglion. ¿Qué hace importante al Código?

Maglion se puso rojo como la grana.

—Su sig... significado...

—No. —Moran se incorporó y caminó hacia el frente con pasos deliberadamente lentos. Luego dijo en voz baja—: El Código no significa nada. El Código es todo. De día o de noche, despiertos o dormidos, el honor es vuestra vida.

» Cuando eso se entiende, actuar mal resulta tan imposible como levantarse de entre los muertos. —Miró fríamente a Maglion—, ¿Lo comprendes?

—Sí. —Pero la expresión del chico era desdichada.

—Sí, lo comprendes —se mostró de acuerdo Moran—. Quizá no te gusta.

El muchacho se puso aún más colorado.

—Bueno, quiero decir, que... si un caballero ha sido insultado... digamos,

tratado injustamente de manera repetida... —puso todo su empeño en no mirar a Saliak— ¿entonces se supone que ese caballero debe enfrentarse a la persona que lo maltrata? ¿Un duelo? Quiero decir, por venganza.

—Por honor. Nunca por venganza.

—Sí, de todas formas, te enfrentas a él, ¿cuál es la diferencia?

Moran se echó hacia adelante, con las manos apoyadas en la mesa.

—Supón que alguien te atormenta durante meses y tú lo desafías y exiges que se disculpe. Si no lo hace, puedes luchar con él. Pero si te ofrece una sincera disculpa, no tienes más remedio que aceptarla y no luchar. Esa es la diferencia.

Steyan masculló algo entre dientes.

—¿Es eso un problema? —preguntó Moran con voz sosegada.

El muchacho se rascó la cabeza, miró a uno y otro lado en busca de ayuda, y por último dijo:

—Es duro.

—Lo es. —De manera deliberada, Moran se despojó de la Máscara y habló como un simple ser humano—. El honor, cuando forma parte de tu vida, aunque no sea fácil o no puedas eludirlo de ningún modo, sabe mejor que la comida o la bebida. Cuando no lo quieres, te corroe, día y noche.

—¿Qué pasa cuando una clase de honor entra en conflicto con otra? —preguntó Tarli, que mostraba una actitud solemne poco habitual en él.

Moran no respondió enseguida. Cuando habló, lo hizo despacio y midiendo las palabras.

—Aprende esto, y apréndelo bien. Sólo hay una clase de honor. Nunca creas que una situación en conflicto con el código y la Medida significa que hay conflicto entre dos honores.

Relajó la tensión. Sólo él sabía qué crisis de fe originaba en un hombre esta clase de preguntas.

—No obstante, surgen conflictos entre distintas clases de deberes —agregó.

A finales de verano, Lorena dijo con actitud traviesa: « ¿Eres un hombre de costumbres domésticas al que le gusta la familia? » .

« Ya sabes que sí » . Moran le había enseñado el panteón familiar y le había relatado la mayor parte de la historia de sus antepasados.

Ella le dio unos golpecitos con el dedo en las costillas, juguetera. « Lo que quiero decir es que si serías bueno con un niño, sin que importara quién es o cómo es » .

« Por supuesto que sí » .

Lorena agitó los brazos, riéndose de él; pero también había lágrimas en sus ojos. « Me refiero a cuidarlo y educarlo, y atender sus necesidades. ¿Prometes que lo harías, aun cuando ese niño se interpusiera entre ti y cualquier cosa que desearas hacer? » . Sus risas cesaron. « Por favor... » .

Moran dijo sin la menor vacilación: « Haría eso y mucho más. Fuera lo que

fuera a lo que tuviera que renunciar». La alzó en sus brazos con facilidad y la besó repetidamente. Le prometió que siempre, por amor a ella, «cuidaría y educaría» niños.

Ahora, al mirar atrás, comprendió que su promesa lo había convertido en el mejor maestro que jamás tuvo la caballería.

Moran estrechó los ojos al salir al patio.

—Demasiada luz, ¿no os parece? —preguntó con tono despreocupado. Durante los meses pasados, los novicios habían aprendido a temer aquellas preguntas superficiales. El caballero miró con sorpresa a su alrededor—. ¿No? Ah, claro. Sois jóvenes. No lo notáis. Pero no os preocupéis. Yo me ocuparé de que no os duelan los ojos de tanto guiñarlos.

Tendió a cada muchacho una venda y les dijo que se las pusieran unos a otros. No sin recelo, le dio a Saliak la de Tarli. El chico mayor la ató a la cabeza del pequeño y sólo le faltó plantar el pie en su espalda para apretar más el nudo. Tarli soltó una corta exclamación de sorpresa, al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Algo va mal? —preguntó Moran.

—En realidad, no. —Por fin, Tarli comentó vacilante— Está muy prieto y me hace daño.

—Considera el dolor como un inconveniente más. Quizá tengas que luchar algún día sintiendo dolor. —Posó una mano sobre el hombro del chico, principalmente para que no se moviera—. Ahora, véndale a Saliak los ojos.

Saliak dio un respingo. No había pensado en eso. Tarli, con la piel fruncida bajo la ceñida venda, esbozó una mueca maliciosa. Saliak no dijo nada cuando Tarli apretó con todas sus ganas, pero Moran vio que el chico mayor hacía un gesto de dolor.

Moran entregó a cada uno de los chicos, vendados y tanteantes, una daga. Maglion dio un grito al pincharse un dedo con la punta; los demás pegaron un brinco al oírlo. Moran los condujo uno tras otro hasta uno de los muros, dejándolos de espaldas contra la pared.

—Y ahora —dijo con voz calmada—, todo cuanto tenéis que hacer es cruzar el patio sin que los otros os apuñalen. Muy sencillo, a mi entender.

Lo era. Si se utilizaba el oído y se recordaba que las armas defensivas son tan importantes como las ofensivas, la tarea no encerraba mayor dificultad. Los novicios empezaron a cruzar el patio con precaución, arrastrando los pies.

No era tan peligroso como parecía; la mayoría de los chicos tenían miedo de lanzar cuchilladas, convencidos de que al hacerlo se arriesgaban a que el filo de otra daga les cortara la mano.

Moran se movía entre ellos, frenando con una espada torta la esporádica arremetida de algún novicio, y más frecuentemente tocando la espalda de un chico para recordarle que estaba desprotegido.

Ya fuera por un sexto sentido poco común o por imprudencia —Moran no supo determinar cuál de los dos—, Tarli llegó hasta la mitad del patio dando saltos antes de que los demás hubiesen avanzado un paso. Solo en el centro, ladeó la cabeza escuchando con atención y eludiendo a cada novicio que se le acercaba dando un paso de lado, en tanto que los demás caminaban de puntillas rehuyendo al resto mientras arremetían contra nada y esquivaban también nada.

Tarli alcanzó el muro opuesto en un tiempo récord y se quedó quieto, atento. Moran sintió una oleada de orgullo.

—Eh, kender —llamó con voz queda Saliak, cerca del centro del patio—. Pequeño Estofado kender, acércate, chico. —Chasqueó la lengua—. Tengo algo para ti. —Se apartó del punto donde estaba un momento antes, y que había hecho un blanco fácil con su propia voz.

Tarli sonrió y caminó de vuelta al centro del patio. Fue detrás de Saliak repitiendo, paso por paso, todos sus movimientos.

—Aquí, kender —llamó el chico mayor, con voz dulce— No tengas miedo, pequeño. ¿No quieres mi sorpresa?

Tarli se humedeció con saliva una uña y después la puso contra la nuca de Saliak

—Depende. ¿Qué es? —preguntó con tono coloquial.

Saliak se quedó petrificado al sentir el roce de lo que creía era la fría punta de una daga. Al oír la voz de Tarli, Faron se deslizó furtivo en su dirección, con la daga adelantada. Tarli retrocedió un paso, y Saliak se apartó casi de un brinco.

Faron lanzó una veloz cuchillada, lo bastante baja para partir en dos el corazón de Tarli. Éste, con la cabeza todavía ladeada, había captado el roce de una tela. Se giró y golpeó a Faron en la muñeca con la empuñadura de su j daga. El otro chico dio un grito y tiró el arma, que Tarli se apresuró a recoger.

Faron se puso a gatas para buscar la daga. Tarli estaba detrás de él y gritó:

—¡Janeel!

Janeel arremetió contra él, tropezó con Faron, y también perdió su arma. Tarli se situó entre los dos y empezó a vocear:

—¡Paladine me asista! ¡Steyan! ¡Cualquiera de vosotros! ¡Que alguien me ayude! Me tienen sujetos los brazos.

Varios chicos avanzaron hacia lo que creían una presa fácil.

Después de que los dos o tres primeros tropezaran y cayeran en un montón, los demás corrieron inevitablemente la misma suerte.

De manera gradual, los gruñidos y los rezongos del derrotado montón de piernas y brazos acabaron en nada. Aparte de Tarli, sólo Saliak seguía de pie, fíntando con resolución de un lado a otro del vacío patio.

—¿Dein? —Llamó Saliak, al tiempo que se hacía a un lado—. ¿Faron?

Dein y Faron, medio enterrados en el montón de cuerpos, se maldecían uno al otro y también a Tarli.

Saliak había enrollado su camisa en torno al brazo, a guisa de escudo improvisado, y tanteaba con la daga para encontrar a alguien.

—¿Janeel? —Su voz sonaba asustada—. Responedme alguno.

Entonces hizo algo que impresionó a Moran. Saliak corrió hacia un extremo del patio, con los brazos extendidos. Cuando tocó el muro, dio media vuelta y echó a correr hacia el lado opuesto.

Fue sólo cuestión de suerte el que en ambas ocasiones pasara de largo junto al montón de chicos. Se quedó quieto y empezó a gritar:

—¿Estáis todos bien? Por el ruido parece que os estéis quejando. ¿Necesitáis ayuda?

«El peor de todos se está convirtiendo en un caballero», pensó Moran con satisfacción. Para entonces, Saliak estaba asustado de verdad.

—¡Responedme! —Brincó hacia un lado, como si algo invisible hubiese saltado sobre él—. ¡Señor, decidme que están bien!

Aunque guardó silencio, Moran estaba conmovido.

Tarli se acercó de puntillas a Saliak

—¡Tararí-tatí-tatí! —gritó, al tiempo que le daba repetidos golpes en las costillas con el dedo.

Saliak chilló y acuchilló el aire con movimientos enloquecidos. Tarli retrocedió de un salto y se echó a reír. Los otros, al oír el jaleo, se esforzaron por levantarse en medio de gruñidos y maldiciones.

Taciturno, Moran vio que el ejercicio estaba resultando un desastre.

Muy bien, quitaos las vendas.

Los que podían, ayudaron a los que no podían. Se quedaron boquiabiertos con lo que vieron: a sí mismos, desuñados, en el centro del patio, y Tarli, todavía con los ojos vendados, de pie sobre un montón de dagas. Su actitud denotaba una gran seguridad en sí mismo.

así todos los chicos tenían contusiones, y sólo alguno que otro corte superficial. Moran llegó a la conclusión de que el ejercicio podía considerarse un éxito. Saliak tiraba de la venda con todas sus fuerzas.

—No puedo quitármela —dijo, irritado.

Varios chicos intentaron desanudar la venda, pero sólo consiguieron apretar más los nudos. Por fin, Janeel le pidió a Tarli una daga.

Tarli se encogió de hombros y se la lanzó, con un movimiento fácil y ligero, sin necesidad de mirar, y después cortó su propia venda; recogió su morral y el trozo de palo atado a la correa, de los que nunca se apartaba, y se encaminó al comedor, solo, haciendo girar el palo y escuchando el zumbido que hacía.

Saliak se frotó las marcas enrojecidas que tenía en la cabeza y lanzó una mirada feroz al muchacho que se alejaba.

—Mataré a esa pequeña alimaña. Lo mataré. Lo mataré.

—Saliak —llamó con frialdad Moran, que se encontraba detrás de él. El chico

giró sobre sus talones, enrojeciendo j hasta la raíz del cabello.

—¿Señor?

—Te daré un consejo: no lo intentes mientras estés con los ojos vendados. Podrías herirte a ti mismo.

Steyan soltó una carcajada. Saliak le lanzó una mirada asesina.

«Pagaré por esa risa», pensó con tristeza Moran. Rakiel contempló a los chicos salir del patio renqueando.

—Tarli tiene un oído extraordinario... para ser un humano —comentó el clérigo.

—Es una cualidad corriente en los humanos —replicó Moran con irritación—. Yo mismo... —Enmudeció sin terminar la frase.

—¿Ibas a decir algo sobre tu sentido del oído? —lo zahirió Rakiel.

—Que es muy aguzado. —Clavó la mirada en el clérigo, como retándolo a que dijera algo más.

Rakiel sonrió, se encogió de hombros y se alejó.

Tan pronto como estuvo a solas, Moran empezó a recoger y a contar las dagas. El resultado fue desastroso. Faltaban varias. Recuperó unas cuantas en la inspección que hizo en los barracones (y en el morral de Tarli). El chico fue muy impreciso sobre lo que había ocurrido con el resto.

El registro efectuado en la mansión no tuvo resultados positivos.

Moran pasó la tarde ocupado con más papeleo, asistido por un sarcástico y escéptico Rakiel. La partida de Draconel al final de la jornada, en la que Moran perdió siete soldados de infantería a manos de los escuadrones suicidas de Rakiel, no contribuyó a mejorar el humor del caballero.

—¿Más gastos? —preguntó Rakiel una semana más tarde.

Moran gruñó. Esta vez era para reemplazar las ollas y sartenes que Tarli había utilizado como «armaduras» para una batalla nocturna en los barracones.

—¿Es que nadie te pide cuentas cuando gastas más de normal? —preguntó el clérigo.

—No. —Moran apretó los dientes; después, más calmado, agregó—: Los caballeros confiamos unos en otros. Relleno los impresos, firmo y sello documentos, y soy depositario del oro y la plata guardados en la tesorería, el cuarto que está abajo, cerca de los barracones de los novicios, y... ¡Oh, por Paladine! —Era la primera vez en veinte años que Moran juraba en voz alta.

Rakiel se quedó sorprendido al ver que un hombre mayor pudiera correr tan deprisa.

Cuando el clérigo llegó a la tesorería, resoplando y jadeando por el esfuerzo, Moran estaba de pie ante la puerta abierta y contemplaba con fijeza las estanterías cargadas con bolsas de oro, monedas, cofrecillos, cuencos y cálices. Los huecos vacíos saltaban a la vista. Moran echó una ojeada al pasillo y después se volvió hacia el clérigo.

—Toma. —Le entregó una llave a Rakiel—. Haz un inventario y luego cierra a cal y... Echa la llave. —El clérigo mintió con gesto aturdido—. Después quédate sentado contra la puerta hasta que haya regresado.

Moran esperaba que el registro le llevara mucho tiempo, pero fue muy breve. Encontró los objetos que faltaban colocados sobre el alféizar de piedra de una de las ventanas de los barracones:

Un cáliz de oro con gemas incrustadas y el pie tallado i unió una garra de grifo que aferraba una base semiesférica de plata.

Un cofre de mármol con incrustaciones de ónix, cuya asa superior tenía la forma de un dragón rojo lanzándose sobre un caballero y su corcel. Los ojos del dragón eran rubies; el escudo del caballero era una esmeralda tallada.

Una bandeja, adornada con perlas, azabache y diamantes, que representaba la Tumba de Huma a la luz de la luna. La bandeja estaba apuntalada de manera que el reflejo de la luz en los diamantes se proyectaba en el techo.

—¿A que son preciosos? —Tarli estaba sentado en la cama del rincón. Faltaban las patas del mueble; tal vez había cambiado de sitio con Steyan. El chico se encontraba solo en la habitación, tallando con gesto tranquilo el palo atado a la correa. Moran señaló los objetos colocados en la ventana.

—¿Son...? ¿Tú...?

—¿Que si los he puesto ahí? Sí. Los tomé prestados. —Sin soltar el palo, Tarli se acercó a la ventana—. A la habitación le hacía falta un toque alegre, y estas cosas estaban arrinconadas en unas estanterías oscuras, ¿podéis creerlo? Pensé que servirían como recordatorio de nuestra instrucción a algunos de nosotros —concluyó con actitud sosegada.

—¿Son éstas todas las cosas que has... cogido prestadas?

—No podía transportar más. —Tarli echó una mirada crítica a la austera y triste estancia— Quizá regrese a buscar más...

—¡No! —exclamó Moran; luego, más calmado, añadió—: No vuelvas a entrar en el almacén. No vuelvas a sacar cosas de allí. No hagas nada relacionado con el almacén, a menos que tengas un permiso mío por escrito para ello.

—Muy bien, señor. —Tarli parecía desconcertado.

—Ahora me llevaré estas cosas a su sitio. —Moran recogió el cáliz, el cofre y la bandeja.

—¿Por qué? Guardados en ese cuarto oscuro no hacen servicio alguno a nadie.

—Los caballeros prefieren que estos objetos estén guardados bajo llave para impedir su robo —dijo con delicadeza Moran.

—¡No! —Tarli estaba conmocionado— ¿Ladrones? ¿Aquí? —Una idea monstruosa se abrió paso en su mente—. ¿Entre los novicios?

—Se han dado casos —respondió el caballero, con sequedad.

Rakiel había terminado de hacer el inventario cuando Moran regresó. El clérigo añadió los últimos tres objetos.

—¿Quieres ver la lista?

Moran sacudió la cabeza. Se sentó con pesadez en un arcón de roble cuya oxidada cerradura, según advirtió con alivio, estaba cerrada e intacta.

—Está todo. Siento haberte dado tanto trabajo.

—No tiene importancia. —Rakiel dobló la lista y la guardó en sus vestiduras —. Presumo que fue Tarli quien las robó. ¿Has notado que...?

Moran lo interrumpió.

—Ve al sótano y tráeme un puñado de espigones y un martillo. Voy a clausurar esta puerta.

Rakiel no se movió; miraba al caballero con actitud sombría.

—¿Has notado que los novicios no se equivocan al decir que parece un kender? —Dijo con determinación—. No tiene las orejas puntiagudas, claro —se apresuró a añadir—, ni tampoco lleva recogido el pelo en un copete. Es algo más alto, pero sus costumbres, su imprudencia, su...

Moran miró ceñudo al clérigo.

—Lorena era humana. Muy baja, y un poco rara, pero humana. Vete.

Rakiel se marchó. El caballero, sentado en el arcón, a solas en el cuarto, encorvó los hombros y cerró los ojos, demasiado cansado incluso para evocar a Lorena.

Moran ordenaba los manuscritos. El curso casi había finalizado.

La partida de Draconel había terminado también; la noche anterior, las fuerzas de Rakiel, diezmadas tras meses de tácticas brutales, se habían retirado en desbandada. Moran mató y capturó tantas piezas como la compasión y la logística permitían, y después aceptó la hosca felicitación de Rakiel; de buena gana, bajó las escaleras para comprobar cómo iban las cosas en los barracones.

Retrospectivamente, Moran deseó haberse quedado con Rakiel.

Oculto en el nicho, vigiló a los muchachos. Esta iba a ser la última noche que pasaban allí. A la mañana siguiente, los novicios recibirían la túnica de escuderos y se les daría los nombres de los caballeros a los que habrían de servir.

Los chicos habían conseguido bajo cuerda pasteles y cerveza, si bien Moran estaba enterado; sin embargo, no parecían sentirse muy inclinados a comer y beber. Ya no era divertido romper las reglas.

Por desgracia, ninguno de ellos había perdido la costumbre de intimidar a sus tres víctimas.

—Panza gully puede celebrarlo por nosotros —dijo Janeel con fingida cordialidad.

Dein y Faron habían atado los brazos de Maglion a la cama. El chico apenas ofrecía ya resistencia y empujaba a los otros de manera mecánica. Sólo sus ojos denotaban furia y dolor.

Steyan, con las piernas dobladas contra la espada y metido en un arcón abierto, observaba la escena torciendo la cabeza en una postura forzada, y que tenía el cuello doblado y la barbilla pegada contra el pecho para caber en el interior del baúl; en el exterior del mueble había una etiqueta que decía: « Artilugio gnomo para reducir tamaño » .

Tarli estaba encadenado y amordazado. Delante de él había un hueso mordisqueado y un letrero:

¡CUIDADO! ¡KENDER PELIGROSO! ¡MUERDE!

El muchacho observaba a los otros con tranquilidad indiferencia.

—No podemos permitir que pases sed. —Janeel vació una jarra entera de cerveza en la boca de Maglion; por la nariz del grueso muchacho salió espuma, mientras se atragantaba y tosía.

» Y ahora... —Janeel balanceó un pastel delante de Maglion, como si fuera un mago—. ¡Un dulce de nuez! Está hecho con miel de verdad. ¿No lo quieres? Quizá debería dárselo a Estofado kender. —Sostuvo el pastel frente a la nariz de Tarli—. ¡Pobre Estofado kender! Tiene que mendigar para que lo inviten. —Se giró y aplastó el dulce en el rostro de Maglion—. Panza gully se lleva el premio. Agarró al muchacho gordo por el pelo para obligarlo a abrir la boca y le metió todo el pastel a la fuerza. Una única lágrima de frustración y cólera resbaló por la mejilla de Maglion.

—Espera. —La voz sonó molesta y avergonzada. Para sorpresa de Moran, era Saliak quien había hablado—. Esto está mal. Yo estaba equivocado.

Limpió a Maglion la cara con su propia toalla y después le desató los brazos. El muchacho gordo le cogió la prenda y acabó de limpiarse sin decir una palabra.

—Pensé que era divertido. —Saliak se agachó y desanudó las correas atadas a las rodillas y codos de Steyan—. Creía que eran raros, distintos de nosotros, y que hacerles esto era sólo... una broma.

Steyan salió tambaleante del arcón y cayó. Saliak le frotó los brazos y las piernas para que se reanimara el riego sanguíneo.

—Era lo que pensábamos todos, ¿no? —Saliak miró en derredor con ansiedad—. Todos nos reíamos. —Sus ojos fueron a donde estaba Tarli; enrojeció y miró a otro lado. Cuando Steyan consiguió moverse en medio de gruñidos, Saliak se dirigió hacia Tarli—. Nunca pensé seriamente en el Código. —Soltó la cadena. Mientras le quitaba la mordaza, agregó—: Y la Medida la consideraba... bueno, una tontería de la disciplina en clase. No te culparía si quisieras golpearme.

—Me parece justo —dijo Tarli, que acto seguido le dio una patada en la ingle.

Los otros dieron un respingo de sorpresa, un gesto de dolor compartido. La expresión de Maglion y Steyan era como cuando un rayo de sol se abre paso tras un aguacero de primavera.

—¿Es éste el modo en que lucha un caballero? —preguntó Saliak jadeante,

cuando fue capaz de incorporarse. Tarli se encogió de hombros.

—¿Prefieres luchar cara a cara?

—En este momento preferiría no luchar. —El rostro de Saliak tenía un tinte verdoso.

—Pero insultaste mi honor. Repetidamente. Y ahora lo sabes.

Saliak parpadeó varias veces; al parecer, tenía problemas para enfocar los ojos.

—La Medida dice que si elijo no luchar y me he disculpado, entonces tienes que aceptar mis disculpas.

—En efecto. —Tarli asintió con un cabeceo. Luego añadió con un tono tan indiferente que heló la sangre a Moran—: Pero mi propio código está por encima de la Medida. ¿Cara a cara?

Saliak aceptó moviendo la cabeza arriba y abajo, gruñendo por el esfuerzo.

—Bien. —Tarli levantó la cabeza de Saliak

Con el chico más alto de rodillas, los dos muchachos estaban a la misma altura. Tarli se cogió ambas manos y las estrelló contra el mentón de Saliak, que cayó de espaldas.

—Esto puede doler un poco...

Tras darle otros cuantos puñetazos, Tarli lo apuntaló con el bastón de la correa y comenzó a propinarle una paliza sistemática. Moran, que contemplaba acongojado la escena, tuvo que admitir que Tarli no sabría mucho sobre la compasión o la Medida, pero sus conocimientos de anatomía eran extraordinarios.

Por último, tambaleándose bajo el peso, Tarli llevó al derrotado Saliak a la cama. Steyan y Maglion estrecharon la mano de Tarli. Luego, para gran alivio de Moran, los dos muchachos vistieron y vendaron a Saliak. Parecía que, por fin, todos habían comprendido lo que para un caballero significaba la Medida. Todos, menos Tarli.

Moran detestaba hacer aquello.

Podía ver el sonriente rostro de Lorena, inquisitivo y totalmente confiado. Durante todo aquel verano, se había comportado como si creyera que nadie le haría daño, y él había intentado con todas sus fuerzas no ser jamás quien la hiriese.

Después de desayunar, Rakiel, mostrándose ostentosamente compasivo y haciendo gala de una exagerada afectación, bajo las escaleras y mandó a Tarli que subiera.

Moran sostuvo una última pugna consigo mismo. «Lo mejor que podría esperar, es que pasaran muchos años antes de que el chico fracasara. Y entonces vendría el juicio, y el veredicto, y las rosas negras de culpabilidad sobre la mesa», se dijo.

Tomó asiento, mientras ensayaba lo que iba a decir. A pesar de los muchos

años que llevaba viendo la marcha de los escuderos, Moran seguía detestando las despedidas; sobre todo, las inesperadas.

Al final del verano, Lorena fue a buscarlo. «Me marchó. No preguntes adonde, ni me sigas».

Él se opuso, pero la joven se mantuvo firme en su decisión. «Tú tienes tus obligaciones. Tu honor es tu vida, ¿recuerdas? Mantón tu honor en mi nombre. Acuérdate de lo que me prometiste».

Lo besó. El intentó retenerla, pero la muchacha se escabulló entre sus brazos y se marchó... de Xak Tsaroth y de su vida. Llevaba consigo un morral que Moran no sabía que tuviera. Dolido, la contempló mientras se alejaba y cómo se atusaba el pelo sobre las orejas cuando el aire arremolinado de los cruces de calles se lo revolvió. No miró atrás una sola vez.

Moran se volcó en sus estudios. Años más tarde, cuando se enteró que Lorena había regresado, no fue a visitarla.

Tarli llamó a la puerta. Por una vez, Moran no se puso la Máscara y dejó la misma expresión apacible y fatigada que había visto reflejada momentos antes en el espejo.

—Adelante.

Tarli llevaba consigo su morral y el palo con la correa. Miró al caballero con gesto inquisitivo.

—Nunca os había visto sentado en vuestro escritorio, ¿Es ahí donde escribisteis Las tácticas Brightblade?

—Sí. —Moran señaló la otra silla con un ademán—. Siéntate. —Sin más dilaciones, comenzó—: Tarli, he observado tus progresos durante las pasadas semanas. Has hecho maravillas, a despecho de tu talla pequeña. —El muchacho movió arriba y abajo la cabeza con actitud ufana—. En todas las situaciones, y sé que en algunas sesiones de entrenamiento te has enfrentado a un verdadero peligro, has demostrado una ausencia total de temor.

—Por supuesto. —Tarli parecía desconcertado.

—A la mayor parte de tus condiscípulos les ha parecido mucho más duro. Después de casi dos décadas de instruir novicios, probablemente seas el muchacho más arrojado a quien he entrenado.

El rostro de Tarli se iluminó con una sonrisa. Moran no correspondió al gesto.

—No obstante —prosiguió—, ese coraje lo has demostrado... en fin, de manera muy peculiar. En lugar de utilizar armas, las rompías o... las tomabas prestadas. En lugar de aceptar la enseñanza como se impartía, la moldeabas a tu gusto. No sería exagerado afirmar que incluso variaste el modo de entrenamiento de todos los demás.

—Hice cuanto estuvo en mi mano en su favor. —Tarli estaba muy tieso en la silla; parecía no comprender qué estaba ocurriendo.

—También hubo cierto problema de..., de propiedad privada. —Moran

intentó dar un rodeo al asunto—. Parece que no reconocas la propiedad de otros como algo prohibido, que no está a tu disposición.

Tarli frunció el entrecejo, con gesto de fastidio.

—Si la gente le pusiera etiquetas a las cosas...

—No puede etiquetarse todo. Y entre unas cosas y otras... —Moran agitó la mano—. Lanzas, dagas, libros diversos, vituallas... Éste ha sido el curso más costoso que recuerdo.

—He oído comentar a la gente que el coste de la vida ha subido en toda la ciudad —dijo Tarli mientras se rascaba la cabeza.

—Por último, en privado, has tenido que soportar ciertas... injurias por parte de otros chicos —continuó Moran con cortedad—. La mayoría de las veces, lo has llevado con paciencia.

—Entonces, lo sabíais. —Tarli tenía los ojos abiertos de par en par.

Moran asintió.

—Es preciso que esté enterado de cómo responderíais cada uno de vosotros ante diversas circunstancias. Ser un caballero significa aprender a actuar como tal. —Con los ojos prendidos en Tarli, finalizó—: No sólo durante los entrenamientos o en combate, sino en todo momento.

Aguardó.

—Entonces sabéis también lo de anoche —dijo por fin el chico, sin mostrarse turbado.

—En efecto. —Moran carraspeó—. Luchaste en abierta oposición a la Medida. Lo que dijiste, más que lo que hiciste, pone de manifiesto que no crees en ella. —El caballero suspiró—. Créeme, Tarli, lo siento más de lo que puedes imaginar. Pero tú no estás hecho para ser un caballero. Tienes tu propio estilo de hacer las cosas, tu propio punto de vista sobre los derechos de otros, y tu propio código de honor; y nunca se acomodarán para convertirte en un caballero. —Con la conciencia tranquila pero sintiéndose desgraciado, se volvió hacia Tarli.

—Tenéis toda la razón, señor. La caballería no encaja conmigo. —El chico lo dijo como si la culpa fuera de la Orden. Moran lo miró con atención.

—¿No te importa?

—Ya no. —Tarli frunció el entrecejo—. Me habría importado cuando empecé. ¿Sabíais que le prometí a mi madre hacerme caballero? —Moran sacudió la cabeza, en parte para despejar la confusión—. Me dijo que sería bueno para mí y para la caballería. —Tarli suspiró hondo—. A veces, durante estas semanas pasadas, me he preguntado si no lo diría en broma.

« Posiblemente », pensó Moran mientras sonreía con tristeza. Sí, era más que posible.

—En fin, es hora de marcharse. —Tarli se incorporó, pero no se movió del sitio—. Por cierto, tengo otro nombre, señor.

—Es de suponer. —Moran se puso tenso.

—No lo utilizo puesto que mi padre y mi madre no estaban casados. —Miró a Moran con sus ojos sinceros e inocentes.

—El nombre de tu madre es suficientemente digno —dijo el caballero con severidad. Desde aquel verano, Lorena había adquirido en la mente de Moran la categoría de una mujer espiritual, alguien cuyo amor era demasiado elevado y puro para el caballero.

—Puedo utilizar el otro nombre por derecho. —La voz de Tarli no sonaba amarga o irónica; se limitaba a exponer un hecho—, ¿Lo sabíais?

—Di por sentado que tú lo ignorabas. Ello no es un insulto a tu madre —se apresuró a añadir—. Era una mujer maravillosa. La conocía muy bien, ¿sabes?

—Sí, estaba enterado.

Moran se humedeció los labios, que de repente se le habían quedado muy secos.

—Por supuesto, tienes derecho a utilizar el nombre de tu padre. Creo... —Hizo una pausa y ciñó los brazos contra el pecho—. Creo que estaría orgulloso.

—¿Lo estás? —preguntó Tarli con voz queda.

La sencilla franqueza de la pregunta dejó estupefacto a Moran. Tarli tuvo que repetirla. Por fin, el caballero balbuceó:

—Yo, eh... Ella nunca me lo dijo...

—Bueno, mi madre me lo contó. Y siempre decía la verdad. —Tarli asumió una actitud tolerante, como quien disculpa la equivocación de otro—. Me dijo que probablemente no te gustaría que tomara tu nombre. Que tal vez te hiciera sentirte incómodo, al dedicarte a instruir chicos. Le parecía absurdo, pero creyó que tú lo preferirías así.

—Fue buena conmigo cuando más lo necesitaba. Siempre lo fue, salvo cuando se marchó. —Hizo una pregunta a la que había estado dando vueltas dieciocho años—. ¿Sabía que me habría casado con ella si se hubiese quedado?

Tarli parecía desconcertado.

—¿Es que nunca te lo dijo? Lo sabía, pero pensaba que no funcionaría. Eráis muy distintos. Pero creo que te amaba —añadió con serenidad.

—También yo lo creo. —Brevemente y con pesadumbre, Moran pensó en las exigencias de la caballería, en el escándalo que se consideraba en la Orden un asunto de bastardía, y en el hecho de que los conflictos del deber pueden ser tan dolorosos como los conflictos de honor—. Tienes mi permiso. Si lo deseas, utiliza mi nombre.

—Gracias. —Tarli sonrió—. Pero creo que seguiré utilizando el mío, además del patronímico formal, ahora que soy adulto.

—¿Y qué nombre es ése? —preguntó Moran, divertido ante este repentino adulto de dieciocho años.

—Tarli Semikender —contestó el muchacho con tranquila seguridad. Moran abrió la boca lentamente, sin salir de su asombro.

—¿Semi... kender?—repitió con un hilo de voz.

—Eso es. —Tarli jugueteó con el fragmento de lanza atado a la correa.

Las palabras de Lorena acudieron a la mente de Moran: « ¿Sin que importara quién es el niño, o cómo es?» . Y su risa. « Me encantan los sitios extraños y los hombres extraños» . El repetido gesto de atusarse el cabello sobre las orejas.

—¿Semikender?

—Bueno, supongo que también podría utilizar « Cabello de Fuego» . Es un nombre respetado entre su gente, ¿sabes? Al principio no quise usarlo, pues podría parecer un encubramiento social.

A Moran le daba vueltas la cabeza.

—¿Semikender? —repitió. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿O era que no quería admitirlo?

—Así es. —La mirada de Tarli se tornó reflexiva, lejana—. Mi madre dejó a los suyos y vino aquí. A todos los kenders les gusta vagabundear. Por eso se marchó también de aquí... en parte.

Tarli paseó por la habitación, cargado con su morral, observando con gesto ausente las cosas. Más tarde, el perturbado Moran descubriría que habían desaparecido una botella de vino, un cuchillo de mesa y una copia de Las tácticas Brightblade.

—Será mejor que me ponga en camino.

Tarli no había dado dos pasos cuando se detuvo y rebuscó en su morral, que parecía estar lleno a reventar.

—¿Te importaría devolverle esto a tu amigo clérigo?

—¿Te los dio él? —preguntó el caballero, mientras cogía los rollos de pergamino que el chico le tendía.

—Bueno, no exactamente. —Tarli esbozó una mueca traviesa—, Una noche no tenía nada para leer, y su cuarto no estaba cerrado con llave... más o menos. —Su rostro se animó—. Lo relativo al tesoro de los caballeros es muy interesante.

Moran desenrolló el primer pergamino (el sello ya estaba roto) y leyó:

Al reverendo Hijo Venerable Astinus, en Istar.

Saludos y las bendiciones de los Únicos Dioses Verdaderos tic su servidor y vuestro hermano Rakiel. Que vos y ellos intercedáis por él.

Escrito cuando la luna Solinari está en fase menguante del mes en que la luna Lunitari se sitúa en ascendente en Li Reina de la Oscuridad.

Hasta el momento, todo marcha bien. He descubierto la cuantía de los bienes de los caballeros aquí, en Xak Tsaroth, y pienso que es excesiva para una fuerza defensiva de entrenamiento en tiempos de paz. Mi recomendación es que la iglesia haría mejor uso de ella.

He tenido acceso una vez al tesoro, y adjunto una lista detallada de su contenido. No sé con seguridad cómo se realiza el transporte del dinero y los

metales preciosos desde la tesorería y dónde lo almacenan los caballeros, pero espero descubrirlo pronto.

El viejo que instruye a estos palurdos es un necio...

Moran cerró los ojos; recordó a Rakiel haciendo preguntas, Rakiel rellenando formularios, Rakiel ofreciéndose a tramitar las solicitudes para las lanzas.

—También tengo esto. Lo guardé por el mapa. Los mapas me encantan. Pero no creo que vuelva alguna vez aquí —dijo Tarli.

El «mapa» era el plano de la primera planta de la Mansión de la Medida, con el almacén marcado en rojo. Al final del pergamino había dibujada una plantilla exacta de la llave de la tesorería.

—Lo mataré —musitó Moran, pero no acababa de pronunciar las palabras cuando ya se había echado atrás. No había honor alguno en que el mejor instructor solámnico matara a un clérigo que temblaba de pies a cabeza cuando el caballero manejaba un cuchillo de untar mantequilla.

Moran dio la vuelta al pergamino con gesto pensativo. Si pudiera dar satisfacción de algún modo a su honor y refrenar el impulso de matar a Rakiel, esta página, por sí sola, enviada a la Orden de la Rosa, humillaría a los clérigos y probablemente dejaría a los caballeros en Xak Tsaroth libres de la influencia de la iglesia durante los años venideros.

—Gracias por enseñarme esto —dijo Moran.

Tarli sonrió y miró afectuoso al caballero.

—Tío Moran, has sido muy bueno conmigo.

—¿Tío Moran? Puedes llamarme «padre».

El chico asintió en silencio, casi con timidez.

—Me gustaría. Casi has sido un guía espiritual para mí, ¿sabes?

Moran, sosteniendo todavía el plano de la tesorería hecho por Rakiel, tuvo una idea descabellada.

—Todavía puedo ser tu guía —dijo lentamente—. Dime, Tarli, ¿hacia dónde te diriges?

El muchacho frunció el entrecejo, pensativo.

—No tengo ni idea —dijo por último—. Tal vez vaya a reunirme de nuevo con la familia de mi madre. Ya he vivido con ellos, y son agradables. —Frunció aún más el entrecejo, y Moran creyó estar viéndose a sí mismo en aquel gesto—. Pero a veces pienso que debería hacer algo con mi futuro, buscar una profesión.

Moran respiró hondo. Cuando habló, lo hizo midiendo las palabras.

—¿Has tomado en consideración ingresar en el clero?

Por su expresión en blanco, era evidente que Tarli nunca se lo había planteado. La expresión perpleja se tornó en otra maravillada.

—¿Sabes? Creo que tienes razón —dijo muy excitado—. Son perfectos. Lo pasaré estupendamente. Cuanto más conozco a los clérigos, más me parece que

mi código se parece al suyo mucho más que al de los caballeros. —Alzó la vista bruscamente hacia Moran—. Sin intención de ofender.

—Oh, no me ofendo. —El caballero contuvo una sonrisa.

—Dime, ¿aceptan los clérigos a gente corriente..., gente como yo?

« ¡Ah, Tarli, no hay gente como tú! », pensó Moran con afecto. Su mano se cerró con fuerza en torno a la misiva de Rakiel. Resultaba duro no matar a un hombre por una deuda de honor, pero quizá fuera mejor actuar así.

—Redactaré una recomendación. Los clérigos me deben un gran favor. Serás admitido, sin necesidad de más trámites. —Se imaginó a Tarli en una clase de clérigos en ciernes. Esto era mejor que matar a Rakiel en un combate desigual.

—Gracias. —Tarli estaba sinceramente sorprendido y complacido—. Madre dijo siempre que te portarías bien conmigo.

—¿Y qué harás como clérigo?

Los ojos de Tarli asumieron una expresión remota y soñadora.

—Iré con el pueblo de mi madre. Algo me dice que necesitarán clérigos en el futuro. —Hizo girar el palo que llevaba a un costado—. Y perfeccionaré esta arma que he inventado para ellos. Es estupenda en la lucha para gente bajita. He de encontrarle un nombre. —Giró la vara sobre su cabeza— ¿A que hace un sonido precioso? ¡Juup! —imitó con gesto alegre—. ¡Juup!

Moran garabateó una breve nota.

—Entrega esto a los clérigos y espera. Voy a enviar... unas cartas a los Caballeros de la Rosa. —Tras una breve pugna moral con su conciencia, agregó—: Espero que la iglesia te abra muchas puertas.

—Y, si no lo hace, las abriré yo mismo. —Tarli guardó la nota en su morral, que en esos momentos estaba que reventaba. Luego, dijo rápidamente—: Adiós, padre.

Los brazos de Moran recordaron lo que dieciocho años no habían podido borrar. Se cerraron en torno al muchacho y lo apretaron con fuerza. Tarli besó al caballero en la mejilla. Ni siquiera la Máscara habría evitado que las lágrimas humedecieran los ojos del hombre.

Tarli se bajó al suelo y, en un gesto sorprendentemente parecido al de Lorena, se arregló el cabello sobre las orejas. No tenía que hacerlo, ya que, a pesar de ser muy agudas, eran exactamente iguales a las de su padre. Caminó hacia la puerta y de repente se volvió.

—Quizá pueda enseñar a los clérigos tanto como he enseñado a los caballeros.

Y, sin más, se marchó.

Moran se asomó a la ventana y estalló en carcajadas por primera vez después de muchos años cuando vio a Tarli alejarse a la grupa del caballo de Rakiel.

—Quizá lo hagas, Tarli. ¡Sé que lo harás!

## **El deseo del goblin**

*Nick O'Donohe*

El humano manejaba una pica con una cruceta montada a continuación de la ancha punta de acero. Dicha pieza prevendría que, al lancear un jabalí, el astil se hundiera en el animal y éste hiriera al cazador, pero el humano no creía que la cruceta fuera necesaria cuando atravesara con la pica al kender. Si el arma hacía diana, lo que hiciera el kender no supondría diferencia alguna.

El hombrecillo le sacaba sólo cien pasos de ventaja ahora, era evidente que la caza lo estaba agotando. Por otro lado, el hombre había corrido en pos de presas toda su vida. Sabía que aguantaría bien la marcha por la suave pendiente cuesta abajo, y estaba seguro de que ganaría terreno, alcanzaría al pequeño infiel y conseguiría su cabellera. En Aldhaven daban una recompensa de cinco monedas de oro por la cabellera de un kender. Ello significaba la cerveza de todo un mes. Adiós, kender.

Pero el hombrecillo era rápido; eso había que reconocerlo. El sucio cabello castaño se sacudía atrás y adelante mientras corría entre zarzas, vadeaba arroyos y brincaba sobre rocas en su aterrada huida; sus pies descalzos eran rápidos y firmes, incluso en los declives arenosos. Pero sus armas eran más cortas que las del humano. El cazador sabía que así era como los dioses del Mal marcaban a sus criaturas, con miembros deformes que eran el reflejo de sus almas. Había gente que mataba criaturas de esta perversa raza por mor de la justicia, pero las causas justas no eran el aliciente del cazador. El dinero de la recompensa era razón suficiente para él.

El kender desapareció tras una cuesta, trastabillando y a punto de caer al tropezar con la raíz saliente de un árbol. El hombre aceleró la marcha, presintiendo que el final se aproximaba. Nunca había matado a un kender, aunque había acuchillado a un viejo goblin borracho detrás de un granero y dos veranos atrás habían atacado a un crio semielfo, golpeándolo con un garrote hasta el punto que ni su propia madre lo habría reconocido. El cazador solo había cobrado dos piezas de oro por aquella cabellera, lo que todavía lo enfurecía cuando lo recordaba. Esta vez no lo timarían, o el gordinflón clérigo de Aldhaven que pagaba las recompensas recibiría una pequeña lección sobre las

consecuencias de no cumplir lo prometido a hombres honrados.

El cazador llegó a lo alto de la cuesta, con los músculos de los brazos tensos, listos para lanzar la pica o arremeter con ella; allí abajo estaba el kender, desplomado. El infortunado hombrecillo había caído sobre un tronco, en el cauce seco de un arroyo alfombrado de hojas muertas; al parecer, se había herido una pierna, pues, por más que lo intentaba, no lograba incorporarse.

Pronto le dejaría de doler, pensó el hombre mientras enarbolaba la pica para atravesar la esbelta caja torácica del kender. El humano estaba tan cerca de su presa que veía sus castaños ojos desorbitados por el miedo. El kender alzó los brazos para frenar el golpe, pero unas manos no podían parar una pica.

Algo semejante a una araña roja y negra saltó de los arbustos en la orilla del cauce, a la derecha del cazador. En un puño rojo blandía un machete de acero que arremetió con tal velocidad que resultaba imposible frenarlo. Un dolor lacerante sacudió el cuerpo del cazador desde su muslo derecho, donde el acero se había abierto paso con un tajo a través del pantalón, piel y músculos hasta hincarse en el duro hueso. Cegado por la agonía, el cazador se desplomó. La punta de la pica chocó contra el suelo, y el arma escapó de sus dedos y fue a caer a sus espaldas. Entonces, lo único que pudo hacer fue gritar.

El cazador de cabelleras tuvo tiempo de pensar mientras chillaba. No quería morir allí, así que trató de incorporarse y correr, pero había perdido la sensibilidad de la pierna desde la herida para abajo. Bajó la vista aterrado y vio que tenía el muslo abierto hasta el hueso roto. Se apretó la carne para cerrar el tajo y detener la hemorragia, pero tenía las manos resbaladizas por la sangre. El aire estaba cargado con el penetrante olor del rojo fluido. Oyó un movimiento en la senda, a sus espaldas. Con la visión borrosa, el cazador atisbo al goblin que se acercaba con actitud despreocupada y el machete teñido de sangre colgando de una mano.

El cazador sabía que se trataba de un goblin porque era muy parecido al viejo borracho que había matado, pero éste era joven y corpulento y no mostraba el menor signo de embriaguez. Vestía una harapienta túnica negra, sujeta con un fino cinto de cuerda. Bajo la sucia piel rojiza se marcaban sus nervudos músculos. Sus ojos negros parecían tranquilos y hasta sonrientes, bien que la expresión del rostro redondo era fría e impenetrable como piedra. El goblin echó un vistazo al ahora silencioso kender; después se inclinó y recogió la pica con la mano libre para examinar la punta. Arrojó a un lado el machete.

—¡No me mates! —Chilló el hombre, en el lenguaje usado en el comercio—. ¡En nombre de los dioses, no me mates! ¡Perseguida al kender! ¡Busca a un sanador, por favor! ¡Te daré lo que pidas, cualquier cosa, pero no me mates, por favor!

El goblin soltó un suave resoplido desdeñoso y miró al cazador.

—¿Buscar clérigo? ¿Qué crees hará clérigo a mí cuando llamo a puerta, eh?

¿Crees quizá clérigo dice: « Eh, goblin, toma plata para ti. Sé bueno, puedes ir a casa », eh?

—¡No me mates! —El hombre sollozó, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. El dolor de la pierna era espantoso y la sangre no dejaba de manar—. Por favor, no me mates. Por favor.

El goblin levantó la pica, sopesando su equilibrio; acto seguido la aferró fuerte con ambas manos, la hincó en el abdomen del cazador y apretó y retorció el arma hasta que cesaron los gritos y espasmos del hombre y su cabeza cayó sobre las hojas muertas, con la boca y los ojos abiertos para siempre.

El goblin sacó la pica de un tirón y la clavó en el suelo. Recuperó su machete y limpió la hoja en los sucios pantalones del cazador; luego se incorporó y miró otra vez al kender, que estaba de pie en la zanja seca del arroyo, contemplando fijamente al humano muerto.

—¡Mierda! —Dijo el hombrecillo—. Actuaste demasiado deprisa.

El goblin alzó la barbilla y calculó la distancia que lo separaba del kender. La pica lo alcanzaría con un buen lanzamiento y el machete arrojándolo con el giro preciso. Pero el kender no hacía nada que requiriera atención inmediata y no parecía estar armado.

—¿Demasiado deprisa dices? —preguntó el goblin con cierta curiosidad.

—Sí. Otro par de pasos, y habría caído en el agujero. —El kender adelantó el pie izquierdo y hurgó un montón de hojas secas; se movió una estaca, que dejó al descubierto una larga y oscura grieta en el suelo. El goblin adelantó un paso con cuidado y vio que, en efecto, había un agujero en el centro del cauce seco del arroyo. Hubo de reconocer que era una trampa diestramente preparada.

El goblin retrocedió mirando al kender con cierto respeto. Hacía años que no veía a un miembro de esta raza y había supuesto que no quedaba vivo ninguno por estos parajes. Señaló con la punta del machete al humano muerto.

—¿Quería recompensa por cabellera tuya?

—Supongo que sí —dijo el kender, que seguía mirando al hombre—. Me disponía a desollar a un ciervo cuando me descubrió. Sin mediar palabra empecé a perseguirme y yo huí a la carrera. —El kender suspiró y alzó la vista hacia el goblin, olvidándose del cazador—. Oye, ¿tienes hambre?

El estómago vacío del goblin había rugido ante la mención del ciervo. Podía aguantar varios días sin ingerir alimentos sólidos, pero hacía ya dos días que no comía y el sabor de la hierba y las hojas no era de su agrado. Trabajaba como informador y sicario de un prestamista humano en Dravinar del Este cuando los hombres del Príncipe de los Sacerdotes habían irrumpido en el almacén con luces mágicas y espadas en las manos. El goblin fue el único que se escabulló por la claraboya antes de que los guardias le echaran el lazo. Los gritos de los ladrones y malhechores se habían ido perdiendo en la distancia a sus espaldas, a medida que se daba a la fuga por los tejados y por último huía a campo traviesa.

Se había mantenido durante un tiempo con la comida robada en granjas, pero, tras la primera media docena de saqueos, los granjeros ya esperaban preparados la visita de posibles merodeadores.

—¿Tienes hambre? —Repitió el kender, que aguardaba todavía una respuesta —. Tengo un ciervo entero y no se desperdiciará la carne si lo comemos entre los dos. ¿Te apetece un poco?

El goblin lo pensó un momento, receloso de que hubiera gato encerrado en la oferta, pero su estómago se impuso.

—Sí —fue su lacónica contestación. La novedad de la situación lo tenía maravillado. Hasta ahora, nadie le había preguntado si tenía hambre. Nadie se había preocupado por él ni poco ni mucho.

Como medida de seguridad y por si el kender tramaba algo raro, aferró con firmeza el machete y también cogió la pica.

—Bien, entonces pongámonos en marcha —dijo el kender, indicando al goblin que lo siguiera con un ademán mientras se metía entre los árboles—. Ten cuidado con el agujero. Tardé una semana en preparar las estacas que hay en el fondo.

—Deberíamos regresar y enterrar al humano allí mismo —comentó el kender mientras se abría paso por la profunda capa de hojas secas—. Lo digo por los perros asilvestrados, los lobos y demás bichos. Y también por el olor. No vivo por aquí, así que no me causaría molestias, pero, al fin y al cabo, tengo varias trampas por los alrededores; y hay humanos rondando siempre por la zona, y a sabes. Me pregunto si alguno lo echará de menos... a ese hombre, quiero decir. A nosotros, la gente como tú y como yo, nadie nos echa en falta. Pero los humanos cuidan los unos de los otros. Nosotros no tenemos a nadie que nos cuide. Nuestra única meta es conservar la vida cuando vienen los humanos. Así ha sido siempre, ¿no? Mis padres me dijeron que no era así, pero los hechos me han demostrado lo contrario. Decían que algunos humanos eran amables. Yo nunca he visto a uno que lo sea. Quizá mis padres me contaban un cuento, ¿verdad? Tenían costumbre de relatarme historias sobre héroes y dragones y espíritus y elfos. Algunas eran muy bonitas. ¿Tú sabes alguna historia? Apuesto a que sí, a juzgar por el modo en que manejas tu machete. Me alegró verte aparecer, aunque tuviera preparada la trampa. Nunca se sabe qué puede ocurrir. Una vez encontré a un lobo en una de mis trampas y casi me caí dentro al asomarme. El lobo estaba moribundo y me dio pena, así que tuve que rematarlo. Olvidé que, además de humanos, otras criaturas podían caer en las trampas. Habría sido... eh... i-ró-ni-co, si me hubiese caído yo. Mi padre me enseñó esa palabra. Era bueno en el lenguaje. ¿Cómo te llamas?

El goblin vaciló. La cháchara del kender era más que molesta y tenía visos de hacerse aún más fastidiosa, pero seguirle el juego en su parodia de un trato amistoso mantendría al hombrecillo con la guardia bajada. Se suponía que los

kenders eran gente de fiar, aunque insoportablemente figones.

—No tengo nombre —contestó con tirantez.

—¿En serio? Es el primer caso que conozco. ¿Es que tus padres no te llamaban de ninguna manera?

El goblin no había conocido a sus padres, ya que lo habían vendido en el mercado de esclavos cuando era una criatura y se había escapado al llegar a la adolescencia. Los ladrones y asesinos que trabajaban también para el prestamista lo habían llamado muchas cosas, pero ninguna de ellas merecía ser recordada.

—Eh... No —dijo por último el goblin—. No sé por qué.

—Qué raro. Creía que todo el mundo tenía nombre. El mío es... —enmudeció y bajó la vista, asaltado por una súbita turbación. Luego agregó de manera precipitada—: Bueno, lo que importa es que estamos vivos y eso es lo que cuenta. Mi padre siempre lo decía. Era un tipo listo.

El cuerpo del ciervo estaba en una ladera, entre un montón de hojas. El astil roto de una flecha sobresalía del costado del animal, detrás de la pata delantera izquierda; un arco estaba recostado contra un árbol cercano. El vientre del ciervo estaba parcialmente cortado y las moscas se arremolinaban sobre las entrañas expuestas. El kender rebuscó entre las hojas y recogió un cuchillo de hoja larga con mango de hueso. El goblin se tensó, pero el kender se limitó a sentarse junto al ciervo y acabó de trincharlo.

No paró de hablar durante todo el proceso. Su charla fluida acerca del bosque y sus secretos despertó el interés del goblin, que sospechaba tendría que vivir en terreno agreste una larga temporada. Era evidente que el kender llevaba allí bastante tiempo y había aprendido mucho.

En el fondo, el goblin sabía que uno de estos días no tendría más remedio que matar al kender, sobre todo si la comida escaseaba y había que compartirla. Hasta entonces, escucharía y aprendería, y estaría en guardia por si acaso la empalagosa amistad del kender resultaba ser tan falsa como la de un humano.

El goblin guardó sus espaldas, y el kender charló y charló. El kender cogió prestadas cosas del goblin y el goblin las recuperó. Tres semanas pasaron volando. Mes y medio después llegarían las lluvias invernales.

El minotauro se había desplomado en una fría charca de agua estancada y hojas ocres, donde yacía inconsciente. Su respiración, lenta y trabajosa, creaba un continuo remolino de hojas en torno al hocico, en tanto que las moscas se daban un festín en las heridas infectadas que le surcaban la espalda y los hombros. Una cadena de seis metros de largo, con los eslabones de hierro cubiertos de barro, unía los grilletes de las muñecas; se había quedado enganchada en un tronco y el debilitado minotauro había sido incapaz de soltarla antes de desmayarse.

El goblin cogió al kender por el brazo cuando el hombrecillo dio un paso hacia

la oscura figura desplomada.

—¡Maldición, eres loco! —gruñó—. ¿Qué haces, eh? Un mordisco y nos quedamos en huesos —Levantó la pica aferrada en su puño rojizo—. Lo remato y dormimos tranquilos.

—¡No! —El kender sujetó el brazo del goblin y tiró hacia abajo. Por un instante, el goblin se resistió y a punto estuvo de volver la pica para atravesar el pecho del kender, pero se contuvo y, en lugar de eso, se limitó a soltarse de las manos del hombrecillo propinándole un empujón que lo tiró patas arriba.

El kender se incorporó al instante, con el rostro congestionado por la rabia.

—¡No! —Gritó otra vez—. ¡Quiero ayudarlo! ¡Si fueras tú, querías que alguien te ayudara! ¡Mira sus cadenas! ¡Era un esclavo de los humanos! ¡Quiero salvarlo!

—¡No comida para alimentarlo en invierno! —Replicó el goblin—. Vivimos bien, ahora estómagos llenos, pero comida desaparece cuando la lluvia viene. Tú dices que pasabas hambre en fría época de lluvias, la caza mala. El también hambre. ¿Con qué alimentas, eh? ¿Quieres que devora una pierna tuya?

La acalorada discusión continuó durante varios minutos. Por fin, el goblin soltó una maldición, le dio la espalda al kender y desanduvo los tres kilómetros que había hasta la cueva donde vivían. ¡Maldito fuera el pequeño bastardo! ¿Acaso pretendía fundar una ciudad en mitad del bosque? El muy necio no utilizaba la cabeza. El minotauro era más peligroso que una compañía de la guardia de la ciudad. El goblin había visto una vez a un minotauro encadenado arrancar de un mordisco el brazo del capataz de esclavos, aunque sabía que lo matarían por hacerlo. El minotauro había estallado en estruendosas carcajadas hasta que los humanos lo dejaron inconsciente propinándole garrotazos antes de llevarlo a rastras hacia su muerte.

Echando chispas, el goblin recorrió la cueva de un extremo a otro; por fin reparó en que hacía frío. El kender se había ocupado siempre de recoger leña por las tardes mientras él afilaba sus armas y descansaba. Todo había funcionado bien hasta ahora. Ya sabía cómo encender fuego frotando un palo, pero ignoraba dónde encontraba el kender la leña para la hoguera. Cuando salió de la cueva, lo único que vio fueron palos finos y hojas que no servían para hacer un buen fuego.

También el kender se ocupaba casi siempre de la caza y de cocinar.

El goblin se paseó de un lado a otro de la cueva durante otro rato.

Quizá podría hacerse un pacto con el minotauro. El goblin no se hacía ilusiones acerca de que el minotauro fuera o no un aliado amistoso, pero incluso un bruto como él vería la ventaja de tener dos seres inferiores cuidando sus heridas y cazando para él. Y tener un monstruo así con ellos tal vez no fuera tan mala idea, si se lograba manejarlo. Los minotauros eran tan salvajes y brutales como uno podía imaginar. Eran condenadamente fuertes, mucho más que los

humanos, a quienes odiaban más que a cualquier otra raza; como también odiaban a los traficantes de esclavos, sobre todo a los virtuosos habitantes de Istar.

El goblin se maldijo por pensar que esto podía funcionar. El kender le estaba contagiando su locura. Lo que debería hacer era matar al kender y al minotauro y dejar que se pudrieran.

Pero el kender era el que se ocupaba de cazar y cocinar.

Malhumorado, el goblin cogió otra vez sus armas y salió de la cueva. La vida no era justa. Y él odiaba que no lo fuera.

El cansado kender alzó la vista; estaba metido en la charca hasta las rodillas, junto al minotauro. Una sonrisa le iluminó el semblante al ver acercarse al goblin.

—Sabía que me ayudarías —dijo con alivio.

Entre los dos hicieron una burda narria antes de que anocheciera, uniendo con cuerdas dos largos y gruesos palos a una esterilla de cáñamo que el kender cogió desarticulando una trampa para animales. Había pasado la medianoche cuando llegaron a la cueva con el minotauro y lo tendieron en el interior. La inmensa bestia no había hecho el menor movimiento. El goblin se dirigió tambaleándose hacia un rincón, donde se dejó caer y se quedó dormido de inmediato.

Cuando despertó, hacía un buen rato que había amanecido. Sobre el hueco de la lumbre había ensartada carne de venado asada, ya fría; también el fuego llevaba apagado mucho tiempo. Las heridas infectadas del minotauro estaban limpias y vendadas con trozos de tela del montón de ropa apilado en la cueva, escamoteada de los tendedores de varias granjas. Al parecer, el kender no había encontrado nada con lo que cortar la cadena que el minotauro arrastraba y que había sido cuidadosamente enrollada en un montón, al lado de la bestia.

El goblin se frotó la cara y se incorporó. Reparó en que el cansancio había vencido al kender, que dormía sentado con la espalda recostada en la pared de la cueva; en el regazo tenía unos trozos de tela, y en las manos una aguja de hueso enhebrada con hilo hecho de fibras. Había estado cosiendo una burda manta.

Entonces el goblin vio que el minotauro, todavía tumbado boca abajo, lo estaba observando. Los apagados ojos de la bestia eran tan grandes como los de una vaca y con el mismo color castaño oscuro. Unas largas cicatrices surcaban el hocico y la frente del monstruo. Uno de los grandes ollares estaba desgarrado a causa de una antigua herida. Entre los gruesos labios destacaba el apagado brillo de unos dientes largos y amarillentos.

Simulando que no había sido sorprendido con la guardia baja, el goblin saludó a la bestia con un breve cabeceo. De repente, la idea de tener a un minotauro en la cueva no le parecía tan buena como antes. El goblin casi podía sentir los enormes dientes de la bestia desgarrando su carne de un mordisco. El minotauro no hizo movimiento alguno para levantarse, y el goblin se ocupó de algunas tareas de poca importancia con una actitud de forzada indiferencia. El minotauro

debía de estar muy débil para pasar por alto un banquete con una presa viva. Él tomó una decisión.

Finalizadas las tareas, el goblin se acercó al agujero de la lumbre y cortó con el machete un pedazo de ciervo asado. Muy despacio, fue hacia el minotauro y se arrodilló cerca de la cabeza astada, llena de cicatrices. El semblante de la bestia era indescifrable, carente de expresión.

Si esto funcionaba, contarían con un nuevo aliado. El goblin estaba convencido de que el minotauro acabaría por matarlos al kender y a él si no tenían cuidado o si llegaban a pasar hambre. Sin embargo, el goblin había trabajado con seres brutales toda su vida, y sabía el valor de la fuerza del número. Confiaba en que el minotauro supiera también esta lección. Por lo menos, no era humano. No es que fuera un gran consuelo, pero en los tiempos que corrían, ya era algo.

El goblin acercó el trozo de ciervo al hocico del minotauro y dejó que lo oliera. Después lo puso frente a la boca de la bestia.

Sus inmensos ollares aletearon y resoplaron. El minotauro rebulló un poco y después hizo un gesto de dolor. Retrajo los labios, dejando a la vista los dientes, al tiempo que cerraba los ojos; pero enseguida se obligó a relajarse y abrirlos de nuevo.

Con un movimiento comedido y la mirada prendida en el machete que el goblin sostenía en la otra mano, el minotauro abrió la boca; su dentadura podía rivalizar con la de un oso de gran tamaño y su aliento era increíblemente apesotosa. Con gran delicadeza, cogió el trozo de ciervo y empezó a masticar.

Pasaron cuatro semanas. El minotauro se recuperó. El kender no cabía en sí de gozo y parlotecía sin descanso, hasta el punto de que el goblin soñaba con asesinarlo para hacerlo callar. Tanto el goblin como el kender cazaban ahora; el minotauro se sentaba en la cueva, silencioso. Aunque nunca hablaba, el goblin temía que la bestia reaccionaría de manera violenta en el momento en que los dos seres más pequeños le pidieran algo, así que trabajó más de lo que jamás había trabajado cuando sólo eran el kender y él, y refunfuñaba por ello en voz baja. Pero, en el fondo, estaba satisfecho. Empezó a pensar que la idea de traer al minotauro a la cueva había sido suya. De nuevo tenía un jefe, un jefe fuerte que se zamparía humano para desayunar si así lo decidía. Valían la pena las molestias a cambio de tener poder y seguridad... siempre y cuando el minotauro no pasara hambre.

El viento se hizo más frío. El kender hizo varias incursiones en granjas, colocó más trampas y trajo más provisiones y comida a la cueva. El goblin se las ingenió para construir una cubierta con ramas gruesas y rocas en la boca de la cueva para resguardarse del frío y que al mismo tiempo proporcionaba un mayor camuflaje en caso de que los humanos merodearan por allí. El minotauro consumía un ciervo entero cada tres o cuatro días ahora, y sus músculos

augmentaron marcándose bajo su fea y velluda piel marrón como bultos de acero. Seguía sin decir palabra, aunque el kender hablaba sin parar mientras atendía gustoso a sus nuevos amigos con una expresión beatífica en el rostro.

El kender todavía cogía prestadas las cosas del goblin, pero al goblin ya no le importaba. Tenía otras cosas más importantes por las que preocuparse. Se echaba encima la época de lluvias invernales.

El goblin vio que su presa, un enorme gamo que les habría proporcionado alimento para media semana a todos, daba un salto que lo ponía fuera del alcance de su arco y se perdía entre los árboles. El grito lo había espantado. Maldiciendo en voz baja, el goblin se agachó entre los arbustos y se esforzó por captar algún sonido distinto del susurro de las hojas.

No oyó nada. ¿Habrá sido un pájaro? Aflojó los dedos que se cerraban tensos sobre el arco y la flecha.

Oyó el ruido otra vez. No. No era un pájaro. Parecía el grito de un humano. Probablemente había caído en una de las trampas del kender. Quizás el kender lo había oído también, pero no se lo veía por ninguna parte. Típico. Sin duda se había distraído con cualquier cosa otra vez, en lugar de dedicarse a la caza. Era sorprendente que hubiera sobrevivido tanto tiempo.

Si el humano estaba solo, resultaría fácil rematarlo y apoderarse de sus pertenencias. Tal vez incluso llevara dinero. El goblin no tenía intención de vivir en el bosque para siempre. No le vendría mal ahorrar unas monedas para el futuro.

Agazapado, el goblin avanzó a través de la agostada maleza, deslizándose de árbol en árbol. Un viento frío le rozó el rostro y agitó sus negros harapos. Encajó la flecha en el arco. Contaba sólo con otras tres si fallaba el primer tiro, lo que ocurría a menudo. No era tan experto cazador como el kender.

Unas risas llegaron a sus oídos. Risas humanas. El goblin se agachó y escuchó atento; después continuó avanzando con más lentitud. Camuflado entre afloramientos rocosos y densos zarzales, trepó a lo alto de una loma.

Alguien decía algo en una lengua que no era humana; sonaba como el lenguaje elfo, de Silvanesti. El que hablaba lo hacía en voz baja y las palabras resultaban confusas.

—No te entiendo —dijo una voz humana en un lenguaje que el goblin recordaba bien de sus días en Dravinar del Este—. Habla en istariano, chico.

Alguien murmuró otra vez. El goblin casi había llegado a lo alto de la loma. No se veían centinelas. Revisó con cuidado el arco, las flechas y el machete, y a continuación empezó a gatear hacia el tronco de un árbol caído, sobre el que crecían zarzas y enredaderas. El viento cubría el ruido de sus movimientos.

—¡Que los dioses te maldigan! ¡Habla en un lenguaje comprensible! —Al otro lado de la loma se escucharon los secos chasquidos de unas bofetadas.

Unos segundos más tarde, el goblin llegó al árbol caído y se asomó al declive

de la ladera.

Eran tres humanos, dos hombres y una mujer. Todos iban vestidos con las ropas de cuero marrón y distintivo de los guardabosques independientes de Istar. Defensores en el pasado de la región boscosa occidental del reino, los guardabosques independientes no eran en la actualidad mejor que los mercenarios y cazadora de recompensas. Un hombre delgado, de pelo rubio, se inclinaba sobre el rostro de un elfo cuyos brazos estaban atados al tronco de un árbol. La cabeza le colgaba sobre el pecho; entre los mechones rubios, blanqueados por el sol, se veían los cortes y las magulladuras que le marcaban el rostro. Tenía los ojos hinchados y amoratados. Sus finas topas, demasiado ligeras para este tiempo frío, estaban corladas y hechas jirones de manera deliberada.

—¿Es que no me escuchas? —inquirió el hombre rubio. Su mano derecha aferró el cabello del elfo y tiró hacia atrás ion rudeza para levantarle la cabeza—. ¿Pasa algún sonido a través de esas orejas puntiagudas? ¿Para qué nos seguías? ¿Qué te traías entre manos?

El elfo empezó a mascullar a través de unos labios tumefactos y partidos. Las rodillas ya no lo sostenían y si seguía en pie era porque lo sujetaban las ataduras.

El goblin se mordió el labio inferior. Un elfo y varios guardabosques. Fantástico. Dos de los peores enemigos para un goblin. Quizá debería haber también un enano, para completar el cuadro. Aunque, a juzgar por las apariencias, ¡ pronto habría un elfo menos en este mundo, cosa que al goblin le parecía muy bien. La pena era que los guardabosques ya habrían desvalijado a su víctima. El día no se le presentaba muy provechoso al goblin.

—El elfo dijo algo sobre una espada —comentó el corpulento hombre de cabello oscuro que observaba de cerca la escena. Su voz sonaba insegura—. ¿No encontró el capitán una espada larga, un trasto ceremonial de alguna clase, metido en la caja que llevaba el elfo al que atraparon los muchachos ayer?

—También a mí me pareció que decía «espada» —intervino la mujer del grupo. Los rasgos de su rostro eran los más vulgares que el goblin había visto en una humana, y el cabello corto, del color de la paja seca, parecía estropajo, pero tenía una fuerte musculatura.

—¡Eh, elfo! —gritó el hombre rubio, con la boca pegada al oído del prisionero. El elfo se encogió e intentó girar la cabeza hacia un lado—. ¡Eh! ¿Es que no me oyes? ¿Quieres esa preciosa espada con gemas incrustadas? ¿Era eso lo que buscabas?

Al no recibir respuesta, el hombre rubio descargó un puñetazo en el abdomen del elfo. Los tres guardabosques esperaron a que el prisionero vomitara, se atragantara y boqueara para coger aire.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo la mujer—. Tenemos que regresar con las tropas. Lo que deberíamos hacer es coger la espada y vendérsela a los clérigos de Istar. ¡Conseguiríamos una fortuna! En cuanto a él, podemos

destriparlo aquí mismo o llevarlo con nosotros.

—¡Chist! —siseó el hombre rubio, al ver que los labios del elfo se movían. Se acercó más a él y escuchó atento. El goblin no oyó nada.

—Así que era la espada, ¿verdad? —dijo el hombre. Sin aguardar respuesta, añadió—: ¿Es mágica, chico? ¿Tiene poderes mágicos?

Los otros dos humanos se pusieron algo tensos, desconcertados por la pregunta. Observaron fijamente al elfo. Tras una pausa, el prisionero asintió con un cabeceo; estaba casi inconsciente.

—Maldito —masculló el hombre rubio. Alzó la vista hacia los otros dos humanos, esbozando una sonrisa.

Hubo un susurro en el aire, seguido casi de inmediato por un ruido sordo y vibrante. En el mismo instante, el nombre corpulento de cabello oscuro se dobló hacia atrás, llevándose las manos crispadas a la espalda, donde una flecha de color pardo se le había hincado entre los omóplatos. La flecha estaba hundida casi hasta el penacho; el hombre hizo un extraño ruido siseante y cayó de bruces al suelo.

—¡Por la grandiosa Istar! —exclamó la mujer, con los ojos desorbitados. Desvainó la espada, y ella y el hombre ¡ubio corrieron a refugiarse detrás de árboles separados. Se agazaparon contra los troncos, ambos perfectamente visibles para el goblin. El guardabosque tendido en el suelo no se movió. El elfo colgaba inerte de la cuerda que lo sujetaba al tronco, con la cabeza hundida en el pecho. El tise empezó a soplar con más fuerza.

El goblin alargó despacio la mano hacia un lado. Sus dedos tocaron la curva madera de su arco.

El hombre rubio perdió los nervios y se dio a la fuga. Se apartó del árbol corriendo en línea recta hacia unos arbustos que había a unos treinta metros de distancia. La mujer empezó a correr tras él, pero debió de oír el silbido de la flecha, ya que se zambulló en el suelo y rodó sobre sí misma hasta meterse detrás de dos árboles que crecían muy juntos. Desde allí, escuchó el grito del hombre rubio mientras se retorció de dolor entre las hojas y helechos muertos.

—¡Me rindo! —chilló la mujer de rostro vulgar, en el lenguaje comercial—. ¡No disparéis! ¡Tengo familia que pagará por mi rescate!

—¡Entonces sal a descubrirlo! —contestó la voz del kender. «¿Cómo no?», pensó el goblin—. ¡Tira tu espada!

—¡Pagarán un gran rescate por mí! —gritó la mujer otra vez. El goblin vio la palidez de su semblante, tan blanco como el de una persona ahogada. Daba la impresión de que se pondría a lloriquear en cualquier momento. El hombre rubio había dejado de chillar y daba gritos apagados mientras intentaba sacarse la flecha profundamente hincada en la zona lumbar de su espalda.

—Sal despacio —dijo el kender—. Muy, muy despacio.

La mujer arrojó a su lado su inútil espada y después se incorporó. Le

temblaban las piernas; cruzó las manos sobre la cabeza.

—¡No disparéis! —chilló de nuevo mientras miraba en derredor con los ojos desorbitados y los labios temblorosos.

—Estoy aquí —dijo el kender, que se incorporó, con el arco bajado pero cargado con una flecha.

Al verlo, la mujer se quedó boquiabierta, sorprendida por su corta talla y reconsiderando, evidentemente, sus probabilidades de supervivencia. El goblin lo leyó en su rostro. « Si consigo acercarme lo bastante a ese pequeño bastardo, lo haré picadillo. Es mi única posibilidad », fue lo que pensó la mujer.

—Mi familia puede pagar un buen rescate por mí —dijo, con voz más firme—. Montones de oro, lo juro. Pero no me hagas daño. Promete que no me lo harás.

—Lo prometo —dijo el kender.

La flecha que se clavó en el pecho de la mujer la cogió desprevenida. Se tambaleó hacia atrás, con las manos todavía enlazadas sobre la cabeza. Los ojos casi se le salieron de las órbitas antes de derrumbarse de espaldas, sin que de sus labios escapara siquiera un gemido. El goblin bajó su arco. Era la única vez en cuatro días que hacía diana a la primera. Saludó al kender agitando la mano y a continuación empezó a bajar la cuesta en dirección al jadeante hombre rubio.

El goblin encontró al minotauro sentado a la entrada de la cueva, rebañando el hueso de una pata de venado. El aire trajo el abrumador olor a sangre seca y estiércol podrido. La verdad es que el goblin empezaba a acostumbrarse a aquella peste.

—Eh —dijo, casi disculpándose.

El minotauro, con las orejas tiesas en un gesto de alerta, volvió la vista en dirección al goblin. Sus amarillos dientes arrancaron una tira sobrante de carne. Los gruesos eslabones de la cadena que colgaban de los grilletes cerrados en torno a las muñecas de la bestia tintinearón al sacudirse con el tirón.

El goblin sintió la bilis revuelta en el estómago, pero siguió andando e incluso se atrevió a sonreír.

—Kender y yo ir a cazar ciervo, pero matar humanos. Tres derribados. Encontramos condenado elfo, mucho mal herido, y traemos aquí. Elfo no bueno, ¿verdad? Lo sé, pero quizás elfo conoce bosque, buenos métodos de caza. Quizás obliguemos que nos enseñe. Quizá conviene mantener elfo vivo por ahora. ¿Vale?

El goblin vaciló, preguntándose si el minotauro habría entendido algo de lo que había dicho. No había pronunciado una palabra desde que lo habían encontrado. Los humanos afirmaban que los minotauros tenían pocas luces, pero el cerebro de éste era más obtuso que una piedra.

El minotauro siguió mordisqueando el hueso, sin quitar sus inexpresivos ojos marrones del goblin. Éste pensó que había hecho cuanto estaba en su mano por salvaguardar la vida del elfo; al menos, hasta que el asunto de la espada mágica

quedara claro. Después de eso, no le importaba si el minotauro se daba un festín con carne Silvanesti en el momento en que el kender le volviera la espalda. Tras despedirse del minotauro con otro cabeceo, el goblin regresó junto al kender para ayudarlo a transportar el elfo a la cueva. Allí tendieron al herido en la cama del kender, un montón de harapos extendidos sobre el suelo de tierra.

El kender actuó con frenesí y, al poco rato, el elfo estaba desnudo, envuelto cómodamente entre las mantas del hombrecillo. El goblin se dedicó a examinar el botín que había recogido de los cadáveres de los guardabosques, así como también del elfo. El kender lavó con delicadeza el rostro del elfo. El goblin contó con cuidado treinta y seis monedas de oro istarianas, diez de plata y dos anillos. Era más dinero del que jamás había tenido, incluso en los mejores tiempos de Dravinar del Este. No podría gastarlo, pero lo hacía sentirse tremendamente bien. Envolvió el dinero en un trapo para que no tintineara y lo metió en un saquillo, que después ató a sus ropas por la parte interior, detrás del cinturón, donde ni siquiera los ágiles dedos del kender podrían alcanzarlo.

Cogió la mochila del elfo y la inspeccionó. La compleja elaboración y el pintoresco diseño llamaron su atención brevemente, pero enseguida desató las correas y miró en su interior.

Resopló con desdén. Libros y papeles... Y una pequeña bolsa con monedas de oro, doce en total, con la imagen de un rey elfo cincelada en una cara y un cisne en la otra. Silvanestis, no cabía duda. Los guardabosques no debían de haber registrado el equipaje del elfo o esto no se les habría pasado por alto. El goblin palmeó el oro; estaba a punto de vaciar el resto del contenido de la mochila en el agujero de la lumbré cuando reparó en el libro más voluminoso.

Salvo por el color, blanco, era igual al libro de hechizos rojo que el goblin había visto leyendo a un Túnica Roja un día, hacía tres años, a orillas de un arroyo de montaña. Por supuesto, el goblin había evitado al hechicero dando un rodeo, consciente de que era mejor no mezclarse con hechiceros. El goblin miró el libro antes de echar una ojeada al vapuleado elfo. Si los guardabosques hubiesen encontrado el libro, el elfo estaría muerto hacía horas. El goblin se preguntó si no habría sido lo mejor. Un minotauro sabía sólo una forma de matar y al menos lo hacía rápido; un hechicero conocía miles, y a menudo se lo tomaba con calma. Los habitantes de Istar quemaban hechiceros en la hoguera, pero no era raro que, al poco tiempo de ocurrir tales hechos, ciudades y pueblos enteros fueran presas de las llamas. Más valía evitar a un hechicero que levantar la mano contra él.

El goblin se mordió el labio inferior.

Sí, más valía eludir a un hechicero, pero quizá fuera mejor hacerse su aliado, incluso de un elfo, si era posible.

El kender no había dejado de parlotear mientras terminaba de limpiar y vendar las heridas del elfo. El goblin salió de sus reflexiones con un sobresalto y

se entretuvo en encender la lumbre hasta que el kender salió de la cueva para lavarse en el arroyo. Una vez a solas, el goblin puso otra vez en su sitio todas las monedas silvanestis, se aseguró de que todas las cosas del elfo estuvieran ordenadas en la mochila y cerró las correas. A continuación cogió la mochila y la bolsa del dinero y las guardó en el fondo de la cueva, donde el minotauro y el kender no pudieran encontrarlas. (El kender ya había explorado a fondo la pequeña gruta y no era probable que lo hiciera otra vez). Así pues, no quedaba más que esperar... y reflexionar.

El elfo recobró el conocimiento esa misma tarde. El kender se encontraba a su lado y se puso muy alegre; luego habló sin parar durante dos horas, agobiando al elfo con preguntas a las que éste no podía responder por estar aún muy débil. Ello dio oportunidad al herido para examinar el entorno y reparar en la presencia del goblin y del minotauro; tras ver a este último, el elfo abrió desmesuradamente los ojos y pareció estar demasiado asustado para moverse. El goblin se mantuvo en segundo plano y, sin pronunciar una palabra, se ocupó de realizar pequeñas tareas que por lo general hacía el kender. El minotauro se limitó a resoplar cuando vio al elfo; después salió de la cueva, se sentó fuera y comenzó a devorar un buen trozo de jabalí recién cazado en una de las trampas, desgarrando la carne ruidosamente con los dientes.

Cuando el kender salió corriendo para coger agua fresca del arroyo, el goblin se acercó y tomó asiento junto al elfo, que intentó apartarse. El goblin simuló no darse cuenta.

—¿Te sientes bien? —preguntó en la lengua comercial. Sólo conocía unas cuantas palabras silvanestis y nunca había tenido ocasión de aprender el lenguaje goblin, lo que tampoco habría valorado el elfo—. Ningún humano golpea cara por diversión ya, ¿eh?

El elfo parecía no saber qué decir. Sus ojos eran dos esferas inyectadas de sangre, rodeadas de grandes hematomas que cubrían casi todo el rostro.

—No preocupes, ¿eh? —Dijo el goblin esbozando una mueca—. Los humanos que encontraste, enfermaron. Murieron. No pudimos hacer nada. Tal vez los enterramos más tarde. Quizá más humanos en el bosque, buscando, pero tú a salvo aquí. —El goblin alargó la mano y tocó suavemente al elfo con el índice—. Eh, ¿tú Silvanesti?

El elfo guardó un obstinado silencio, mirando al goblin con los labios apretados.

—¿Sí? ¿No? Bah, no importa —dijo el goblin, mientras se hurgaba las uñas para quitarse la porquería—. Tú piensas: «A goblins no les gustan elfos. Quizá me hace mal». —El goblin miró al elfo a los ojos y sonrió—. Quizá goblin desea que vivas. Quizá todos ayudamos unos a otros. Llevas túnica, ¿eh?

El elfo se humedeció los labios y pareció que superaba un obstáculo interno.

—Sí —susurró. Saltaba a la vista que estaba asustado, pero el goblin se dio

cuenta de que quería dominar el miedo. Orgullo, sin duda. Y tal vez una arrogante franqueza—. Llevo la túnica bla... —Un doloroso golpe de tos lo interrumpió; tragó saliva y continuó con voz debilitada—: Soy un Túnica Blanca.

—Umhhh. —El goblin puso un gesto raro y bajó otra vez la vista a sus uñas. ¡Cómo no!—. Magia buena no mucha ayuda, ¿eh? ¿Tal vez buscabas algo cuando humanos te cogieron?

El elfo iba a contestar, pero cambió de parecer. Sus ojos se prendieron en los del goblin.

« Te pillé », pensó el goblin.

—Los humanos que te pegaron dijeron que cogieron espada mágica de elfo, quizá no hace mucho. Quizás humanos van a Istar con espada y dan al Príncipe de los Sacerdotes. ¿Qué piensas que Príncipe de los Sacerdotes hace con espada? Quizá corta en dos a pequeño elfo, o cabezas a goblins.

El semblante del elfo se contrajo. Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero fue en vano.

—No —musitó, mientras se tumbaba con una expresión desesperada—. ¿La cogieron? ¿Estás seguro de que la tienen?

—Ajá —asintió el goblin, simulando indiferencia—. Dijeron que espada tenía gemas. Espada bonita. Ahora, humanos han marchado.

—Mi primo —susurró el elfo, cerrando los ojos. Respiró hondo varias veces antes de proseguir—. Deben de haber capturado a mi primo. Buscaba su rastro cuando mi caballo se rompió una pata. Entonces los humanos me encontraron. Me preguntaron por qué los seguía, pero yo no iba tras ellos. Sólo quería encontrar a mi primo y la espada. —Se incorporó un poco y miró al goblin—, ¿dijeron algo sobre mi primo?

El goblin se encogió de hombros y sacudió la cabeza Sabía lo que debía de haber sucedido. Y que el elfo bien lo sabía.

El elfo contuvo un gemido mientras intentaba otra vez levantarse, pero estaba muy débil y cayó hacia atrás, agotado. El sudor le perlaba la frente. Su respiración se hizo trabajosa, pero poco después se regularizaba al perder el conocimiento y quedarse dormido.

Durante varios minutos, el goblin siguió sentado al lado del elfo, en silencio. El instinto le decía que la espada tenía que ser mágica. Un elfo, especialmente uno que era mago, no perdería tiempo buscando una simple arma. ¿Pero qué sería lo que hacía la espada? El goblin había oído contar que las armas mágicas podían hacer cualquier cosa. Algunas arrojaban rayos, otras ardían como antorchas, y otras hendían la piedra. Al goblin jamás se le había pasado por la cabeza que alguna vez llegaría a poseer una espada mágica. Pero ahora sí lo pensaba.

—¿Cómo está? —Preguntó el kender cuando regresó con un cubo lleno de agua—. ¿Aún sigue vivo? ¿Ha dicho algo?

El goblin resopló y se incorporó, sacudiéndose las manos.

—Aún vive. No habló mucho, necesita dormir. Quizás estará bien pronto. — Bajó la vista a la figura dormida—. No mal elfo. Quizá nos llevamos bien, ¿eh? Siempre hay una primera vez para todo.

—Mala idea huir —dijo el goblin a la mañana siguiente, cuando al salir de la cueva encontró al elfo de pie en La entrada. Un frío viento gemía entre las ramas de los árboles. El cielo estaba encapotado, como siempre.

El elfo se volvió y estuvo a punto de desplomarse, pero busco apoyo en la pared. Vestía unas ropas robadas que el kender le había proporcionado. Estaban viejas, despaletillas y no eran de su talla, pero eran mejor que nada.

—No iba a escapar —dijo el elfo con voz queda. Dirigió Una mirada inquieta al minotauro, que deambulaba despacio entre los troncos desnudos, a cierta distancia. Se había enrollado la cadena a la cintura y la había atado como un cinturón, dejando longitud suficiente para tener libertad movimientos en los brazos y las manos. El tintineo de eslabones acompañaba sus pasos. El goblin movió la cabeza en un gesto de aprobación.

Es bueno que te quedas. No hay caballo, no hay suerte —Señaló el bosque con un ademán—. Bonito hogar nuestro ¿Te gusta? ¿Quizá pasas mucho tiempo con nosotros?

El elfo miró a otro lado mientras abría y cerraba los puños. Su respiración era agitada.

«Estás agotado y dolorido, pero quieres escapar. Quieres escapar y apoderarte de esa espada. Es tan evidente que da risa», pensó el goblin.

—Yo... —empezó el elfo. Se retorció las manos, sin darse cuenta de lo que hacía. Sus ojos seguían prendidos en el minotauro, que se entretenía en partir ramas gruesas como el brazo de un hombre como si fueran palitos y luego las arrojaba a un lado. Más tarde, el kender las utilizaría de leña para la lumbre.

—Cuéntame historia, por qué estás ahora aquí —pidió el goblin mientras se sentaba en una piedra. Se sentía tranquilo, a pesar de no tener a mano ni el machete ni la pica. Sabía que no los necesitaba.

El elfo se contempló entonces las manos crispadas, en silencio.

—Nada de historia, ¿eh? —Dijo el goblin con fingido desencanto—. Quizá cuentas mejor buena historia sobre espada mágica. Ya no importa. Espada ha desaparecido. Los humanos la tienen. Cuenta algo sobre espada. Es bueno empezar el día oyendo historias.

—Era una simple espada —contestó el elfo, sin levantar la vista. Aflojó los puños. El goblin esbozó una mueca desabrida.

—Una simple espada, ¿eh? ¿Seguro que vistes Túnica Blanca?

El elfo enrojeció, acusando la pulla, pero siguió con la vista gacha.

—Era un regalo para un amigo —dijo—. Tenía... un gran valor sentimental para mí.

—Ummmmm. Como historia, no gran cosa —comentó el goblin tras pasar un

minuto sin que el elfo añadiera más—. Te encontramos, disparamos a humanos, salvamos tu vida, te curamos, y tú no tienes historia que contar. ¡Ah, los magos son todos iguales! —Gesticuló con las manos como si se resignara a la ingratitud del mundo—. Hasta salvamos libro blanco. Lanza todos los hechizos que quieras. Juega a ser buen mago todo el día. Pero sigue sin haber espada. Sigue sin haber historia. ¡Ah!

El elfo parpadeó y volvió la mirada hacia el goblin.

—¿Mi libro de hechizos? —preguntó sorprendido—. ¿Tienes mi libro de hechizos? ¿Dónde está?

—En cueva —contestó con indiferencia—. Todo a salvo para ti. Algunos goblins no son estúpidos. Trabajando en equipo, quizá seguimos vivos. Luchando entre nosotros, todos muertos. Llega el invierno, ¿sabes? Lluvias empiezan pronto. Quizá tú haces conjuros y todos aún vivos en primavera. Te quedas, recuperas fuerzas. Aquí estamos a salvo de los humanos. Te vas... bien, no importa. Pero los humanos, quizá, no tan amables la próxima vez.

El goblin sabía que podía ser una buena jugada. Si el elfo hubiera poseído magia suficiente para recuperar la espada, la habría tenido ya en su poder. Pero no la tenía, ni había evitado que los guardabosques lo golpearan y, hasta el momento, ni siquiera había sido capaz de huir. Tal vez sus dotes mágicas no valían para nada. Pero tal vez sí, y sólo necesitaba un poco de tiempo para prepararse. Podía ser una buena jugada incitarlo de este modo; incitarlo para que revelara sus secretos, como se atrae a un animal con el cebo al lazo de la trampa.

—No confías en mí —dijo por último el goblin—. Quizás es mejor. Elfos y goblins, como agua y fuego. Los humanos matan a los dos, pero no importa. Quizás eso te parece bien a ti, ¿eh? —El goblin soltó una risa breve—. ¡Mira! Me ves a mí, ves al kender, ves al minotauro. Trabajamos juntos. También tú estás vivo. ¡Piensa! Los magos son buenos pensando. ¿El verdadero enemigo quién es, eh? ¡Piensa!

Pasó un minuto sin que el elfo respondiera. Parecía turbado con las palabras del goblin.

—Lo siento —dijo por fin—. Jamás imaginé que... bueno, que...

—Que un goblin puede ser listo, ¿eh? ¿O un kender?

O... —El goblin señaló con el pulgar al minotauro—. Istar nos hizo listos. No es momento para estupideces. Nos unimos o Istar consigue nuestras cabelleras. Tú, mago, quizá vales más oro que yo, que el minotauro y que el kender. —El goblin esbozó una mueca mientras se frotaba el pelo corto y crespo—. Pero mi cabeza me gusta mucho, ¿eh?

El elfo sonrió también. Después miró a su alrededor y su sonrisa se borró mientras contemplaba los árboles desnudos y las nubes bajas, como si mirara más allá.

—Tu primo muerto —dijo el goblin con voz queda— ¿Por qué arriesgas la

vida por espada?

Era el momento de la verdad. El goblin estrechó los ojos y se inclinó hacia adelante.

El elfo bajó la vista a sus manos y las apretó con fuerza unos durante unos segundos interminables.

—Era un regalo para mi primo —dijo por fin, con expresión ausente, como si contemplara algo que sólo él podía ver—. La forjé con la ayuda de mis compañeros de las Ordenes de la Alta Hechicería. Durante años, mi primo ha protegido de Istar a muchos magos, enfrentándose por ello a su propia familia, y deseábamos recompensarlo de algún modo. Propuse fabricar una espada para él, una que pudiera utilizar del modo que juzgara conveniente. —El elfo respiró hondo y soltó el aire despacio, sin alzar la vista. Sus ojos parecían chispear—. Cabalgué a su encuentro, en un lugar acordado previamente, al sur de aquí. Pero una patrulla istariano nos sorprendió. La espada ya estaba en su poder, pero no tuvo tiempo de abrir la caja antes de separarnos. Intenté encontrarlo. Entonces mi caballo... En fin, ya conoces el resto de la historia.

El goblin asintió con gesto solemne. « ¡La espada! —Gritó para sus adentros—. Háblame de la espada, gusano elfo» .

El elfo se humedeció los labios antes de continuar.

—Al arma se le impuso el nombre de Espada del Cambio. Queríamos hacer realidad el mayor deseo de mi primo, cuanto fuera con el beneplácito de los dioses, y por ello dotamos a la espada del poder necesario para hacerlo. Otorga un deseo a quien la maneje. No es todopoderosa, pero los dioses de la magia conceden al usuario lo que pida, dentro de lo razonable. —La idea lo hizo sonreír—. Me siento culpable por haberme preocupado más por la espada que por la vida de mi primo, pero esa arma puede hacer un gran daño si cae en malas manos. Sin duda, el Príncipe de los Sacerdotes hallaría el modo de utilizarla para incrementar su poder. Podría desterrar traidores, ganar batallas, alargar sus años de vida. Y ahora... —Alza las manos y después las dejó caer. Sus hombros se hundieron.

El goblin dirigió despacio la información. La idea de que una espada fuera capaz de desplegar tal poder era casi demasiado ridícula para creerlo, pero los aspectos prácticos que acarrearía poseer semejante arma no se le pasaron por alto. Un abanico de deseos pasó por su cabeza: comida, riquezas, mujeres, fuerza física, mando, inmortalidad... Pediría cualquiera de estas cosas si la espada fuera suya; y lo haría, si algún día llegaba a serlo. Empezó a darle vueltas a la idea de que, tal vez, la espada no estaba del todo fuera de su alcance. Desde luego, no le vendría mal descubrir si el elfo sabía algo más que resultara útil para obtenerla. Tendría que prepararse para el viaje, aunque ello significara abandonar al elfo, al minotauro y al...

—¡Guau! —exclamó el kender.

El elfo giró sobre sus talones y estuvo a punto de caer otra vez. El goblin brincó sorprendido. El kender estaba sentado en la ladera, sobre la boca de la cueva, junto a unos retoños de árbol que crecían a seis metros de distancia. Los ojos le relucían de excitación.

—¡Una espada que puede hacer todo eso! —dijo maravillado—. ¿Tú también puedes hacer magia? No acabo de creerlo. Parece imposible. ¿Vas a recuperar la espada? ¿Podemos ver cómo lo consigues? ¿Qué aspecto tiene? Mis padres me hablaron sobre la magia y dijeron que no había nada mejor. Me encantaría ver una espada encantada. ¿Dónde está? ¿Conseguirás encontrarla?

El elfo tragó saliva despacio; parecía desconcertado y vacilante. Su mirada fue del goblin al kender de manera alternativa.

—Si supiera dónde se encuentran los hombres que la cocieron, puede que tuviera oportunidad de recobrarla —dijo—. Si mi primo..., si mi primo ha muerto, entonces deberé asegurarme de que esa arma no quede en manos de istarianos. No lograría dormir sabiendo que la tienen y que pueden utilizarla.

—¡Fantástico! —gritó el kender, incorporándose de un brinco—. ¿Podemos acompañarte? Él y yo somos grandes cazadores —señaló al goblin—. Y podemos rastrear y colocar trampas y hacer un montón de cosas más. Y el minotauro puede transportar cosas. ¡Es muy fuerte! No te estorbaremos, lo prometo. ¡Nos portaremos bien! ¿Vas a realizar conjuros para recuperar la espada? ¡Me muero de impaciencia por verlo!

Tanto el elfo como el goblin miraban al kender aturdidos. El goblin volvió la vista hacia el elfo y éste al minotauro, que ahora estaba sentado bajo un árbol, echando un sueño.

—Bueno... —empezó el elfo.

—¡Pongámonos en marcha! —Chilló excitado el kender—. ¡Cogeré mis cosas! —Descendió la cuesta patinando, pasó corriendo entre las ramas que camuflaban la boca de la cueva y entró en ella.

Elfo y goblin se miraron. Los dos parecían a punto de preguntar algo, pero ni el uno ni el otro abrieron la boca. Por fin, el elfo carraspeó.

—La verdad es que debería recuperar esa espada. Los istarianos la utilizarán contra nosotros y contra cualquiera que no comparta sus ideas, y todos sufriremos las consecuencias. Fue una estupidez fabricar esa arma. Y permitir que esté en manos de gente así, sería una necedad aún mayor.

El goblin se encogió de hombros y miró al minotauro.

—Por mí, vale. Recobrar la espada, quiero decir. Lo sabes. Y también ir a dar un paseo. Pero quizás el grandullón no le gusta caminar con nosotros —dijo en un susurro, mientras señalaba con un gesto de la cabeza al minotauro—. Es difícil estar seguro con él.

—Tal vez podamos hacer algo respecto a ello —sugirió el elfo, pensativo—. No me gusta actuar así, pero... ¿Podrías buscar el libro blanco que dijiste que

habías encontrado? Creo que hay un conjuro que quizá... —No terminó la frase.

El goblin actuó con afectación simulando que miraba a los árboles mientras recordaba y luego hizo un ademán al elfo para que lo siguiera al interior de la cueva.

Las cosas marchaban de un modo tan perfecto que al goblin le costaba trabajo creerlo. La posibilidad de que tuviera pronto en sus manos la espada lo excitaba tanto que lo aturdió. Debía calmarse y utilizar la cabeza. Era mucho lo que había en juego para permitirse un error. Además, tenía que empezar a pensar qué deseo pediría en el momento en que sus dedos se cerraran sobre la empuñadura del arma. Eran tantas las cosas que siempre había deseado, y ahora...

No se oía nada en el bosque, a excepción del rumor de las hojas secas y el del frío viento entre las ramas desnudas. Debajo del árbol donde descansaba, el minotauro estaba recostado contra el tronco, con los ojos casi cerrados y totalmente quieto, salvo el leve subir y bajar de su inmenso pecho al respirar. Una de sus grandes orejas se agitó para espantar a un tábano y enseguida se giró hacia la boca de la cueva, como la otra.

Viajaron hacia el este durante el resto del día, bajo un cielo encapotado. Atrás quedaron los bosques que el kender conocía de toda su vida. El hombrecillo estaba muy excitado con el viaje y parloteaba sin cesar, aunque miraba atrás de vez en cuando y en ocasiones guardaba silencio. El goblin marchaba deprisa para mantener el paso de los otros, al tiempo que lanzaba nerviosas ojeadas al tranquilo minotauro. Al parecer, el conjuro del elfo había surtido efecto y había amansado a la enorme bestia, si bien el goblin tenía cuidado de no molestarla. No tenía sentido tentar la suerte. Una vez que el elfo estuvo seguro de que el minotauro obedecería y de que comprendía lo que le decía en la lengua comercial, apenas prestó atención a la bestia, limitándose a ordenarle que transportara los bultos más pesados, entre los que había unas cuantas bolsas que el elfo había dejado caer cuando los humanos lo capturaron. El mago metió mucho jaleo preocupándose de manera exagerada por ellas y asegurándose de que estaban indemnes y a salvo.

Los guardabosques independientes habían dejado tras filos un rastro muy claro. El goblin escupió desdeñoso mientras el kender seguía las huellas sin dificultad. En los viejos tiempos, según había oído decir el goblin, ningún bicho viviente habría sido capaz de encontrar el camino tomado por un guardabosque. Evidentemente, eso había pasado a la historia.

Aquella noche se acostaron tan agotados que ni siquiera tuvieron ganas de hablar. El kender hizo la primera guardia, demasiado excitado para poder dormir. No obstante, charlaba sin cesar consigo mismo, de manera que impidió al elfo y al goblin conciliar el sueño y por último el elfo lo relevó y lo obligó a que durmiera un rato.

En la tarde del segundo día, el rastro de los guardabosques confluyó con el de otro grupo más numeroso de humanos con caballos y carros. Las señales de un campamento ] al borde del bosque eran muy recientes y hacía menos de un día que lo habían levantado. En un claro habían prendido una hoguera y el abultado montón de ceniza todavía humeaba un poco.

También había una tumba, con un abollado yelmo elfo clavado sobre la tierra que la cubría. El mago posó las manos sobre ella un instante y después se incorporó sin decir una palabra. El goblin advirtió que los ojos del elfo estaban enrojecidos. Se encogió de hombros; el deseo de venganza haría que el elfo luchara con más ahínco. Y además, ya había un elfo menos en el mundo.

—Debemos avanzar con más precaución —dijo el kender, arrastrando los pies descalzos sobre un tramo de hierba alta aplastada—. Si se detienen al caer la noche para descansar, los alcanzaremos mañana por la mañana. Pero también ellos pueden cazarnos. Hemos matado a tres de sus exploradores, pero tal vez no los echen de menos enseguida. Parece que son unos veinte hombres, probablemente con armaduras. Puede que también lleven esclavos. Esas huellas de ahí son de pies descalzos. Tal vez los esclavos vayan en los carros mientras están en marcha. Las huellas parecen de niños, y quizá de mujeres también.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó el elfo, resguardándose los ojos para otear a lo lejos. Aunque el cielo estaba cubierto, el sol conseguía abrirse paso entre los irregulares desgarrones de las nubes.

—Al este. Posiblemente de regreso a Istar. En apariencia es una patrulla regular de control de fronteras. Todos deben de estar deseando volver a casa. Cuando era pequeño, solían recorrer los bosques, pero últimamente apenas se los ve por aquí. Tenemos que ir agachados y al resguardo de los árboles mientras sea factible. —El kender se volvió a mirar al elfo—. Por cierto, ¿qué conjuros utilizarás cuando encontremos a los humanos?

El mago bajó la vista al tiempo que esbozaba un atisbo de sonrisa.

—Todo este asunto fue idea tuya. Supuse que lo sabías.

—Pues no. Tú eres el hechicero y por tanto quien sabe sobre esas cosas. ¿Planeas lanzar una bola de fuego sobre ellos? ¿Piensas hacerlos saltar por los aires? ¿Podré presenciarlo si guardo silencio?

El goblin, que se había vuelto para reemprender el viaje, se detuvo para escuchar la respuesta del elfo. La misma idea acerca de las tácticas a seguir le había estado dando vueltas a la cabeza, pero tenía pensado plantear la pregunta por la tarde, cuando acamparan. ¿Haría el elfo todo el trabajo por ellos?

Los labios del mago se apretaron. Su rostro ya no estaba tan hinchado, y los cortes y las contusiones habían adquirido un tono verdoso.

—Ya veremos —dijo— Llevo unas cuantas cosas que pueden servirnos. Tendré que pensar una estrategia, pero no cabe duda de que podremos montar un buen espectáculo. Te aseguro que la patrulla no lo olvidará jamás.

El kender asintió con un excitado cabeceo, el goblin con satisfacción. El minotauro deambulaba un poco más adelante y dio patadas a unas piedras.

La suposición del kender sobre la localización de los istarianos resultó ser bastante acertada. A última hora de la tarde, incluso el goblin se dio cuenta de que seguían muy de cerca a los humanos. El peculiar grupo de compañeros decidió acampar durante la noche, aunque no encendieron hoguera para evitar que los descubrieran. Planeaban sorprender a los humanos a la noche siguiente.

El elfo suponía que sería la última oportunidad que tendrían de hacerlo antes de que los humanos entraran en un territorio más protegido.

Aquella tarde, antes de que el cielo oscureciera, el elfo resumió el plan que había desarrollado para asaltar el campamento istariano. Sacó de las bolsas los objetos que la orden le había dado antes de partir con la Espada del Cambio y explicó sus distintas utilidades, punto por punto. Sería difícil imponerse a los humanos, sobre todo teniendo en cuenta que los superaban mucho en número. Pero el elfo hizo hincapié en el hecho de que los cuatro tenían a su favor el factor sorpresa y la magia. Si un kender y un goblin habían sido capaces de matar a tres guardabosques, no cabía duda de que tenían posibilidades en un enfrentamiento con el resto.

El kender estaba fuera de sí, excitado con el plan; el minotauro parecía indiferente, como si no le interesara el asunto. El goblin escuchó atento las explicaciones y luchó para controlar su creciente tensión. En su fuero interno, se felicitó a sí mismo por no haber quemado en la lumbre los libros del hechicero y por la astucia con que había logrado ganarse la confianza del elfo. El hechicero era un tipo realmente peligroso. Parecía ser capaz de hacer cualquier cosa.

fue ese mismo pensamiento el que le trajo a la memoria una historia que el goblin había oído contar, y la sangre se le heló en las venas por el miedo. A pesar de ello, hizo la pregunta con fingida inocencia. Carraspeó para atraer la atención de todos.

—Oí comentar a hombres de Istar, mucho atrás, que sacerdotes oyen tus pensamientos aunque no hablas. —El goblin se dio unos golpecitos en la cabeza con el índice— ¿Quizás harán eso contigo y nosotros, nos descubrirán?

—Dudo que vaya a un clérigo entre ellos, pero es posible —contestó el elfo, desasosegado con la idea—. También yo he oído comentar que los sacerdotes te leen la mente. Sólo los clérigos de alto rango pueden hacerlo, pero... En fin, esperemos lo mejor.

—Sí, esperemos lo mejor. —El goblin sonrió— Quizá tú puedes también hacer ese truco de escuchar ideas, ¿eh? Oyes sus ideas y así sabemos qué piensan, ¿no?

—No, me temo que no. Hay ciertos conjuros que jamás fui capaz de dominar, y el de leer las mentes es uno de ellos. Tampoco aprendí a lanzar bolas de fuego, pero creo que eso puedo solucionarlo. Siempre deseé ser capaz de

arrojar bolas de fuego, pero lo que tengo preparado es mejor.

El goblin se echó a reír mientras movía la cabeza arriba y abajo. Su mente estaba a salvo. Sus planes no corrían peligro. Era tanto su alivio que casi le daba vueltas la cabeza. Sabía que los Túnicas Blancas no mentían, y sentía agradecimiento y desprecio por igual hacia el elfo a causa de ello.

En contra de su costumbre, el goblin se afanó en preparar el campamento sin que nadie se lo pidiera, pero fue un cambio bien acogido por el elfo y el kender. El goblin ya sabía lo que tenía que hacer para conseguir la espada corriendo el menor riesgo posible. Sólo necesitaba ponerle las manos encima unos pocos segundos, el tiempo suficiente para formular su deseo, que ahora ya sabía de memoria. Después, las preocupaciones habrían acabado para él.

El elfo hizo la primera guardia. Los demás se tumbaron entre la maleza que crecía al pie de una colina. El minotauro se limitó a tumbarse sobre el suelo, en medio de tintineos de cadenas, y se quedó dormido al instante. El kender y el goblin se acostaron también. Tras largos minutos de esforzarse para relajar los músculos del estómago, agarrotados por la tensión, el goblin cerró los ojos y se dispuso a disfrutar del descanso que tanto necesitaba.

—¿Estás despierto? —le llegó la voz del kender. Sufrió un sobresalto y abrió los ojos de inmediato. Entonces comprendió que el kender no le hablaba a él. La voz queda procedía de la dirección donde el elfo se había instalado para hacer su guardia.

—Claro que estoy despierto —contestó el mago.

El goblin suspiró y alzó ligeramente la cabeza. Con su visión nocturna, distinguía al elfo sentado en el suelo, junto un tronco caído, a unos quince metros de distancia. El kender se abrió paso entre la oscura maleza y tomó asiento junto al elfo. El pequeño latoso estaba arrebujado en una de las mantas que habían traído de la cueva. El goblin intentó cerrar los ojos y dormir, pero ahora le resultaba imposible conciliar el sueño. Se resignó a permanecer despierto un rato más, vigilando al elfo y al kender y escuchando su conversación.

—No podía dormir —dijo el kender, acercándose más el mago—. Estoy un poco excitado con lo de mañana por la noche. Ya he tomado parte en otras peleas, pero nunca en una como ésta. ¿Es malo estar tan nervioso?

—No —dijo el mago— También yo estoy un poco... excitado, pero el nerviosismo desaparecerá. Tú recuerda lo que tienes que hacer y, cuando lleges el momento, estarás preparado para ello.

El kender soltó un sonoro suspiro.

—Así lo espero. No hago más que pensar cómo se desarrollará todo y soy incapaz de frenar la imaginación y olvidarlo. Tengo la cabeza llena de cosas.

«Tienes la cabeza llena, sí. Llena de paja», pensó el goblin.

—¿Sabes? No te he preguntado cómo te llamas —dijo el elfo—. He estado tan preocupado que me olvidé de hacerlo.

Hubo un breve silencio.

—Bueno, tampoco pensaba decírtelo, porque estuve hablando con el goblin hace unas cuantas semanas, cuando nos conocimos, y me dijo que no tenía nombre —contestó por fin el kender—. Pensé que sería una des-cor-te-sia decirle mi nombre si él no tenía. Mi padre me enseñó esa palabra.

—UmMMM... Bien, así que te preocupa ofender a como quiera que se llame, al goblin, ¿no?

—Sí. Y por tanto tampoco tú debes decirme cómo te llamas. Tenemos que ser justos.

El goblin sacudió la cabeza con fastidio. Hacía tiempo que había renunciado a llegar a las profundidades de la rara mente del kender. Sencillamente, no tenía sentido. Aun así, sintió algo extraño al oír las razones que tenía para no haberle dicho nunca su nombre. Aquello le causaba una vaga incomodidad, aunque no sabía por qué.

El hombrecillo se había ido arrimando al elfo de manera que ahora estaba casi pegado a él. El mago alzó el brazo y lo echó por encima del tronco para no golpear la cabeza del kender con el codo.

—La magia es fantástica —dijo el kender—. No imaginaba que tú tuvieras tanto poder. He deseado presenciar algo mágico toda mi vida, porque mis padres siempre me contaban historias sobre hechicería. Decían que era lo más maravilloso del mundo, pero que era injusto pues los kenders no pueden ejecutar hechizos, por mucho que estudien. Sin embargo, los elfos y los humanos saben hacerlo. ¿Es eso cierto?

—Me temo que hay algo de verdad en ello —contestó el mago—. Los kenders pueden ejecutar hechizos si sirven a los dioses, pero las Ordenes de la Alta Hechicería están cerradas para ellos. —Se encogió de hombros, pero en su voz se advertía un deje de alivio.

El goblin estaba espantado. ¿Un kender realizando conjuros? La sola idea le daba escalofríos. Por los dioses, ya había suficientes problemas en el mundo. Istar sería una amenaza pequeña en comparación con un hechicero kender.

—Por cierto —dijo el elfo—. Eso es mío.

—¿El qué? ¡Oh, lo siento! —El kender le devolvió algo al mago— Se cayó de tu bolsillo.

El elfo puso el objeto en el suelo, fuera del alcance del hombrecillo.

—Si pierdo alguna cosa más, mañana no podré ejecutar los hechizos —advirtió.

—Oh. —Sobrevino una breve pausa—. Toma. Encontré esto también.

El elfo cogió los objetos al tiempo que daba un hondo suspiro.

—Gracias —dijo, y el silencio reinó durante un buen rato.

—Solía preguntar a mis padres si podría aprender a hacer magia cuando fuera mayor —habló de nuevo el kender—. Mi madre dijo que quizá fuera

mejor que no pudiera, ya que si quieres ser hechicero tienes que pasar una prueba, y que te obligan a hacer cosas horribles en ese examen. ¿Es verdad?

El elfo guardó silencio casi un minuto. Aquel silencio era distinto del de alguien que sólo está pensando. El goblin no pudo menos que torcer un poco la cabeza para escuchar mejor y no perder una sola palabra.

El kender dio un suave codazo al mago.

—¿Qué? —preguntó el elfo desconcertado—. Ah, sí. El examen. En efecto, tenemos que pasar la Prueba en una torre de la Alta Hechicería. En realidad, la prueba no te obliga a que hagas cosas horribles, pero tienes..., tienes que... eh... soportar y superar grandes dificultades. Las cosas horribles... te ocurren a ti. Creo que no me apetece hablar sobre mi prueba en este momento. Quiero tener la mente despejada y alerta para mañana.

—Oh. —De nuevo, hubo un breve silencio—. ¿Crees que yo sería un buen hechicero? Tengo trece años. ¿Es una edad suficiente para convertirse en mago?

Aquello sorprendió al goblin. Había visto pocos kenders en su vida, pero, como todos tenían la talla de los niños humanos, no se había parado a pensar en la edad de éste, dando por hecho que tendría alrededor de los treinta. No había imaginado que nadie, y menos un kender, tuviera tanta habilidad para sobrevivir en un terreno agreste y tantos conocimientos a los trece años.

—Un poco joven todavía —comentó el elfo—. Aunque unos cuantos hechiceros empiezan a tu edad, más o menos. Algunos incluso un poco antes.

El kender pareció sumirse en reflexiones tras aquellas palabras.

—¿Podrías realizar algún conjuro para mí? —preguntó de sopetón.

El goblin parpadeó sobresaltado. ¿Qué?

—Bueno, sí que podría —repuso despacio el mago—. Pero la mayoría de los conjuros que tengo ahora he de reservarlos para mañana noche. —Hizo una breve pausa y después añadió—: En fin, supongo que podría realizar uno pequeño. Volveré a aprenderlo por la mañana para reemplazarlo.

—¿De veras? —El kender se echó hacia adelante, excitado—. ¿Un conjuro de verdad?

Bajó la voz al tiempo que echaba una ojeada al goblin y al minotauro. El goblin cerró los ojos, aunque suponía que no sabrían si estaba o no despierto a menos que se acercaran a él.

—Vale, estoy dispuesto —susurró el kender—. No prenderás fuego a nada, ¿verdad? Todo está muy seco, pues no ha llovido hace cinco días. Cualquier otra cosa valdrá.

—No te preocupes. —El mago alzó las manos—. *Impil-teh peh.*

Una tenue luz azulada, una bola minúscula del tamaño de una uña, empezó a brillar en la oscuridad, entre los dedos del elfo. El goblin contuvo el aliento, por miedo a hacer el menor ruido que lo descubriera. Tampoco él había visto ejecutar magia hasta entonces, y la visión lo asustaba tanto como lo excitaba y lo

fascinaba.

Los dedos del elfo iniciaron unos movimientos en torno a la bola, y la pequeña esfera respondió yendo de una mano a otra, balanceándose atrás y adelante. Un instante después, la bola se dividía en dos esferas del mismo tamaño; luego cada una de ellas se dividió otra vez y fueron cuatro, después ocho, todas rodando al ritmo marcado por las manos del elfo. A la tenue y móvil luz, el goblin vio los ojos del kender, brillantes.

El elfo varió el movimiento de las manos. Las ocho bolas azules empezaron a girar una detrás de otra en un pequeño círculo, al tiempo que cambiaban de color, de azul a violeta, después rojo, naranja, amarillo, verde y, por último, otra vez azul. Luego cada bola cambió a un color distinto del resto y todas giraron en torno a los dedos del mago mientras éste manipulaba su esencia mágica. Formaron una figura ovalada en el aire y giraron más y más deprisa, hasta que pareció que había un cordón dorado de luz que daba vueltas sobre sí mismo, al igual que lo hace una moneda sobre su canto un momento antes de caer sobre una de las caras.

El elfo tenía los labios fruncidos, en un gesto de concentración. El círculo empezó a variar de forma mientras giraba en el aire y tomó la de un cuadrado, después la de un triángulo y a continuación la de una estrella de cinco puntas. Luego alteró su forma más aún: un pájaro, un conejo, un pez, todo ello en un remolino silencioso.

Los dedos del elfo variaron el diseño una vez más. Ahora era una reluciente columna verde que se estrechaba y giraba cada vez más despacio hasta detenerse sobre su palma extendida; de ella empezaron a crecer hojas, como si fuera una planta viva. Cada hoja surgía delineada y después se rellenaba con un color suave; del tallo principal crecieron espinas. La parte superior de la planta floreció en un brillante capullo rojo que, poco a poco, creció hasta que una rosa carmesí se alzó hacia el cielo.

El mago articuló una palabra en voz baja, y la planta desapareció dando paso a una pequeña bola de luz blanca. Al cabo de un momento, surgió la figura de un ratón que correteó de un lado a otro sobre la palma del mago, con la curiosidad de un roedor vivo. Cuando terminó de explorar la mano, el ratón se irguió sobre las patas posteriores, ejecutó una breve danza, hizo una profunda reverencia al kender y al mago, y se desvaneció en un punto de luz que se apagó lentamente.

Todo volvía a estar a oscuras. El goblin estaba tan absorto que casi había olvidado respirar. Cerró la boca poco a poco, sin querer creer que todo hubiera acabado. Parpadeó y tuvo que esforzarse por contener el impulso de frotarse los ojos. Era magia. Magia de verdad.

Entonces oyó gemir al kender.

Volvió la mirada hacia la pequeña figura sentada junto al elfo. El kender se cubría los ojos con las manos y de repente soltó un hipido y se echó a llorar.

El mago le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Qué te pasa?—preguntó desconcertado.

El kender se recostó contra el pecho del elfo; los sollozos sacudían su menudo cuerpo. Transcurrieron largos minutos.

—Papá y mamá me dijeron que la magia era maravillosa —musitó entre hipido e hipido—. Dijeron que nunca la habían visto, pero que sabían que era algo bueno. Deseaban con todo su corazón verla, pero nadie quiso mostrársela. Me dijeron que los hombres no eran tan malos, y que, tal vez, algún día, un humano o un elfo nos la enseñarían si teníamos paciencia con ellos. No creían que un humano les hiciera daño, pero ellos se lo hicieron. Los humanos hicieron mucho daño a papá y a mamá, y yo no pude ayudarlos porque estaba demasiado asustado y me había escondido, y, cuando los humanos se marcharon, tuve que enterrarlos y rezar las oraciones que me habían enseñado. Estaba demasiado asustado para ayudarlos, incluso cuando les hicieron mucho daño. Ojalá hubiese tenido magia en ese momento para haberlos ayudado. Anhelaban tanto ver magia... —Siguió sollozando, con el rostro hundido en las ropas del elfo.

El goblin reparó en que tenía los puños apretados, temblorosos. Algo le escocía en los ojos y le costaba trabajo ver. Despacio, abrió las manos y se cubrió la cara con ellas. Detestaba la debilidad, la había odiado toda su vida, y ahora lo dominaba por completo. Se odió a sí mismo por ello, y todo por culpa del kender, de ese maldito, débil, estúpido y miserable kender. Unos hilillos húmedos le escurrían, por las mejillas; el goblin se mordió el labio hasta que notó el sabor de la sangre.

«Mañana. Que llegue pronto mañana», deseó.

No lucían las estrellas. Las llamas altas de una hoguera ardían en la cumbre del cerro, visibles entre la espesa arboleda y la maleza. Los grillos cantaban por todas partes.

—Así que crees que sabes cómo manejar a esa chica elfa, ¿no? —Dijo el guardia con una mueca—. ¿No te parece que es un pastel demasiado grande para ti?

El sonriente guardia había vuelto el rostro hacia su compañero, que estaba inclinado para recoger leña. El goblin hundió su cuchillo en los riñones del hombre, atravesando la armadura de cuero. El dolor fue tan intenso, que el guardia supo que iba a morir. Estaba aterrado e intentó gritar, pero no salió sonido alguno de su boca, tapada con la mano callosa del goblin, que le torció la cabeza hacia atrás con increíble fuerza. El hombre alargó las manos hacia la espalda para agarrar a su atacante, pero la agonía del dolor se adueñó de su cerebro y le hizo olvidar todo lo demás. El goblin dejó que el cuerpo se desplomara en el suelo.

—Puedes apostar a que sé cómo manejarla —dijo el guardia que recogía leña. Se acuclilló para colocar mejor la caiga sobre los hombros y luego alargó

la mano para coger otros trozos de madera—. El bien redime a los suyos, reza el dicho, y yo voy a redimir a esa muchacha elfa antes de que llegue a Istar. Ya a saber lo que es un hombre; y yo voy a ser el clérigo mayor. Pueden quedarse con los otros esclavos. Pero he esperado mucho tiempo para renunciar ahora a ésta.

Recogió el último trozo de leña; en ese momento, la mano del goblin se cerró con fuerza sobre su boca y lo apretó contra su pecho. La afilada hoja hendió con facilidad la garganta del hombre. El guardia supo lo que pasaba, pero no pudo hacer nada por evitarlo; tampoco le fue posible gritar.

El silencio se adueñó otra vez del oscuro bosque, y enseguida se reanudó el chirrido de los grillos. Todo estaba impregnado del olor a sangre.

El goblin esbozó una mueca, limpió la hoja del cuchillo y echó a andar entre los árboles. No sentía el menor signo de debilidad; no con el conjuro de fuerza mágica que el elfo le había echado. Se creyó capaz de alzar en vilo a un caballo si quería; quizás a diez caballos. Además, llevaba un anillo que alteraba los sonidos a su alrededor, de manera que un hombre pensaría que había escuchado el ulular de un búho si el goblin hablaba, o el soplo del viento si caminaba. Aquello era demasiado bueno para ser verdad. En su excitación, apenas advertía el frío.

El campamento de los istarianos estaba en lo alto del cerro, donde los hombres se apiñaban en torno a la hoguera para resguardarse del cortante aire. Cuesta abajo, en un claro, medio ocultas por los árboles, había varias carretas junto a todos los caballos de los istarianos. El elfo había explorado el terreno por medio de hechizos e informó que en uno de los carros había esclavos: una mujer elfa, un viejo enano y tres chiquillos, humanos o elfos, no estaba seguro. Las otras tres carretas estaban vacías. El kender calculaba que eran unos veinte hombres y el goblin que eran veinticuatro; veintiuno, ahora que había matado a tres mientras rodeaba el campamento.

El elfo y el minotauro se habían quedado abajo, junto a las carretas, para atacar a los centinelas que estaban allí. El mago ejecutó un hechizo para silenciar el tintineo de las cadenas del minotauro. El goblin se agazapó y sacó un frasco estrecho, de cerámica, de un saquillo de cuero que colgaba de su cinto de cuerda. Era la hora. Quitó el tapón de corcho y se bebió el contenido; hizo una mueca de asco al paladear el amargo sabor del líquido. Se limpió los labios mientras se incorporaba, arrojó al suelo el frasco y echó a andar medio agachado hacia el resplandor de la hoguera.

A cada paso, imaginaba la espada mágica. Se vio a sí mismo manejándola, en lugar de su machete, y se vio también después de haber formulado su deseo, el único deseo. La idea casi lo hizo avanzar demasiado deprisa y descubrir su presencia a los humanos, que se encontraban directamente frente a él, un poco más adelante. Se agazapó tras un árbol, confundiendo con la oscuridad. Se

encontraba a sólo sesenta metros de la hoguera que ardía en lo alto del cerro.

—No es como si matáramos a gente de verdad, ¿sabes? —El humano hablaba en voz baja, pero su tono era seguro y enterado. Cambió de postura y su armadura tintineó. Cota de malla, quizá con pectoral—. Tú y yo somos personas de verdad. Conocemos la diferencia entre el bien y el mal. Los dioses nos han bendecido con una revelación que ninguna otra raza tiene. Esa revelación es ver nuestro destino. No somos como esas razas mestizas que sólo ven la comida del día siguiente. No merecen respirar el mismo aire que nosotros. Por los dioses benditos, ¿te gustaría vivir en una ciudad con goblins?

Eran dos hombres los que estaban delante del goblin, a unos nueve metros de distancia, cerca de un montón de arbustos y ramas de un árbol caído. Podía verlos bien con el resplandor de la hoguera. Uno vestía cota de malla y el otro cuero remachado. El goblin supuso que el de la cota de malla era el cabecilla, tal vez un caballero. Sería difícil matarlo si no se hacía de la manera adecuada. El goblin se preguntó si debería evitarlos con un rodeo, pero no le gustaba la idea de dejar a nadie vivo tras él, sobre todo a alguien a quien no le gustaba vivir con goblins o respirar su mismo aire.

El hombre de las ropas de cuero remachado apartó la vista de su compañero; los dedos que sujetaban la lanza se aflojaron un poco.

—No, Reverencia —farfulló.

El goblin se quedó petrificado. «¡Dioses de Istar! ¡Un clérigo!», pensó. Quizás uno de los que oían lo que pensabas.

—Bueno, a mí tampoco me gustaría —dijo el hombre de la cota de malla, mirando al otro humano mientras esbozaba una sonrisa a medias—. A nadie le gustaría. Sabes las maldades que hacen los goblins, ¿no? Claro que sí. Tenemos que destruirlos, y sabes que es correcto. Y a los kenders. Disculpa si te hago esta pregunta, ¿pero crees que alguno de los dioses del Bien habría creado a un kender?

—Bueno, ellos... —Se interrumpió. Era evidente que intentaba enfocar esto con mucho cuidado— No son... Quiero decir... Los kenders causan problemas, lo sé, pero...

El hombre de la cota de malla resopló divertido. Volvió la vista hacia la distante hoguera del centro del campamento, a cuyo alrededor se arracimaban los patates de dormir. El tenue resplandor del fuego se reflejó en el pulido peto de acero.

—Lo que intentas decir es que los kenders no son tan malvados como los goblins, ¿cierto?

El hombre vestido con cuero aspiró hondo, lo pensó mejor y no dijo nada.

—Así que crees que los kenders no son tan perniciosos como los goblins. —El de la armadura suspiró— Piensas que actuamos mal, ¿no? Cumplimos la voluntad de los dioses del Bien y del Príncipe de los Sacerdotes, ¿y piensas que eso está

mal?

—No. —El hombre parecía muy asustado. El goblin apenas pudo escuchar su respuesta—. No, no es eso, Reverencia.

—Ah —dijo el clérigo, al parecer aclarado el malentendido—. Según el capitán, ésta es tu primera campaña. Sé que resulta duro, y a veces todo parece muy confuso. Quizá siempre, ¿no?

El otro hombre bajó la vista al suelo y pareció que asentía con un cabeceo, sin querer hablar.

El peor temor del goblin desapareció. Si este clérigo leía las mentes, ahora no lo estaba haciendo. El goblin estudió el terreno que tenía ante sí y después sacó algo de un bolsillo. No podía contar con llevar a cabo un golpe efectivo a través de la cota de malla, tendría que recurrir a la poción de poder. Salió despacio de la sombra del árbol.

—También para mí fue muy confuso cuando empecé. —De repente, la voz del clérigo sonaba extrañamente vulnerable—. Fue terrible al principio. No me preocupaba luchar contra los goblins, pero otras cosas me desazonaban. Tuvimos que combatir con enanos una vez. Me aterrorizaron con sus ojillos mudables, sus espesas barbas, sus cuerpos achaparrados. Luchaban como... —El clérigo bajó la voz y volvió los oscuros ojos hacia el nuevo recluta— como si estuvieran poseídos por los Siete Maligos.

En el silencio que siguió a sus palabras, sólo se oyó el l crepitar de la hoguera. El viento pareció soplar con más fuerza a su alrededor.

—Fue una guerra terrible en las montañas —continuó | el clérigo con voz queda—. Vi a mis amigos morir aplastados por avalanchas, atravesados por dardos y flechas. Los tuve en mis brazos, con los miembros segados por hachazos, suplicándome que los sanara. Eso fue lo que los enanos hicieron con nosotros en las montañas.

No luchaban como humanos. No eran humanos. Eran seres malignos. Entonces lo comprendí todo y por fin creí en su maldad. Ojalá hubiese habido un modo mejor de aprender la lección sin haber tenido que pasar por aquello. No quiero volver a ver morir a mis amigos de mis brazos de ese modo, desangrándose sin poder hacer nada para evitarlo, pues todos mis conjuros lo había utilizado antes en sanar las heridas de otros. —Los ojos del clérigo relucían como brasas. Alzó la mano y dio unas palmadas en el hombro del soldado—. Me gustas, muchacho. Me recuerdas a como yo era, antes de aquella guerra en las montañas. Ojalá no cambiaras nunca. Lo digo de verdad. Así eres mucho más feliz.

El soldado carraspeó y esbozó una tímida sonrisa. El clérigo le sonrió a su vez. El hombre más joven se llevó la mano a la frente para limpiarse el sudor.

Algo se movió entre sus pies y se deslizó despacio por sus piernas. El soldado se incorporó de un brinco al sentirlo. Algo lo tenía agarrado por los tobillos, y

perdió el equilibrio; al caer al suelo soltó la lanza. El clérigo empezó a sacudirse los muslos con gestos frenéticos. Veía hierba alta y enredaderas y raíces y zarzas enredándose en torno a sus piernas como cadenas de hierro. Los dos hombres abrieron la boca para gritar, pero no emitieron sonido alguno. En lugar de ello, los grillos chirriaron más alto, el viento sopló con más fuerza, los pájaros nocturnos piaron. Los hombres que estaban junto a la hoguera, en lo alto del cerro, siguieron ocupados en sus asuntos, sin advertir nada.

El goblin salió de la oscuridad. Enroscó un cable flexible en torno al cuello del clérigo y apretó. Los ojos del humano se desorbitaron; intentó meter los dedos bajo el cable, pero no había hueco. La lengua le asomó entre los dientes y sus ojos en blanco miraron sin ver las estrellas.

El soldado caído en el suelo se debatió para librarse de las plantas que le apretaban piernas, tronco y brazos y subían hacia su rostro; gritó y gritó, pero sólo oyó a los grillos y a los pájaros nocturnos y al viento que agitaba las copas de los árboles.

Entonces el clérigo se desplomó de espaldas sobre las retorcidas plantas; la oscura sombra soltó el Lazo corredizo y miró con frialdad al hombre caído. El soldado lo vio y entonces creyó lo que el clérigo había dicho sobre los seres malignos; lo creyó todo, y chilló como un loco hasta el último momento. Nadie lo oyó.

«Demasiado bueno para ser verdad», pensó el goblin.

—¿Dónde se han metido, en nombre del Abismo? —rezongó el capitán, sin la menor consideración hacia los hombres que dormían a su alrededor.

El goblin llegó a la conclusión de que tenía que ser el capitán, aunque no llevaba armadura. Su porte y actitud denotaban al primer vistazo que era un hombre con mando.

—¡Eh, tú! —Gritó a un centinela situado al otro lado del campamento—. Ve a buscar a esas comemierdas y diles que el fuego se está apagando; y que muevan sus culos gordos deprisa y vuelvan con la leña ahora mismo. Diles también que quiero verlos después. Si tienen tiempo para cazar ardillas, también lo tendrán para hacer otras tareas que les voy a encargar. ¡Muévete!

Los hombres siguieron dormidos. El centinela se cuadró y se metió entre los árboles, pasando ante el invisible goblin y dejando atrás al barbudo capitán que espantaba mosquitos e insectos a cachetes.

—Odio estar en el campo —rezongó el capitán—. Detesto acampar a descubierto, acosado por insectos que muerden y pican. A la naturaleza le importa un bledo mi persona, mi rango, ni nada. No hay modo de defenderse contra eso.

El goblin echó un vistazo al centinela que se alejaba. No era probable que encontrara a los dos últimos cadáveres al estar cubiertos de plantas, pero, si continuaba en aquella dirección, se toparía pronto con los tres primeros. El

tiempo se estaba acabando. Escondido tras un grupo de retoños de árbol, el goblin se frotó los músculos de los brazos mientras volvía la vista hacia el campamento. Contó doce petates extendidos alrededor de la hoguera; el capitán estaba de pie, ocupándose él mismo de hacer la guardia. Los otros hombres debían de encontrarse en la ladera, más abajo, con los caballos y las carretas, si es que seguían vivos, cosa que el goblin dudaba.

El kender tenía que estar a punto de entrar en acción. El goblin debía llegar primero y buscar la espada. Se tomó tiempo para escudriñar el campamento con los ojos entrecerrados para eludir el resplandor del fuego, buscando alguna caja que pudiera contener una espada. Las provisiones y los bultos estaban apilados en un único montón, al borde del claro, a unos dos tercios del perímetro por su izquierda. No distinguía bien lo que había en la pila de objetos, pues el fuego restaba eficacia a su visión nocturna. Su única esperanza era que el capitán hubiera considerado la espada lo bastante valiosa para llevarla al campamento y así evitar que la robaran.

El goblin se movió sigiloso para apartarse de la luz y empezó a recorrer el perímetro del campamento, hacia la izquierda. Procuró no pensar en la posibilidad de que el elfo, el minotauro o incluso el kender encontraran primero la Espada del Cambio. Había soñado tanto con el arma durante los dos últimos días, que no podía imaginar no poseerla. La ganancia era mucha, y él se la merecía. La concesión del deseo compensaría toda una vida de soledad, privaciones y tratos brutales. Lo libraría para siempre de sufrimientos.

Todavía se sentía como si el conjuro de fuerza siguiera funcionando. Ignoraba si la poción de control de plantas estaba o no activa, pero no le importaba. Si podía acercarse lo suficiente a los paquetes de provisiones y encontrar la espada, no le haría falta enredar a los soldados con las plantas otra vez; todo cuanto tendría que hacer sería huir con el botín. No. Cambió de parecer. Utilizaría los efectos de la poción si todavía funcionaba. Mejor sería inmovilizar a todo el mundo con enredaderas hasta que hubiese formulado su deseo. Entonces y a nada importaría.

La ladera del bosque descendía en un pronunciado declive por detrás de los paquetes de provisiones, y caía a plomo unos seis metros. El goblin gateó tan pegado al suelo como le fue posible, sin apresurarse. En cualquier momento, el guardia que había entrado en el bosque encontraría alguno de los cadáveres y daría la alarma. Pero el goblin no podía permitirse ir deprisa. Alcanzó el borde del herboso barranco. Estaba sumido en las sombras proyectadas por las cajas de provisiones y baúles, que interceptaban la luz de la hoguera. El goblin decidió correr el riesgo de asomarse, agazapado, y echó un vistazo al campamento.

Justo en ese instante, el kender llegó volando del cielo y aterrizó en medio del campamento, a dos metros escasos de distancia del capitán, así como del propio goblin.

Ocurrió tan deprisa que el goblin se quedó paralizado cuando alzaba un pie para dar un paso, y el capitán ni siquiera gritó para despertar a los demás. El kender se limitó a mirar en derredor, después saludó al capitán con la mano y esbozó una sonrisa traviesa. Llevaba el oscuro cabello lleno de enredos y su rostro, marcado de cicatrices, pringado de barro; se acercó al capitán hasta casi rozarlo. El kender vestía sus habituales harapos sucios, una mezcla de ropas desgarradas y pieles de animales, y sostenía entre sus brazos una bolsa grande: la bola de fuego.

—¿Qué demonios...?—musitó el capitán. Su mano derecha fue hacia la daga que llevaba enfundada a la espalda. Sin que se alterara su expresión, saludó al kender moviendo la otra mano.

El kender brincó en el aire, dio una voltereta hacia atrás, y aterrizó de nuevo sobre sus pies, con el rostro radiante de excitación. Hizo un gesto con la cabeza al capitán, señalando brevemente hacia el cielo, como instándolo a que saltara también.

El hombre se humedeció los labios. Sus dedos se afanaban en desatar las correas de seguridad que sujetaban la daga a la funda.

—Eh... me temo que soy incapaz de volar como tú —dijo, esbozando una sonrisa forzada—. Pero ha sido una demostración fantástica.

Por el rabillo del ojo, el goblin atisbo un brazo que salía despacio entre las mantas de un petate, situado a tres metros detrás del kender, y se acercaba hacia una espada tendida en el cielo. Al parecer, el capitán también lo había visto, pero, tras echar la primera ojeada, evitó mirar otra vez hacia allí.

—¿Sabes hacer más trucos?—preguntó el capitán en un tono casi amistoso.

—¡Claro!—Contestó el kender, cuya expresión se tornó contrita de inmediato—. No debo hablar —farfulló en tono de disculpa—. Un error mío. De todas formas, aquí tienes mi último truco.

El soldado del petate a espaldas del kender levantó la espada y después, muy despacio, rodó sobre sí mismo hacia adelante para situarse a una distancia en la que pudiera utilizar el arma. El goblin se puso tenso. No tenía la menor idea de qué hacer a continuación.

El kender se agachó y saltó en el aire. Todavía con la bolsa en los brazos, voló hacia la oscuridad. El soldado arremetió; la espada trazó un arco descendente, pero falló su blanco por completo.

—¡Alerta!—bramó el capitán, olvidándose de la daga y desenvainando su espada larga—. ¡A las armas! ¡Arriba, moved vuestros gordos culos! ¡A las armas, malditos seáis!

El kender había desaparecido en el oscuro cielo sin estrellas. El goblin retrocedió tras los arbustos, hasta el mismo borde del barranco. No tenía vía de escape. Buscó cobertura poniendo el tronco de un árbol entre sí mismo y el campamento que despertaba, y maldijo para sus adentros al kender por estar a

punto de provocar su muerte.

Hombres soñolientos y asustados salieron precipitadamente de entre las mantas y buscaron a tientas armas y corazas, escudos y yelmos. El capitán miraba a lo alto, esperando atisbar al kender en el oscuro cielo, a la vez que profería maldiciones.

—Siento haber fallado, capitán —dijo el soldado que había intentado atravesar al kender—. Lo tenía justo delante cuando de pronto se elevó. ¿Es que es un hechicero?

—Tiene que serlo —contestó el oficial con voz tensa, todavía con la mirada prendida en lo alto— Volaba.

—¿Qué sucede, capitán? —gritó uno de los hombres, con la mitad de una armadura puesta y un hacha en la mano.

El barbudo capitán bajó la vista. Todos sus hombres estaban ya de pie, amontonados a su alrededor.

—Tú —dijo, señalando a un hombre pelirrojo—. Baja y trae al clérigo; puede que tengamos problemas. Dile que hay un hechicero suelto por los alrededores. Lleva a tres hombres contigo. No... ¡Oh, maldita sea! —El capitán se llevó las manos a los ojos y se los frotó con fuerza; otros hombres que estaban cerca de la hoguera hicieron lo mismo. De las llamas saltaban chispas a medida que una lluvia de polvo negro caía sobre ellas. Era el inicio de la bola de fuego.

El goblin comprendió el peligro que se avecinaba cuando el polvo negro empezó a caer y los hombres a maldecir. Supo que tenía que huir, pero vaciló un instante antes de echar a correr, pues no sabía adónde ir sin que lo descubrieran. Aquel segundo era todo el tiempo del que disponía y lo perdió.

Se produjo una explosión de luz blanca y amarilla, tan grande como una manzana de casas. La onda expansiva se extendió más allá de la hoguera hasta abarcar todo el claro, perfilando los cuerpos de los hombres lanzados al aire durante un instante, antes de engullirlos.

Un sólido muro de calor abrasador y aire se precipitó sobre el goblin a través de las ramas y las hojas, incinerando los árboles a su paso. Las llamas lo alcanzaron, le chamuscaron el vello de los brazos y el pelo, prendieron fuego a sus harapos y abrasaron hasta el último centímetro de piel expuesta a aquel infierno. En medio de la agonía, el goblin alzó los brazos en un gesto instintivo para protegerse. No tuvo tiempo de sentir verdadero miedo, ni de reaccionar, salvo para moverse.

Se dio media vuelta y se arrojó por el barranco. Cayó por el aire, bañado en la luz del fuego, sintiendo un instante el rugido del viento en los oídos mientras el distante suelo salía a su encuentro.

El impacto le dejó vacíos de aire los pulmones cuando cayó en la tierra. Rodó cuesta abajo en un loco torbellino de brazos y piernas hasta que chocó contra un árbol. No podía respirar. Un millón de espigas y ramas le habían desgarrado la

piel abrasada. Una masa de hojas ardientes cayó a su alrededor. Se obligó a ponerse de rodillas sin pensar en nada más. Luchó por llevar aire a sus pulmones y sintió como si una docena de afilados cuchillos se los atravesaran. Era el dolor más espantoso que jamás había sentido, peor que las quemaduras y los cortes. Se puso de pie, conmocionado, sin atreverse a respirar otra vez, y avanzó a trompicones, sin reparar en nada, hasta que tropezó con un tronco. Algo lo golpeó en la frente como un martillo, y el mundo se sumió en la oscuridad.

Durante un minuto, el goblin no pudo recordar qué ocurría ni qué estaba haciendo allí. De lo único que era consciente era de aquella peculiar sensación de entumecimiento. Unas imágenes extrañas empezaron a acudir a su mente, parte de alguna horrible pesadilla que giraba en su cabeza como un torbellino. Recordaba quién era, pero no dónde se encontraba ni por qué estaba allí. Yacía de espaldas, notando que una especie de insensibilidad desaparecía para dar paso poco a poco a un creciente dolor que abarcaba todo su cuerpo. Soñó que lo había bañado un río de lava y lo habían golpeado con garrotes.

« Estoy en el bosque, de noche. Hay una gran hoguera en lo alto de un cerro, sobre mí. Debería marcharme de aquí, pero no sé dónde estoy ni por qué me encuentro en este lugar », pensó.

Empezó a rodar sobre sí mismo, pero enseguida se detuvo e hizo una mueca al sentir un horrible dolor que se iniciaba en lo más hondo de su pecho. Poco a poco recordó al kender, después al minotauro y al elfo. Incluso se acordó de la espada, pero no tenía ni idea de por qué le interesaba. Poco después, también recordó aquello.

Por fin se puso de rodillas, pero se quedó quieto, estremecido por las punzadas que le producía en el pecho cada inhalación. La explosión se debía a la bola de fuego hecha por el elfo con aquel polvo de carbón, y que según sus palabras había fabricado con la ayuda de unos gnomos, que le habían proporcionado el polvo para el encantamiento. El goblin se preguntó si el kender habría sobrevivido a la explosión al encontrarse tan alto en el cielo.

El elfo le había advertido al kender que no permaneciera suspendido en el aire demasiado tiempo, ya que el hechizo perdería fuerza y el hombrecillo se precipitaría a su muerte. Quizás el kender no había tenido que preocuparse por tal posibilidad, si la curiosidad había sido más fuerte que él y había intentado presenciar la explosión de cerca. El goblin se encontró deseando que el kender siguiera por allí. Al fin y al cabo, se dijo, él había hecho todo el trabajo.

Entonces recordó al elfo y al minotauro. El elfo estaría buscando la espada en este mismo momento, y contaba con la ayuda del minotauro, así como con sus otros hechizos.

« No importa —pensó de repente el goblin—. Voy a matar a ese elfo. Voy a matar a ese elfo y al minotauro también. Puedo hacerlo; he matado a un montón de hombres hoy. Los mataré a todos. Soy fuerte, nada puede ocurrirme. Sólo

tengo que apoderarme de esa espada, y eso es todo cuanto necesitaré. Tengo que hacerlo ahora» .

Con cuidado, buscando apoyo en el tronco, el goblin se puso de pie y empezó a caminar a trompicones cuesta arriba.

El humo se extendía por el campo a medida que las llamas prendían en los árboles secos y arrojaban al cielo miles de chispas ardientes. Las nubes se tiñeron de color naranja.

El goblin remontaba el cerro paso a paso, y cada movimiento era una agonía. Sus abrasadas manos se aferraban a las ramas, a los matojos y a las piedras. Trepó hasta creer que llevaba interminables años haciéndolo. Era como si hubiera estado haciendo lo mismo desde su nacimiento. En varias ocasiones comenzó a delirar y balbuceó acerca de cosas que parecían tener mucho sentido pero que enseguida se borraban en su mente. Chilló y cantó y, aferrándose a la hierba, se arrastró sobre el estómago y tiró de sí mismo hacia arriba. Vio que lo había conseguido. Todavía estaba cantando algo, una tonada que había oído a los asesinos de la cuadrilla en Dravinar del Este, pero olvidó la canción cuando le sobrevino un golpe de tos causado por el humo y el hedor de carne quemada. Descansó un momento y después se aupó para echar un vistazo en derredor.

Le llevó un poco de tiempo, pero por último comprendió que el fuego en la cumbre del cerro estaba apagándose. Y sólo tardó unos segundos en llegar a la conclusión de que era probablemente obra del hechicero elfo. El goblin contempló en silencio cómo un pequeño fuego que tenía delante se consumía en una mancha ennegrecida de ceniza y humo. Sólo la debilitada hoguera del campamento emitía algo de calor y luz.

El goblin tembló cuando un violento escalofrío lo sacudió. Sabía que se debía tanto al miedo como a su estado físico, sobre todo por las quemaduras. Tenía que encontrar la espada. No podría resistir mucho más tiempo. Avanzó a gatas, con el cuerpo estremecido de dolor, y buscó en el montón de provisiones y cajas.

Entonces oyó que alguien caminaba a trompicones en su dirección, a través de los abrasados restos del campamento. El goblin tosió y miró a su alrededor.

Una aparición ennegrecida, con armadura de la guardia, alargó los brazos hacia el goblin mientras se acercaba. Su rostro estaba quemado de tal manera que era irreconocible, y las manos, sin dedos, eran dos muñones negros.

La figura caminó con movimientos rígidos hacia el goblin, dejando tras de sí un rastro de humo procedente de sus ropas chamuscadas. El hombre estaba ciego y desprevenido.

El goblin chilló aterrorizado. Ni siquiera pensó en huir o luchar. Todo cuanto sabía era que eso era un hombre muerto, un hombre en cuya muerte él había tomado parte, y que ahora venía a vengarse. Conocía todas las historias sobre muertos y no quería saber ninguna más.

La horrenda aparición tropezó en un cadáver tendido en el suelo y se

desplomó con un grito amortiguado. Trató de incorporarse durante un momento; luego quedó tendido e inmóvil.

El hedor llegó entonces al goblin, que tuvo una arcada, pero se obligó a apartar la vista del hombre muerto y reanudar su avance a gatas. Sabía que encontraría cosas peores a medida que se acercara al centro de la explosión, pero no le importaba. Tenía que encontrar la espada.

Un revoltijo de madera carbonizada surgió a la mortecina luz de la fogata, a unos diez metros de distancia. En un arranque de energía que no creía tener ya, el goblin soltó un grito de satisfacción y gateó con rapidez sin preocuparse de sobre qué tenía que pasar para llegar hasta allí.

Sus dedos impacientes se alargaron hacia las cajas humeantes. Vio que, en efecto, habían sido las provisiones del campamento, pero todavía cabía la posibilidad de que la espada se encontrara entre ellas. Estaba ya tan cerca, tan próximo al único poder que podría poseer, que siguió buscando sin pensar en más. Se puso de rodillas e intentó examinar las cajas a la mortecina luz de la fogata.

Casi de inmediato, vio una que estaba apartada del resto. Era el estuche de un arma, en su momento cubierta de elegantes tallas elfas en la superficie de madera, pero ahora medio abrasada. Era un poco más grande de lo que sería una espada. El goblin la cogió mientras lanzaba un grito inarticulado y la arrastró hacia sí; la manoseó buscando los cierres. Sus dedos tocaron uno, lo abrieron y levantaron la tapa.

Pero la caja estaba vacía.

Parpadeó.

Ya estaba vacía.

Miró de nuevo en su interior.

Seguía estando vacía.

Vacía. Vacía.

Alguien se movió por el campamento, a sus espaldas.

El goblin se dio media vuelta, tiritando, pero sin sentir dolor alguno.

—¡Oh, dioses! —exclamó la voz sofocada del elfo. Su semblante estaba pálido por la impresión y se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo para evitar el pestilente hedor—. ¡Estás herido! ¡No te muevas!

El goblin bajó despacio la vista hacia la mano derecha del elfo, en la que sujetaba una reluciente espada larga con gemas incrustadas.

El elfo enfundó el arma en una vaina que el goblin no conocía.

—Encontré la Espada del Cambio en poder de uno de los guardias, junto a los caballos —dijo, mientras se apresuraba a llegar hasta el goblin y se arrodillaba para examinarle las heridas—. El hombre acababa de ganarla en una partida de dados o algo por el estilo. El minotauro se encuentra al pie de la cuesta. Los esclavos huyeron a las colinas. Te llevaré a un arroyo para lavarte las heridas. Si

ese kender está por los alrededores, haremos que te vende. Maldita sea, estás muy malherido. ¿A qué distancia te encontrabas de la bola de fuego? ¿No pudiste alejarte a tiempo?

Los hombros del goblin se hundieron y pareció que se derretía sobre sí mismo. El elfo alargó las manos y lo cogió con suavidad por un brazo, tratando de ayudarlo. El goblin se encogió al sentir el doloroso tacto, pero no se levantó. Se sentó en el suelo y se quedó mirando la piel del elfo con rostro inexpresivo.

—Vamos —dijo el elfo— Tenemos lo que vinimos a buscar y ahora debemos ocuparnos de tus heridas. —De nuevo alargó las manos hacia el goblin, que alzó la vista hacia su rostro con expresión estúpida. Entonces bajó los ojos y vio la espada.

» Vamos —insistió el elfo.

El goblin rebulló y alzó las manos hacia el elfo al tiempo que se ponía en cuclillas. Respiró hondo y se lanzó hacia adelante, eludiendo los brazos tendidos del elfo. En el momento que sobrepasaba su costado, aferró la espada con las dos manos. El arma resistió el tirón un instante y después salió de la vaina.

Tenía la espada. ¡Tenía la espada!

—¡Dioses, no! —gritó el elfo, mientras se volvía hacia él.

El goblin retrocedió a trompicones y estuvo a punto de caer antes de recuperar el equilibrio. Faltó poco para que el elfo lo agarrara, pero la hoja de acero se interpuso en su camino.

El elfo esquivó el arma y saltó hacia atrás, en el último instante.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡No seas loco! ¡No tienes ni idea de lo que sostienes en la mano!

El goblin lo miró en silencio un momento y después se echó a reír; fue una risa salvaje, demente, que resonó en la noche. Sus ojos eran dos relucientes esferas de negrura en medio de su rostro, abrasado y sucio. Su pecho se estremecía como si cada inhalación lo matara.

—Dame la espada —exigió el elfo—. ¡Dámela!

El goblin hizo un gesto de negativa sin dejar de reír. Se sentía mareado, como si el alma estuviera abandonando su cuerpo.

—Es mía —consiguió articular, aunque el dolor le atravesaba los pulmones con cada palabra—. ¡Es mi espada! ¡Mi espada!

—¡Lo echarás todo a perder, necio! —Chilló el elfo—. ¡Es una espada de deseos! ¡Podemos combatir a Istar con ella! ¡Podemos salvarnos a nosotros mismos y a nuestros pueblos de Istar si la utilizamos bien! ¡Ahora tenemos la oportunidad de hacerlo! ¡Dame la espada!

El goblin sacudió la cabeza despacio. Mantuvo la punta del arma dirigida hacia el elfo, listo para arremeter en caso de que el otro hiciera alguna tontería, como cargar contra él. Pero el goblin se sentía muy cansado ahora, como si llevara un año sin dormir. La espada pesaba mucho y el pecho empezaba a

dolerle más que antes. Intentó tragar saliva, pero incluso eso le causaba un gran dolor.

El elfo, que había estado medio agachado, con los brazos extendidos hacia él, cambió de postura. Se puso derecho y bajó los brazos poco a poco.

—Bien —dijo con voz indiferente—. Debí haberlo imaginado. Si es lo que quieres, así será. —Alzó las manos— No me dejas otra opción.

Las manos del elfo empezaron a brillar.

El goblin abrió la boca, levantó la espada... y no logró recordar su deseo.

—¡Aliakiadam vithofo milgreya! —gritó el elfo— Soma-litarak ciondiamal freetra...

Una forma enorme y oscura salió de entre los matorrales, a espaldas del elfo; la luz de la moribunda fogata silueteó su corpachón pardo y largos cuernos. El goblin vio al minotauro y cayó de espaldas al tiempo que lanzaba un grito salvaje. El impacto vació de aire sus pulmones. No soltó la espada, sino que la sostuvo ante él.

El minotauro movió sus inmensos brazos en un arco amplio; la oscura cadena de hierro zumbó en el aire y golpeó al elfo en la espalda, con la fuerza de un mazo gigante. El elfo salió lanzado hacia adelante y cayó al suelo hecho un ovillo. El brillo mágico de sus manos perdió fuerza... y se desvaneció.

El elfo se retorció en el suelo, boqueando para coger aire. Consiguió girar sobre sí mismo y se sentó para hacer frente al minotauro. Su pecho se agitaba con movimientos espasmódicos y su rostro estaba contraído en un gesto grotesco de dolor. El goblin vio que la camisa del elfo, en la espalda, tenía una mancha oscura y húmeda donde U gruesa cadena lo había golpeado. Sin atreverse a mover un sólo músculo, el goblin miró fijamente al minotauro que se erguía ante el elfo. Sus enormes manos balanceaban la cadena, dispuestas a propinar otro golpe.

El goblin intentó recordar su deseo, pero no lo consiguió. Tenía la mente en blanco.

—¿Y bien? —dijo el minotauro en la lengua comercial, sin apartar los ojos del elfo— ¿No vas a echarme un hechizo?

El mago resollaba, como si le costara un gran trabajo respirar. El goblin miró a la enorme bestia y lo olvidó todo.

—Puedes..., puedes hablar —jadeó por fin el elfo.

—Y muy bien —respondió el minotauro. Articulaba las palabras despacio, pero con un perfecto dominio de la lengua comercial—. Has descubierto algo de tu mundo que hasta ahora no sabías. He oído decir que los elfos valoran el conocimiento, así que esta información te hará un gran servicio en el más allá.

—Aguarda —dijo el elfo, intentando recobrar el aliento—. Espera un momento. Salimos... para recuperar la espada... para así utilizarla... contra nuestro... enemigo común... Istar. Tenemos que...

—No —lo interrumpió el minotauro—. Cada uno de nosotros salió para apoderarse de la espada para sus propios propósitos. —El minotauro lanzó una fugaz ojeada al goblin—. Imagino que nuestro amigo goblin simplemente busca poder. Quizá. Quiere ser un dios. Pero yo busco en la espada algo mucho más sencillo.

El goblin se preguntó si no estaría soñando. El elfo se irguió un poco, pero parecía incapaz de sentarse derecho; hizo un gesto de dolor mientras se dejaba caer de nuevo en el suelo, boca abajo, respirando de manera entrecortada.

—Parece que no me has escuchado —dijo el minotauro. La cadena se balanceó suavemente entre sus manos.

—¡Sí! ¡Te he escuchado! —Se apresuró a responder el mago—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Porque así es el mundo: sólo los fuertes merecen gobernar, y deben valerse de cuanto esté a su alcance para conseguirlo. Porque el verdadero poder radica en el caos, en la destrucción de todas las fronteras, leyes y limitaciones, de manera que todos los seres puedan combatir entre sí por el derecho a gobernar. Una vez que tenga esa espada, me habré asegurado la ocasión de dominar el mundo, de mar a mar y más allá, para siempre, formulando el deseo de que el mundo civilizado perezca. Mis congéneres y yo alcanzaremos por fin la libertad y dominaremos lo que quede de esta tierra triste y torturada.

—Qué locura —susurró el elfo, mirando de hito en hito al minotauro.

—No más que tu esperanza de destruir una parte del poder de Istar con esta espada. A tu manera, abrirías las puertas del caos, pero dejarías la justicia y el orden del mundo intactos. Aquellos que promulgan las leyes y dirigen ejércitos probablemente considerarían a los minotauros tan molestos como los considera Istar... y tal vez no estuvieran tan dispuestos a preservar nuestra raza para esclavizarnos.

El goblin imaginaba que el elfo tenía la espalda rota y, en efecto, así debía de ser, pero el mago pareció reunir fuerzas para volver a hablar.

—Si usamos... todos la espada, podemos... acabar con el poder... que Istar ejerce sobre todos nosotros —suplicó con voz débil—. Podemos empezar a... erradicar la esclavitud..., las masacres y los prejuicios en todo el mundo, y ser libres. ¡Podemos... crear un mundo nuevo!

—¿Acaso no intentaste someterme con uno de tus hechizos cuando salimos en esta misión? —Inquirió el minotauro, arqueando una de sus gruesas cejas—. Si ése es un ejemplo de cómo sería tu mundo nuevo, confieso que no lo encuentro atractivo. Me libré de tu hechizo, sólo gracias a mi fuerza de voluntad..., la misma que me ayudó a sobrevivir el tiempo suficiente en este paraje agreste, hasta que ese patético kender me encontró. Además, no tengo nada en contra de la esclavitud y las masacres... siempre y cuando sean los minotauros los que esclavicen y maten. Así es el mundo. Vosotros, los elfos, deberías salir de vez en

cuando de vuestros bosques para descubrir cómo son las cosas en realidad. —El sudor resbaló por el hocico del minotauro—. Esto se está alargando demasiado. Tú ya has tenido tu diversión esta noche. Ahora me toca a mí.

Adelantó un paso, al tiempo que giraba los brazos y la cadena. El elfo alzó una mano.

—*Elekonia xanes* —dijo, apuntando con el índice al minotauro.

Un pulsante chorro de luz blanca brotó del dedo del mago y alcanzó el pecho del minotauro, que se encogió y echó atrás la cabeza, rugiendo de dolor. Después siguió avanzando, enloquecido, y arremetió con la cadena cortar la cabeza del elfo. El goblin salió de su estupor y rodó sobre sí mismo para quitarse de en medio.

El mago lanzó un grito estrangulado cuando la cadena lo golpeó. El goblin oyó un segundo golpe y un tercero, mientras seguía rodando para alejarse.

Fue entonces cuando recordó su deseo.

Lo recordó perfectamente. Dejó de rodar y sostuvo la espada por la empuñadura, tendido boca abajo, sin mirar hacia donde el minotauro azotaba al caído elfo.

—Deseo —empezó el goblin con voz ahogada; las manos le temblaban y sentía fuego en los pulmones— ser un...

Oyó el rugido del minotauro directamente a sus espaldas. Dominado por el pánico, levantó la espada al tiempo que la bestia saltaba sobre él.

Hacía frío, pero el goblin no lo sentía demasiado. La frialdad del suelo penetraba en su cuerpo y sus huesos, pero era una sensación distante, irreal. Era raro que no sintiera dolor. Por alguna razón, pensó que debería sentirlo.

Alguien llamaba; alguien que estaba muy cerca. El goblin abrió los ojos y vio las nubes grises en lo alto; escuchó los crujidos de las ramas agitadas por el viento. Algo trío y húmedo le cayó en la frente. Lluvia, quizá.

Se oyó un ruido nuevo. Era el estúpido kender. Estaba llorando. El goblin rebulló e intentó mirar en la dirección del sonido, pero no podía moverse bien. También le costaba trabajo respirar.

Unas pisadas sonaron a su lado. Unas manos pequeñas y frías le tocaron las mejillas y le retiraron el polvo y la sangre. Giró la cabeza y vio un rostro delgado, de ojos marrones y enredado cabello castaño.

—¿Estás vivo? —Preguntó el kender con voz quebrada—. VÍ que te movías. Por favor, dime que estás vivo.

El goblin se humedeció los labios. Tenía la boca muy seca y con un gusto horrible.

—Sí —musitó. Hablar le hacía daño. El viento se llevó su voz.

—Ciento no haber estado aquí —dijo el kender, conteniendo los sollozos. Sus manos siguieron limpiando el rostro del goblin—. Me perdí anoche a causa de la explosión y el viento, y me estrellé en unos arbustos. Caí rodando mucho trecho

y seguí cayendo y chocando contra cosas y enredándome en zarzas y casi me torcí un tobillo. ¿Qué ocurrió?

—Lucha —logró articular el goblin. ¿Es que el kender le iba a dar la tabarra con su cháchara hasta que muriera? En cualquier caso, sospechaba que eso no tardaría en suceder. Entonces recordó. Intentó mirar en derredor y musitó atemorizado—: Minotauro.

—El minotauro está ahí. —El kender movió el brazo señalando a su derecha—. Lo siento. Está..., está muerto. —Empezó a llorar otra vez, pero logró contenerse—. Los humanos lo mataron con la espada de las gemas. El elfo también está muerto. Los humanos lo apalearon hasta matarlo. No quiero que tú también mueras.

Sacando fuerzas de flaqueza, el goblin se obligó a incorporarse un poco y miró en la dirección señalada por el kender. El minotauro yacía en el suelo, hecho un ovillo, con la reluciente hoja de la espada saliéndole por la espalda. El goblin recordó entonces el rugido de la bestia al precipitarse sobre el acero, y caer con todo su peso sobre el pecho y la cabeza del goblin. Después el horrendo aullido estrangulado mientras se incorporaba e intentaba respirar con varios palmos de acero atravesándole los pulmones y el corazón.

El goblin se tumbó otra vez, luchando contra el sordo dolor que sentía en el pecho. « Debería estar contento —pensó—. Maté a un minotauro. Pero me siento muy cansado. No merece la pena moverse. Sólo quiero... Oh. El...» .

—Espada —dijo, señalando al minotauro—. Espada.

—¿Qué? —El kender se limpió los ojos y se acercó a él.

—La espada —susurró el goblin. Intentó alcanzarla. Todo se estaba poniendo muy oscuro y eso lo asustaba, pero su mano cogió la del kender y ya no sintió tanto miedo « Estúpido kender» , pensó, y el mundo se desvaneció en la nada.

Había palas en una de las carretas de transporte. Al kender le llevó el resto del día cavar una tumba lo bastante grande para enterrar a sus tres amigos. El goblin había le había pedido la espada, así que el kender la limpió con cuidado tras sacarla del pecho del minotauro, sin tocar una sola vez la hoja. La sostuvo por la empuñadura cuando se disponía a colocarla al lado del goblin.

—Quisiera... —susurró el kender, que cerró los ojos para recordar mejor la oración de despedida que sus padres le habían enseñado. Pero sólo se acordaba de las últimas palabras de la plegaria, así que fue lo que dijo—. Deseo que tengas paz en tu viaje, y espero que estés esperándome al final del trayecto.

Como tenía los ojos cerrados no vio que la espada emitía un suave fulgor mientras hablaba. El resplandor ya se había apagado cuando colocó el arma en las manos del goblin.

El kender llenó la tumba de tierra hasta la mitad y después la cubrió con piedras para evitar que los lobos y otras alimañas sacaran los despojos. Empezaba a amanecer cuando terminó la tarea.

Dejó los cadáveres de los istarianos donde estaban y se puso en marcha de regreso a casa.

Unas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre la cumbre del cerro. A los pocos minutos, la tierra se inundaba con el frío y cegador aguacero.

## Las tres vidas de Horgan Embaucabueyes

*Douglas Niles*

*Investigación de Foryth Teel,  
escriba al servicio de Astinus de Palanthas.*

Mi muy honorable maestro:

Por desgracia, la información relacionada con la historia de los enanos de las Khalkist durante el siglo precedente al Cataclismo es escasa y su veracidad muy cuestionable. Aun así, procuraré recopilar los fragmentos que he descubierto y presentároslos de manera razonable, en la medida en que sea posible.

La historia comienza con la invasión de las montañas Khalkist por los istarianos, en el 117 a. C., a continuación de la reacción de los enanos a la proclamación del Manifiesto de la Virtud (118 a. C.). La negativa de los enanos de las Khalkist a renunciar a Reorx y jurar obediencia sólo a los dioses del Bien fue vista como un abierto desafío a la autoridad del Príncipe de los Sacerdotes. De la desastrosa campaña resultante se hace, lógicamente, una brevísima mención en las historias humanas que han sobrevivido hasta nuestros días.

Las pocas rutas existentes que atraviesan las cumbres de las altas Khalkist — entre las más notables, los pasos Pilar de Piedra y Oso Blanco— eran las únicas calzadas de superficie que conectaban los sectores oriental y occidental del imperio de Istar. Encolerizados por la insolencia de la proclamación humana, los enanos dieron la espalda a los lucrativos ingresos generados con el peaje por los pasos y cerraron las fronteras de su reino a Istar.

La invasión se inició a finales del verano siguiente (117 a. C.), retrasándose hasta entonces a fin de reducir al máximo las dificultades que presentaba la profunda capa de nieve en esas alturas. Se enviaron dos legiones contra cada uno de los dos pasos principales, un ejército formado por unos cuarenta mil hombres. El abrupto terreno confinaba a cada ala en un estrecho y profundo valle, y aunque ambas fuerzas marchaban a pocas leguas de distancia entre sí, no estaban en condiciones de prestarse apoyo en el caso de que surgieran dificultades.

Los enanos sacaron provecho de esta desventaja, saliendo al paso de las legiones meridionales con unos ocho mil esforzados guerreros. Entretanto, el ala

septentrional del ejército istariano avanzaba a paso de tortuga por terreno más escabroso en dirección a la elevada divisoria.

Llevando a cabo el ataque en el sur por medio de una emboscada en el vado de un tumultuoso río, el comandante enano eligió el momento más oportuno para el asalto. (A propósito, los informes indican, aunque no confirman, que el ejército enano estaba dirigido por el propio Gran Thane Rankil en persona). El ejército de las Khalkist aguardó hasta que la mitad de las tropas istarianas hubo cruzado y aniquiló una legión completa y hostigó a la segunda todo el camino de regreso hasta las tierras bajas. Allí se quedaron las restantes fuerzas humanas, con el espíritu combativo quebrantado. Las cumbres se alzaban como dagas dentadas hacia el oeste, arrojando sobre Istar las sombras de un anticipado anochecer. (¡Suplico a Vuestra Excelencia disculpe mi exceso metafórico!).

Para entonces, las legiones septentrionales habían penetrado en el paso del Pilar de Piedra sin haber visto a un solo enano. Entonces, de manera repentina, comenzó el ataque, golpes inesperados desde cubierto. Parece que hubo una simple repetición en la táctica:

Una cuña de fornidos y barbudos enanos armados con hachas o mazos cargaba desde una loma o una barranca y caía sobre la columna humana; después desaparecían antes de que el ejército istariano hubiese agrupado sus fuerzas. Los ataques se repitieron y la posición de las legiones se hizo insostenible. Las tropas humanas tenían que soportar raciones escasas, rigores del mal tiempo y continuos combates de hostigamiento, pero sus generales ordenaron que se mantuvieran firmes.

Tras varias semanas de soportar estas condiciones, durante las cuales todo enano varón adulto capacitado para la lucha formó parte del ejército de las Khalkist, los centuriones al mando de las dos legiones atrapadas comprendieron lo precario de su situación. La comida empezaba a escasear y la amenaza del invierno se anunciaba en los crudos vientos otoñales. Desesperados, los comandantes ordenaron la retirada a Istar.

Los humanos rodearon sus pesadas carretas de provisiones arrastradas por bueyes con un nutrido contingente de guardias y se lanzaron a toda marcha desde los valles altos. Los bueyes encabezaron la carga contra las apretadas formaciones de enanos cuando las fuerzas de las Khalkist decidieron la estrategia de obstruir la retirada del ejército istariano.

Los informes de fuente istariana, Excelencia, confirman la veracidad de esta última táctica al afirmar que la presencia de los bueyes resultaba a menudo efectiva contra los enanos. Parece ser que los encargados de las carretas alimentaban a las bestias con una papilla mezclada con ron antes de las batallas, un efectivo estimulante que tiene fama de convertir en criaturas agresivas a los bueyes, por lo general ecuanímenes. Son unos animales muy grandes, por supuesto, y en proporción con los enanos, debieron de parecer elefantes.

A pesar de ello, los rechonchos habitantes de las montañas intentaron detener al ejército istariano, aun cuando una barricada tras otra caía ante las pesadas bestias de carga a medida que los bueyes desbarataban las agrupaciones de enanos.

Con todo, el Gran Thane Rankil se mantuvo inflexible en su decisión de destruir las dos legiones.

Por fin los humanos fueron acorralados antes de atravesar el último río, un lugar histórico llamado puente Thoradin que he logrado localizar en un mapa anterior al Cataclismo, y que conducía a la seguridad de las planicies de Istar. Aquí aguardaba una compañía de enanos jóvenes, cerrándoles el paso, y de nuevo los bueyes entraron en acción.

En este punto, Excelencia, se hace difícil separar la leyenda de la realidad. Sabemos que el ejército humano se perdió en su totalidad, la mayor derrota militar sufrida por Istar hasta la fecha. En cuanto al curso de la batalla, se sabe muy poco.

No obstante, he descubierto una historia no muy creíble. De acuerdo con una leyenda enana, un joven de esta raza, un tal Horgan Escudero, se valió de cierta gran magia —a la que a menudo se hace referencia como el poder de Reorx— como señuelo para atraer a los bueyes y apartarlos del puente, desviando la funesta carga que habría asegurado la huida de los humanos. Se dice que el tal Horgan vestía una túnica con un bordado de hilos de plata que representaba el símbolo de la Gran Forja de Reorx. De hecho, Excelencia, parece ser que el joven ejecutó un milagro. Se han citado muchas declaraciones de enanos que vieron la llama de Reorx encenderse en el joven Horgan y llevar al desastre al ejército enemigo.

Aquí varían los informes de detalles específicos, pero me han asegurado que los testigos hablaban de rayos de luz plateada que emanaban unas veces del suelo y otras de las nubes. Otros escucharon coros de voces celestiales, cantos que conmovían incluso los corazones de los duros enanos con su pura belleza. ¡Oh, Excelencia, me estremezco al imaginarlo!

Perdonad mis divagaciones. En cualquier caso, con el fracaso de la carga de los bueyes, la defensa del puente se mantuvo firme y el ejército humano encontró su triste destino. Según la leyenda, el río se tiñó de sangre hasta la propia Istar. ¡Un anuncio, si queréis, del gran derramamiento de sangre con que los dioses castigarían a esa perversa ciudad! Indiscutiblemente, Excelencia, fue una señal de lo que acontecería: ¡la creación del mismísimo Mar Sangriento! ¡Cuán espléndida es la voluntad de los dioses, que se nos muestra a través de la ventana de la historia! La historia finaliza con el nuevo apodo de Horgan Embaucabueyes impuesto al joven por el Gran Thane en persona.

Al parecer, técnicamente, Horgan Escudero era demasiado joven para servir en el ejército. Pero, a medida que la guerra se convirtió de manera gradual en

una batalla épica, todos los enanos jóvenes que pudieron escaparse de sus hogares se apresuraron a tomar las armas. Al parecer, Horgan fabricó una barba con pelo de cabra que se puso sobre su incipiente vello facial a fin de adoptar una apariencia de madurez. El truco funcionó, y fue admitido en una de las últimas compañías reclutadas para ir a la guerra.

Fue esta compañía de jóvenes enanos, que apenas habían recibido instrucción militar, la que fue destinada al valle del Pilar de Piedra. Esta inexperta unidad se encontró defendiendo la última posición en la ruta de escapada de los humanos. Entonces ocurrió el milagro; los bueyes siguieron al joven hasta la cuneta y la carga del ejército humano fue detenida.

En la ceremonia, parece ser que se le otorgó a Horgan algún puesto oficial, quizás honorario. No lo sé con certeza. En la historia no vuelve a hacerse mención de él.

He incluido esta nota legendaria, Excelencia, para que os sirva de esparcimiento, más que por cualquier otra razón; no puedo atestiguar su veracidad. Sin embargo, siento —y espero que a vos os ocurra otro tanto— que esta historia tiene algo de cierto. En cuanto al resto de mi misión, apenas he hecho progresos. Muchos han oído contar historias acerca de un valeroso correo de las Khalkist, alguien que transportaba textos históricos de los enanos al interior de las montañas en vísperas del Cataclismo, a fin de preservarlos para una época futura. Pero nadie ha podido darme la menor pista sobre la localización de dicho escondrijo.

Como siempre, seguiré esforzándome para sacar a la luz mis cosas de esta oscura fase en la historia de nuestro mundo.

*Vuestro más humilde siervo,  
Foryth Teel, escriba de Astinus*

¡Oh eminente historiador!:

Disculpad por favor mi inexcusable retraso en presentar este informe.

Suplico vuestra indulgencia para relataros mi más reciente descubrimiento, y la luz que arroja sobre la imagen que tenemos de la historia. Os escribo al mortecino fulgor de una vela, desde un valle barrido por el viento, en las altas Khalkist.

No regatearé esfuerzos para comunicar las razones que me trajeron hasta aquí y las nuevas que tengo mientras la sangre siga fluyendo por mis dedos entumecidos por el frío.

No había escrito, Excelencia, porque he estado recorriendo los senderos de la historia durante muchos meses. Viajé por las montañas para investigar el informe que se había filtrado hasta mí desde las más enrevesadas fuentes: un joven mozo de cuadra, que tenía un primo que visitaba las altas regiones, donde oyó las

historias relatadas por pastores... etcétera.

Lo esencial del rumor que llegó a mis oídos era la historia de un fabricante de quesos que tenía un hato de vacas lecheras en los valles altos de las Khalkist. Un día, buscando refugio, este humilde lechero topó con una cueva que había permanecido oculta desde los tiempos del Cataclismo y que una reciente avalancha había dejado al descubierto.

En el interior de la cueva encontró un esqueleto y un paquete de pergaminos prietamente enrollados. Llegó a mis manos una tira de la tela que envolvía el paquete. Vuestra Gracia podrá imaginar mi excitación cuando vi que el tinte del dibujo del tejido señalaba su procedencia enana... ¡del pre-Cataclismo!

¿Podría tratarse del mensajero perdido? ¿El que puso a salvo los registros de los enanos, incluso mientras el Cataclismo sembraba muerte y destrucción por todas las tierras de Istar? Esperaba que así fuera, aunque no tenía la certeza.

Sin embargo, aquella evidencia no había podido llegar en un momento mejor. Merced a mi incesante y abnegada dedicación, había hecho un repaso exhaustivo de toda la documentación obtenida de mis fuentes locales, sin ningún resultado. Parecía que la historia de los enanos de las Khalkist, correspondiente a todo un siglo antes del Cataclismo, se perdería en la leyenda; pero ahora..., ¡ahora tengo esperanza! De hecho, la prueba tenía la base suficiente para apartarme de la comodidad de mi estudio, sin la menor protesta por mi parte, y llevar a cabo la afanosa búsqueda de conocimiento para la biblioteca.

Mi viaje a las montañas ha sido arduo en extremo. Ojalá pudieseis ver, Excelencia, los escarpados que se abren a mis pies, las vertiginosas crestas rocosas que se ciernen en lo alto, como aguardando el momento de arrojar una aplastante jabalina pétreo sobre mi pobre cabeza desprotegida. Pero siempre tengo presente mi deber, soportándolo sin quejas, como vos ordenasteis.

Más estoy apartándome del tema. Por fin llegué a un pequeño y remoto pueblo, Saas Grund, todavía varios kilómetros más abajo de la granja del fabricante de quesos. Aquí, no obstante, el honrado lechero se reunió conmigo y me proporcionó uno de los pergaminos que había descubierto. Dicho ejemplar despertó mi deseo por más, de modo que, con enérgica y abnegada resolución, mañana acompañaré a ese hombre a zonas más altas de la montaña, a su vivienda, sin importarme los precipicios que me salgan al paso, ni la profundidad de la capa de nieve. Ni siquiera el gélido agujonazo del mortal viento me disuadirá, ni hará que añore este fuego agradable... el mismo luego que, aun ahora, alivia con su calor mis huesos y mis cansados músculos y promete reavivar mis pobres y entumecidos dedos. El fuego, y un poco de vino con especias...

Disculpadme. De nuevo me he perdido en divagaciones.

En resumen, os escribo esta nota esta noche, mi muy venerado historiador, con la esperanza de que muy pronto recibiréis el resto de mi informe. Incluso en

el único pergamino que he leído detenidamente, he descubierto una historia de relevancia para mi trabajo anterior. Pese a ello, he de admitir que os la presento con cierta turbación, ya que parece contradecir un incidente sobre el que informé con anterioridad.

El pergamino que leí es el diario personal de Horgan Embaucabueyes, el joven guerrero sobre el que os conté que había desviado a los bueyes de manera milagrosa en la batalla del puente de Thoradin. Fue escrito años más tarde, en el 92 a. C. para ser exacto, mientras trabajaba al servicio de su Thane.

En su diario, Horgan rememora la historia de aquel día de batalla, cuando fueron derrotadas las fuerzas invasoras humanas. Describe el sólido puente de madera, que sólo después supo que se llamaba el puente de Thoradin. La batalla sostenida veinticinco años atrás había quedado plasmada vívidamente en el lienzo de su cerebro. Todavía podía oír el blanco espumear del agua bajo sus pies. Veía, como si acabase de ocurrir, a los bueyes avanzando hacia él pesadamente, en medio de resoplidos, echando por los negros ollares chorros de vapor.

Y, como ocurre siempre, con los recuerdos llegó la culpabilidad, la persistente sensación de vergüenza que jamás le había dado respiro.

Conocía el relato que la leyenda había creado, por supuesto: el poder de Reorx lo había bendecido en el momento decisivo de la batalla y había dominado la mente de los inmensos bueyes que dirigían la caravana humana, induciéndolos a apartarse del camino y rompiendo de ese modo la carga que sin duda habría abierto una ruta de escape a través del puente. Horgan recordaba incluso las expresiones de asombro y temor en los rostros de sus compañeros de filas cuando presenciaron el « milagro» .

Aun así, en su fuero interno, evocaba el ciego terror que se había apoderado de él oprimiéndolo como los sofocantes anillos de una serpiente, amenazando con aplastarle el pecho y esparcir sus entrañas en el río. Su único pensamiento era huir, pero la impresión impidió que sus piernas respondieran ni siquiera a este simple instinto básico. Mientras sus compañeros se dispersaban a su alrededor, aterrados por la proximidad de las bestias, Horgan, aturdido, dio unos pasos vacilantes hasta encontrarse solo, plantado ante la carga de bueyes.

En sus palabras tenemos prueba de una cosa, Excelencia: es cierto que los bueyes inspiraron pánico en las tropas enanas, un terror que parece peculiar de esta raza. Por supuesto, la mayor parte de la Guerra de Istar se había combatido en terreno demasiado agreste para que las bestias jugaran un papel importante, pero en terreno llano estas criaturas inmensas lanzadas a la carga debieron de resultar verdaderamente intimidantes a los enanos.

A Horgan le daba vueltas la cabeza, y aquí, por sus propias palabras, descubrimos otra de las causas de su vergüenza. ¡Al parecer, el joven héroe estaba borracho como una cuba! Antes de la batalla, y en contra de las órdenes, él y otros cuantos de su pelotón habían escamoteado una botella de ron muy

fuerte. Horgan afirma que se tragó mucho más de lo que era su ración. De hecho, puntualiza que las manos le temblaban tanto que se derramó encima el brebaje.

ahora se encontraba allí, paralizado por la impresión, gesticulando como un loco..., para algunos, como un iluminado. Por fin, los mensajes de echar a correr lanzados por su cerebro llegaron a las piernas y Horgan dio media vuelta, hacia la cuneta. El puente quedó franco para las carretas de los humanos.

Pero los bueyes hicieron caso omiso de las órdenes de los conductores y, virando bruscamente, se salieron de la calzada. En medio de ensordecedores mugidos, pateando la tierra con sus inmensas pezuñas, y resoplando por la agitación, las bestias corrieron en pos de Horgan siguiendo con determinación al enano hasta la cuneta. A los ojos de los demás enanos, fue como un milagro. Las carretas se quedaron atascadas de inmediato en el barro, obstaculizando la calzada y el puente, de modo que todo el ejército humano fue aplastado. Sólo Horgan Embaucabueyes sabía la verdadera razón.

Los bueyes lo contemplaban fijamente, estólidos, con los ojos vidriosos y un aliento rancio que apestaba... a ron. Recordaréis que a las pobres criaturas se las había alimentado con una buena dosis de ese brebaje. Y ahora, en mitad de la batalla, probablemente cuando empezaban a sentirse sobrias, olisquearon al también embriagado enano ¡y lo siguieron ansiosas, esperando que hubiera más ron!

Ni que decir tiene que ninguno de los otros enanos imaginó lo que pasaba. Horgan era un héroe. Después de la batalla, cuando presumiblemente hasta el último enano apestaba a ron, el Thane destinó a Horgan al cuerpo de élite de los Exploradores del Thane.

Como uno de los exploradores comprometido bajo juramento al Gran Thane Rankil, el trabajo de Horgan era patrullar de manera rutinaria las abruptas cumbres de las Khalkist, que formaban la frontera del reino enano rodeado de enemigos. Los exploradores habían sido elegidos entre los veteranos de la Guerra de Istar que habían probado su valía. Horgan Embaucabueyes trabajó al servicio de su Thane durante veinticinco años, un cuarto de siglo tras la victoriosa guerra. Patrullar a solas a través de las cumbres, combatir con grupos de salteadores humanos e intrusos, era una vida solitaria y aventurera que al parecer agradaba a Horgan.

Por cierto, mi venerado historiador, parece ser que Horgan realizó bien su labor. Hace mención a su rango de capitán y que fue asignado a patrullar las áreas más remotas del reino. Fue uno de los pocos enanos que trabajaban solos.

Sus propias palabras nos revelan el modo en que su servicio cambió en los años precedentes al 92 a. C. Patrullaba por las montañas como siempre, alerta a cualquier incursión humana. Pero en los últimos tiempos había aparecido un nuevo enemigo, uno que representaba una grave amenaza a los exploradores

solitarios, aislados en sus puestos fronterizos: los ogros.

Durante muchos años, los obtusos humanoides habían evitado las montañas, ya que el odio inherente entre ogros y enanos estaba profundamente enraizado en ambas razas. Los enanos, con una mejor organización y dirigidos por heroicos luchadores, habían expulsado a los ogros en siglos precedentes; pero ahora volvían, acosados por la amenaza mayor que eran los cazadores de recompensas del Príncipe de los Sacerdotes. Aquellos despiados asesinos los perseguían al igual que a los goblins, los minotauros y otras criaturas que habían sido declaradas «malignas» por el dirigente de Istar. Las cabelleras y cráneos de estos desafortunados seres, incluidos mujeres y niños, se llevaban a Istar, donde se pagaba por ellos una jugosa recompensa en nombre de los dioses.

Horgan empezó su diario mientras seguía el rastro de uno de estos ogros. Al parecer, muchos pensamientos bullían en su cabeza desde hacía tiempo, agitados sin duda por los largos períodos de marcha en soledad. El hecho de escribir revela una necesidad de comunicarse, pues relata la historia de estos días con minuciosidad.

Avistó por primera vez al ogro a una distancia de kilómetros, en la orilla opuesta de un lago de alta montaña. En opinión de Horgan, el ogro no lo había visto a él. Sólo gracias a sus diligentes esfuerzos, logró Horgan localizar el rastro de la criatura.

Persiguió a su presa durante tres días, a lo largo de valles y escarpados de las Khalkist. El ogro se abría paso a través de una serie de cañadas sembradas de matorrales, avanzando despacio y con precaución. El explorador enano acertó distancias de manera gradual, a pesar de que durante la persecución no volvió a divisar al ogro. Horgan se preguntó si la criatura no se habría dado cuenta de que alguien la seguía. De ser así, tal vez lo conducía a una trampa. El enano se encogió de hombros, aceptando la amenaza implícita en tal posibilidad, pero sin que flaqueara por ello su propósito.

En cualquier caso, Horgan siempre observaba su entorno como si esperara una emboscada en cualquier momento. Los aguzados ojos del enano examinaban cada parche de terreno duro, cada banco de arroyo o risco cercano, calculando las posibilidades de cobertura, de ataque, de rutas de escape, todo ello sin alterar el ritmo constante de sus firmes pasos.

La senda descendía ondulante desde las altas crestas. El ogro y, unos kilómetros detrás, el enano bordearon las estribaciones de las montañas Khalkist, cerca de los límites Fronterizos, donde los puestos avanzados de Istar hacían valer la arrogancia del Príncipe de los Sacerdotes al pie del reino enano. Aunque alerta a la posible aparición de los humanos, Horgan continuó la persecución acertando la distancia más y más.

En la mañana del cuarto día, Horgan llegó al lugar de acampada más reciente del ogro, donde la ceniza de la hoguera todavía estaba caliente. Su presa,

dedujo, le llevaba apenas cuatro horas de ventaja. El rastro de La criatura lo condujo a lo largo de una vereda poco marcada, que seguía el trazado de un angosto y tortuoso valle. Un arroyo caudaloso serpenteaba remansado o discurría rugiente de manera alternativa junto a Horgan, en la misma dirección que el rastro del ogro.

A veces, las laderas montañosas a derecha e izquierda se encumbraban tan próximas que la cañada más parecía una garganta. La visibilidad al frente era a menudo muy limitada, aunque de vez en cuando el enano podía divisar varios cientos de metros de la senda al girar en un recodo. De tanto en tanto, la ruta cruzaba el arroyo por un burdo pero sólido puente de troncos.

Se acercaba a uno de estos puentes, donde el torrente se precipitaba por un profundo barranco de quince metros, cuando su persecución alcanzó su punto culminante. Tres troncos de pino, largos y rectos, habían sido atados juntos para formar una pasarela sobre la corriente. Horgan notó un hormigueo instintivo y todos sus sentidos se aguzaron al máximo.

El enano atisbo huellas que se desviaban a un lado de la senda, antes del puente. Se volvió para investigar y se asomó entre dos piedras angulosas. El rastro del ogro se dirigía a la estrecha boca de una cueva, a menos de treinta metros de distancia, y desaparecía en su interior.

«Muy astuto», pensó Horgan Embaucabueyes mientras estudiaba el sombrío nicho. La hendidura vertical en la roca alcanzaba una altura de unos tres metros, pero su anchura apenas tenía la mitad. El ogro podía estar al acecho en cualquier parte de la cueva, tal vez armado con una ballesta o una lanza. Cualquiera de estas dos armas utilizadas contra el enano podía poner fin a la pelea aun antes de comenzar.

Entonces, para su sorpresa, Horgan atisbo movimiento en el interior de la hendidura. Una forma oscura se acercó a la entrada. El cuerpo del enano se puso en tensión. Su mano derecha apretó el suave mango del hacha, en tanto que su izquierda iba hacia la espalda para coger el escudo que llevaba colgado.

La corpulenta forma se movió hacia adelante, abandonando el abrigo de las sombras. Al verla, Horgan sintió el antiguo odio racial que latía en lo más hondo de la naturaleza de su raza. Una imperiosa necesidad de atacar al ogro acució al enano con una aterradora intensidad. La enorme boca del monstruo se abrió; los labios, gruesos\* ] y grises, se movieron de manera grotesca. Horgan reparó en que la criatura tenía tres grandes dientes que sobresalían en su mandíbula inferior, es decir, que contaba con un colmillo extra.

—Gobasch lucha.

Las palabras, pronunciadas en Común en una voz profunda y gutural, sobresaltaron a Horgan. Había imaginado a su oponente como una bestia estúpida, incapaz de comunicarse o hablar. Miró de hito en hito al ogro, demasiado perplejo para responder.

La criatura avanzó hacia Horgan. El ancho torso del ogro descansaba sobre unas piernas tan gruesas y nudosas como raíces de roble. El rostro, a despecho de los tres afilados colmillos, no era bestial. Los brazos, nervudos, terminaban en dos puños enormes y casi llegaban a las rodillas del ogro. Llevaba un chaleco de piel, sucia y tiesa, y su mano derecha sostenía una espada larga, llena de mellas y abolladuras. Los ojos del ogro eran pequeños, pero llamativamente brillantes, y observaban al enano con una franca expresión evaluativa.

Horgan afirma en su diario que no lo atemorizó la talla de su oponente. (De hecho, Excelencia, es histórico que los ágiles enanos, con su corta estatura, han vencido a los corpulentos ogros en combates cuerpo a cuerpo. Además, hay razón para dudar de que fuera sincero en su diario personal.

Entonces Horgan se sorprendió a sí mismo sintiendo, aunque a regañadientes, respeto por el ogro. Este había salido a descubierto, abandonando el escondrijo donde podía haber preparado una emboscada, para enfrentarse a su enemigo en una liza justa.

—A menos que quieras rendirte a la legítima autoridad de Rankil, Gran Thane de las Khalkist, no tendrás más remedio que luchar conmigo —le dijo el enano, tras unos momentos de mutua valoración, El ogro resopló con desdén.

—Gobasch no rinde... ¡Gobasch mata!

A despecho de su baladronada, el ogro no avanzó. Alzó la espada, y Horgan vio que la longitud del arma sobrepasaba con creces su propia talla. La hoja era de bronce, repleta de muescas y abolladuras. Gobasch sostuvo la espada en posición horizontal, dispuesto a frenar cualquier acometida, pero no a atacar.

Horgan vaciló. Recuerda que sintió pena por aquel ser sin hogar que estaba ante él, obligado a refugiarse en esas tierras por el acoso de los mismos humanos que perseguían a los enanos. En ese momento, Horgan se avergonzó de tal sentimiento.

Durante varios segundos, las dos criaturas, enemigos mortales por raza y atavismo, permanecieron inmóviles. Horgan percibía que el ogro deseaba más escapar que luchar. Él mismo estaba extrañamente reacio a combatir, aunque no comprendía por qué.

Entonces, como un fogonazo, le vino a la mente el recuerdo de su cobardía en el puente de Thoradin. La sangre se le agolpó en las mejillas por la vergüenza y la rabia. Aferró con firmeza el hacha, la levantó y adelantó un paso, con el escudo colocado ante el pecho.

Gobasch enarboló su enorme espada.

De repente, de mutuo acuerdo aunque no se cruzó palabra entre ellos, los dos contrincantes se detuvieron. Un sonido nuevo había roto su concentración.

—¡Caballos! —gruñó Horgan, al identificar el inconfundible trapaleo de cascos sobre roca.

—¡Hombres! —gruñó a su vez Gobasch, en un tono más alto que el enano,

pero aun así contenido.

No sin irritación, Horgan reparó en que la observación del ogro era más sutil que la suya; los humanos, no sus monturas, eran lo importante.

El enano se apartó del ogro con precaución, decidido a investigar la nueva intrusión sin dejar una brecha en sus defensas que pudiera aprovechar su oponente. Pero Gobasch buscó otra vez el refugio de su oscura cueva, desapareciendo por la sombría hendidura. Horgan creyó atisbar aquellos dos pequeños y brillantes ojos reluciendo en su dirección y en la del valle.

De inmediato, el enano se dio media vuelta, se agazapo y escudriñó la senda que discurría más abajo. Un instante después los divisaba: tres humanos a caballo que remontaban el valle al paso. Llevaban yelmos plateados y petos, y el que iba a la cabeza lucía una llamativa capa roja. Del yelmo colgaba una pluma a juego. Los dos que cabalgaban detrás vestían unas ondeantes capas cortas de color verde y no llevaban insignia de rango en sus cascos.

Horgan echó otro vistazo a la cueva. En su interior todo era quietud. Audazmente, enarboló su hacha y escudo y salió al camino. Llegó al inicio del burdo puente antes de que los jinetes, en la otra orilla del arroyo, lo divisaran.

—¡Alto! —ordenó el humano de la capa roja, a la par que alzaba la mano. Sus dos compañeros tiraron de las riendas y observaron a Horgan con desconfianza. La túnica del enano, adornada con el símbolo del mazo del Gran Thane, lo señalaba claramente como un oficial y, al parecer, esto no era del agrado de los humanos.

Fue el hombre alto, el que había dado la orden de detenerse, quien habló primero. Horgan lo identificó como un centurión de Istar por la espada corta de empuñadura dorada que, por el momento, seguía enfundada en la vaina.

—Saludos, enano —dijo el centurión, articulando la palabra de un modo que parecía un insulto, al menos, a los oídos de Horgan. El hombre gritaba para hacerse oír sobre el estruendo del torrente que corría por la garganta, quince metros más abajo, y entre ellos.

Horgan estudió al humano en silencio. Montaba un caballo grande, un bayo que cabroleaba y pateaba el suelo, imitado, al parecer, por la demora.

—Habéis cruzado la frontera de nuestro reino —gritó su vez Horgan Embaucabueyes con tono seco—. Esta es la tierra del Gran Thane Rankil de las Khalkist, y vosotros sois intrusos. ¡En su nombre, os ordeno que partáis! —Manoseó el hacha con fácil soltura, sólo para demostrarles que no lo asustaba respaldar sus palabras con U acción.

—¡No podemos partir! —replicó el humano con voz alta y el tono firme todavía. Horgan supuso que el tipo lo estaba pasando mal intentando parecer persuasivo cuando tenía que gritar a fin de hacerse oír— ¡Nuestra misión es santa!

Horgan parpadeó, momentáneamente perplejo por la respuesta, pero

enseguida se impuso la cólera.

—¡Nada de Istar puede ser santo! —replicó con desprecio.

—¡Hay oro por medio! —añadió el oficial, aunque su rostro se había encendido por la furia. Los otros dos jinetes desmontaron con tranquila indiferencia y se quedaron j junto a los caballos mientras hablaban en voz baja. Horgan se concentró en el centurión.

—¡Arrogancia istariana! —espetó con acritud el enano, cuya voz rebosaba desprecio.

—¡Mide tus palabras, enano! —replicó el oficial con tono j admonitorio—. ¡El poder la Suma Bondad no puede tomarse a mofa!

—¡Dad media vuelta y volved al valle, así no tendréis que oír palabras ofensivas a vuestros oídos... o a los de vuestro precioso monarca sacerdote!

—El Príncipe de los Sacerdotes ha ofrecido una recompensa por acabar con las razas malignas. Hoy, a primera hora, hemos divisado a un ogro moviéndose por esta senda. ¡Nuestra obligación es matarlo y llevar su cabeza al alto trono de Istar!

La mente de Horgan era un hervidero de ideas. ¡Istar! Recordaba muy bien a las legiones marchando hacia el corazón de las Khalkíst un cuarto de siglo antes... ¡y con una misión tan falaz como la de ahora! Entonces la excusa de Istar para agredir a su raza había sido la insistencia de los enanos de adorar a Reorx, su deidad tradicional en todo Ansalon.

A los ojos del arrogante Príncipe de los Sacerdotes, Reorx, un dios neutral, no era mejor que cualquier deidad de Mal. ¿Cuántos humanos habían perecido a causa de tal soberbia? Horgan lo ignoraba. (Nosotros, sin embargo, lo sabemos, Vuestra Gracia; el número rondaba entre los treinta y dos mil y treinta y cuatro mil hombres).

La sangre se agolpó en las mejillas del enano al comprender el alcance de esta nueva arrogancia del Príncipe de los Sacerdotes. ¡El emperador mundial en ciernes osaba enviar grupos de sus agentes a territorio enano en cumplimiento de sus edictos!

—¡Cualquier enemigo que se encuentre aquí es víctima por derecho del Gran Thane Rankil, ya se trate de humanos, ogros o cualquier otro intruso! —gritó Horgan.

—¡Pagarás caro tu atrevimiento, renacuajo! —bramó el oficial humano. En un movimiento grácil, su mano de vainón la larga espada de reluciente acero. El enorme bayo irguió la cabeza con ansiedad.

De inmediato, Horgan echó un vistazo a los otros dos humanos, que habían estado charlando ociosamente juntos a sus caballos. Este gesto instintivo le salvó la vida, pues, con sorprendente rapidez, uno de ellos apartó su capa verde y alzó un arma, una ballesta.

El explorador retrocedió un paso, asentando con firmeza los pies sobre la

resbaladiza superficie del puente de troncos. Horgan se agachó, al tiempo que levantaba el escudo para protegerse la cara. El dardo de la pequeña ballesta se hincó en la defensiva superficie metálica con tal fuerza que tiró de espaldas al enano. Golpeó con fuerza los troncos al caer y logró mantener a duras penas el equilibrio al borde del puente.

El corazón se le subió a la garganta mientras se balanceaba, a punto de desplomarse al vacío. Bajo él vio correr el agua helada entre los afilados cantos de una barrera de granito. Un instante después se había recuperado y se agazapaba sobre el puente.

Frenético, el ballestero encajó otro dardo en la acanaladura del arma y empezó a girar la manivela para tensar el fuerte muelle. El centurión, todavía montado, observaba a Horgan con los ojos desorbitados y los labios retorcidos en una mueca fanática. A pesar de todo, tenía todavía el suficiente dominio para contener a su caballo.

Por un vertiginoso instante, escribe Horgan, el miedo lo dejó paralizado. Otro puente acudió a su memoria, veinticinco años atrás. También allí sus ojos se habían quedado prendidos en los humeantes ollares de una bestia enorme subyugada al servicio de los humanos. La de ahora era distinta, como lo era el puente, pero, con una súbita y deslumbrante claridad, comprendió que los humanos eran iguales. (Este punto, Excelencia, parece que se abrió paso en la mente de Horgan con la radiante nitidez del no nacido. De hecho, continúa hablando sobre ello. He resumido páginas enteras en el párrafo anterior).

Quizá fuera este nuevo enfoque, o quizá simplemente la experiencia de los años al servicio del Thane, lo que imbuyó en él la voluntad para actuar.

—¡Por Reorx y Thoradin! —gritó, mientras corría puente adelante, directamente hacia los humanos. Los refuerzos metálicos de sus botas hicieron saltar astillas de los troncos, y lo propulsaron a una velocidad que evidentemente sorprendió a los istarianos.

—¡Detenedlo! —Chilló el centurión, en cuya voz se advertía una mezcla de alarma y estupor—. ¡Disparad!

El ballestero bajó el arma, apuntando con dificultad al pecho de Horgan. Por fortuna para él, el blanco aumentaba de tamaño a cada segundo que pasaba. Desgraciadamente, de nuevo según la perspectiva del ballestero, el blanco no actuaba de un modo previsible.

Al final del puente, Horgan se zambulló de cabeza al suelo y, haciéndose una bola, rodó hacia adelante. Oyó el vibrante chasquido de la ballesta y la maldición lanzada por el humano cuando el proyectil pasó inofensivamente sobre el bulto compacto que era el cuerpo del enano.

Dando un salto en el aire, Horgan se puso de pie con el escudo y el hacha dispuestos para el combate.

—¡Ja! —gritó, mirando al bayo que resoplaba sin cesar. El animal reculó

tembloroso, apartándose de la extraña figura.

—¡Pagano! ¡Paladine te maldiga por tu insolencia! —aulló el centurión mientras se esforzaba por controlar al caballo, que cabrioleaba con agitación.

—¡Largaos! ¡Volved a Istar! —chilló Horgan, que pasó como un vendaval junto al oficial y se abalanzó sobre los dos caballos que el tercer hombre sujetaba por las riendas.

Las pobres bestias contemplaron aterradas al enfurecido enano. Un instante después, dieron media vuelta y salieron al galope senda abajo. Los dos subalternos vacilaron un momento, pero luego echaron a correr tras los animales, poco inclinados a quedarse sin monturas y tener que atravesar territorio hostil a pie.

—¡El fuego, que es la recompensa del Mal, será tu justo final! —El oficial lanzó su maldición mientras azuzaba su caballo para que girara hacia el enano. Pero Horgan fue más rápido, y de nuevo se situó a la entrada del angosto puente.

Furioso, el centurión condujo a su corcel hasta el mismo borde de la garganta y lanzó una malévola estocada a Horgan. El enano se agachó y la hoja de acero silbó sobre su cabeza. Propinando hachazos salvajes, Horgan hundió su arma en la pierna del jinete.

El hombre lanzó un aullido de dolor y pánico, al tiempo que se esforzaba por mantener el equilibrio. El caballo se apartó de un salto del borde de la garganta. El oficial herido cayó al suelo y aterrizó con brusquedad al mismo filo del precipicio.

—¡No eres mejor que ese ogro! —siseó el humano. Sus dedos agarraron y arrancaron un puñado de hierba mientras resbalaba hacia su muerte—. ¡Los dioses maldigan a todos los que obstaculizáis la justicia del Príncipe de los Sacerdotes!

Horgan contempló cómo el humano resbalaba por el borde del precipicio, con los puñados de hierba arrancados de raíz entre sus dedos crispados y los pies pataleando al vacío. El centurión se retorció en el aire; su semblante era una máscara de puro terror. Después, con la roja capa ondeando a su alrededor, el hombre se estrelló contra las rocas del lecho del arroyo. El color de la prenda se confundió con el de la sangre, que fluyó veloz corriente abajo.

(Advertid, Excelencia, si disculpáis este aparte, que, una vez más, concurre la imagen de sangre fluyendo hacia Istar. Un anuncio del Mar Sangriento, interpretado por la mano de un enano aventurero, nueve décadas antes del Cataclismo. ¡Oh, poesía y precognición!)

Horgan cruzó el puente con pasos cansinos. Recordaba al ogro por el que se había iniciado esta pelea con una vacía sensación de lejanía.

Aquí, en su diario, Horgan Embaucabueyes deja constancia de que había llegado a un punto decisivo en su vida.

Estaba asqueado y lleno de odio hacia los humanos y su arrogante señor.

Pensando en el ogro, el enano encontró difícil sentir la misma clase de antagonismo, a despecho del odio racial que tan unido iba a su propio ser. Se preguntó si el humano, con su último aliento, no habría dicho una verdad sin darse cuenta. ¿De verdad eran los enanos mejores que los ogros? ¿No tenían mucho más en común con los ogros, en ciertos aspectos, que con sus vecinos de Istar, supuestamente civilizados?

Regresó al claro y encontró a Gobasch de pie ante la boca de la cueva y mirándolo con una expresión de desconcierto.

—¿Por qué luchas por mí?—preguntó el ogro.

Horgan frunció el entrecejo. Sí, ¿por qué? ¿Para de ese modo tener el honor, el placer de matarlo él? Tenía que haber una razón mejor, se dijo a sí mismo.

—¡A ningún humano se le ha permitido entrar en estas\* montañas desde hace veinticinco años! —resopló con enojo. El ogro estaba ante él, con la enorme espada cruzada frente al pecho en un gesto defensivo y la barbilla levantada con determinación. Gobasch contempló de hito en hito al enano, cuyos ojos estaban prendidos en los tres colmillos del ogro.

—¿Y a nosotros? ¿Desde cuándo? —gruñó Gobasch. Mientras se debatía aún con la pregunta, Horgan supo la respuesta. Si cumplía con su obligación ahora, no sería mejor, a su modo de entender, que los cazadores de recompensas humanos a los que acababa de enfrentarse.

—Muévete —le dijo a Gobasch— ¡Lárgate de aquí! —Señaló el valle, la ruta del ogro antes de que Horgan lo alcanzara. Allí, entre las estribaciones, se extendía terreno agreste... y, más allá, las llanuras de Istar.

El ogro parpadeó, desconfiado.

—¡Muévete, por Reorx! ¡Antes de que cambie de parecer! —gritó Horgan Embaucabueyes.

Parpadeando todavía, Gobasch miró con cautela sobre su hombro. Y siguió haciéndolo todo el tiempo mientras descendía por la senda, hasta perderse de vista.

En este punto, Horgan deja de lado su diario. No volvió a coger pluma y papel hasta pasado un año y sólo fue para registrar brevemente los sucesos de este intervalo. Siendo un enano honrado, Horgan Embaucabueyes informó del incidente a su Thane. Las palabras finales del diario resultan difíciles de leer, pero indican que su gesto generoso con el ogro le costó su puesto en los exploradores y el destierro de la corte del Gran Thane.

No obstante, mientras leía sus palabras, escritas en el año posterior a su destierro, no encuentro en ellas señal de arrepentimiento, ni deseo de cambiar la decisión tomada con Gobasch, *El Ogro*. En todo caso, las palabras rebosan de orgullo.

Este es el primer rollo de pergaminos que encontró el quesero. Y me lleva a creer, Excelencia, que las historial del Último Mensajero son ciertas. En alguna

parte, en las cumbres que se alzan sobre mí, se encuentra la tumba de este héroe que puso a salvo la historia de los enanos de las Khalkist. Salgo en busca de este tesoro, una oportunidad que cualquier historiador aprovecharía... aunque, me atrevo a aventurar, no con tanto estoicismo como yo.

Con la llegada del alba, maestro, me pondré en camino hacia los helados terraplenes que han enmarcado mi límite visual durante estos pasados meses. Os enviaré noticias tan pronto como me sea posible, aunque dudo que exista un servicio para despachar mensajes a donde me dirijo. Hasta mi siguiente comunicación, os saluda,

*vuestro devoto servidor Foryth Teel, escriba de Astinus*

Mi muy honorable maestro:

Sólo puedo rogar a los dioses del Bien y la Neutralidad para que esta misiva recorra de vuelta el camino por el que he viajado recientemente. Mi propia supervivencia la entiendo como prueba de la divina providencia... y, en caso de que esta nota llegue a vuestras manos, proclamaré la benévola intervención del propio Gilean.

Por supuesto, Vuestra Gracia, sigo adelante, como siempre, sin proferir quejas; pero —¡por los dioses, Excelencia!— ¡qué cumbres surgen sobre mí y por debajo de mí! ¡Las atronadoras avalanchas vomitan su mortal peso en mi camino una docena de veces al día! Y ello, junto con una ruta peligrosa por la presencia de monstruosos osos, unas bestias cuyas fauces podrían arrancar los miembros o la cabeza de un hombre sin esfuerzo aparente...

Disculpádmeme, señor. No estoy muy bien de los nervios. A decir verdad, no vimos osos. Con todo, conocer su presencia, estad seguro, me ha impedido conciliar el sueño. Hubiera una hora seguida.

He llegado al refugio del quesero y ante mí se extienden los pergaminos de los enanos de las Khalkist. No bien mis manos se desentumezcan lo suficiente para desenrollar los papeles, procederé a su lectura. (Por la mañana, espero, saldrá el sol y con su tibio calor puede que logre salvar algunos de mis dedos).

Entretanto, espero el regreso de este humilde lechero que se ha aventurado en la noche. Prometió traerme algo interesante. Pero, hasta su vuelta, los pergaminos que me rodean ocuparán mi atención, tarea a la que ahora me dedicaré.

Excelencia, horas de lectura me permiten presentar un resumen de los restantes pergaminos. Posteriores esfuerzos tuvieron el provechoso resultado de datos, todos ellos relativos a la historia de los enanos de las Khalkist, pero, ¡ay de mí!, apenas nada referente a la década inmediatamente anterior al Cataclismo. El misterio de su desaparición persiste.

He desenterrado unos cuantos detalles de interés, en su mayoría extraídos de

las historias de la cultura popular enana. Me he esforzado, como siempre, para entresacar de estas leyendas los hechos más concluyentes:

El valiente mensajero que dio su vida para transportar a un lugar seguro estos pergaminos, salvó extensos documentos financieros. Es evidente que el Thane gravó con fuertes impuestos a los enanos durante el período del 60 a. C. al 10 a. C. A partir de ese momento los registros contributivos terminan. ¿Se gastó este enorme tesoro? ¿Para qué? ¿Está oculto en alguna parte? ¿Lo destruyó el Cataclismo? ¿O se lo llevaron los enanos de las Khalkist cuando se marcharon... a donde quiera que se marcharan?

Un documento enano está fechado con posterioridad al 10 a. C., lo que es inusual no sólo por la fecha, sino porque, una vez más, nos encontramos con nuestro amigo, Horgan Embaucabueyes... aunque sólo de modo circunstancial. El documento en sí mismo es la historia de una batalla sostenida en el paso del Pilar de Piedra, alrededor del año 7 a. C. Es el último contacto conocido, en los registros humanos, con los enanos de las Khalkist.

Parece evidente, conforme a Istar, que la invasión de las montañas en el año 7 a. C. ordenada por el Príncipe de los Sacerdotes tuvo mucho más éxito que el intento llevado a cabo ciento diez años antes. Aun así, los relatos istarianos referentes a grandes victorias y justa masacre de los «paganos enanos» son, en el mejor de los casos, grotescas exageraciones.

Para empezar, los datos probados indican que esta guerra fue una contienda con pocas batallas. De hecho, sólo he encontrado evidencia de una sola escaramuza de cierta importancia. Ocurrió en la calzada del paso del Pilar de Piedra y se aclama en las crónicas istarianas como la mayor victoria del Príncipe de los Sacerdotes: una «derrota completa» de los defensores.

No obstante, hay una nota sobre esta batalla en uno de los pergaminos y es interesante contrastar la versión enana con la de los humanos. Desde el punto de vista de los enanos, el combate se contempla como una operación de resistencia de éxito moderado. Se defendió una cañada de la calzada durante un día y después se abandonó, como ocurrió con muchas otras posiciones enanas en esta guerra.

De hecho, da la impresión de que los enanos combatían con el único propósito de ganar tiempo para realizar una retirada definitiva a una posición remota e inaccesible a cualquier asalto. Por último, se replegaron tan lejos que los humanos no lograron encontrarlos.

En su arrogancia, el Príncipe de los Sacerdotes declaró «ganada» la guerra, y sus enemigos «destruidos». Sin embargo, lo que parece que ocurrió en realidad es que los enanos se limitaron a dejar las montañas en poder de los humanos y desaparecieron. Su ruta de escapada y destino siguen siendo unos de los mayores misterios del mundo.

Disculpádmeme, Vuestra Gracia; estoy divagando. Hay dos Únicos puntos

asociados con la batalla del Pilar de Piedra sobre cuya veracidad tengo la suficiente certeza como para reseñarlos.

El primero, es la curiosa referencia que se hace de Horgan Embaucabueyes, quien de nuevo interpreta un papel importante en el escenario de la historia. Fue el general al mando del ejército enano que hizo frente a Istar. (Me he adelantado en el relato, Vuestra Gracia. Un nuevo Thane Rankilsen, había subido al trono. El destierro de Embaucabueyes finalizó en el 12 a. C. El venerable guerrero había sido readmitido en la sociedad. Poco después, tomó el mando del ejército combatiente).

El segundo, es una historia que no tiene fácil explicación, pero la mención que de ella se hace es suficiente para merecer que se la incluya aquí. A medida que la batalla perdía intensidad, las fuerzas humanas —en una rara iniciativa— intentaron cercar al ejército enano. Los informes indican que su táctica casi tuvo éxito, a no ser por la repentina intervención de refuerzos. Una inesperada brigada salió de las montañas para apoyar a los enanos, rompió la acción envolvente de los humanos y permitió que el ejército enano escapara.

Lo curioso es la identidad de esta brigada de rescate, pues sabed que todas las fuentes de información son firmes en su insistencia en que el ejército de las Khalkist fue salvado por una brigada de ogros. De dónde vinieron o adonde fueron son preguntas que tentarán a futuros historiadores. Lo que sé es esto: los ogros lucharon como aliados de los enanos contra Istar y después, al igual que ellos, desaparecieron.

¿Inverosímil? Desde luego. Pero parece ser un hecho cierto.

He de preguntarme, como sé que vos mismo, Excelencia, debéis de preguntar: ¿pudo ser la devolución de un favor, una vida por otra?

Gobasch y Horgan se encuentran de nuevo en el campo de batalla, con los cuerpos destrozados del ejército humano desperdigados a su alrededor como hierbajos pisoteados.

—Estoy de nuevo en tus tierras, enano —dice el ogro esbozando una mueca torcida que deja a la vista sus tres colmillos.

Horgan alza la mirada hacia la bestia mientras su ejército escapa, metiéndose en cuevas y túneles, dándole la espalda a un sol que la mayoría de ellos no volverá a col templar en toda su vida.

—Gracias por venir —responde Horgan con voz queda.

Los dos se estrechan las manos desmañadamente. Él se hunde en el horizonte proyectando las sombras de montañas sobre el campamento humano en el valle. Multitudes de hogueras parpadean en la oscuridad y comienza el ebrio jolgorio. Para los humanos, era una « victoria ».

—Ahora son vuestras montañas —añade el enano, mi tras se da media vuelta para reunirse con los suyos—. Cuidadlas bien.

—Haremos todo lo posible —contesta Gobasch.

Oigo un ruido en la puerta, Vuestra Gracia. Es mi anfitrión, que regresa con un misterioso paquete. Me trae... ¡el cráneo del solitario mensajero que trajo los secretos de los enanos hasta estos remotos picachos antes del Cataclismo! Mi corazón de historiador se conmueve por el bravo héroe, que entregó la vida para que sus escritos pudieran leerse en edades futuras.

¿Quién fue esta alma valerosa? ¿Por qué se aventuró a solas para salvar el relato de la historia?

Imaginaos mi conmoción, Excelencia, cuando el quesero me muestra la blanquecina calavera, los restos de este valiente personaje, pues el cráneo pertenece... ¡a un ogro! En la mandíbula inferior, y fácilmente reconocibles, sobresalen tres amarillentos colmillos.

Como siempre, Excelencia, busco la verdad en vuestro nombre.

Vuestro humilde y devoto servidor Foryth Teel, escriba de Astinus.

## Llenando espacios vacíos

*Nancy Varian Berberick*

El minotauro cayó de rodillas en los agrietados y sucios adoquines del callejón del Pordiosero. El hombre-bestia con cabeza de toro, cuernos tan largos como mi antebrazo, una mata de pelo que le llegaba a los omóplatos y una espesa capa de vello rojizo cubriéndole el cuerpo, espumeaba por la comisura de los labios como un animal.

Había capturado al minotauro dos días antes, en lo que fue el final inesperado de una búsqueda infructuosa de herejes. Había venido hacia mí como una tormenta, saliendo de entre la alta hierba de la sabana, con un cuchillo en cada mano; cargó contra mí rugiendo, con los oscuros ojos encendidos por el gozo de la batalla. A los minotauros no les gustan mucho los humanos ni ninguna otra raza, y les encanta luchar. Pero éste, al parecer, no había tenido en cuenta mi caballo. El rucio se encabritó, agitando los cascos, y el minotauro se desplomó antes de comprender qué lo había golpeado. Estuvo inconsciente el tiempo suficiente para tener oportunidad de atarle muñecas y tobillos con grilletes y cadenas. Estos hombres-toro poseen una fuerza increíble y el único modo de cogerlos prisioneros es inmovilizarlos así.

Nunca me ha gustado llevar herejes vivos a Istar, pero a veces no hay más remedio que hacerlo, como en pleno calor del verano, cuando no te apetece viajar con los cadáveres. Así son las cosas y las estaciones, y así es como estaba trabajando en aquel largo y caluroso verano en el que tenía treinta y cinco años. Hacía quince que estaba metido en el negocio de recompensas. Había pasado buenos y malos momentos, con los bolsillos llenos de oro l o, como era más habitual, vacíos. En Istar se me conocía por Doune el Cazador, y era bueno en mi trabajo.

Aquella tarde, el callejón del Pordiosero estaba muy tranquilo y sólo se oían las maldiciones y jadeos del minotauro arrodillado sobre los adoquines. Las ratas corrían por los sucios canales de desagüe. Chamizos tambaleantes y casas grisáceas sin pintar se apiñaban unos contra otros, vacíos y con aspecto solitario. Al anochecer, los alcahuetes y rateros sacaban más beneficio en los alledaños del templo. En la distancia, más allá del callejón, más allá del mercado y de la

subasta de esclavos, se alzó un himno, un conjunto de voces elfas, tan dulces y suaves como se sueña que debe de ser un canto celestial. El sagrado coro había iniciado los oficios vespertinos. Mujeres elfas, famosas en todo el mundo por su devoción, alzaban sus espirituales voces en una plegaria a los dioses del Bien. Hoy ensalzaban al recto Paladine y a la amable y compasiva Mishaka.

El minotauro se incorporó con esfuerzo y levantó la oscura y astada cabeza. Escupió en dirección al templo. Yo debería haberlo pateado por ello, pero, como no había nadie cerca que presenciara lo que podría considerarse mi propia omisión herética, dejé en paz al minotauro. Yo no era de los que torturan a los prisioneros. Hacerlo es mal negocio.

Una vez tuve un socio, un Enano de las Montañas. En aquellos tiempos el cargo de herejía no se imputaba a los enanos. Se llamaba Toukere Golpe de Martillo. Llevaba en el negocio de las recompensas más tiempo que yo, recuerdo todos los consejos que me dio.

—Hay una cosa que tienes que saber sobre este negocio, Doune, amigo mío —dijo una vez— No permitas que los sentimientos influyan en la persecución. Algunos creen que eso significa no dejar que se interpongan sentimientos tiernos. Nada de piedad, nada de esa estupidez sensiblera Pero los sentimientos duros son igualmente perjudiciales. Si quieres que los negocios te vayan bien, tendrás que vaciar todos esos espacios donde están tus sentimientos, los tiernos y los duros. La clemencia te cuesta dinero, Doune. Como también atormentar a un hombre pateándolo y golpeándolo cuando, de todas formas, va a morir pronto.

Toukere hizo una pausa para echar un buen trago de cerveza y se limpió la espuma de su negra barba. Aquel día comíamos en el Ciervo Saltarín, una taberna famosa por la calidad de su cerveza. A Toukere le encantaba la buena cerveza, y afirmaba que nadie podía hablar bien o juiciosamente a menos que se hubiera echado unos tragos.

—Un hereje es un hereje, Doune el Cazador, ya sea una mujer llorosa con su bebé en brazos o un feo minotauro cargado de cadenas. Lo único que te tiene que interesar es cuánto vas a cobrar por ellos. Preocuparte por los sentimientos, suyos o tuyos, es una pérdida de tiempo.

Un hereje es un hereje.

El curso de los acontecimientos enseñó a Toukere que esta simple definición jugaba a favor del Príncipe de los Sacerdotes. Poco tiempo después de aquella noche, el regente de Istar dio un nuevo giro a su lógica religiosa. Decidió que, puesto que los enanos adoraban a los dioses de la Neutralidad —Reorx el Forjador, el dios artesano, el más venerado entre ellos—, entonces toda la raza tenía que ser maligna porque no rendían culto a los dioses del Bien. La noticia de que un cazador de recompensas cobraría sesenta piezas de oro por un enano llegó a la oficina del encargado de los pagos. Nunca supe a qué dios veneraba Touk, siquiera si veneraba a alguno, pero la noche en que la noticia se hizo pública,

partió llevando consigo más oro del que yo había imaginado que tuviera; nos emborrachó, a mí y a todos los que estábamos en el Ciervo Saltarín hasta el punto de que olvidamos dónde nos encontrábamos —o quiénes éramos— y se escabulló por la puerta trasera.

Abandonó Istar sin mí y sin decirme una palabra de despedida.

» Ah, sí. Robó en un pequeño santuario de Mishakal cuando salía de la ciudad, a fin de disponer de algo de dinero para el viaje; sin duda andaba algo corto después de su estratagema en el Ciervo Saltarín. El clérigo del santuario presentó resistencia, y murió a la mañana siguiente a causa de las heridas sufridas. De este modo, la recompensa por Toukere Golpe de Martillo era mayor que la pagada por cualquier enano medio: cien piezas de oro, sesenta por herejía y cuarenta por asesinato.

Esto ocurrió hace años. Desde entonces, he oído rumores de que alguien en la calzada a Xak Tsaroth había reclamado por fin el pago de la recompensa por Touk Superé la marcha de mi socio y casi conseguí del todo no echarlo de menos, pero perdí el gusto por la cerveza y me acostumbré a tomar vino. La cerveza no sabía igual después de que Touk se marchara.

Así pues, al final de aquel largo y caluroso día de verano, con la dorada luz del crepúsculo bañando los adoquines del callejón del Pordiosero y el aire vibrante de himnos, no le di una patada al minotauro. Actúe del mismo modo que Toukere y yo solíamos: tiré de la cadena e hice que mi prisionero se pusiera en marcha otra vez.

Lo conduje callejón adelante hasta las amplias avenidas donde los ricos y poderosos vivían. Las altas y hermosas torres de Istar se alzaban relucientes a nuestro alrededor. Llevé al minotauro por una ancha calle flanqueada por árboles, donde los macizos de flores formaban fragantes y exuberantes medianerías, y los colibríes revoloteaban en el aire como joyas vivientes. La calle conducía al templo detrás del sagrado edificio se encontraba la prisión.

La gente que iba a rezar se paraba para vitorear a nuestro paso y, en un exceso de fervor, un joven, vestido con brocados cortados al dictado de la moda para imitar atavíos de caza, recogió un puñado de lo que mi caballo había dejado caer en los adoquines y se lo arrojó al hereje.

Pero después el audaz petimetre no supo qué hacer con la porquería que tenía en las manos. Me estuve riendo todo el camino hasta la prisión, y seguía riéndome cuando entregué el minotauro a los guardias y fui a la oficina del encargado de los pagos para cobrar mi oro. El despacho era un sitio pequeño, un reducido cobertizo de madera adosado a la parte posterior de la prisión, donde el príncipe de los Sacerdotes no pudiese verlo. No le incomodaba que sus clérigos y escribanos pagaran recompensas por los herejes. Pero no quería verlo.

Las paredes de la oficina estaban repletas de los habituales anuncios de que se pagarían recompensas por aquellos que sirvieran a los dioses de la Neutralidad y

del Mal; por kenders, elfos y humanos, enanos, ogros y goblins, minotauros o cualquier clérigo que rehusara adorar a los dioses del Bien.

Se había doblado de nuevo la recompensa por Binza, el infame hereje proscrito que declaraba reverenciar a los dioses del Bien, pero que despreciaba la práctica del Príncipe de los Sacerdotes de valerse de la tortura y la ejecución para convencer a la gente de que debía adorar a aquellos sabios y dulces dioses.

(Menudo defensor del Bien es el tal Binza. Podéis preguntar a cualquiera sobre él y os dirá que robó y asesinó a toda una familia de peregrinos que se dirigían a Istar para orar en el Gran Templo. O la otra historia de cómo saquea santuarios de los caminos y mata a los clérigos. Una de las que gozan de más popularidad es la de que entra a hurtadillas en los velatorios y roba los céntimos de plata que cubren los ojos del muerto. En resumen, que Binza no parece ser mucho mejor que el Príncipe de los Sacerdotes).

Todo cazador de recompensas sabía que podría retirarle siendo más rico que un noble elfo si lograra capturar Binza, pero, aunque todos conocíamos cuáles eran sus crímenes, nadie en todo Ansalon sabía dónde se escondía ese sujeto. Ni siquiera se sabía qué aspecto tenía. ¿Era enano, humano o elfo? Había rumores para todos los gustos.

Aquel día me limité a echar una ojeada rápida a la hoja de recompensa por Binza. Hubo un tiempo en que había ansiado darle caza, pero ya no. Y ahora recordaba lo que Toukere solía decir sobre él:

—Cuando piensas en ello, Doune, amigo mío, caes en la cuenta de que nadie sabe en realidad si este terrible hereje, Binza, es algo más que un mal sueño que el Príncipe de los Sacerdotes tiene de tanto en tanto, cuando ha comido demasiado y no hace bien la digestión. Me gusta el oro como a cualquiera. Puede que más, ¿verdad? Pero me dedico a las presas fáciles. No tiene sentido perder el tiempo persiguiendo a un viento de sabana que cambia de dirección constantemente.

Dicho esto, pedía otro pichel de cerveza.

Había un kender en el Ciervo Saltarín. La calificación de herética de su raza no impedía que los kenders acudieran a Istar, a pesar de que no pocos miembros de esa casta de libre-adoradores habían hallado allí su destino. Ah, pero ya conocéis a los kenders: la muerte no les quita mucho el sueño a esos ladronzuelos de dedos ágiles. Este era joven, un tipo de apariencia agradable, como son los de su raza cuando no te martirizan con su incansable cháchara e interminables desatinos. Pelirrojo, delgado, de esbeltos y ágiles dedos de ladrón, vestía los acostumbrados ropajes multicolores kenders: polainas amarillas, camisa azul, chaqueta verde y botas de piel de gamo teñida de color púrpura. Llevaba colgados seis o siete saquillos y mochilas, todos llenos a reventar con objetos absurdos y porquería, seguramente.

Aparte del kender, el tabernero y yo, el establecimiento se encontraba vacío.

La gente prudente estaba todavía orando o manteniéndose discretamente fuera de la vista, Había mesas de sobra donde elegir, pero el kender se había sentado a la que estaba junto a la única ventana del Ciervo Saltarín, la que tenía el tablero marcado con muescas de cuchillo, donde Toukere y yo nos sentábamos a repartir la suma de una recompensa y a beber cerveza. Ventura, el tabernero, siempre tenía esa mesa reservada para mí, ya estuviera abarrotado o vacío el local. Ahora se limitó a encogerse de hombros cuando me vio fruncir el entrecejo al encontrar el sitio ocupado.

—Te busca, Doune —dijo.

Había una ganancia de treinta monedas de oro en copete de kender sentado a la mesa. « Ah, qué considerada es la vida, cuando la recompensa viene en busca del cazador », pensé. Manoseé la empuñadura de mi espada, le dije a Ventura que me preparara algo de comer y que lo quería tener listo cuando volviera de llevar al entremetido kender a prisión. Pero Ventura me cogió por la muñeca y apretó con fuerza.

—Quizá deberías comer antes, ¿eh, Doune?

El kender ladeó la cabeza, con los ojos relucientes y sonriendo como si algo le hiciera gracia.

Entonces alguien me dijo —una voz de mujer, tan suave y letal como una hoja de acero al hendir el frío aire nocturno— que nadie iba a llevar kenders a ningún sitio esta noche.

Giré veloz sobre mis talones, con la espada desenfundada a medias, y por poco no me ensarté en la hoja de su arma. La alta espadachina apoyó con suavidad la punta del acero contra mi garganta. El tabernero no alzó la voz ni la mano en mi defensa.

—¿Cuánto te han pagado, Ventura? —pregunté con acritud.

—Sólo lo justo —contestó, sin molestarse siquiera en simular cortedad. No añadió más y lo oí meterse en la cocina.

—Tranquilo —instruyó la espadachina, sonriendo y pronunciando las palabras de manera que parecían una pulla—. Tranquilo, Doune, si es que te gusta vivir.

Me gustaba, y mucho. Bajé la punta de mi espada, pero no la guardia.

Era humana, como yo, pero iba vestida y equipada como un elfo cuya familia está bien situada. Seda y piel de gamo y botas de montar de la mejor calidad. He de decir que tenía un buen tipo, con sus largas piernas, esbelta cintura y curvas en los sitios adecuados; sobre esto último no había mucho que imaginar, ya que el escote de su blusa mostraba algo más que el collar de plata y zafiros que llevaba.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté.

—¿Quién no ha oído hablar de Doune el Cazador? —Esbozo una sonrisa tan jactanciosa como la de un malicioso pilluelo—. De donde vengo, eres toda una

leyenda.

| La luz del candil se reflejó en los aceros interpuestos entre nosotros, el suyo en alto, el mío inclinado e inútil. Hizo mi gesto al kender.

—Peverell, descárgalo del peso de sus armas—instruyó.

El kender hizo lo que les encanta hacer a los de su raza. Cogió mi daga, encontró un pequeño puñal que siempre llevaba enfundado en mi bota, y me quitó la espada de la mano antes de que me diera cuenta de que hacía movimiento alguno para cogerla. También se apoderó de los avisos de recompensa que había recogido y la paga que había cobrado en la oficina hacía menos de una hora. Sin duda me habría quitado hasta los dientes si su compañera no le hubiese dicho que ya era suficiente.

—Y ahora, Doune el Cazador, siéntate conmigo y con Peverell para tomar un trago y un bocado, ¿eh? —Dijo la espadachina mientras envainaba su espada—. Podría serte provechoso.

Eché una ojeada al kender, que había regresado a la mesa y repasaba muy contento lo que me había quitado.

—Hasta ahora no lo ha sido—repliqué.

—Supongo que tienes razón. ¡Pev! Devuelve a Doune su bolsa de dinero.

El kender hizo un mohín de protesta, pero vació las monedas de oro sobre la mesa y después me lanzó la bolsa.

—Y el oro—dijo la mujer con firmeza.

El kender ladeó la cabeza, y sus grandes ojos relucieron. Hubo una mirada de entendimiento entre los dos y, cosa sorprendente, Peverell recogió las monedas, se acercó a mí y me las entregó todas. Tomé el oro, lo guardé en la bolsa y lo escondí en el bolsillo más hondo, sin quitarle los ojos de encima mientras volvía trotando a la mesa. Era increíblemente silencioso, para uno de su raza.

—¿Es que le han arrancado la lengua?—pregunté, sonriendo con acritud.

—No. Se la cortaron. El resultado es el mismo—contestó la mujer—. Un cazador de recompensas lo prendió y fue incapaz de soportar su cháchara. Pero no consiguió retenerlo. Es muy difícil retener a un kender. Aunque supongo que tú lo sabes.—El tono de su voz se tornó frío, dejando de lado la pretendida cortesía.—Vayamos al grano, ¿Te interesa saber dónde se esconde el hereje Binza, o te conformas con ese miserable puñado de oro?

Ventura trajo platos llenos a rebosar con cordero, pimiento y patatas, un jarro de vino para mí y un gran pichel de cerveza para los otros dos. El viejo Ventura estaba muy satisfecho consigo mismo y actuaba como si yo le debiera un favor.

A través de la ventana, muy alto en el cielo, vi las de lunas, la roja y la plateada, brillando con fuerza. Ventura había atrancado la puerta y encendió solo unos pocos candiles necesarios para ver lo que comíamos. La espadachina me dijo que se llamaba Alycia. Explicó que era hija de un mercenario y que desde la muerte de su padre ella había continuado el negocio familiar alquilando su

espada a caravanas de mercaderes que, para llegar a las llanuras de Istar, tenían que atravesar los pasos de montaña por los que rondaban goblins.

Alguien puede pensar que el oficio de mercenario es un modo algo raro de ganarse la vida una mujer que lleva collares de zafiros, pero yo no tenía razón para dudar de que Alycia fuera capaz de hacer lo que afirmaba. Se había puesto a mi espalda con gran rapidez y la fina espada enjoyada no era un objeto extraño en su mano; no obstante, tampoco tenía razón para creer que supiera más que yo o que cualquiera acerca del paradero de Binza.

—Bien —dijo, tragándose otro pedazo de cordero con el apetito de un cargador de muelles—. No es mucho lo que puedo decirte para convencerte de que sé dónde se esconde Binza... salvo que un amigo mío lo rastreó hasta su guarida hace menos de dos semanas.

—¿Y ese amigo tuyo no lo capturó o lo mató?

Se echó a reír y el kender aplaudió divertido, con sus ojos castaños relucientes de regocijo.

—Mi amigo no es tan estúpido como para ir solo tras un hombre que se supone que ha hecho todo eso de lo que se acusa a Binza. —Sonrió con astucia—. Si fuera una presa tan fácil, no cabe duda de que a estas alturas ya lo habría atrapado algún cazador de recompensas, ¿no? Pev y yo nos íbamos a encontrar aquí con ese amigo para ir iras Binza los tres. Pero nuestro amigo... no está libre.

Resoplé con desdén.

—¿No está libre para hacerse rico?

—Ha sido encarcelado. —Alycia dejó la jarra de cerveza en la mesa, en una absoluta actitud de negociante. Hizo una seña a Ventura, que se apresuró a rellenar el pichel—. El tabernero dice que conoces bien la prisión... al haber contribuido en gran parte a llenarla durante estos años. Ayúdame a libertar a mi amigo y podrás acompañarnos.

—¿Quieres que organice una fuga de la prisión? Lo siento. Mi trabajo es meterlos en la cárcel, no sacarlos.

—Exactamente. Ésa es la razón que te hace perfecto para el trabajo. Lo habrás llevado a cabo antes de que nadie se haya dado cuenta de lo que pasa.

Me quedé pensativo y ella, impaciente, se inclinó sobre j la mesa, con los ojos azules relucientes.

—Una cuarta parte, Doune. Ayúdame a sacar a mi amigo de la prisión y nos pondremos en camino para obtener una recompensa tan grande que nunca se vaciará el escondrijo donde escondas ese tesoro. En fin, la mujer no exageraba mucho en cuanto a la cuantía de la recompensa, y yo siempre estaba a la caza del oro. Pero también era prudente.

—Supongamos que organizo la fuga de la cárcel. ¿Qué I impedirá que tú y tus amigos os libréis de mí y vayáis solos tras la recompensa?

Los ojos de Alycia se tornaron fríos y penetrantes. Desenvainó su espada y

yo llevé mi mano hacia donde debería haber estado la mía. Sin embargo, no hizo ningún gesto amenazador y se limitó de dejar la enjoyada arma sobre la mesa, entre los dos.

—Esta es la espada de mi padre —dijo, pasando por alto mi gesto—. Jamás he hecho un juramento sobre ella que no tuviera intención de cumplir. Le creí. Quizá fuera su tono de voz, quedo y vibrante con un fiero orgullo. O quizá fue su mirada, firme y recta, como la luz reflejada en el cortante filo del acero. Por el raballo del ojo vi a Peverell que seguía con el dedo una de las viejas cuentas que Toukere y yo habíamos hecho sobre el tablero de roble.

«Cuando quiero, soy honrado, Doune, amigo mío. Y, cuando un hombre reparte las ganancias con su socio, más\* le vale ser honrado o se merecerá que lo maten».

Mientras pronunciaba estas palabras, Toukere tenía la misma mirada que Alycia tenía ahora. Yo siempre juzgaba a un hombre por esa clase de mirada, su ausencia o presencia. O a una mujer. Supongo que también me lié de ello en esta ocasión.

—¿Quién es este socio tuyo? —pregunté—. ¿Un amante? Alycia sacudió la cabeza y los rizos de su cabello, corlo y oscuro, brincaron.

—Dinn es un amigo. A veces se comporta como un tonto impulsivo, pero le tengo un gran aprecio. Procede de unas tierras donde sólo tienen una palabra tanto para la lealtad como para el honor. Enemigos difíciles, estas gentes; y buenos amigos. Mi padre se ganó su amistad, y Dinn dice que yo la he heredado. —Bajó el tono de voz—. Por el alma y la espada de mi padre juro que actuaré honradamente contigo, Doune.

Era un juramento muy serio. Yo no sabía de ninguno que igualara el suyo.

Me preguntó si tenía padre; le dije que debía de haberlo tenido en algún momento. ¿Y madre? Muerta, respondí. Ni hermana ni esposa, aventuré. Contesté que suponía bien, y que ninguna de las mujeres que conocía tenía la clase de alma por la que me mereciera la pena jurar por ella. Alycia me miró con una burlona expresión de exagerada compasión.

—Bueno, tampoco espero que ellas hagan un juramento por mi alma —rezongué.

El kender silbó una nota creciente, como una pregunta, para atraer la atención de Alycia. Cuando lo consiguió, se golpeó los puños y después enlazó las manos. Alycia se encogió de hombros, como quien ha llegado hasta el fondo de un cofre y no espera encontrar más que polvo.

—Supongo que la gente que tiene tu trabajo no cuenta con muchos amigos —me dijo.

—No muchos —respondí con un tono sin inflexiones—. Y el único que tuve murió hace mucho tiempo.

—¿Era un buen amigo?

Un buen compañero, un socio honrado, y alguien que huyó de Istar de manera que hubiera suficientes testigos que atestiguaran que yo no tenía nada que ver en ello.

—Sí —repuse con voz queda—. Era un buen amigo.

Se quedó pensativa; sus ojos azules ya no tenían un brillo burlón, sino que eran serios y dulces.

—Júralo por la memoria de tu amigo, Doune el Cazador. Jura que actuarás honradamente conmigo. —Sus ojos se ocultaron tras el oscuro velo de las pestañas. En sus labios bailó fugaz una sonrisa secreta—. Seré suficiente.

Era cuanto necesitaba escuchar. Coloqué mi mano sobre la suya y presté juramento en memoria de mi amigo.

Fue una suerte el que esperara a que hubiese jurado para decirme que su socio era el minotauro al que había llevado a prisión hacia unas horas. Una suerte para ella, pero no tanto para Peverell. El pequeño kender mudo rió con tantas ganas que cayó de la silla y se dio un buen batacazo. Y tampoco lo fue para mí. Había pasado dos días en compañía del minotauro y sospechaba que no iba a sentirse muy inclinado a aceptarme como socio en la caza de Binza. Pero ya me había comprometido bajo juramento, y por la memoria de Touk

Además, había que tener en cuenta todo ese montón de oro.

Peverell estaba impaciente por forzar la cerradura de cada puerta de la prisión. Cuando le dije que no entraríamos de ese modo, me demostró lo ofendido que se sentía por semejante desaire a sus habilidades rateras. Podría ser mudo, pero había perfeccionado hasta la categoría de arte la ejecución de gestos obscenos e insultantes. Alycia lo tranquilizó, y a partir de ese momento el trabajo de la noche no pasó de ser una rutina: conseguir armas para el minotauro, monturas para Alycia y para mí (no tenía sentido obtener caballos para Peverell ni para Dinn; Alycia afirmó que ninguno de los dos cabalgaría aunque les pagaran por ello), y después sobornar al guardia adecuado y comprar al clérigo indicado. Las sumas de los dos sobornos fueron abultadas: las noventa piezas de oro que me había ganado por el minotauro y bastante más. Alycia tuvo que desprenderse de su hermoso collar de zafiros.

—Lo considero como una inversión —dijo. Señaló con el pulgar mi bolsa vacía y sonrió con frialdad—. Deberías hacer lo mismo.

Lo hice. Una cuarta parte de la recompensa por Binza haría parecer el oro pagado por los sobornos como la calderilla del plato de un pordiosero.

Tenía razón sobre Dinn. Habría renunciado alegremente a toda esperanza de libertad con tal de tener la menor ocasión de matarme. Pero Alycia consiguió dominarlo, y fue todo un espectáculo verla codo con codo con aquel bruto, hostigándolo con siseantes susurros, como una vieja verdulera encolerizada.

—Usa la cabeza, Dinn —dijo. E insistió, varias veces, en que recordara el motivo por el que estaban aquí. Exigió, también varias veces, que cumpliera lo

que había prometido.

El kender, olvidada ya su rabieta, se acercó al alto y pelirrojo minotauro y gesticuló de manera aparatosa.—Dinn soltó un gruñido, sacudió la astada cabeza y pidió malhumorado a Alycia que tradujera.

—Dice lo que ya sabes muy bien, Dinn. Te necesitamos.

Aquello hizo que el minotauro condescendiera.

—Eh... bien —gruñó, mirándome de hito en hito—. Entonces, pongámonos en marcha.

—Gracias, amigo mío. —Alycia palmeó el áspero hombro de Dinn y se puso de puntillas para besarle el feo hocico, lo que le hizo lanzar unos suaves gruñidos y carraspeos.

No le quité ojo de encima, a pesar de la actitud general de contento y amistad. Yo había sido el que lo había avergonzado arrastrándolo encadenado hasta Istar. Por lo general, a los minotauros les gusta borrar un recuerdo vergonzoso matando a cualquiera que lo sepa.

La sabana es un lugar desapacible; caluroso, seco y sin señales de terreno. Ésta es la tierra de los clanes nómadas y en ella no existen fronteras que cruzar, nada que te advierta que te encuentras en territorio de un clan, ya que los nómadas no tienen territorios individuales. Siempre en movimiento, sin instalarse en ninguna parte, los trenzas largas consideran toda la sabana de su propiedad. No dan un buen recibimiento a los visitantes: una punta de flecha de pedernal, o la pétrea cabeza de una lanza.

Avanzamos con precaución, Alycia y yo cabalgando, Dinn caminando a grandes zancadas por delante: un alto y astado corredor veloz dirigiéndose invariablemente hacia el oeste, a las brumosas montañas azuladas. A veces Peverell trotaba a su lado, invisible a no ser por la hierba dita que apartaba a su paso, el leve rastro de un kender pequeño y mudo. Pero más a menudo iba junto a Alycia. Como a todos los de su raza, le encantaba hablar y ella era más paciente con su lenguaje silencioso... y por supuesto lo comprendía mucho mejor que el minotauro.

Yo estaba acostumbrado a cabalgar a solas desde que Toukère y yo nos habíamos separado; y también estaba acostumbrado al silencio. Pero pronto descubrí que me gustaba el sonido de la voz de Alycia: quedo por el peligro, vibrante cuando el asunto le interesaba, dulce cuando pensaba en voz alta. Alycia pensaba mucho en voz alta, sobre política, historia y dioses.

—Te diré algo, Doune el Cazador —comenzó un cegador mediodía en que la sabana se ondulaba bajo la caricia de un viento ardiente—. Siempre he oído decir que los dioses están a favor del equilibrio; bondadosos, neutrales o malignos ponen su peso en la balanza contra el caos. Creo que es la política la que hace herejes, no las ideas equivocadas. Lo que, si se da crédito a lo que se comenta, es lo que piensa ese proscrito, Binza. —Me miró de reojo y repitió—: Si se da

crédito a lo que se comenta.

Parecía saber mucho sobre Binza y se me ocurrió si no habría concebido alguna idea romántica por el proscrito. Se lo pregunté en tono de chanza. Peverell, que trotaba a nuestro lado, alzó la vista hacia mí, gesticuló con rapidez y se echó a reír en silencio.

—¿Qué ha dicho?—pregunté.

—Desatinos propios de kender —respondió ella con gesto estirado—. No me siento atraída por Binza. Una buena cazadora debe conocer a su presa, lo que piensa, cómo se defenderá, dónde se esconde, en qué es vulnerable. —Sonrió, como si le hiciera gracia algo que había pensado—. ¿No estás de acuerdo, Doune el Cazador?

Respondí que era un cazador de recompensas, no de jabalíes.

—Oh, claro. —Se rió, de nuevo con sorna—. Y uno muy bueno, que no pierde tiempo en pensar sobre los herejes que apresa, ¿cierto?

—No tendría sentido hacerlo. Lo único que cuenta es la promesa del oro, pagadero a la entrega. —Le dediqué una sonrisa desganada—. Gracias a la política.

Peverell gesticuló otra vez. Su rostro era un claro interrogante; en esta ocasión, Alycia tradujo.

—Quiere saber si consideras personas a los herejes.

Sacudí la cabeza.

—Son ganancias.

El kender hizo más gestos, y Alycia me dirigió una larga mirada; sus ojos eran graves y pensativos, como si me estuviera sopesando en una balanza.

—Estás tan hueco que el aullido del viento levantaría ecos en tu interior, ¿no es así, Doune el Cazador?

—¿Es eso lo que ha dicho?

—No. Lo digo yo. ¿Cómo has llegado a estar tan vacío?

—Gajes del oficio. —Incómodo, varié el rumbo de la conversación—. ¿Por qué te preocupa cómo me siento? No veo que tú muestres mucha compasión por Binza.

Ella apartó la mirada hacia la dorada y ondulante sabana.

—Mis sentimientos por Binza son... personales —respondió—. No soy cazadora de recompensas profesional.

—Vaya, vaya. ¿Qué hizo, robar los céntimos que cubrían los ojos del cadáver de tu padre?

La joven se encogió, y yo lamenté haber dicho aquello. Pero mi palo de ciego había tocado una llaga. Una que dolía.

—Vamos, Alycia —dije, sorprendiéndome a mí mismo por la dulzura con que había hablado—. No te preocupes por mí ni por mis sentimientos. Al fin y al cabo, no tienen mucho que ver contigo, ¿eh?

El conocido brillo zahiriente volvió a sus ojos.

—No mucho —respondió, echándose a reír.

Me pareció que su risa era forzada.

Esa fue la clase de conversación que mantuvimos durante los largos y calurosos días por la sabana. A veces se mofaba de mí, como había hecho en el Ciervo Saltarín; a veces estaba seria, y eso me gustaba más. Pronto empecé a desear que el kender se quedara con Dinn. Comenzaba a gustarme la compañía de Alycia, su cercanía, su voz, incluso sus pensativos silencios.

Esos silencios eran prometedores. Por la noche, mientras dormíamos, separados por una hoguera y ella arrebujada en toscas mantas, esas posibilidades se convertían en sueños en los que el minotauro y el kender no tenían Cabida. Pero el kender pasaba cada vez más tiempo con nosotros, de manera que estábamos juntos los tres —Alycia, Peverell y yo— cuando, al final del tercer día de viaje, mientras el sol se hundía en un rojo crepúsculo frente a nosotros, Dinn divisó a la mujer y al niño nómadas.

Mi caballo cabrioleó inquieto, apartándose de los cuernos del minotauro. Dinn esbozó una mueca al percatarse del detalle y ladeó la cabeza de manera que una de las astas se acercó peligrosamente al flanco del animal... y a mi pierna.

Señaló a la alta hierba, donde se abría en dirección opuesta al viento.

—Dos trenzas-largas —dijo a Alycia.

La mujer nómada corría veloz, a pesar de que iba encorvada al cargar con el peso del niño que se aferraba a su espalda. La cabeza del crío botaba fláccidamente al ritmo de las amplias y rápidas zancadas de la mujer. Una de las piernas del niño, de piel tostada por el sol, estaba manchada de sangre. La dirección que llevaba la mujer la haría cruzar nuestro camino.

Respondiendo al hábito desarrollado durante quince años, alargué la mano hacia el rollo de cuerda que colgaba de mi silla de montar. Un buen lanzamiento y los tendría, a ella y al niño, atrapados, derribados y atados.

—¿Cuánto darán por esos dos, Doune el Cazador? —preguntó Alycia al advertir mi gesto.

Le dije que ochenta monedas de oro, cuarenta por cada uno. La mujer no valía más que el niño. Alycia sonrió con frialdad.

—Tu parte en la recompensa por Binza supondría cien veces eso. ¿Estás conmigo, Doune el Cazador?

No le respondí. Estaba observando a la mujer que corría. Aunque el viento tapaba nuestras palabras susurrantes, y nuestras monturas no hacían ruido, algo —el silencio de los pájaros, tal vez— debió de ponerla sobre aviso. Echó una breve ojeada por encima del hombro y tropezó, sobresaltada al vernos. Sus ojos eran grandes y oscuros, como agujeros vacíos en una máscara de terror. La visión me hizo estremecer, encogiendo mi corazón como si yo mismo sintiera aquel miedo desesperado.

La mujer reaccionó enseguida, se aupó más al niño sobre la espalda y corrió más deprisa.

Aparté la mano de la cuerda. Alycia me miraba. Su expresión no era evaluativa, ni zahiriente. Más bien, sonreía del modo en que uno lo hace cuando conoce a alguien y piensa que le gusta lo que ve. Peverell nos miró alternativamente a uno y a otro, y después gesticuló algo. Sus manos se movían tan rápidas que el significado de sus gestos escapaba a mi comprensión, pero Alycia lo entendió. Una expresión ceñuda reemplazó su sonrisa mientras le decía que dejara de decir insensateces.

Dicen que la luna roja, Lunitari, es hija de Gilean, el dios que es el guardián de todo el conocimiento que poseen las deidades. Solinari, el satélite plateado, es hijo de Paladine, y vigila toda la magia que se ejecuta en el mundo. Esa noche, mientras los demás descansaban y yo rondaba impaciente, desvelado, observé cómo estas dos lunas —o, si lo preferís, hijos de dioses— salían. La primera fue Lunitari. Cuando escudriñé hacia el este, a través de las llanuras, creí divisar las altas torres de Istar perfiladas contra el rojizo disco, oscuras como un irregular mordisco arrancado del borde de la luna. Después se alzó Solinari, un poco al norte de Istar, eludiendo los afilados dientes de la urbe del Príncipe de los Sacerdotes.

Qué tonta fantasía, ¿no? Bueno, tenía un montón de ideas rondándome la cabeza, demasiadas para dormir, y evocaba una y otra vez lo que había sentido cuando Alycia me sonrió después de dejar marchar a los nómadas.

Eso era una fantasía aún más tonta. ¿Por qué iba a importarme la opinión que tuviera de mí? Sí, tenía unas largas piernas y era encantadora. Sus ojos azules, cuando no miraban burlones, sugerían posibilidades, inspiraban sueños. Su cuerpo era curvilíneo, y sin duda cálido y blando, en los lugares justos; pero también lo eran los de otras muchas mujeres, y yo lo sabía bien. La única diferencia entre Alycia y ellas era que manejaba bien una espada, tenía una conversación agradable... y me conducía hacia una cuarta parte de una abultada y estupenda recompensa.

A veces me miraba de una forma que me hacía desear ser lo que parecía esperar que fuera.

¿Vacío? Puede que en algún momento. Quizá todavía lo estuviera. Pero cuando Alycia me miraba con sus dulces ojos, algo esperanzados y gravemente pensativos, me hacía pensar que tal vez ella sería capaz de llenar algunos de esos espacios vacíos en mi interior.

Sacudí la cabeza con fuerza, como si intentara librarme de tal insensatez. Era una insensatez, me dije. ¿Acaso una mujer no es tan buena como cualquier otra para una noche fría?

Estaba mirando la luna plateada cuando pensaba eso, así que supongo que podría decirse que rezaba por algo, quizá por recibir una respuesta o entender por

qué me importaba lo que pensaba Alycia de mí.

Por supuesto, Solinari no tenía mucho que decir sobre el tema. Los hijos de los dioses tienen asuntos propios de los que ocuparse.

Cuando las lunas hubieron sobrepasado ya el cenit, terminé mi ronda, pasé despacio junto al dormido minotauro y me senté con Peverell frente a la hoguera. El kender me miró de reojo y después gesticuló algo a Alycia. Cuando le pregunté qué había dicho, ella tardó un poco en contestar. Me dio la impresión de que no pensaba cómo traducirlo, sino si debía hacerlo. Por fin ella repitió los gestos del kender, despacio, como cuando uno pronuncia lentamente cada palabra a alguien que no oye bien. El gesto era alzar ambas manos como para rodear algo con ellas y luego un movimiento brusco hacia abajo.

—El ocaso del sol —deduje.

—Correcto.

Levantó cuatro dedos y supuse que esto, unido al gesto anterior, significaba el paso de cuatro días.

—Correcto de nuevo. —Sus ojos azules brillaron mientras realizaba el gesto de « puños juntos-apretón de manos» que ya sabía que significaba « amigo» —. Éste lo conoces.

¿Y este otro?

Repitió el último gesto de Peverell: golpear con el puño derecho la palma de la mano izquierda colocada horizontalmente. Entonces imitó la expresión del kender: ojos y boca abiertos por la sorpresa.

—¿Qué crees que significa eso, Doune el Cazador?

—No tengo ni idea.

Sus labios esbozaron una sonrisa secreta.

—Es el punto clave de todo lo que Pev ha dicho. Dejare que pienses en ello.

Pasé la noche escuchando el viento que descendía susurrante desde el cielo estrellado, dando vueltas y más vueltas a los gestos de Peverell. Pensé que, tal vez, el gesto de Peverell de dar con el puño en la palma significaba una emboscada. Si era así, quizás Alycia y él preveían la sorpresa de Binza al encontrarse por fin atrapado. Y todo ello al cabo de cuatro días. Pero en esta interpretación no encajaba el gesto de amistad.

Por último, antes de quedarme dormido, recordé la extraña sonrisa de Alycia.

También recordé que ésa no era la primera ocasión en que la había visto sonreír así. La primera vez fue en el Ciervo Saltarín, justo después de buscar un motivo por el que pudiera prestar juramento. Juramento que quizá nunca habría hecho si hubiese sabido que era Dinn a quien tenía que sacar de la prisión.

La sospecha se abrió paso en mi interior, fría y reptante como una serpiente.

Tal vez, me dije, había otra manera de interpretar los gestos de Peverell y la secreta sonrisa de Alycia. Puede que se estuvieran riendo de la sorpresa que me

llevaría cuando descubriera que su juramento sobre la espada de su padre no tenía mayor significado que el medio para alcanzar un fin: la escapada del minotauro de la cárcel, la captura del hereje Binza, y una recompensa dividida en tres partes en lugar de cuatro.

Cuatro días. Amistad. Un gesto violento y demoledor. Sorpresa.

¿Y las miradas evaluativas de Alycia, sus ojos dulces, su sorprendida complacencia cuando dejé marchar a los nómadas? ¿Qué significaban? Un señuelo, tal vez. En la saltana, mejor son cuatro personas que tres... hasta que los tres llegaran a donde querían.

Era el momento de largarse. El momento de romper Compromisos y marcharse.

Me quedé. Por el oro, me dije a mí mismo. Lo que no admití, y entonces ni siquiera sabía, era que había sido Un necio que había llegado demasiado lejos en mis tontas fantasías para volverme atrás.

Alycia se mostró reservada a partir de esa noche. Encerrada en un taciturno mutismo, hablaba con Dinn sólo cuando no tenía más remedio, y a mí apenas me dirigió la palabra. Algo rondaba su cabeza, y, si hablaba de ello con alguien, era con Peverell..., que parecía saber, e incluso compartir, lo que la inquietaba.

Conversaban en aquel grácil y silencioso lenguaje de los gestos, y por consiguiente yo no tenía ni idea de por qué se mostraba tan repentina y crecientemente distante.

Dejamos atrás la sabana tres días después del encuentro con la mujer y el niño nómadas. Acampamos esa noche en un cañón cerrado, una larga hendedura de piedra flanqueada por altas paredes, donde no era necesario montar guardia. El único camino de entrada al cañón era perfectamente visible desde el campamento.

No habíamos hecho más que encender el fuego cuando Alycia miró en alrededor y descubrió que el kender no estaba.

—Dinn, ¿adónde ha ido?—preguntó.

El minotauro repitió el gesto de golpear la palma abierta con el puño.

—¡Maldita sea! Le dije que... —Me miró de reojo y no terminó la frase—  
¿Estás seguro, Dinn?

El minotauro se encogió de hombros antes de responder.

—Nunca estoy seguro de lo que intenta decir, pero es lo que me pareció entender.

Esa respuesta no le gustó a Alycia. Tampoco le gustó que yo le preguntara qué significaba ese gesto.

—Significa que el kender va a tener un buen problema cuando vuelva a ponerle los ojos encima —contestó furiosa.

No añadió una palabra más.

Mientras comíamos, la luna roja alumbró las altas paredes del cañón,

derramando luz sobre la piedra y convirtiendo las sombras en un encaje púrpura. Alycia, que había mostrado tener muy buen apetito en el Ciervo Saltarín. Picoteó sólo su comida, con gesto ausente. Cuando se cansó de eso, enrolló una burda manta de lana a guisa de almohada y se tumbó delante del fuego.

Yació en silencio, contemplando la estrecha franja de cielo estrellado que asomaba entre las paredes del cañón, El titilante fulgor de la hoguera teñía sus pálidas mejilla de un color rosa fuerte y hacía que su oscuro cabello brillara, pero yo sólo la miré por el rabillo del ojo. Dinn estaba sentado en las sombras de la noche, afilando sus dagas. Trabajaba con movimientos seguros e iguales y a veces saltaban chispas de la piedra y el acero. Cuando esto ocurría, el minotauro levantaba la vista hacia mí, con sus oscuros ojos relucientes y sus largos y amarillentos dientes asomando tras lo que parecía una sonrisa.

—Doune —dijo Alycia al cabo de un rato—, estamos cerca de la guarida de Binza. Mañana jugáremos a algo completamente diferente.

Aparté la vista de Dinn; no me gustaba cómo sonaba aquello.

—¿Qué quieres decir?

Ella me miró; sus ojos no eran dulces ni pensativos, ni incisivos ni burlones. Sonreía. Y su expresión era indescifrable.

—¿Puedo confiar en ti, Doune?

Respondí con sinceridad, aunque no sabía adónde quena ir a parar con su pregunta. Y, no. No recordé mis propias dudas. Las que me habían acosado durante los tres últimos días.

—Juré que sería honrado contigo, Alycia.

—Por la memoria de tu viejo amigo.

No dije nada; estaba pensando en el gesto de Peverell del puño golpeando la palma de la mano, y que se había repetido esta noche. ¿Emboscada a Binza, o traición a mí? No lo sabía, y esperaba ver adonde llevaba la pregunta de Alycia.

Dinn puso a un lado sus dagas y también aguardó vigilante. Pero no vigilaba a Alycia, sino a mí.

—Doune —siguió ella—, dijiste también que la caza de recompensas no es más que un negocio. ¿Podemos confiar en que estarás de nuestro lado, ocurra lo que ocurra mañana?

Solté una risa desabrida.

—A menos que el tal Binza disponga de un ejército. Entonces puedes estar segura de que haré lo que cualquier persona con sentido común haría: echar a correr. Vivir para cazar otro día, ¿no? Has elegido un momento raro para hablar sobre esto.

—No tan raro —dijo, encogiéndose de hombros—. Dime, Doune el Cazador, ¿qué harías si...?

Un penetrante silbido, una combinación de notas lo bastante agudas para que el vello de la nuca se me erizara, rompió el silencio de la noche.

—Goblins —gruñó Dinn, mientras recogía sus dagas.

Escudriñé las oscuras alturas y sólo vi sombras y el reluciente ojo funesto de la luna roja. Esperé atento otro silbido de Peverell, pero sólo oí el fantasmagórico eco del viento nocturno atrapado en el cañón. Entonces, la oscuridad tomó solidez en la forma de goblins alineados en lo alto de las paredes, negras siluetas recortadas contra el cielo iluminado por la luna. Conté una docena. Aunque la distancia podía engañar a la vista en los detalles, supe que hasta el último de ellos era más alto que yo y más musculoso incluso que el minotauro.

Quizá penséis que nada de esto importaba mucho, que podíamos huir al abrigo de las sombras y la oscuridad, dirigirnos a la entrada del cañón y arriesgarnos a correr y escondernos hasta que los perdiéramos en la noche y las montañas. No era posible.

Un corpulento goblin avanzó hasta el borde del precipicio. Sostenía algo en alto, como un clérigo oscuro que ofreciese un sacrificio. Alycia maldijo en voz baja. El goblin sostenía al kender sobre su cabeza, utilizando al mudo Peverell como rehén y escudo.

Peverell se retorció furioso entre las manos del goblin, como si todo su afán fuera hacer perder el equilibrio a su apresador para que se precipitara al vacío y a una muerte segura. Se debatía con tanta furia que comprendí que ni siquiera se le pasaría por la cabeza que él también se estrellaría, hasta que se encontrara cayendo en el aire. No obstante, su constitución era muy liviana y no tenía ni la décima parte de fuerza que el goblin. Sus afanes sólo sirvieron para fastidiar al goblin.

Alycia hizo un gesto a Dinn, señalando la entrada del cañón. Una mirada bastó para que surgiera entre ellos un entendimiento mutuo sin necesidad de palabras, como todo formara parte de un plan expuesto y discutido. Fuera lo que fuera, al minotauro no le gustaba, pero Alycia alzó la mano y acarició su peludo hombro rojizo.

—No te preocupes, amigo mío. Estaré bien. Y ahora, vete. Vete.

Dinn obedeció, como hacía siempre, pero al resplandor de la hoguera vi que sus ojos relucían con todo el brillo feroz del animal y tan rojos como Lunitari, suspendida en el cielo sobre las negras paredes del cañón. Una terrible advertencia, aquella mirada; y dirigida a mí.

—No te preocupes —dije, con un tono sarcástico—. También yo estaré bien, Dinn.

Hizo un alarde de control y se limitó a amagar una arremetida cuando pasó a mi lado... y si hoy todavía tengo los dos ojos es porque me mantuve inmóvil como una piedra cuando uno de sus cuernos me pasó rozando la cara. Alycia sonrió con gesto frío, ausente.

—No deberías pincharlo de ese modo, Doune. Puede llegar el momento en que yo no esté presente para contenerlo.

—Puede llegar el momento en que yo celebre tal circunstancia.

Ella no dijo nada, sin duda porque sabía reconocer una bravata cuando la oía. Miré por encima del hombro hacia la boca del cañón, una bosteizante negrura con plateadas estrellas colgadas en lo alto. Me volví hacia Alycia, y vi que me estaba estudiando.

—¿Es aquí donde un cazador de recompensas rompe los compromisos y echa a correr, Doune el Cazador?

Resoplé con desdén.

—¿Acaso puedo?

—Ve e inténtalo —dijo con una voz carente de inflexiones. Señaló a los goblins con la reluciente punta de su espada. Habían encontrado una estrecha senda que descendía serpenteante por las negras paredes del cañón. Avanzaban despacio, obligados a mantenerse detrás del que todavía se escudaba tras Peverell. Pero su marcha era constante, y vi que mi primer cálculo había sido erróneo. Eran más de una docena; por lo menos, el doble de esa cifra.

—Aquí no hay ganancias para ti, Doune el Cazador.

|Ninguna, desde luego.

En ese momento, el satélite plateado, el hijo de Paladine que aparecía después de Lunitari como siempre, asomo por encima de las pedregosas paredes del cañón, A su luz vi el perfil de Alycia, blanco como el mármol, su atención estaba volcada en el kender atrapado en las garras del goblin.

La corpulenta criatura arrojó al kender al suelo y se echó a reír al verlo golpearse contra la piedra y caer rodando el resto del trecho hasta el suelo del cañón. Peverell quedó tendido en el mismo sitio en que había caído, en un penoso enredo de brazos y piernas. Cuando miré a Alycia, vi un fino hilillo de plata en su mejilla, como lágrimas de luz de luna.

—¿Estás conmigo, Doune el Cazador? ¿O me abandonarás a mi suerte?

Ahora no me estaba sopesando, ni zahiriéndome. Realmente no sabía cuál sería mi respuesta. A la luz del sabio hijo de Paladine, vi en sus ojos la certeza de que, conmigo o sin mí, probablemente no saldría con vida de este cañón. Y vi que deseaba creer que yo no la abandonaría.

Sería un necio si me quedaba, pero eso no era nada nuevo en mí. Había sido un idiota durante los tres últimos días, al no largarme cuando no estaba seguro de que pudiese confiar en ella. ¿Por qué me había quedado?

Fue un instante inestimable, uno de esos espacios intemporales del alma en que comprendes que ha pasado algo que te ha cambiado. Tales momentos tienen su inopinado y súbito lado absurdo que te hace reír, aunque sea en silencio. Una vez había preguntado a la luna plateada por qué me importaba lo que Alycia pensaba de mí. Un poco tardía en la respuesta había sido Solinari, pero ahora me respondió, suavemente, como un susurro al oído:

«Qué momento más condenadamente inoportuno para descubrir que te has

enamorado...» .

Puede que Alycia oyera mi risa interna, pues por un fugaz instante me sonrió, como si estuviera de acuerdo, alcé mi espada, sintiéndome confortado por su fiable equilibrio.

—Juré compórtame honradamente contigo, Alycia. A mi entender, eso significa permanecer ahora a tu lado, cuando los goblins entraron en el cañón estábamos pegados uno al otro, espalda contra espalda.

Luchar de noche es mal asunto, todo sombras y acero reluciendo a la luz de la luna, todo sudor frío y el corazón brincándote en el pecho. Cuando las fuerzas están equilibradas, resulta difícil distinguir al compañero del enemigo, pero eso era algo por lo que no teníamos que preocuparnos. Las fuerzas no estaban equilibradas. Sólo éramos Alycia y yo, sin dejar por un momento que quedara entre los dos ni siquiera el hueco del ancho de una espada.

Manejaba su arma como si ejecutara una danza, blandiendo el acero de manera que su silbido resonaba en el cañón. Cualquier goblin que se acercara demasiado perdía, como mínimo, un miembro. Uno perdió la cabeza. Todo eso estaba bien y resultaba muy espectacular, pero a mí me gustaba el habitual y fiable estilo de fintar y arremeter. Había atravesado a los dos primeros goblins que me atacaron y me disponía a hacer lo mismo con el tercero, cuando oí el rugido de Dinn en alguna parte próxima a la entrada del cañón. No podía volverme para ver qué lo había hecho bramar de ese modo, pero noté que Alycia soltaba una exclamación ahogada, un suave siseo que se sumó al silbido de su espada.

El goblin que había ocupado el lugar del que había matado antes, hizo una finta de lado y arremetió por debajo de mi guardia. Me cogió por la garganta, y logró lo que ninguno de sus compinches había conseguido: separarme de Alycia al arrojarme con fuerza contra el pedregoso suelo. La oí maldecir, vi el cielo cuajado de estrellas, y sentí las garras del goblin abriéndome surcos en la cara.

El goblin sabía cómo utilizar las rodillas. En un visto y no visto, me dejó sin aliento al hincar una de ellas en mi estómago y casi sin sentido al clavarme la otra en la entrepierna. Giré de costado, doblado por el dolor. El goblin me clavó los colmillos en el músculo entre el cuello y el hombro, y mordió como si quisiera abrirse camino a bocados hasta el corazón.

Una daga me pasó silbando por encima de la cabeza y el frío acero me arañó la mejilla. El goblin se desplomó sobre mí, con el arma atravesándole la garganta. No me detuve a felicitarle por la buena suerte que había tenido.

Me abalancé a trompicones para recoger mi espada y vi a Alycia rodeada por tres goblins grandes como peñascos, de piel gris, garras y largos colmillos goteantes de saliva. Su espada centelleó, vibrando al cortar el aire. Corrí junto a ella. Renqueante y todavía medio encogido por el dolor, no sabía qué podía hacer para ayudarla. Aun así corrí a su lado. Su fina blusa de seda estaba manchada de

sangre, y la luz de la luna plateada me descubrió que no era la negra sangre de los goblins. Era roja como los pétalos de una rosa, y era de ella. Alycia me recibió con un grito de júbilo. Descabecé a un goblin con un seco golpe de mi espada, aparté el cadáver de una patada y, una vez más, Alycia y yo estuvimos espalda contra espalda. Los goblins se abalanzaron sobre nosotros en medio de aullidos, como pesadillas que han cobrado vida. Nos superaban mucho en número y combatimos con el único propósito de matar a cuantos nos fuera posible antes de caer nosotros.

Muy próximo, escuché un ensordecedor silbido, penetrante, agudo y apremiante. ¿Peverell? No. Imposible. Alguien gritó: « ¡Binza! » como si fuera un grito de guerra, una llamada a las armas.

Alcé la vista mientras pensaba: « ¿Dónde? ». Y acto seguido: « Como si no tuviéramos ya suficientes problemas », Pagué caro aquel momento de distracción. Caí bajo el peso de dos goblins, y Alycia pateó y golpeó con la espada a mis atacantes al tiempo que chillaba « ¡A mí! ¡A mí! », como si diera el punto de reagrupación a un ejército.

La noche estalló; parecía que las lunas y todas las incontables estrellas habían reventado para llover rojo y rociar plata sobre mí. En la tormenta de luz, las sombras saltaron hasta triplicar su altura. El semblante de Alycia brillaba blanco como la nieve, su espada como hielo reluciente. Un confuso tropel de gritos y chillidos llenó la enloquecida noche, como si de verdad hubiera acudido un ejército.

Demasiado tarde para mí, empero, cubierto de cuchi liadas y sangrando...

Peverell —contusionado, arañado y sonriente— se dejó caer de rodillas a mi lado mientras gesticulaba como un loco, pero no entendí lo que decía. La luz, las carreras la lluvia roja y plateada empezaron a apagarse y después se desvanecieron por completo, llevándose consigo sensación y sonido.

Volví en mí en otro lugar, una sólida cabaña tan luminosa, brillante y limpia que, a no ser por mis heridas y debilidad que contradecían la idea, podría haber creído que el cañón era sólo producto de una pesadilla. Lo primero que vi fue a Peverell, que parloteaba con una anciana en su estilo silencioso, revoloteando y agitando las manos. Después de un rato, la anciana, cuyo rostro arrugado semejava una manzana de invierno, lo ahuyentó como quien espanta a una gallina molesta que se ha metido en la casa. Me pregunté, de un modo vago, de qué habrían estado hablando, pero el sueño se adueñó de mí otra vez.

Dormí largo y tendido, con cortos intervalos entre sueño y sueño. Una tarde me desperté para encontrar a Dinn de pie a mi lado.

—Están saldadas nuestras cuentas, humano —dijo—. La cuidaste cuando yo no pude hacerlo. Ellos tienen razón: servirás, Doune el Cazador, si es que vives. —Dijo esto último refunfuñando, al tiempo que sacudía la astada cabeza con gesto sombrío.

Dinn no era el único que dudaba que me sobrepusiera a mis heridas. Tampoco yo las tenía todas conmigo, pero Alycia no estaba dispuesta a admitirlo. Siempre se encontraba cerca, y una mañana, al despertarme, la vi de pie en el vano de la puerta, mirando hacia afuera. Llevaba un vendaje en el brazo izquierdo, por encima del codo. Vestía una túnica azul claro de un tejido ligero, con el repulgo rozándole los morenos tobillos.

No sé por qué lo recordé en ese momento, mientras la veía como una flor que el viento hubiese traído hasta la puerta, pero en mi memoria oí otra vez gritar a alguien: « ¡binza! », y a ella: « ¡A mí! ¡A mí! ».

—¿Eres Binza? —le pregunté.

Se volvió hacia mí, con sus azules ojos seriamente pensativos. Estaba sopesando un riesgo.

Sí —dijo por último—. Como verás, Doune el Cazador, Dinn sabe dónde se esconde ese terrible hereje, Binza.

—¿Pero por qué...?

Ella sacudió la cabeza, posó un dedo en mis labios y después me besó en la frente. Para comprobar si tenía fiebre, dijo.

Más tarde, ese mismo día, desperté y Alycia no estaba en la cabaña, pero no me encontraba a solas. Tenía una visita. Se hallaba sentado en una silla arrimada a la cama, con una jarra de cerveza en la mano. Sus ojos, oscuros y un poco moteados de azul, estaban algo desenfocados, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos.

Al mirarlo con más detenimiento, vi que lo que había tomado por un reflejo de luz en su negra barba, era en realidad el plateado del paso del tiempo. Había envejecido, lo que no era de sorprender. Habían pasado siete años desde la última vez que lo había visto. Al reparar en que estaba despierto, se giró y entonces descubrí que le faltaba una pierna. En su lugar, atada al muñón que antes había sido la rodilla, llevaba una pata de palo.

Aunque moverme me hacía daño, levanté mi mano izquierda, con la palma hacia arriba, y la golpeé con mi puño derecho. Ahora sabía el significado del extraño gesto de Peverell: un martillo golpeando el yunque.

Cuatro días. Sorpresa. Amigo.

Toukere Golpe de Martillo.

—Touk —dije, aunque con voz ronca por el esfuerzo de que sonara calmada—. ¿Dónde estoy?

—Ah, bueno, eso es toda una historia. —Levantó la jarra, bebió y me la ofreció.

—No, ya no bebo cerveza.

Touk esbozó una leve sonrisa, como si mirara atrás por un largo camino que lleva a un viejo recuerdo.

—Supongo que te hartaste la noche que partí de Istar ¿eh? Bien, entonces,

escúchame con atención, Doune el Cazador. Tengo mucho que contarte acerca de mí y del Valle.

Me dijo que había dos magos viviendo en el Valle. Ellos habían sido los que hicieron que lloviera luz roja y plateada sobre el cañón. Esbozó una mueca maliciosa mientras comentaba que los magos habían hecho un buen trabajo al dar un susto de muerte a los lerdos goblins con su jueguecito de luces. Me contó que había cinco clérigos, y algunos declaraban su alineación con los dioses. Bien por sus blancos ropajes. Otros vestían el rojo de la Neutralidad. Según Toukere, había sido uno de los clérigos de túnica roja el que había sanado lo peor de mis heridas.

—Y hay bastante gente, jóvenes y viejos, abuelas y madres y niños, para llenar una pequeña villa —continuó— A algunos los viste en el cañón, que no está muy lejos de aquí. Buenos luchadores, cuando tienen que serlo, pero más que nada son granjeros.

—Pero esto no es una villa, Touk ¿verdad?

Admitió que no lo era, exactamente. El Valle era una cañada honda, flanqueada por las altas laderas de dos picos montañosos. La gente que vivía allí cazaba en las tierras altas, criaba vacas, gallinas y cerdos, tenía una buena lorja y un paso amplio para vadear el río. El padre de Binza había descubierto el lugar.

—Alycia..., Binza... me dijo que su padre era un mercenario.

Toukse encogió de hombros.

—Lo fue, durante un tiempo, pero era un buen pensador y llegó a la conclusión de que esa costumbre que tiene el Príncipe de los Sacerdotes de matar en nombre de la virtud es un extraño hábito. Una vez que la idea se apoderó de él, ya no lo abandonó. Se opuso a las persecuciones del Príncipe de los Sacerdotes con todo cuanto tenía: cuerpo y alma. Hizo algo más que hablar. Creó este asentamiento.

Has llamado Alycia a su hija, pero es un nombre para sus viajes —continuó Toukere—. Nosotros la llamamos Binza. Pues así es como la llamó su padre: Binza del Valle.

—Touk me explicó que los que vivían en el Valle eran libres de reverenciar a los dioses que quisieran. Muchos de ellos habían llegado por oscuros caminos, perseguidos por cazadores de recompensas y empujados por la desesperación a territorio goblin. Dijo que hasta el último de ellos humanos, enanos, elfos, un kender y un minotauro— le debían la vida a Binza, la hereje que, como su padre, no creía que el tormento y la ejecución fueran los medios idóneos para honrar a los dioses del Bien.

—Nos llevamos bien, Doune el Cazador. Con ello quiero decir que no nos matamos unos a otros por cosas importantes, y nos sentimos libres para pelearnos por cosas pequeñas.

¿Nos?

Apuré la cerveza y golpeó su pata de palo con la jarra la. Dio un leve respingo de dolor al hacerlo y entonces me fijé en que la madera estaba muy nueva. La amputación era tan reciente que aún no había tenido tiempo de acostumbrarse a ella.

—Estamos muy cerca del territorio goblin —dijo—. Eso es bueno y malo. Bueno, porque mantiene alejados a los espías del Príncipe de los Sacerdotes y a visitantes fortuitos. Malo, porque tenemos que patrullar nuestras fronteras contra esos despiadados goblins. Soy... —Se interrumpió y pasó la mano por la pata de palo—. Era el jefe que capitaneaba las patrullas. Pero eso se acabó.

—¿Qué ocurrió, Touk?

—Lo que es evidente. —Se encogió de hombros—. Perdí la pierna por un golpe de hacha goblin, y pasó demasiado tiempo antes de que me pudiera atender un clérigo para que fuera posible sanarla. Pero no he venido para hablar de mí, Doune. Estoy aquí para hablar sobre ti.

Esto era increíble. Yo, al menos, no lo entendía. Ahí estaba sentado mi antiguo socio, cuyos consejos había recordado y seguido incluso durante todos aquellos años en los que lo creí muerto, el viejo amigo por cuya memoria había prestado juramento... y de repente me había puesto furioso. Furioso y desconcertado porque no se hubiese tomado la molestia de hacerme saber que no estaba muerto.

—¿Qué quieres hablar sobre mí? —Dije con acritud— Vaya, pues me encuentro estupendamente, Touk Con cuchilladas, costillas rotas, medio devorado por goblins, y sintiendo el resto de mi cuerpo como si me hubiese pasado por encima una carreta. Pero, por lo demás, estoy bien ¿Y a ti, qué tal te han ido las cosas?

—Escúchame, Doune el Cazador. Escúchame.

—¿Que yo te escuche? No, Touk Golpe de Martillo, tú vas a escucharme...

—¡Atiéndeme! —Sus oscuros ojos moteados de azul ardían, como habían hecho tan a menudo cuando, como decíamos nosotros, me daba un ataque de tozudez—. Fui yo quien le pidió a Binza que te trajera aquí. Y era un gran riesgo. Te conocía bien siete años atrás, Doune el Cazador, pero no sabía si habías cambiado o no desde entonces. Aun así, convencí a Binza para correr ese riesgo. Eh supongo que podría decirse que le hice chantaje diciéndole que me lo debía por lo de mi pierna.

—¿Por qué, Touk?

Se mordió la comisura del labio, como era su costumbre cuando reflexionaba. Después habló de manera atropellada, como hacía siempre cuando intentaba dominar una emoción.

—Nunca te olvidé, Doune el Cazador, y esperaba..., esperaba que fueras el mismo hombre que recordaba. Habría ido yo mismo en tu busca, pero ya ves que no podía. Necesitamos a alguien fiable, alguien con recursos, perspicaz.

Alguien que... —Sacudió la cabeza, y enfocó el asunto por otro lado—. Los que viven aquí son granjeros en su mayor parte, no guerreros. El minotauro quería encargarse del trabajo. Lo único que desea es matar goblins a la menor oportunidad que se le presenta. En fin, ya sabes cómo son los minotauros. Impetuosos, violentos; cualidades que no los hacen recomendables para dirigir hombres. Te diré una cosa. No le hizo mucha gracia servir de cebo en este juego.

—¿Cebo? ¿Para quién? ¿Para mí?

—Bueno, yo llevaba muerto siete años, ¿no? A manos de un cazador de recompensas en Xak Tsaroth. —Sus labios se curvaron con una mueca maliciosa, un gesto muy familiar—. Supongo que no habrías creído a alguien que se hubiera presentado ante ti diciendo que tu viejo amigo Touk Golpe de Martillo quería tener una charla contigo.

Tuve que darle la razón.

—Por lo tanto —continuó—, utilizamos a Dinn como señuelo. Un estupendo minotauro adulto merodeando por la zona que tú frecuentas, listo para echarle el guante... ¿Cuánto vale en la actualidad, noventa piezas de oro? —Suspiré, y él me dirigió una mirada penetrante— No soy muy bueno para dar explicaciones claras, ¿verdad?

—No. No lo eres.

Se oyó un ruido suave, el susurro de unos pies descalzos en la estera de juncos que cubría el suelo. Alycia estaba en la puerta, tan deslumbrante como un zafiro bajo | la dorada luz del crepúsculo. Se acercó hasta quedarse de pie junto a Touk.

—Deja que lo intente yo —dijo—. Doune, necesitamos un nuevo capitán para nuestras patrullas fronterizas. —Posó la mano en el hombro de Touk—. Y nos has sido altamente recomendado para el puesto.

—¿Por qué vino en mi busca el mismo..., la misma Binza en persona?

Ella se echó a reír, y sus ojos azules relucieron.

—Te dije cuando nos conocimos que eras toda una leyenda en el lugar de donde venía. Touk insistió en que eras el hombre que necesitábamos, pero me gusta comprobar qué clase de gente es la que viene a vivir aquí. No era mucho el peligro que corría yendo a Istar. Están demasiado preocupados en tejer leyendas sobre el terrible Binza para saber realmente quién soy. Por lo tanto, ¿quién mejor para decidir si eras merecedor de nuestra confianza?

—¿Y si hubieses decidido que no lo era?

—No habría sido difícil perdernos en los cañones. —Sonrió y unos hoyuelos se marcaron en sus mejillas—. Son muy sinuosos y abruptos. No te habría costado trabajo creer que Dinn se había desorientado.

Alcé la vista al techo, intentado definir con claridad todo aquello.

¿No era cierto lo del asesinato del grupo de peregrinos?, pregunté. Me respondió que no. ¿Ni lo de santuarios desvalijados y clérigos masacrados? En absoluto, dijo. ¿Ni céntimos de plata robados de los ojos de hombres muertos? Se

estremeció.

—Es el rumor que más detesto de todos. No. Tengo mis ideas sobre lo que es correcto, y creo que tienen amordazado al mundo allá fuera. Eso es todo.

Asentí en silencio.

—Entonces supongo que no habrá recompensas.

—Ninguna. Sólo un trabajo, Doune el Cazador, defendiendo a gente buena y manteniéndola a salvo. Un hogar con un viejo amigo. —Apartó la mirada, ocultos los ojos tras el espeso velo de sus pestañas—. Y algunas amistades nuevas. ¿Estás con nosotros, Doune el Cazador?

Los ojos de Touk fueron de Alycia a mí, con una ceja arqueada.

—Vaya, vaya —murmuró—. Así estamos, ¿eh? Pensé que el kender se lo estaba inventando.

—Oh, cállate, Touk —dijo ella, con las mejillas encendidas, aunque sin poner mucho énfasis en sus palabras.

Touk rompió a reír y se palmeó la rodilla, la ilesa.

—¿Entonces, qué, Doune el Cazador? ¿Estás con nosotros? —preguntó.

Una vez, Alycia me había prometido una recompensa tan grande que ninguno de los escondrijos que conociera donde guardarla quedaría vacío. Yo había pensado en oro, y ella se refería a un hogar, un lugar seguro y un viejo amigo. Ahora, al observar que sus blancas mejillas se tenían de rosa, comprendí que me estaba ofreciendo algo más.

Le dije a Touk que había hecho un solemne juramento de comportarme honradamente con Alycia y que, a mi entender, dicho juramento era extensivo para Binza.

Más tarde, cuando el cielo estaba cuajado de estrellas y la luz de Solinari brillaba a través de la ventana, Alycia, la terrible proscrita, Binza del Valle, rozó con sus labios mi frente de un modo que supe que no estaba comprobando si tenía fiebre.

—Hubo un tiempo en que pensé que sería imposible llenar esos espacios vacíos que había en ti —susurró—. Creí que Touk se equivocaba, que no eras el hombre indicado para nosotros. Pero, cuando te vi mirando a la mujer nómada mientras escapaba, cuando vi lo que sentías por ella, lo que de verdad sentías, de manera que querías apartar la vista pero no podías...

Sonrió, como lo hizo entonces, como si me estuviera viendo por primera vez y le gustara lo que veía.

—Bienvenido a casa, Doune el Cazador.

Me besó de nuevo, y sentí que sus labios se ensanchaban con una sonrisa, como una promesa.

## Día libre

*Dan Parkinson*

En un lugar de sombras, se movieron otras sombras pequeñas.

La luz del sol se filtraba entre los cascotes desmoronados, donde grandes bloques de granito se apilaban en montones de escombros, recostados unos contra otros allí donde se habían desplomado. La luz brillaba entre grietas y henil i duras e iluminaba el liso y húmedo suelo de un túnel serpenteante, a bastante profundidad bajo la superficie. Aquí, la lluvia de siglos había abierto canales debajo de los escombros, canales que descendían a unos pozos más grandes y cavernosos, bajo los macizos cimientos de un gran templo.

En la luz mortecina, las sombras seguían el sinuoso paso hacia arriba, pequeñas y furtivas sombras que se movían en fila india, en silencio... o casi.

¡Pum! La fila de sombras redujo la velocidad y se acortó a medida que las sombras de atrás convergían con las de delante. La que iba a la cabeza se giró y dijo:

—¡Chist!

—Alguien caer —susurró una voz.

—¡Chist! —repitió la primera sombra, con énfasis.

Entonces reanudaron la marcha. El origen del canal erosionado era una abertura en forma de uve, entre piedras cuadradas; una filtración donde las piedras se habían asentado, separándose unas de otras.

La sombra del frente hizo una pausa, dijo « ¡Chist!» otra vez, y desapareció por una grieta. Las otras sombras la siguieron a la oscuridad que había más allá.

Oscuridad, y después una tenue luz en alguna parte, más adelante. Con la luz llegaron los sonidos de voces y los olores de alimentos cocinados. La luz salía a través de una estrecha grieta; la sombra del frente se detuvo otra vez. Las otras se amontonaron detrás y de nuevo hubo sonidos bruscos y contenidos.

¡Pum! Una voz apagada: « ¡Auch!» .

Otra voz: « ¡Ay! ¡Cuidado!» .

—¡Chist!

—Alguien chocar con alguien.

—¡Chist!

¡Pum!

—Alguien caer otra vez.

—¡Chist!

Silencio de nuevo, y las pequeñas sombras se arrastraron una tras otra por la grieta y entraron en una gran habitación abovedada, iluminada con lámparas, donde los hornos irradiaban calor, la carne siseaba sobre brasas, las ollas humeaban sobre ardientes lumbres, y la gente trabajaba; gente mucho más grande que las pequeñas figuras furtivas que cruzaban a todo correr un espacio abierto para meterse debajo de una enorme mesa de trinchar.

Una de las personas altas de la cocina miró en derredor.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó otra.

—¿No has visto algo?

—No. ¿Qué era?

—Nada, supongo. Echa un vistazo a esos panes, ¿quieres?

Una de las personas grandes se dio media vuelta y se inclinó para asomarse a uno de los hornos.

—Unos cuantos minutos más. Yo... ¡Vaya! ¿Adónde ha ido a parar?

—¿El qué?

—Medio pato. —La voz sonaba perpleja, después irritada—. Oh, vamos. Estos patos asados son para la sala de guardia. ¿Quién lo ha cogido?

—Yo no, así que no me mires a mí. No importa. Prepara esa bandeja. Ya sabes cómo se ponen los guardias cuando tienen hambre.

—Está bien, pero espero que nadie se dé cuenta de que sólo hay once patos y medio.

La gente grande iba y venía, y las pequeñas sombras avanzaban de escondrijo en escondrijo a través de la cocina, hasta la puerta entornada de una despensa situada en un rincón poco iluminado.

—¿Cuántos panes metiste al horno? —Preguntó una voz a sus espaldas—. Creo que faltan algunos.

Las pequeñas sombras se movieron por la despensa desplegándose en abanico, investigándolo todo. Aquí y allá desaparecieron pequeños artículos de anaqueles y bancos. Pasada la despensa había un ancho corredor escasamente alumbrado, donde se alineaban túnicas colgadas en perchas y, debajo de ellas, pares de sandalias. Unos cubículos con cortinas jalonaban el corredor. Detrás de las cortinas se oía el ruido de respiraciones acompasadas y alguno que otro ronquido.

—¡Oh! —Susurró una voz—. ¡Bonito!

—¡Chist!

Herramientas e instrumentos yacían sobre bancos de sólidos tablones, en un taller de paredes de piedra. A medida que las sombras pasaban, varios de gestos

artículos desaparecieron. En la pared del fondo del taller, pieles curtidas y tratadas estaban enrolladas y atadas. Otras colgaban en la pared, y otras estaban apiladas en montones, junto a unas enormes tinajas cerradas con tapaderas.

Una sombra se detuvo cerca de la piel de un gran alce, recientemente curada.

—Bonita —susurró—. Hacer buen petate de dormir.

—Gañote cogerá para sí « mismo » —hizo notar otra voz, en un susurro.

—Tras lucha, cogerá —dijo la primera, con determinación.

Las velas iluminaban un espacioso comedor, donde hombres grandes se sentaban a las largas mesas y devoraban la comida y la cerveza a medida que unos sirvientes entraban con bandejas cargadas y salían con ellas vacías.

—Bruñir y pulir, frotar y abrillantar —gruñó una voz profunda—. Estoy harto de tanto limpiar armaduras.

—Órdenes del capitán —rezongó otro— Frotar y pulir todo. Algo importante se está cociendo.

—Está aquí todo el consejo —dijo un tercero—. La novena delegación acaba de llegar. Por el cumpleaños del Príncipe de los Sacerdotes, dicen los clérigos.

Entre filas y más filas de grandes piernas y enormes pies, : las pequeñas sombras se escabulleron una tras otra por debajo de una hilera de mesas. Aquí y allá, cerca del borde de las mesas, desaparecieron algunas porciones de J comida.

¡Pum!

—¡Chist!

—Alguien caer otra vez —explicó un quedo susurro.

Por encima de la mesa, uno de los guardias se giró hacia el que tenía a su lado.

—¿Quién?

—¿Quién, qué?

—¿Quién se ha caído?

—¿Quién hizo qué?

—Olvidalo. Yo... ¡ay! ¡Deja los pies quietos, guasón!

Más allá del comedor, pasada una grieta oculta tras un tapiz, en una espaciosa estancia sombría, se alineaban hileras de catres. Acá y allá había hombres dormidos. En los soportes de madera había colgadas armaduras completas.

Las pequeñas sombras se movieron por el cuarto.

—Aquí no mucho —musitó una voz— Bonito material, pero todo muy grande.

—¡Chist!

—Aquí algo. ¡Eh, bonito y brillante!

Ruido de metal al chocar contra metal.

—¡Chist!

Un rato después, las sombras se habían marchado y regresaban por el mismo camino por el que habían llegado, a Salvo por los ruidos habituales del templo, ahora reinaba el silencio.

A través de los antiguos canales causados por antiguas lluvias, se movieron las sombras: pequeñas y apresuradas sombras cargadas con abultados sacos de malla y brazadas de cosas diversas y objetos de todo tipo. Los canales se ensancharon en cavernas y al frente se divisó el brillo de luces y el sonido amortiguado de voces.

¡Pum!... ¡Cataclán!... ¡Plaf!

La fila se paró.

—¿Ahora qué?—preguntó la sombra que iba a la cabeza.

—Alguien caer.

Las sombras reanudaron la marcha, después se frenaron con brusquedad al escucharse un poderoso rugido en alguna parte..., un rugido como el avance impetuoso de agua desbordada. Un grito, entremezclado con el sonido, que cesó de manera repentina sólo para repetirse como un eco frenético de alguien que chapoteaba y tosía.

Las sombras habían desaparecido en escondrijos. Ahora que el ruido había cesado, salieron de sus escondites y avanzaron con cautela.

—¿Qué ser eso?—susurraron una o más.

—¿Quién sabe?—Llegó la respuesta—. Pero pasar ya. Vamos.

De nuevo se movieron las sombras, apresurándose hacia la luz. Y de nuevo se oyó un chapoteo.

—¡Alto!—ordenó la sombra de delante—. ¿Qué ser esta cosa en suelo?

—No idea. No estar antes.

—Agua, no. ¿Qué ser?

—Oler raro. Pero saber bien. ¿Qué ser?

Ruidos de sorbidos.

—¿Quién sabe? ¡Basta ya de gastar tiempo! ¡Vamos!

Nunca se planeó el Día Libre. Al igual que los acontecimientos más históricos de Este Sitio durante el extenso y nada esplendoroso reinado de Su Vehemencia Gañote III, Gran Bulp por Elección y Señor de Este Sitio y Quizá Muchos Otros, el Día Libre tuvo lugar así, sin más. Se inició de un modo de lo más inocente, con una pregunta planteada por la esposa y consorte del Gran Bulp, la dama Grama. La señora, acompañada por un corrillo de otras féminas gullys, acababa de regresar de una expedición a las Salas de los Altos, en busca de algo; unos decían que era arroz tostado y huesos estofados, que a veces podían escamotearse en las cocinas, cuando los Altos estaban distraídos; otros decían que eran plumas; algunos decían que eran jugosos y estupendos ratones; y la mayoría no recordaba lo que era, simplemente.

Algunas cosas —en lo que se refería a los aghars— valía la pena recordarlas,

y otras no. Las razones para una acción ya realizada, raramente se calificaban como merecedoras de ser recordadas. Lo que de verdad importaba era la excursión en sí.

Dama Grama y otras se habían internado en las salas hasta donde se habían atrevido: por estercoleros y despensas, habitaciones y talleres, a través de un comedor donde los Altos comían y hablaban acerca del cumpleaños de alguien, y sitios interesantes donde había catres, armarios para efectos personales y cosas diversas tiradas acá y allá.

Las señoras aghars, instintivamente adeptas a escabullirse a través de puertas entornadas y bajo las mesas, a esconderse en las sombras y deslizarse sin ser vistas entre los pies alineados de especies más grandes, habían tenido una expedición bastante provechosa, desde el punto de vista de los enanos gullys. Casi todas regresaron antes de la caída de la noche, aunque se ignoraba si habían vuelto todas ya que, en primer lugar, nadie sabía con certeza cuántas habían salido de expedición; y los tesoros que llevaron a Este Sitio fueron causa de una agitada conmoción durante varios minutos, por lo menos.

Había dos ollas de barro con restos de comida en su interior; un surtido de huesos mordisqueados; una sandalia ornamentada, demasiado grande para el pie de cualquier aghar; dos túnicas de lino blanco, cada una de las cuales proporcionaría maravillosos ropajes para ocho o diez aghars; un barrilete casi medio lleno de la cerveza de los Altos; medio pato asado; un espejo; una pica de infantería tres veces más alta que el propio Gañote III; dos panes; un pesado mazo; una patata; cuatro metros de bramante; un formón; una pieza de armadura (el protector de la entepierna), que serviría como un estupendo cuenco para sopa; y la piel entera de un alce, con su correspondiente cráneo y cuerna. Este último tesoro complació tanto a Gañote III que pasó a ser de su propiedad... tras un altercado.

Gañote III arrojó a un lado su corona hecha con dientes de rata, se echó la piel del alce por encima, se retorció bajo ella un poco, y después salió con el cráneo sobre la cabeza y la cuerna sobresaliendo por encima de él. El resto de la piel arrastraba un buen trecho a su espalda al caminar.

Jamás en su vida se había sentido tan regio. Caminó en círculo, pavoneándose.

—¡Mirar! ¡Todos mirar! El Gran Bulp impresio... pres... ¡Buen aspecto! — exclamó.

Fue tan insistente en su ostentosa exhibición que una muchedumbre se reunió a su alrededor, apartando a codazos a dama Grama y a las otras mujeres que, al fin y a la postre, habían sido quienes habían conseguido el tesoro. Entre los reunidos se alzaron murmullos de « Ver Gran Bulp », « Poderoso Gañote » y « ¿Quién ser payaso con traje de alce? ».

—¡Todos de rodillas! —Ordenó Gañote con actitud regia— ¡Hacer reveren...

revertien... inclinar ante Gran Bulp!

Varios súbditos se arrodillaron obedientemente, pero la mayoría había perdido interés y ya se había desperdigado. Algunos de los que estaban a su espalda, arrodillados sobre la larga piel del alce, descubrieron que era una estera muy cómoda. Poco después, dos o tres se habían tumbado y dormían plácidamente.

—Muy bien. —Gañote movió la cabeza arriba y abajo, satisfecho de la atención que recibía con su nuevo y regio atuendo. De pronto—: ¡Ah, oh!

La enorme y pesada cuerna se tambaleó hacia adelante, desequilibrada. El gesto de asentimiento se tornó en una inclinación y después en una profunda reverencia, y, en medio de un estruendoso repicar entremezclado con maldiciones, el Gran Bulp cayó de bruces, completamente enterrado bajo la inmensa piel.

La ocasión fue irresistible para algunos de sus leales súbditos. Reparando en los que ya dormían en la amplia cola, otros se subieron al regio manto y se hicieron un ovillo para echarse una siesta.

Con la piel sobrecargada por el peso de los gullys durmientes, todo cuanto pudo hacer Gañote fue salir gateando por debajo de ella.

Su cólera se apaciguó en parte cuando un fornido y joven aghar llegó corriendo de alguna parte, gritando a pleno pulmón, y se frenó en seco ante él. El joven estaba empapado y pringado de la cabeza a los pies de un líquido de color rojo púrpura.

—¡Gran Bulp! —jadeó el recién llegado, falta de aliento—, ¡Noticias de tu real mina!

—¿Tú, real mina? —Gañote lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué real mina?

—Sí, Gran Bulp. Yo, Bufo. Trabajar en real mina.

—Bien. —Gañote reflexionó un momento—. ¿Qué es trabajar? —Se encogió de hombros y se dio media vuelta mientras intentaba recordar qué lo había irritado tanto un instante antes. Miró en derredor sin fijarse por dónde andaba, de manera que se metió en la maraña de una cuerna l de alce y se encontró completamente enredado.

Dama Grama corrió hacia él mientras sacudía la cabeza.

—Gran Bulp un buey torpón —rezongó, a la vez que empezaba a desenredar a su señor y esposo del dilema en que se encontraba.

—¡Gran Bulp escuchar! —Insistió el minero manchado, de rojo—. ¡Noticias de mina!

Gañote no estaba de humor para escuchar, pero Grama se volvió hacia el recién llegado.

—¿Qué noticias? —preguntó.

—¿Qué?

—¡Noticias! ¡Noticias de mina! ¿Qué noticias?

—¡Ah! —Bufo puso en orden sus ideas y después se estiró tanto como una persona de un metro veinte de estatura puede estirarse—. Encontrar filón — anunció—. Madre veta. Real surtidor.

—¿Filón? —Gañote estaba interesado ahora—. ¿Qué filón? ¿Lodo? ¿Arcilla? ¿Piedras perc... pric... preciosa? ¿Qué?

—Vino —informo Bufo.

Gañote parpadeó.

—¿Vino?

—Vino —repitió enorgullecido Bufo—, Gran Bulp tener real mina vino, real surtidor.

Grama terminó de desenredar a Su Frenética Majestad de la trampa de la cuerna de alce y después se acercó donde Bufo aguardaba firme y caminó a su alrededor mientras olisqueaba.

—Vino —dijo—, ¿De mina?

—Mina toda llena vino —farfulló de manera atropellada—. « Tenque » ser veta madre.

Grama se quedó pensativa un momento; luego se volvió hacia el Gran Bulp.

—¿Qué hacemos con vino?

—Beberlo —dijo Gañote con tono decidido—. Todos poner embari... embigar... borrachos como cubas.

—Gran tontuna, Gran Bulp —intervino una voz cascada.

Una pequeña figura encorvada, que se apoyaba en el palo de una escoba, salió de las sombras. Era el viejo Giba, *Gran Opinante de Este Sitio y Jefe Consejero del Gran Bulp en Asuntos Requeridores de Seria Reflexión*.

—Beber madre veta de mina vino no tontuna, Giba —bramó el Gran Bulp—. ¡Idea buena! ¡Yo tenerla!

—Claro —graznó Giba— Beber todo. Y luego, ¿qué? Todos acabar con cabeza hinchada y ningún provecho. En lugar de beberlo, venderlo. Hacernos ricos.

—¿Venderlo a quién?

—A los Altos. Muchos Altos pagar bien por vino. Yo digo hacer negocio. Tener riqueza mejor que tener borrachera.

Grama se sintió totalmente atraída por la idea de hacerse rica. Imágenes de las más exquisitas finezas acudieron a su mente: collares de cuentas, inacabables provisiones de carne de estofado, pares de zapatos iguales, un peine...

—Giba razón, Gañote —dijo—. Ser ricos. Superado en razonamiento y estrategia, el grandioso Gran Bulp se dio media vuelta, rezongando, y empezó a reclamar su piel de alce propinando patadas a diestro y siniestro a los dormidos aghars.

—Tener que celebrar —decidió Grama.

Giba se había marchado y el único que quedaba para discutir con ella sobre tales materias era el trabajador de la mina manchado de vino. Bufo seguía firme en el mismo sitio, sin prestar realmente mucha atención a lo que ocurría porque había visto a la encantadora Bacina, una hermosa jovencita aghar capaz de hacer olvidar a cualquier aghar el asunto que tuviera entre manos.

A pesar de ello, oyó la sentencia de la reina y volvió la vista hacia ella.

—¿el qué? —preguntó.

—¿El qué, qué?

—Celebrar. ¿Celebrar, qué?

—¡Ah! —Dama Grama bizqueó, esforzándose por recordar. Había que celebrar algo, desde luego. Pero se le había olvidado qué era. Como cualquier otro aghar, Grama tenía una gran memoria para las cosas que veía, y a veces, incluso, para las que oía, pero muy escasa para recordar ideas y conceptos. El razonamiento de los de su especie era simple: cualquier cosa vista merecía la pena recordarse, pero, por lo general, poco más era merecedor de ello. Rara vez era necesario recordar ideas. Si uno olvidaba una idea, podía discurrir otra. Y ahora tenía una. Se dio media vuelta y gritó:

—¡Gañote!

A poca distancia, el Gran Bulp apartó de una patada a otro de sus súbditos que dormía sobre la piel de alce, hizo un alto y miró a su alrededor.

—¿Sí, querida?

Fue entonces cuando dama Grama planteó la pregunta que tendría como resultado uno de los episodios más históricos en la leyenda de los aghars de Este Sitio: el Día Libre. La pregunta surgió por el mero recuerdo de algo que había oído en las Salas de los Altos, durante su expedición de avituallamiento con las otras damas de la corte.

—Gañote, ¿cuándo tu cumpleaños?

Fue el acólito Pocilio quien descubrió que la Cuba Nueve se había vaciado de su consagrado contenido; vaciado hasta el espeso poso, que empezaba a secarse y a formar una costra por encima. Al principio, no podía dar crédito a sus ojos. Haciendo el signo de la tríada, cerró la abertura de cata y retrocedió, tembloroso y pálido, recitando letanías en un susurro.

—He sido embrujado —se dijo—. Sólo es una ilusión, La cuba no está vacía. La cuba está llena.

Sin dejar de murmurar, se arrodilló en el suelo de piedra de la gran bodega y adoró a todos los dioses del Bien, esperando mientras sus oraciones calmaban su agitación interna, dejando que la luz de la bondad y la sabiduría le inundara el alma. Todavía tembloroso, pero sintiéndose en cierto modo más seguro, remontó los peldaños de piedra hasta la pasarela y se acercó otra vez a la portilla de cata de la Cuba Nueve. Con las manos algo trémulas, la desatrancó otra vez, musitó una última plegaria, y levantó la tapa.

La cuba estaba vacía. La luz de las velas alumbraba su oscuro interior y las distintas marcas de nivel en su pared interna. Tres metros y medio más abajo, oscuro y apestoso, estaba el reseco poso encostrado, varios centímetros por debajo de la última marca de nivel. El pálido semblante de Pocilio adquirió un tinte ceniciento. La cuba no podía estar vacía. Era imposible. Y, sin embargo, no había vino en su interior.

Soltó la tapa de cata otra vez, la cerró, y recorrió con la mirada la cavernosa bodega. Desde donde se encontraba, sobre la pasarela, las enormes cubas se perdían en las sombras. Nueve en total; sólo la parte superior asomaba sobre la base de piedra horadada en la que reposaban. Cada una de ellas era más grande que la celda donde Pocilio dormía, cuatro pisos más arriba, en el Templo del Príncipe de los Sacerdotes. Las inmensas tinas parecían una hilera de monolitos de madera curada, cuyas paredes eran tan gruesas como la longitud de su pie. Cada una de ellas estaba asentada en una cavidad de roca sólida y, como todo lo demás en este lugar —la mayor construcción de Istar, el centro del mundo—, eran lo mejor de su clase... de cualquier parte.

Los vinos que guardaban habían sido bendecidos por el mismo Príncipe de los Sacerdotes. No en persona, claro, pero sí en espíritu, en severas ceremonias celebradas por clérigos de rango inferior, en nombre de Su Magnificencia. Durante dos siglos y medio los vinos habían sido bendecidos. Desde que el templo había quedado acabado, cada Príncipe de los Sacerdotes había bendecido los vinos de las nueve cubas, cada cosecha.

Simbolizaban los nueve reinos de la Triple Tríada: las tres provincias regidas por Istar, los tres estados aliados de Solamnia, y los estados fronterizos de Taol, Istin y Gather; los vinos eran parte de los sagrados bienes. Lo mejor de la cosecha, producida en su totalidad por manos humanas y purificadas por la bendición del sol, eran los Vinos que había en las nueve cubas.

Mejor dicho, los vinos que se suponía que debía haber en las cubas, se corrigió Pocilio para sus adentros. Los que, de hecho, estaban en las otras cubas, desde la número uno hasta la número ocho —Pocilio lo había comprobado, como hacía cada mañana—, y que la Cuba Nueve, a saber cómo, no tenía.

Su mente era un confuso hervidero de ideas. ¿Cómo podía estar vacía la Cuba Nueve? Ninguna tina había estado vacía jamás. Estos no eran vinos de mesa. Para tal propósito disponían de vinos elfos. No, estos vinos eran sagrados, utilizados sólo en ocasiones especiales y en cantidades ceremoniales. Y la cantidad consumida se reponía por los mayordomos a intervalos regulares, siempre con las mejores cosechas humanas de cada uno de los nueve reinos.

Fabricadas con maderas duras y selladas las juntas, apoyadas en sólida roca, ninguna cuba había dejado escapar ni una sola gota del precioso líquido. Y no había manera de sacar vino de cualquiera de ellas a no ser por la portilla de cata. Y sólo él tenía las llaves. Pocilio quería llorar.

Despacio, temblándole las piernas, caminó hacia la puerta cerrada de la bodega. Cientos de ideas lo acosaban: explicaciones de lo que había sucedido, disculpas por tan increíble desaparición, súplicas de clemencia... Pero ninguna era razonable.

Sólo podía hacer una cosa. Tenía que informar de la desaparición del vino de la Cuba Nueve, y rezar para que ocurriera lo mejor.

—Hechicería —musitó el segundo mayordomo mientras miraba de hito en hito la cuba vacía—. Maldad y caos. Brujería. Conjuros.

—Cualquier tipo de perversidad —se mostró de acuerdo el primer mayordomo—. Pero... ¿hechicería? ¿Dentro del propio templo? ¿Cómo puede ser? Aquí no hay magos... salvo uno, por supuesto, pero está autorizado por el propio Príncipe de los Sacerdotes. El Ente Oscuro no realizaría tan malévolo conjuro. Todos los demás hechiceros se han marchado... y están confinados en el lejano Wayreth. Istar ha sido purificada de su pernicioso presencia.

—¿Entonces cómo se explica esto? —insistió un clérigo superior, de la sección de mantenimiento—. Una cuba completa de vino, cuatrocientos... eh... ochenta y tres barriles, según el inventario de ayer. Desde luego, no se ha levantado y se ha ido por su propio pie, y no ha habido trasiego de mercancías en los tres niveles inferiores durante la pasada semana, ni siquiera mozos de cuerda.

—¿Ladrones? —sugirió un joven clérigo, que se puso colorado y agachó los ojos cuando cayeron sobre él las miradas incisivas y desaprobadoras. Era por todos bien conocido el hecho de que el Templo del Príncipe de los Sacerdotes era inviolable. En todo Istar, en todo Ansalon, no había edificio más a prueba de robo.

—Sólo los posos —musitó el segundo mayordomo, todavía con la mirada prendida en la cuba vacía. Tanteó con una larga vara medidora. El sonido del golpeteo contra el fondo fue apagado— Aproximadamente un metro de poso reseco. ¿Cómo pudo ocurrir esto, a menos...? —Bajó la voz—. ¿A menos que sea obra de la magia? De la pérfida y pagana magia.

—Hermano Susten, ¿has reparado en que sólo llevas una sandalia? —preguntó una voz curiosa desde debajo de la pasarela.

—No encuentro la otra —replicó con brusquedad el primer mayordomo—. Te ruego que te concentres en el asunto que tenemos entre manos, hermano Relumbre. No es momento de contar sandalias.

—¡Estoy harto de tanta cháchara, cabezas huecas! —Rugió una voz exasperada, lejos, más allá de la puerta de la bodega—. ¡Quiero saber quién se lo ha llevado! ¡Ahora!

Las cabezas se volvieron por la sorpresa. Varios clérigos corrieron presurosos hacia donde había sonado la voz y al poco tiempo regresaron, sacudiendo las cabezas.

—No es nada, Eminencia —dijo uno de ellos al primer mayordomo—. Un capitán de la guardia del templo. Al parecer, también él ha perdido parte de su

atuendo.

—¡Esto es el colmo! —Se alzó de nuevo en la distancia la voz irritada—. ¿Quién ha sido el perverso que ha quitado de mi armadura la pieza protectora de la entrepierna?

—Desaparecido —musitó el segundo mayordomo, con la mirada fija en la vacía Cuba Nueve, como hipnotizado—. Todo ese vino... desaparecido.

—¿Brujería? —repitió con voz áspera el custodio de los pórticos, mirando incrédulo al grupo de clérigos reunidos ante él—. ¿Magia? No seáis ridículos. Esto es el Templo del Príncipe de los Sacerdotes. ¡La hechicería está prohibida aquí, como muy bien sabéis!

—Con todo el respeto, Eminencia —dijo el primer mayordomo, apoyándose de manera alternativa en el pie calzado con sandalia y el descalzo—, pero hemos estudiado en profundidad este asunto y no hemos llegado a otra conclusión.

El custodio de los pórticos los observó fijamente, en silencio; después extendió sus ondeantes vestiduras y tomó asiento tras su escritorio. Suspiró.

—Muy bien, hagamos otro repaso. Primero: aun en el caso de que la magia se hubiese introducido de algún modo en el templo (¿y qué mago se atrevería a hacer tal cosa?), ¿qué propósito tendría el dejar vacía una cuba de vino consagrado?

—Por maldad, el evidente propósito de todo lo perverso.

—Segundo: Su Radiante Gracia, el Príncipe de los Sacerdotes en persona, supervisó la evacuación de la Torre de la Alta Hechicería de Istar. Se sacó hasta el último artefacto mágico, y todos los hechiceros de cualquier grado fueron expulsados, no sólo de Istar, sino también de los nueve reinos. La torre está vacía, y los sellos permanecen intactos.

—El Mal tiene sus caminos —dijo alguien.

—Y está el... Ente Oscuro —susurró otro, que de inmediato agachó la cabeza, abochornado, deseando no haber abierto la boca.

—Tercero —continuó el custodio de los pórticos con actitud severa, simulando no haber oído el último comentario—, es del todo imposible que ese vino haya desaparecido... —Enmudeció, frunció el entrecejo y parpadeó.

—... por medio alguno, aparte de la magia —finalizó 11 frase el primer mayordomo con voz queda, procurando adoptar una actitud pia en lugar de triunfante.

—¿Brujería? —susurró el maestro de pergaminos mientras sacudía la cabeza. El movimiento hizo que se agitara su blanco cabello, fino como hilos de seda. Aquí, en la sombras de su sanctasanctórum, donde muy pocas personas lo veían, salvo el custodio de los pórticos y, por supuesto, el Príncipe de los Sacerdotes, parecía un hombre muy anciano, por completo distinto de la dignificada y reverente presencia que tomaba asiento al pie del trono, cuando el Príncipe de los Sacerdotes concedía audiencia en el santuario de luz.

El maestro de pergaminos sacudió de nuevo la cabeza, muy débil y triste en apariencia, a menos que se lo mirara a los ojos.

—Después de todos estos años... el Mal aún nos desafía en Istar.

—No hay otra explicación, Excelencia —dijo el custodio de los pórticos con actitud comprensiva.

Durante más estaciones de las que ningún hombre había vivido, el maestro de pergaminos, el máximo representante —después del propio Príncipe de los Sacerdotes— de todo lo que era bueno y santo, había echado sobre sus débiles hombros la carga de salvaguardar la virtud en un mundo demasiado propenso a caer en la perversión. Ahora parecía vencido, próximo a llorar... hasta que alzó la vista.

—El Mal —susurró el anciano—. Después de todo lo que hemos hecho, todavía yergue su vil cabeza. ¿Sabes, hermano Sopin, que mi ilustre predecesor, mi venerado padre, murió de tristeza al comprender que ni sus agotadores afanes como consejero de Su Radiante Gracia habían logrado acabar para siempre con el Mal? Sí, claro que lo sabes. En verdad creyó que se había conseguido, primero con la proclamación del Manifiesto de la Virtud y posteriormente al sancionar el exterminio de las razas perversas en todo el mundo. Durante un tiempo creyó que había tenido éxito, al igual que el tercer Príncipe de los Sacerdotes y sus consejeros creyeron haber acabado con el Mal de una vez por todas el día en que este templo se consagró a todos los dioses... del Bien, se entiende —añadió.

El maestro de pergaminos alzó sus llorosos ojos —esa impresión daban a primera vista— para mirar a su visitante.

—Hubo un tiempo en que incluso creyó en el acierto del primer Príncipe de los Sacerdotes de que, vinculando la fuerza de Solamnia con la guía espiritual de Istar, las fuerzas del Mal podrían ser expulsadas del mundo.

—Es lamentable —dijo el custodio con actitud afligida.

—Sí. Lamentable. Lo he dicho con anterioridad, buen Sopin. El Mal es una abominación. El Mal es una afrenta a la propia existencia de los dioses y de los hombres. Y, no obstante, ¿cómo eliminarlo de manera definitiva, para siempre? Su pregunta no esperaba respuesta. Sin duda, y a la tenía.

—¿Cómo, Hijo Venerable? —Ahora sabemos, y el Príncipe de los Sacerdotes tiene que saberlo también, que el Mal no puede ser derrotado unificando estados y construyendo templos. Ni tampoco expulsando a los partidarios del caos; ni siquiera eliminando los actos malignos y las razas perversas... aunque esto último no se ha llevado a cabo por completo todavía, según tengo entendido.

—Estas cosas llevan su tiempo, Excelencia. Incluso las razas más viles se resisten a la exterminación. En cuanto a los hombres que practican el Mal, cuando creen que no serán descubiertos...

—Tiempo —masculló el maestro de pergaminos con voz seca y rasposa como arena—. Apenas queda tiempo, Sopin. Este asunto de la desaparición del

vino, esta arrogante demostración de hechicería, aquí mismo, en el lugar más sagrado de todo el mundo... ¿No lo entiendes, Sopin? ¿No ves lo que significa?

—Eh... Bueno, puede ser...

—Es un desafío, Sopin. Peor aún: es una burla. El Mal está cobrando fuerza en el mundo, ¡porque todavía no lo hemos destruido en su origen! —Los ojos llorosos ardieron al mirar al custodio, que vio en ellos el fuego del fanatismo.

—¡Hijo Venerable! ¿Te refieres a...?

—Sí, Sopin. Ya se ha discutido antes. Es el momento de arrancar el Mal de raíz. De las propias mentes de los hombres. El custodio palideció.

—Hijo Venerable, ya sabes que estoy de acuerdo contigo, ¿pero es el momento propicio para una política tan drástica? La gente está...

—Son niños a los que hemos de guiar por el sendero de la verdad, hermano Sopin, al arbitrio de Su Radiante Gracia, el Príncipe de los Sacerdotes. —El maestro de pergaminos se arrebuñó en sus ropajes, tembloroso. Últimamente tenía frío muy a menudo—. El Gran Consejo de los Hijos Venerables, hermano Sopin... Creo que ahora están todos presentes en Istar, ¿no? Han presentado sus respetos a Su Radiante Gracia.

—Están presentes, Excelencia. Cada uno de los nueve reinos ha enviado una delegación para la festividad de mañana, y todos los miembros del consejo están aquí. Aunque se me ha informado hoy que uno de los clérigos mayores está enfermo. Nadie ha sido capaz de sanarlo. Quizá mañana, a la hora de la celebración, se encuentre mejor.

—Con la gracia de los dioses del Bien —se mostró de acuerdo con el maestro de pergaminos. Después miró de nuevo a su ayudante— ¿Enfermo? ¿Cuál de ellos?

El custodio rebulló inquieto.

—Eh... Es el hermano Sinius, Hijo Venerable. El clérigo mayor de Taol.

El maestro de pergaminos lo miró de hito en hito.

—¿Taol? ¿El noveno reino? ¿De dónde procedía el vino desaparecido?

—El mismo.

—¡Los dioses del Bien nos asistan! Ahí tienes la perfidia del Mal, Sopin. Nos engatusa actuando con sutileza hasta convencernos de que todas sus maquinaciones son sutiles. Entonces, cuando nos tiene embaucados, ataca... dilecto y contundente. A través del sagrado vino nos ataca directamente a nosotros. Nadie puede sanarlo, ¿eh? He de hablar de esto con Su Radiante Gracia, Sopin. El consejo de la luz de mañana tiene un asunto que discutir.

—Pero es el cumpleaños del Príncipe de los Sacerdotes, Hijo Venerable. ¿Es conveniente tratar este tema?

—El consejo se halla presente, hermano custodio, y también lo está el Mal. Déjame ahora, hermano. He de preparar una petición. Sugeriré un edicto; el mismo que he sometido a consideración muchas veces con anterioridad. Pero Su

Radiante Gracia tendrá que tomarlo en cuenta. Después, habrá de ser sancionado por el Gran Consejo los Hijos Venerables.

—Sí, Excelencia. —Sopin sintió un escalofrío en la espalda. ¿El Príncipe de los Sacerdotes solicitar la sanción del consejo? Sólo cabía una explicación para semejante línea de conducta. El maestro de pergaminos tenía en mente proponer la apertura del Pergamino de los Antepasados.

Era un objeto custodiado por el clero desde la instauración de la iglesia, un objeto que había atemorizado de tal modo al primer Príncipe de los Sacerdotes que éste había ordenado sellarlo con un conjuro. Podía abrirse, pero sólo mediante diversos y secretos encantamientos, recitados al unisono por todos los miembros del Gran Consejo de Hijos Venerables.

La sabiduría encerrada en el Pergamino de los Antepasados era tan poderosa que el primer Príncipe de los Sacerdotes la había considerado demasiado temible para dejarla en manos de hombre alguno, ni siquiera en las propias ni en las de sus sucesores. Se decía que el Pergamino de los Antepasados contenía el secreto de la lectura de las mentes. Con su poder, uno podía penetrar y juzgar —posiblemente hasta controlar— las mentes de otros.

Jamás en la historia de Istar se había abierto este pergamino. Jamás el consejo había accedido a ello, a pesar de habérselo propuesto muchas veces. Entre los nueve miembros siempre había algunos —sobre todo los de la Orden Solámnica— que argumentaban que restringir el libre albedrío era una abominación. Y por lo general siempre había otros —casi siempre los elfos— que temían que los propios dioses no toleraran algo semejante. Alegaban que podría destruirse el equilibrio en el que se basaba el universo.

Ciertamente los dioses neutrales se sentirían ultrajados, ya que el libre albedrío era sagrado para ellos. Incluso los dioses del Bien y la luz, murmuraban algunos, podrían considerar la práctica del control de mentes como un acto de arrogancia.

El custodio de los pórticos sintió un nuevo escalofrío al reparar en que el maestro de pergaminos lo miraba con fijeza. En aquellos ojos no había rastro alguno de vejez ni debilidad, ni vacilación en su propósito. Los viejos ojos ardían con un fanatismo tan cegador como el fuego y tan frío como el hielo.

—Los dioses del Bien cuentan con nosotros, Sopin —dijo el anciano—. Confían en nosotros y nos han facultado para ejercer su autoridad. No podemos decepcionarlos otra vez. La raíz del Mal se encuentra en las mentes de los hombres. Y es de ahí de donde debemos extirparlo.

El Gran Bulp Gañote III, cabecilla de todos los aghars de Este Sitio y Quizá Muchos Otros, se quedó perplejo ante la pregunta de dama Grama. No tenía ni la más remota idea de cuándo era su cumpleaños; tampoco estaba muy seguro de saber qué era un cumpleaños. Además, tenía cosas mucho más importantes en las que pensar... si es que conseguía recordarlas.

Una de ellas, por supuesto, era la mina de vino. Gañote no estaba muy seguro, pero sospechaba que el vino no era un producto habitual de minería. Claro que el mundo estaba lleno de misterios y por lo general era mejor no planteárselos.

Ni siquiera sabía bien dónde estaba la mina. El clan Bulp siempre tenía alguna mina en funcionamiento (normalmente cerca del vertedero de la ciudad) por si acaso se encontraba algo de utilidad, pero la localización de la mina cambiaba tan a menudo como lo hacía la localización de Este Sitio.

Este Sitio era movable, circunstancia muy conveniente para los propósitos de los gullys. Años de abuso y malos tratos por parte de otras razas habían despertado ciertos instintos en los aghars, y uno de ellos era no permanecer en un lugar el tiempo suficiente para que su presencia fuera descubierta. Esta semana, Este Sitio estaba aquí. Hacía una o dos semanas, Este Sitio había estado en otra parte. Y dentro de una o dos semanas, Este Sitio podría encontrarse en cualquier otro lugar. Este Sitio estaba donde quiera que el Gran Bulp dijera que estaba Este Sitio.

Gañote no recordaba con exactitud por qué su clan había abandonado el Este Sitio anterior —las decisiones pasadas, basadas en circunstancias pasadas, no merecían la pena de ser recordadas—, pero se sentía orgulloso de la elección del actual Este Sitio: una caverna natural de un sustrato de piedra caliza, cuya entrada estaba oculta por los inmensos montones de escombros dejados por los Altos que habían construido las gigantescas estructuras que se encumbraban en la superficie. Este Sitio se extendía muy por debajo del Gran Templo de Istar y estaba conectado a las despensas de la inmensa construcción por antiguos canales ocasionados por la erosión.

Era un buen sitio para Este Sitio, y el hecho de haberlo descubierto por casualidad —varios gullys habían caído en él, literalmente— carecía de importancia. Para Gañote era otra evidencia más de su ingenio como Gran Bulp, junto con otro par de aptitudes, tales como... Bueno, fueran cuales fueran, sabía que tenía varias.

Probablemente el único rasgo de ingenio que el cabecilla de los aghars de Este Sitio había demostrado fue proclamarse a sí mismo Gañote III, en lugar de simplemente Gañote. Esa enumeración tenía la virtud de causar en sus súbditos una confusión muy deseable, un logro que todos los líderes de todas las naciones envidiarían. Entre los aghars eran muy pocos los que podían contar hasta dos, y ninguno llegaba tan lejos como para contar hasta tres. Por consiguiente, siempre surgía un cierto temor reverente cuando se referían a su señor como Gañote III.

En virtud de su nombre, nunca estaban seguros de quién, —o qué— era. Ello, por sí solo, eliminaba cualquier posibilidad de rivalidad para el puesto.

La decisión de ser Gañote III había sido una inspiración. Ahora, muchos años más tarde, el Gran Bulp sintió que le llegaba una nueva inspiración. No sabía qué

era, pero los síntomas no eran los propios de una indigestión y tenían algo que ver con lo que había sentido al ponerse la piel de alce con su enorme cuerna. El fantástico atuendo lo hacía sentirse como el Gran Bulp del Porvenir. Así pues, cuando su amada consorte (¿cómo se llamaba?) sugirió una fiesta en honor de su cumpleaños, Gañote aceptó de buena gana y pronto olvidó todo el asunto. Estaba mucho más interesado en ir de un lado a otro, pavoneándose con su piel de alce y sintiéndose importante, que en planear ceremonias.

Grama, por otro lado, no tenía tales preocupaciones.

—¡Giba! —Llamó al Gran Opinante—. ¡Celebrar cumpleaños de Gran Bulp!

—Vale —dijo el anciano, que empezó a dar cabezadas y a roncar.

—¡Giba! —Exigió la dama—. ¡Atender!

El viejo se despertó con gesto enojado.

—¿Atender, qué?

—¡Cumpleaños de Gran Bulp! ¡Celebrar!

—¿Por qué?

Aquella pregunta dejó perpleja un instante a dama Grama, pero enseguida respondió:

—Por decirlo Gran Bulp.

—Bueno. —Giba suspiró—. ¿Cuándo cumpleaños de Gran Bulp?

—Mañana —decidió Grama. Aparte de hoy y ayer, fue el único día que se le ocurrió. Y de lo que no cabía la menor duda era que Gañote no había nacido ayer ni hoy—. Hacer planes.

—¿Qué planes?

—¿Quién sabe? Preguntar Gran Bulp.

La conversación fue interrumpida por un estruendo acompañado de una avalancha de juramentos. El grandioso Gran Bulp, que intentaba colocar la cuerna del alce sobre su cabeza, se había caído patas arriba.

El Gran Opinante se acercó a su soberano y le dio unos golpecitos con la punta del mango de escoba.

—Gran Bulp, ¿qué querer hacer mañana?

—Nada —gruñó Gañote mientras se ponía de pie—. Largo «daquí».

El Gran Opinante volvió junto a dama Grama con esta respuesta.

—Gran Bulp decir para fiesta, todos largo «daquí», hacer nada.

Aquello no era exactamente lo que Grama tenía en mente, pero para entonces ya estaba muy ocupada con otras cosas.

Algunas de las señoras de la corte se estaban peleando por el nuevo cuenco de sopa y para dama Grama resultaba evidente que deberían tener más de un cuenco. Un servido completo de mesa sería lo indicado.

Giba frunció el entrecejo y repitió la orden del Gran Bulp.

—Para fiesta, todos largo «daquí», hacer nada, Grama miró a su alrededor, —¿No trabajo? ¿Nada?

—Nada.

—Entonces, día libre. —Asintió con la cabeza—. Decir a todo el mundo mañana ser Día Libre.

Bufo, el minero, fue uno de los primeros en oír la noticia y ayudó a propagarla.

—Mañana Día Libre —dijo a cuantos encontró—. Ordenes de Gran Bulp.

—¿Qué ser Día Libre? —Le preguntó alguien—. ¿Qué tener que hacer en Día Libre?

—Sí, ¿qué hacer nosotros Día Libre? —preguntó otro. Bufo no sabía la respuesta. No había oídos detalles. Por su parte, no obstante, tenía intención de ir a trabajar.

Entre los objetos saqueados por las señoras había encontrado un martillo y un escoplo. Bufo sería un enano gully, pero era un enano. El manejo de herramientas estaba muy arraigado en su espíritu sencillo. Estaba impaciente por comprobar lo que sería capaz de hacer con un martillo y un escoplo en la mina de vino.

Así fue como en un día determinado por el destino tuvo lugar la celebración de dos cumpleaños: uno arriba, en el Templo del Príncipe de los Sacerdotes en la ciudad de Istar, sede del poder clerical y centro del mundo por proclamación, y otro abajo.

El clérigo mayor de Taol había estado «indispuesto» a causa de un perdonable exceso con los caldos elfos, a los que había recurrido para contrarrestar los efectos del largo y arduo viaje a Istar. Pero cuando se hizo público que la piadosa festividad del día siguiente estaría precedida de una reunión del gran consejo, su salud mejoró de manera considerable. Uno no enviaba notas de disculpas cuando el Príncipe de los Sacerdotes convocaba el gran consejo. De esta suerte, los Hijos Venerables Supremos en su totalidad, los nueve clérigos mayores de los nueve reinos, estaban presentes en la sala de audiencias cuando los paneles de reluciente piedra se retiraron hacia atrás para inundar la cámara con la gloriosa luz, una luz que parecía emanar del trono que quedó expuesto y de la persona sentada en él.

Ninguno de ellos recordaría después qué aspecto tenía exactamente el Príncipe de los Sacerdotes. Nadie lo recordaba. Sólo permanecía la persistente sensación de inmensa bondad, flotando sobre oleadas de luz.

En toda la inmensa sala había sólo un rincón donde las sombras se agazapaban, un nicho entre las grandiosas tallas florales que se alzaban desde el suelo. Si alguien reparaba en ello —eran pocos los que lo hacían cuando estaban en presencia de Su Radiante Gracia—, le parecía sólo una ligera anomalía de la grandiosa obra arquitectónica, una grieta accidental donde se borraba la luz. Pero para Sopin, que vivía a diario en el sagrado recinto del templo, el rincón era un lugar de terror. Echó una mirada de soslayo hacia allí y creyó atisbar un

movimiento entre las sombras. No podía asegurarlo, pero al parecer el Ente Oscuro se hallaba presente.

Sopin se estremeció y apartó los ojos, dejando que sus desasosegados pensamientos se diluyeran en la luz resplandeciente que irradiaba del trono del Príncipe de los Sacerdotes.

Tuvieron lugar los rezos y los rituales, el pródigo cumplimiento de la debida unción a todos y cada uno de los buenos dioses del universo, y después comenzó la sesión.

—Hijos Venerables. —La voz que salió de la fuente de luz era cálida y reconfortante como la propia luz, tan reverberante como los rayos del sol—. Nuestro amado hermano, el maestro de pergaminos, ha solicitado audiencia, como es su derecho. Propone un edicto, uno que ya se ha sometido a consideración con anterioridad, y que requiere vuestra sanción.

Sopin se arrellanó cómodamente en su cubículo, preparado para un largo y conocido debate. Ya lo había oído lodo antes, y lo volvería a oír ahora, y se preguntó si el resultado no sería otra vez el mismo.

No obstante, nunca había visto al maestro de pergaminos tan determinado, y no pudo evitar pensar que tal vez el propio Mal había provocado su desaparición definitiva.

El tiempo lo diría.

Bufo había estado a punto de renunciar a reanimar la tiente de vino, que había dejado de manar al cabo de una hora. Una gran parte de la caverna de Este Sitio estaba inundada de vino, cuya profundidad llegaba a la cintura pero la veta había dejado de manar. Cuando por fin se las arregló para ensanchar la veta lo bastante para meterse a través de ella —lo había desconcertado un poco que el principio del túnel fuera de piedra y el final de madera— encontró más adelante una masa de pulpa pegajosa y maloliente. Su escoplo y su martillo apenas surtían efecto en la masa y, de hecho, estuvo en un tris de perderlos.

Casi había llegado a la conclusión de que el manantial no era más que una bolsa con un agujero detrás, cuando el sonido de un chapoteo a su espalda le llamó la atención y regresó por el túnel para ver qué pasaba. Al otro lado del estanque de vino, dama Grama y un abultado séquito de mujeres aghars habían botado una improvisada balsa y se impulsaban con pértigas hacia las oscuras grietas que conducían a las Salas de los Altos. Muchas llevaban sacos vacíos y trozos de redes.

Bufo las saludó con la mano desde la boca de la mina. Algunas respondieron al saludo.

—¿Por qué tú aquí en Día Libre, Fufu? —preguntó a voces dama Grama.

—Bufo —la corrigió.

—Vale, Bufo. ¿Por qué?

—Ni idea —admitió—. Alguien ponerme ese nombre, supongo. ¿Adónde ir

señoras?

—Necesitar más cuencos —contestó ella—. Dama Regaña recordar dónde haber. Sitio donde guardias Altos meter trajes de metal.

—Pasar buen día —deseó Bufo, al tiempo que agitaba otra vez la mano.

—Día Libre.

—¿Qué?

—Se supone que Fufo decir: «Pasar buen Día Libre». Hoy Día Libre, ¿recuerdas?

—Oh. —Bufo saludó otra vez con la mano. La balsa lo había sobrepasado y se acercaba a la pared donde empezaban las grietas. No teniendo nada mejor que hacer, Bufo regresó al túnel, aspiró hondo y se lanzó de cabeza a la pringosa masa. Se le había ocurrido que en alguna parte más allá, tal vez hubiera más madera o roca, algo que pudiera cortar con su escoplo.

Gañote III estaba de malhumor. Recorrió con la mirada la sombría caverna principal y sólo vio unos cuantos súbditos desperdigados acá y allá, que no le prestaban la menor atención. Al parecer, todo el mundo había decidido tomar el día libre. Nadie discutía, nadie corría de un lado a otro chocando con los demás, y, lo peor de todo, nadie le hacía el menor caso. Estaba malhumorado y disgustado, pero no sabía bien qué hacer al respecto.

—Esta inbusborni... insurnobi... in... Esto no tener gracia —rezongó, y a nadie pareció importarle.

Ni siquiera el viejo Giba le sirvió de ayuda. El Gran Opinante se limitó a encogerse de hombros mientras decía:

—Hoy Día Libre, Gran Bulp. Nadie tener que hacer nada en Día Libre. Ni siquiera soportar a Gran Bulp. Yo, tampoco. —Y, sin más, se había dado media vuelta y se había marchado.

Durante un rato, el Gran Bulp paseó de un lado a otro, echando chispas. Cuando no atrajo la atención de nadie con su actitud, recogió la piel de alce, se la echó encima, con la cuerna bien enderezada sobre la cabeza, y tomó asiento, muy enfurruñado.

Como era habitual cada vez que Gañote III se enfurruñaba, le entró sueño. Cerró los párpados y bostezó. La enorme cuerna se tambaleó y después se inclinó hacia adelante; no cayó gracias a que el soberano estaba sentado sobre la piel. Por la mente de Gañote pasaron vagas imágenes de estofados calientes, lagartijas frías, cerveza robada y un tranquilizador ambiente de confusión.

Parecía que Gañote III estaba a solas en la caverna de liste Sitio. Parecía que la gruta se había vuelto más oscura, y que no había nadie excepto él. O quizás hubiera alguien más, pero él no podía ver quién era.

«Así que ésta es la explicación —dijo una voz suave. Gañote no recordaba qué era lo que necesitaba una explicación—. Pobre Gran Bulp, que nadie lo respeta», añadió la voz.

« Cierto », intentó decir Gañote, pero hablar era un esfuerzo que no merecía la pena.

« Necesita hacer algo especial para ganarse ese respeto —prosiguió la voz, arrullándolo, entretejiendo la lenta trama de su sueño—. Algo grande y glorioso. Algo extraordinario» .

« Claro —pensó decir— Eso nada nuevo. Gran Bulp glorioso todo el tiempo» .

« Pero esta vez tiene que ser especial —ronroneó la voz—. I Necesita hacer algo especial» .

« ¿Cómo qué?» , consideró preguntar el Gran Bulp.

« Trasladarse » , sugirió la voz.

« No apetece —debió haber respondido Gañote—. Acabar de sentar aquí » .

« No. Un cambio grande —insistió la voz—. Una migración, Gran Bulp, una grandiosa, fabulosa migración. Conduce a tu gente al Sitio Prometido» .

« ¿Qué Sitio Prometido?» .

« Lejos —susurró la voz—. Muy, muy lejos. Un largo viaje, El Gran Bulp. El destino... El Gran Bulp del Destino. ¿Cómo te llamas?» .

« Gran... Gañote III... » .

« Gañote III, el Gran Bulp que condujo a su pueblo al Sitio Prometido... a su destino, Gran Bulp. Tu destino » .

« Distino —musitó Gañote, y quizás añadió—: El Gran Bulp... El Gran Bulp del Disti... Densi... Desatino» .

« Destino » .

« Eso. Destino. ¿Dónde ese Sitio Prometido?» .

« Al oeste, Gran Bulp. —La voz se alejó, apagándose en la distancia—. Lejos, muy lejos, al oeste de aquí. Muy lejos » .

Pareció que la voz continuaba, pero ya no hablaba con Gañote. Hablaba para sí mismo.

« Así comienza el torrente más impetuoso —dijo—. Con una simple gota de lluvia » .

« ¿Goteo?» , se preguntó el Gran Bulp.

« Goteo, sí » , ratificó la voz.

Una vez que hubieron cruzado el estanque de vino, no estaba muy lejos el sitio donde dama Regaña recordaba haber encontrado la pieza de armadura de los Altos que servía para usar como un precioso cuenco de sopa. Con dama Grama al mando y dama Regaña como gula, las señoras aghars recorrieron con precaución el camino a través de los viejos canales hasta el vertedero inferior; a través de despensas y almacenes hasta un agujero donde una piedra resquebrajada se apoyaba en un lecho de arcilla erosionada. El agujero se abría a un hueco por el que se gateaba detrás de un ornamentado armario, situado en una habitación enorme donde unos cien catres o más se alineaban a lo largo de las paredes. Había mesas y bancos detrás, colocados en ordenadas filas, y en el

despejado espacio central se alzaba un bosque de percheros donde colgaban armaduras completas.

Docenas de catres estaban ocupados con humanos dormidos, y en el perchero cercano a cada uno de ellos relucía la correspondiente armadura.

Gramma se asomó por detrás del armario, escuchó con atención el coro de ronquidos, y después hizo una seña con la cabeza a sus compañeras. Se llevó un dedo a los labios.

—¡Chist!

Silenciosa, metódica y eficientemente, las señoras aghars se deslizaron de perchero en perchero recogiendo las bruñidas piezas metálicas que protegen la entepierna.

Bufo estuvo a punto de asfixiarse en pulpa antes de topar con materia sólida en la mina de vino. La masa se agitaba y flotaba a su alrededor a medida que el aghar se abría camino a través de ella. Pese a que amenazaba con ahogarlo, Bufo continuó y, al cabo de un tiempo, chocó contra algo sólido. Una pared de madera.

—A justo tiempo —musitó, tanteando la superficie con las manos. Era igual que la otra madera por la que había brotado el surtidor. Empezó a trabajar con el martillo y el escoplo.

Más allá encontró piedra sólida, y se preguntó fugazmente si no habría ido en círculo y estaría abriendo un | túnel de salida junto al túnel de entrada. Estuvo tentado de olvidar todo el asunto y ponerse a cazar ratas o algo; A punto ya de renunciar, tuvo una revelación.

—Hoy Día Libre —se dijo—. Día Libre significar no hacer nada... ni siquiera rendirse.

Fortalecido con este pensamiento, Bufo reanudó sus esfuerzos con más brío, arrancando esquirlas de piedra en medio de la densa y maloliente oscuridad. Detrás de la | piedra encontró más madera.

—Dar un golpe más —masculló—. Entonces ir a cazar ratas.

Fantaseó con la idea de que, si se ganaba renombre como minero de vino, cabía la posibilidad de que la encantadora Bacina accediera a ir a cazar ratas con él.

Por lo menos la madera era más fácil de cortar con el escoplo que la piedra. Era una madera vieja, curada, y disfrutó trabajándola mientras cavaba el túnel, centímetro a centímetro. De manera gradual, el sonido de su martillo cambió, tornándose más bajo, más vibrante con cada golpe y la intuición le erizó los pelos de la barba.

—Quizá tener algo ahí —susurró—. Sonar como posible veta.

El martillo golpeó y el escoplo cortó; de repente, la madera que tenía delante se abultó y se resquebrajó. Bufo sólo tuvo tiempo de aspirar una bocanada de aire antes de que la rugiente oleada lo rodeara y arrastrara dando tumbos de

vuelta por el túnel de madera, piedra, madera, la pastosa masa de pulpa maloliente, de nuevo madera, piedra, para lanzarlo por fin al exterior, a las espumeantes y agitadas olas del estanque de vino, en la caverna.

Subió a la superficie, cogió aire y contempló la entrada de la mina de vino, a varios metros de distancia. Un vacío torrente de oscuro caldo brotaba por el agujero, rugiendo y espumeando a medida que desaguaba en el estanque, cuyo nivel aumentaba más y más.

—¡Guau! —exclamó boquiabierto—. ¡Todo un otro surtidor!

Sin soltar el martillo y el escoplo, Bufo se meció y giro como un corcho en la arremolinada superficie púrpura, intentando mantenerse a flote. Se golpeó la cabeza con algo sólido y al mirar se encontró con la balsa de las señoras aghars, que transportaban sacos y redes cargados\*

—¿Tú caer? —le preguntó una de ellas.

—Estanque ahora un montón más grande que antes —Comentó otra.

Dama Grama se arrodilló en la balsa y cogió un poco de vino en un cuenco metálico. Lo olisqueó, dio un sorbo, lo degustó, y después asintió con la cabeza.

—Bueno —decretó—. ¿Qué opinar ser esto?

—Vino —contestó una de las señoras.

—¿Vino, eh? Muy bueno.

Dama Grama se inclinó para mirar al minero que se sostenía a flote a duras penas.

—Fufo...

—Bufo —la corrigió, a la vez que escupía espuma—. ¿Ver tierra firme en alguna parte?

Ella miró en derredor.

—Claro. Agarra gabarra.

Bufo se sujetó a la balsa. Las señoras empujaron con las pértigas hacia la lejana orilla. Una multitud de curiosos aghars se había reunido en el bancal, algunos para ver qué traían las expedicionarias y otros, que ya se encontraban allí, para probar el vino.

Mientras las señoras vadeaban hacia la orilla con su bolín, dama Grama recordó al minero que traían a rastras.

—Sacar a Fufo —ordenó, señalándolo.

—Bufo —baluceó el minero. Medio ahogado y más ebrio a cada minuto que pasaba, apenas lograba mantener la cabeza por encima del vino. Unas manos pequeñas y fuertes le cogieron por las orejas y tiraron de él hasta que fue capaz de encaramarse a la balsa; luego lo ayudaron mientras gateaba hasta alcanzar la seguridad de tierra firme.

Allí se quedó despatarrado y, al alzar la vista, se encontró con unos ojos brillantes y preocupados. Era Bacina.

—¿Bufo bien? —preguntó la chica.

—Bien. —Eructó—, pero lleno con vino. Encontrar nuevo surtidor.

Varios gullys jóvenes observaban la atención que la hermosa Bacina prestaba al embriagado minero.

—Tener algo entre manos ése —dijo uno de ellos.

—Tener a Bacina —se mostró de acuerdo otro—. ¿Tú saber algo de minas? ¿O vino? ¿O trabajo?

—¿Y qué tener que saber? —opinó un tercero, encogiéndose de hombros— Sólo cavar, sin parar. Algo saldrá.

Tras lanzar una última ojeada al postrado Bufo que disfrutaba del favor y total atención de Bacina, los otros jóvenes aghars salieron disparados en busca de herramientas. Al ser ése el Día Libre y no teniendo nada mejor que hacer, habían decidido dedicarse a la minería.

El acólito Pocilio creía que el día anterior había sido malo, pero el siguiente resultó ser peor. Entre sus tareas matinales estaba la de inspeccionar las ocho cubas restantes, ya que la novena había sido sellada el día anterior por el primer mayordomo. Pero un molesto y persistente cosquilleo intuitivo hizo que el nerviosismo se apoderara de él a medida que recorría la pasarela.

No podía ocurrir de nuevo, ¿verdad? Otra vez, no.

De algún modo, supo, aun antes de abrir la portilla de cata de la Cuba Ocho, lo que iba a encontrar: nada.

La Cuba Ocho estaba vacía.

Fue un pálido y tembloroso mensajero el que corrió todo el camino desde el pabellón del primer mayordomo en los sótanos del templo hasta los vastos salones superiores de reluciente piedra, para entregar el mensaje sellado al capitán de la guardia, en las puertas del gran salón de consejos. El mensajero sabía el contenido de la nota. Los pisos inferiores eran un hervidero de chismes, y todo el mundo, desde el personal de mantenimiento hasta los cocineros y mayordomos, estaba muy preocupado.

El mensajero se encontraba casi demasiado desasosegado para reparar en la extraña apariencia del capitán de la guardia..., sólo casi. Mientras regresaba a los pisos inferiores, se preguntó por qué un soldado tan magníficamente equipado llevaría una pieza de armadura que no encajaba con el resto. Desde el bruñido yelmo a los lustrosos refuerzos, desde la fina y engrasada malla a la bien repujada vaina, desde los relucientes guanteletes al brillante peto, cada pieza de su armadura casaba a la perfección con el resto... con una notable excepción.

La pieza en cuestión parecía que fuera prestada.

En la inmensa cámara, el mensaje sellado pasó del secretario de la entrada al secretario de sacristía, y luego fue llevado en silencio al secretario de tenencia, quien se la entregó al ayudante del custodio de los pórticos. Un momento después, el propio custodio se incorporó, se inclinó ante el trono y, acercándose a él, se arrodilló al pie del pedestal. Bajó la vista y levantó el abierto mensaje

hacia la luz.

—Informa de esta noticia —dijo la Voz Radiante.

Tristemente, el custodio de los pórticos se volvió hacia el Gran Consejo de Hijos Venerables. Sosteniendo el mensaje con el brazo extendido, leyó el breve contenido en voz alta.

La Cuba Ocho de los vinos sagrados, la cosecha de la provincia fronteriza de Ismín, estaba vacía, tan vacía como la cuba de Taol, descubierta el día anterior.

—El Mal nos ataca —dijo el maestro de pergaminos cuando Sopín hubo terminado de leer—. Un escarnio muy sutil y, sin embargo, un abierto desafío. Oh, Radiante Gracia... Oh, Hijos Venerables..., debemos responder a esta provocación.

Más allá, en alguna parte, donde las sombras engullían la luz, una voz susurró:  
—El destino.

Pocas horas después, al menos una docena de mineros de vino en ciernes trabajaban en la mina real, y más aghars iban hacia allí para sumarse a la tarea. Los que llegaron primero se encontraron con un extenso lago de vino en la caverna que había debajo de la mina, pero de la propia mina manaba un escaso hilillo. Armados con diversas herramientas de excavación, se introdujeron en fila por la ruta de Bufo y pasaron a través de un largo túnel de roca y un corto túnel de madera, y desde un hundido túnel de lodo reseco a otro túnel de madera, el cual conducía de nuevo a otro de roca, y después a otro de madera, y posteriormente a una maloliente masa de pulpa húmeda. Allí, se filtraba de lo alto una luz mortecina y las voces agitadas de los Altos, confusas y amortiguadas por la masa de pulpa.

En silencio, los aghars esperaron hasta que la luz y las Voces se apagaron. Oyeron el distante y sordo golpe de una pesada portilla al cerrarse.

Cuando todo estuvo en silencio, el que iba a la cabeza dijo:

—Vamos. Quizá más bolsas de vino. A buscarlas.

Vadearon trabajosamente, en fila, el espacio de residuos, por encima de los cuales asomaban sólo sus cabezas y las velas, y se pusieron a trabajar en la pared de madera del fondo. Tras perforar un tramo, encontraron piedra, y después otra vez madera.

Las cavernas de Este Sitio retumbaron con la rugiente oleada de vino que fluyó y espumeó a través de dos cubas vacías arrastrando a su paso una docena de gullys, y desembocó por el conducto de la mina al cada vez más profundo lago. Los gritos y chapoteos de los mineros resonaron a medida que se zambullían en la agitada superficie del lago de vino. Cuando por fin cesó la conmoción y Los ebrios gullys fueron pescados por sus compatriotas, varias docenas de aghars cogieron herramientas y se dirigieron a la mina. Se organizó una competición para ver cuánto vino podía extraerse y quién sacaba más.

Además, fue un modo interesante de pasar el Día Libre, tan bueno como

cualquier otro, ya que, de todas formas, nadie sabía bien qué era eso de Día Libre.

Para cuando la gloriosa claridad de la grandiosa sala empezó a suavizarse y a tomar los tonos pastel de la tarde, un visitante podría haber pensado que el Templo del Príncipe de los Sacerdotes, la obra arquitectónica más asombrosa del mundo entero, se encontraba en estado de sitio, en los pisos altos, clérigos de semblantes pálidos y funcionarios de rostros cenicientos corrían de un lado a otro llevando mensajes, haciendo una pausa para rezar una ferviente plegaria, y reuniéndose en corrillos para cuchichear entre ellos. En los pisos inferiores la rutina diaria había saltado en pedazos. Mayordomos y escribanos iban y venían de las bodegas. Se había dado orden de hacer un inventario general de emergencia, una revisión de cada uno de los artefactos, pertrechos, viveres y mercaderías.

Por si fuera poco, la mitad de una compañía de guardias del templo se había negado a abandonar el cuartel en el cambio de turno.

A lo largo de la tarde, los últimos resistentes entre los miembros del Gran Consejo de Hijos Venerables cedieron. No había una explicación razonable para lo que estaba ocurriendo en el templo, pero las cosas empeoraban por momentos.

Ese día no se tomaría una decisión referente a desatar el poder del Pergamino de los Antepasados. Ni tampoco se decidiría al siguiente, ni puede que la otra semana tampoco. Pero el fervor fanático del maestro de pergaminos estaba influyendo en los Hijos Venerables, respaldado por el ambiente caótico que reinaba en el templo.

Era sólo cuestión de tiempo el que el propio Príncipe de los Sacerdotes en persona admitiera que el definitivo poder del Pergamino de los Antepasados era necesario en la batalla contra el Mal. Gracias al maestro de pergaminos, cuando se solicitara el poder, el consejo lo sancionaría.

—El destino —repitió la voz susurrante en el rincón de sombras.

Pero, en toda la sala, sólo el custodio de los pórticos lo oyó. Aunque la intuición le dijo que aquello tenía un significado, la razón no fue capaz de definirlo.

—Goteo. —El Ente Oscuro en las sombras se echó a reír.

Más allá del templo, muy a lo lejos, en el cielo del reino de Istar, retumbó el trueno.

En la mortecina luz del atardecer que se filtraba hasta la caverna, Gañote III, Gran Bulp por Elección y Señor de Este Sitio y Quizá Muchos Otros, contempló a sus súbditos agrupados a su alrededor. No era tanto su presencia lo que los había reunido como el hecho de que esa parte de Éste Sitio era el único terreno elevado que quedaba en Este Sitio, e incluso allí el vino les llegaba a los tobillos.

Con la cuerna de alce encumbrándose sobre él y sobre todos los demás, el Gran Bulp masculló todos y cada uno de los juramentos que conocía... es decir,

dos o tres.

—¡Esto amonina... abobina... no bueno! —Rugió, levantando ecos en la caverna—. ¡Demasiado vino! ¡Vino sobre todas partes!

—Tener que haber comerciado con él cuando aún estar a tiempo, Gran Bulp —replicó el viejo Giba—. «Pobablemente» ahora demasiado tarde.

—Este sitio pijooso sitio para Este Sitio —resopló el Gran Bulp—. Anhabi... Inhabli... no bueno para vivir.

Casi todo el clan había estado contemplando el espectáculo del vino subiendo de nivel a lo largo del día, pero para Gañote III había sido una desagradable sorpresa. Tras enfurruñarse parte de la mañana, había pasado el resto del día durmiendo y a nadie se le había ocurrido despertarlo.

sólo se despertó cuando, al darse media vuelta, se metió en vino hasta más arriba de la nariz.

Ahora tomó una decisión.

—Hora de partir —anunció—. Todos liar petate. Irnos.

Nadie se movió. Algunos se limitaron a mirarlo, otros ni siquiera le habían escuchado.

—¿Qué pasar a vosotros? —rugió—. ¡Gran Bulp decir que hacer mochilas! ¡Así que hacer mochilas!

—No tener que hacer —dijo alguien con desdén—. No tener que hacer nada. Hoy Día Libre.

—¿Quién dice?

—Ordenes de Gran Bulp —explicó otro.

—Feliz cumpleaños, Gran Bulp —añadió otro, mientras se limpiaba los pies manchados de vino en la cola de la piel de alce de su señor.

—¿Quizá Gran Bulp querer un poco estofado? —Sugirió dama Grama—. Haber muy bonito juego de cuencos...

—¡Basta! —Chilló Gañote—. ¡Día Libre acabar! ¡Terminar! ¡No más Día Libre! ¡Hacer petates!

Restablecido el *statu quo*, todos se dispersaron obedientemente para cumplir lo ordenado. Por doquier en Este Sitio, enanos gullys corrían de un lado a otro, chapoteando sobre diversas profundidades de vino, chocando unos con otros, recogiendo cosas y haciendo equipajes para partir. Cuando el Gran Bulp decía que este sitio ya no era Este Sitio, era el momento de dirigirse a otro sitio.

—¿Adónde ir esta vez, Gran Bulp? —Preguntó dama Grama mientras apilaba piezas protectoras de entrepierna—. ¿Lado opuesto ciudad, tal vez? ¿Mejor vecindario?

Al no recibir respuesta, volvió la vista hacia él. Gañote estaba de pie, muy tieso, con la mirada fija en la nada y la cuerna de alce enhiesta sobre su cabeza.

—¡Gran Bulp! —llamó Grama.

—Goteo —susurró él, con expresión desconcertada.

—¿Qué?—Gramma lo miró de hito en hito.

—Dist... des... destino —musitó—. Gran Bulp del Destino. ¡Vaya! ¿Qué te parece?

—¡Gran Bulp! —Gramma lo azuzó con la punta de un palo, Él se volvió.

—¿Sí, querida?

—¿Adónde ir nosotros?

—Oeste —contestó, con los ojos relucientes—. Gran minga... minga... gran movida. Muy lejos.

Algo en su interior le decía que, como el presente día, nada volvería a ser igual en todo el mundo. La rueda del destino había empezado a girar y nada podría detenerla ahora. Ignoraba como sabía aquello, pero estaba seguro. Sin palabras o conceptos para expresarlo, Gañote III tenía el presentimiento de que una nueva etapa en la historia del mundo entero acababa de empezar.

—Destino —dijo, para quienquiera que quisiera escucharlo.

## Hilos de seda

*Margaret Weis & Tracy Hickman*

La Torre de la Alta Hechicería de Wayreth es, en el mejor de los casos —como ahora, con el final de la guerra—, difícil de encontrar. Guiada por los poderosos magos del Cónclave, la torre vaga por su bosque encantado, entre cuyos límites habitan las criaturas más salvajes entre las salvajes. A menudo se ven jóvenes magos parados, en suspenso, en la linde del bosque de Wayreth, la respiración agitada, la faz pálida, las manos crispadas. Se detienen, vacilantes, al borde de su destino. Si son audaces y entran, el bosque los admitirá. La torre los encontrará. Su suerte se decidirá.

Eso es ahora. Pero entonces, hace mucho tiempo, antes del Cataclismo, pocos encontraban la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. Rondaba por el bosque sólo en las sombras de la noche, ocultándose de la luz diurna. Desconfiada con los intrusos, la torre vigilaba a todos los que se aventuraban en sus límites (y eran pocos) con ojos desasosegados y recelosos, dispuesta a atacar y destruir.

En el tiempo inmediatamente anterior al Cataclismo, los hechiceros de Ansalon fueron vituperados y perseguidos, confiscados sus bienes por el sagrado celo del Príncipe de los Sacerdotes, quien, temeroso de su poder, proclamó que era de naturaleza maligna y tenía razón al temerlos. Largas y enconadas fueron las discusiones en el seno del Cónclave, el órgano gubernativo de los hechiceros. Los magos podían presentar batalla, pero temían que al hacerlo el mundo llegara a destruirse. Razonaron que lo mejor era retirarse, ocultarse en las protectoras sombras de su magia, y esperar. Esperar.

Era Yule, un Yule extraño, el Yule más caluroso que se recordaba en Ansalon. Ahora sabemos que el calor era la cólera de los dioses, descargándose sobre un mundo impío. La gente creyó que era un mero fenómeno raro; algunos culparon de ello a los gnomos.

Una noche en particular, el viento estaba en calma, como si el mundo hubiese dejado de respirar. Unas chispas saltaron del negro pelambre de un gato a la negra túnica de su amo. El olor de la destrucción flotaba en el aire, como cuando está a punto de descargarse una tempestad. Esa noche, un hombre entró en el bosque de Wayreth y se encaminó con pasos decididos hacia la Torre de la Alta

Hechicería.

Ningún encantamiento lo detuvo. Los árboles, que habrían atacado a cualquier otro intruso, se apartaron, inclinándose en sumiso homenaje. Los pájaros acallaron sus cantos zahirientes. El fiero depredador se escabulló furtivo.

El hombre hizo caso omiso de todo, no pronunció una palabra, no se paró. Al llegar a la torre, pasó a través de los muros cubiertos de runas como si no existieran, sin levantar alarmas, sin despertar el interés de nadie. Cruzó el patio sin impedimentos.

Por él paseaban varios Túnica Blanca y Túnica Roja, discutiendo en voz baja los problemas que afligían al mundo del exterior. El hombre caminó hacia ellos, pasó entre ellos. No lo vieron.

Entró en la torre y empezó a remontar la escalera que conducía a las estancias de la cúspide. Los cuartos para invitados y aprendices de mago estaban localizados en las plantas inferiores, y se encontraban vacíos. Hacía mucho tiempo que no se había permitido la entrada de ningún invitado a la torre. No había aprendices que estudiaran el arte arcano. Era demasiado peligroso. Muchos habían pagado tal vocación con sus vidas.

Los aposentos en lo alto de la torre estaban habitados por los hechiceros más poderosos, los miembros del Cónclave. Siete Túnica Negra regían la magia oscura de la noche, siete Túnica Blanca la magia benigna del día, siete Túnica Roja la magia intermedia del crepúsculo y la madrugada. El hombre se dirigió directamente a una habitación, localizada en lo más alto de la torre, y entró en ella.

La estancia estaba amueblada con elegancia, limpia y ordenada, pues el hechicero era estricto en sus costumbres. Libros mágicos encuadernados en negro estaban colocados en orden alfabético. Cada uno de ellos ocupaba su sitio correspondiente en las estanterías, y se les limpiaba el polvo a diario. Los pergaminos, en sus lustrosos estuches, brillaban en compartimientos con forma de panal. Objetos mágicos, tales como anillos y varitas, reposaban en cajas lacadas en negro, cada una de ellas con un claro etiquetado de su contenido.

El hechicero estaba sentado ante un escritorio de ébano, cuyo acabado reflejaba la cálida luz dorada de una lámpara de aceite colgada del techo, sobre su cabeza. Trabajaba en un pergamino, con el entrecejo fruncido por la concentración, a la par que sus labios enunciaban en silencio las palabras que la pluma, mojada en sangre de cordero, trazaba sobre el papel. No oyó la llegada de su visitante.

Las puertas de los cuartos de los hechiceros en la torre no tenían cerradura. Los magos respetaban la intimidad y las posesiones de sus colegas. De esta suerte, el visitante pudo entrar sin impedimentos, sin necesidad de esperar que se descorriera un cerrojo o se abriera una cerradura. Aunque tampoco existía cerradura que lo hubiese podido detener. Se quedó en el umbral, contemplando

con fijeza y en silencio al hechicero, aguardando, cortésmente, a que el mago terminara su trabajo en el pergamino.

Por fin, el hechicero suspiró, se pasó por el largo y gris cabello una mano temblorosa a causa de la esforzada concentración, y levanta la cabeza. Sus ojos se abrieron de par en par; su mano callo sobre la mesa, Fláccida.

Miró con fijeza y después parpadeó, pensando que la aparición se desvanecería. No lo hizo. El hombre, vestido de negro desde la capucha forrada con satén hasta el repulgo de terciopelo que rozaba el suelo de piedra, siguió de pie en el vano de la puerta.

El hechicero se puso de pie, despacio.

—Acércate, Akar —dijo el hombre de la puerta.

El mago lo hizo, con los miembros debilitados y el corazón palpitando apresuradamente, aunque Akar jamás había tenido miedo a nada en Krynn. Era alto, bien formado y había rebasado los cuarenta. El cabello, gris acerado, largo y abundante, enmarcaba un rostro reservado, resuelto, implacable, inflexible. Se arrodilló con torpeza; jamás, en toda su vida, se había inclinado ante persona alguna.

—Mi señor —dijo con humildad, a la vez que extendía las manos en señal de que estaba dispuesto a recibir cualquier orden, a obedecer cualquier mandato. Mantuvo la cabeza gacha, sin alzar la vista. Lo intentó, pero le faltó coraje para hacerlo—. Tu presencia me honra.

El hombre que estaba ante él hizo un leve ademán, y la puerta se cerró a sus espaldas. Otro gesto, una palabra susurrada, y la puerta desaparecieron. Un sólido muro ocupaba su lugar. El hechicero vio esto de refilón, por el rabillo del ojo, y un escalofrío lo hizo estremecer. Los dos estaban ahora encerrados en la habitación, juntos, sin más salida que la muerte.

—Akar —dijo el hombre—, mírame.

Akar alzó la cabeza, despacio, de mala gana. Su estómago se contrajo, sus pulmones se paralizaron, y un frío sudor le empapó el cuerpo. Apretó los dientes para contener el grito que pugnaba por salir de su garganta.

Una faz blanca, incorpórea entre las sombras de la negra capucha, se cernía sobre Akar. Era un rostro redondo, con abultados párpados y labios carnosos; y frío, tan frío como una roca suspendida en el vasto vacío del espacio, lejos del calor de cualquier sol.

—Pronuncia mi nombre, Akar —ordenó—. Pronúncialo lo como lo haces cuando invocas mi poder para acrecentar el tuyo.

—¡Nuitari! —Jadeó el mago—. ¡Nuitari! ¡Dios de la luna!

La pálida faz brilló con una luz espectral, perversa. Una mano blanca, translúcida, salió de la oscuridad.

—Dame tu palma izquierda.

Akar levantó la mano izquierda, maravillándose de ser capaz de moverla.

Los pálidos y delicados dedos del dios se cerraron sobre la mano del hechicero, fuerte y curtida.

Akar ya no pudo contener sus gritos. El dolor le arrancó unos aullidos ahogados. El frío que fluyó por todo su cuerpo era como el tacto abrasador del hielo sobre la piel húmeda. Aun así, no movió la mano, no la libró del pavoroso contacto, por mucho que ansiaba hacerlo. Continuó arrodillado, mirando al dios, a pesar de que sus miembros se retorcían por la agonía.

Los ojos de pesados párpados centellearon; los carnosos labios sonrieron. Nuitari aflojó los dedos de manera repentina. Akar se sujetó la helada mano abrasada y vio sobre la piel cinco marcas blancas, las de los dedos del dios.

—Mi marca será la señal y el símbolo de nuestra entrevista —dijo Nuitari—. Así sabrás, si por ventura llegas a dudar, que he hablado contigo.

—Si me asalta alguna duda, será la de ser merecedor de tal honor —respondió Akar mientras contemplaba las huellas marcadas en su carne. Alzó de nuevo los ojos a Nuitari—. ¿En qué puedo servir a mi señor?

—Levántate y toma asiento. Tenemos mucho que discutir y es mejor que estemos cómodos.

Akar se puso de pie, con movimientos agarrotados, torpes, y regresó a su escritorio, esforzándose por no retorcerse la mano herida. Sabía lo que se esperaba de él y, a despecho del dolor, hizo aparecer un sillón para su invitado, un sillón fabricado con la noche y ensamblado con estrellas. Una vez hecho esto, permaneció de pie, humildemente, hasta que su invitado se hubo sentado, y después se acomodó tras su escritorio, agradecido de poder lomar asiento antes de desplomarse. Mantuvo la mano oculta entre los pliegues de su túnica, mordiéndose los labios de tanto en tanto, cuando la punzante quemadura del hielo le flagelaba la piel.

—Los dioses están enojados, Akar —dijo Nuitari, cuyos ojos de abultados párpados contemplaban la parpadeante luz del candil colgado en lo alto—. La balanza se ha desequilibrado, y amenaza al mundo y a cuanto vive en él. Krynn se precipita a su destrucción. A fin de evitar ese final, los dioses han decidido tomar medidas drásticas que restauren el equilibrio. Dentro de quince días, Akar, los dioses arrojarán desde los cielos una montaña de fuego. Caerá sobre Ansalon y lo partirá en pedazos. La montaña se desplomará sobre el Templo del Príncipe de los Sacerdotes y lo hundirá a gran profundidad bajo tierra. Ríos de sangre inundarán el templo, y las aguas del mar lo sumergirán para siempre. Este es el castigo previsto por los dioses, a menos que la humanidad se arrepienta, lo que, entre nosotros, Akar, no me parece probable. —Nuitari sonrió.

A Akar había dejado de dolerle la mano.

—Agradezco tu advertencia, mi señor, y se la transmitiré a los otros miembros del Cónclave. Tomaremos todas las medidas necesarias para protegernos...

Nuitari alzó su pálida mano e hizo un gesto como desestimando un comentario intrascendente.

—Eso no es de tu incumbencia, Akar. Mi hermano, Solinari, y mi hermana, Lunitari, recorren los recintos de la magia llevando el mismo mensaje. No tienes por qué preocuparte. —Hizo una pausa y luego añadió con suavidad—: Ni hay necesidad de que te involucres. Tengo una misión más importante para ti.

—Sí, mi señor. —Akar se echó hacia adelante, con ansiedad.

—Dentro de dos noches, los dioses vendrán a Ansalon para llevarse a aquellos clérigos que han mantenido su fe inquebrantable, que no se han dejado arrastrar por la corrupción del Príncipe de los Sacerdotes. En ese momento, la Ciudadela Perdida reaparecerá, los clérigos verdaderos entrarán en ella y se materializará un puente que conecta este mundo con los mundos del más allá. Todos los clérigos verdaderos podrán cruzar ese puente y serán enviados a otros reinos, lejos de éste. ¿Comprendes, Akar?

—Sí, mi señor —respondió el mago, no sin incertidumbre—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo? Los clérigos no son de mi agrado, sobre todo los que sirven a Paladine y a los otros dioses del Bien. Y no queda vivo ninguno que sirva a Su Oscura Majestad. El Príncipe de los Sacerdotes se ocupó de eso con sus edictos. Los clérigos oscuros fueron los primeros en ser llevados ante los inquisidores, los primeros en sufrir el ardiente abrazo de las mal llamadas «llamas purificadoras».

—Ninguno vivo. ¿No te has parado a pensar en ello alguna vez, Akar?

El hechicero se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, mi señor, no tengo en mucho aprecio a los clérigos. Takhisis, Reina de la Oscuridad, había sido expulsada del mundo hacia mucho tiempo. Supuse que le era imposible acudir en ayuda de quienes invocaban su nombre para que los salvara de la muerte en la hoguera.

—Mi madre no olvida a aquellos que la sirven, Akar —dijo Nuitari—, como tampoco olvida a los que le fallan.

Akar se encogió cuando el dolor de la mano se propago como un relámpago por todo su cuerpo. Se mordió los labios y agachó los ojos.

—Pido perdón, mi señor. ¿Cómo puedo servir a nuestra soberana?

—La noche en que el puente se materialice, los verdaderos clérigos pasarán de este plano al otro. En ese preciso momento, les será posible cruzarlo también a las almas de los clérigos oscuros que esperan en el Abismo.

—¿Aquellos que han perecido en servicio de la Reina Oscura podrán regresar a este mundo?

—Mientras todos los clérigos del Bien lo abandonan. Y así, tras la caída de la montaña de fuego, no quedarán en Krynn otros clérigos que los que están al servicio de Su Oscura Majestad.

El hechicero arqueó las cejas.

—Un plan en verdad interesante, mi señor, y que sin duda ayudará al regreso de Takhisis a este mundo. ¿Pero qué tengo que ver yo con todo esto? Perdona que hable sin rodeos, pero es al hijo a quien sirvo, no a la madre. Mi lealtad está sometida sólo a la magia, como lo está la tuya.

Esta respuesta pareció complacer a Nuitari. Su sonrisa se ensanchó, e inclinó la cabeza.

—Hago un favor a mi madre. Y el hechicero que sirva a la madre, será largamente recompensado por el hijo.

—¡Ah! —Akar inhaló despacio, y se recostó en su silla—. ¿Qué clase de recompensa, mi señor?

—Poder. Serás el hechicero más poderoso de Krynn, ahora y en el futuro. Incluso el gran Fistandantilus...

—Mi maestro —musitó Akar, que palideció al oír el nombre.

—El gran Fistandantilus tendrá que inclinarse ante ti.

—¿Fistandantilus? —Akar lo miró de hito en hito—. ¿Seré yo su superior? ¿Cómo es eso posible?

—Con los dioses, todo es posible.

Akar no parecía estar aún muy convencido.

—Conozco el inmenso poder de ese gran hechicero. Un poder tan grande que muy bien podría rivalizar con el de un dios.

Nuitari frunció el entrecejo, y los negros ropajes susurraron al rebullir en su asiento.

—Eso es lo que él cree. El tal Fistandantilus ha suscitado el enojo de mi madre. Incluso ahora está en el Templo del Príncipe de los Sacerdotes, buscando el modo de suplantar a la Reina Oscura. Sus aspiraciones están muy por encima de su condición de mortal. Hay que detenerlo.

—¿Qué tengo que hacer, mi señor?

—Si la sangre de una persona buena e íntegra es derramada con ira sobre el puente, la puerta del Abismo se abrirá y los clérigos oscuros podrán regresar.

—¿Cómo encontraré la Ciudadela Perdida, mi señor? Nadie conoce su localización. Sólo existe en los planos de la magia. ¡Nadie la ha visto desde el principio de los tiempos!

—Las líneas de tu mano —señaló Nuitari.

La mano de Akar palpitó, la piel se retorció y los huesos se movieron. Por un instante, el dolor fue tan intenso que casi resultó insoportable. El mago contuvo el aliento y apretó los labios para no gritar. Luego alzó la mano y la contempló en silencio. Por fin, tras hacer una temblorosa inhalación, fue capaz de hablar.

—Ya veo. Un mapa. De acuerdo. ¿Tienes más instrucciones que darme, mi señor?

—La sangre habrá de derramarla un acero.

Akar sacudió la cabeza.

—Eso dificulta las cosas. La única arma de acero que se nos permite tener a los magos es una daga.

—Puedes encontrar a otro que lo haga por ti. No es menester que sea tu propia mano la ejecutora.

—Entiendo. Pero ¿qué pasa con la vigilancia del puente, mi señor? ¿Acaso los dioses no estarán guardándolo?

—Uno de los dioses de la Neutralidad estará de centinela. Zivilyn no intervendrá, siempre y cuando tú o quienquiera que encuentres para llevar a cabo la tarea lo hagáis por propia voluntad.

Akar esbozó una sonrisa lúgubre.

—No veo dificultad alguna. Acepto el encargo, mi señor. Gracias por la oportunidad que me das.

Nuitari se levantó del sillón.

—Te he estado observando desde hace tiempo y me has causado buena impresión, Akar. Creo que he elegido bien. Que la bendición del dios de la luna negra sea contigo, mi siervo.

Akar inclinó la cabeza con respeto. Cuando volvió a levantarla, estaba a solas. El sillón se había esfumado, y la puerta había aparecido de nuevo, en donde antes sólo había un sólido muro. El mago sostenía la pluma entre los dedos y el recién terminado pergamino estaba sobre la mesa, delante de él. Todo se encontraba exactamente igual que antes. De no ser por el dolor, podría haber pensado que había sido un sueño.

Levantó la mano hacia la luz y vio las huellas de los dedos del dios. Las marcas formaban calzadas que conducían a las colinas de sus nudillos y por encima y alrededor del zigzagueante valle de la palma. Estudió su mano en un intento de descifrar el mapa.

Al otro lado de la puerta se escuchó el apagado sonido de unas pisadas y el roce del repulgo de una túnica en el suelo. Alguien tosió suavemente.

Una visita, en el momento más inoportuno.

—¡Márchate! —Gritó Akar—. ¡No se me puede molestar ahora!

Sacó una hoja de papel y empezó a copiar las líneas marcadas en su mano.

La persona que estaba al otro lado de la puerta tosió otra vez; era un ruido sofocado, como si intentara contenerla. Irritado, Akar levantó la cabeza.

—¡Al Abismo contigo y tu maldita tos! ¡Lárgate, quienquiera que seas!

Hubo un breve silencio, y luego las pisadas y el roce de la túnica se reanudaron pasillo adelante, levantando un apagado eco.

Akar no prestó más atención al incidente.

El clérigo mayor frunció el entrecejo, y a las arrugas del ceño se unieron las de la boca y las de las numerosas papadas que caían sobre el pecho, por encima del montículo —cubierto con rico paño de oro— que era su vientre.

—¿Es ésa tu última palabra sobre el asunto, señor caballero?

El hombre a quien iban dirigidas estas palabras parecía sentirse incómodo; agachó la cabeza para mirar sin ver la copa, todavía llena, que tenía en la mano. Era joven. «Bailaba en su armadura», como se decía entre los caballeros, refiriéndose al hecho de que el joven cuerpo no rellenaba del todo la amplitud del peto que había pertenecido a su padre. Había sido admitido en la caballería a una edad muy temprana a fin de que asumiera las responsabilidades de un padre que había abandonado este mundo y dejado sus muchas cargas sobre los hombros de su hijo.

Eran cargas muy pesadas, a juzgar por la expresión agobiada que envejecía prematuramente el joven rostro. Pero no se había doblado por su peso ni se había dejado apabullar. Alzó los ojos y sostuvo la mirada del clérigo mayor con resolución.

—Lo siento, Hijo Venerable, pero es mi última palabra. Mi padre contribuyó generosamente a la construcción del Templo de Istar, quizá más generosamente de lo que debía, pero no podía prever los malos tiempos que se avecinaban.

Una mujer joven, que había permanecido de pie tras el sillón del caballero, se adelantó de pronto y se encaró con el clérigo.

—¡Ni tampoco podría haber previsto mi padre que llegaría el día en que el Príncipe de los Sacerdotes se echaría atrás en lo prometido a quienes lo encumbraron al poder!

Los rasgos de la muchacha eran tan semejantes a los del joven caballero que mucha gente creía que los gemelos eran dos varones cuando los veían por primera vez. Tenían la misma estatura y una constitución y peso muy similares, pues eran compañeros inseparables en todas las actividades, incluido el adiestramiento con las armas.

Una marcada diferencia entre ambos era la larga mata de pelo de la muchacha, de color trigueño, que, cuando se lo soltaba de la prieta trenza enrollada a la cabeza, le caía en cascada casi hasta las rodillas. Su hermano tenía el cabello del mismo color, pero lo llevaba cortado a la altura de los hombros.

La maravillosa melena de la hermana y el incipiente bigote de Caballero de Solamnia del hermano marcaban la diferencia de sexo, pero en todo lo demás eran idénticos: se movían igual, hablaban igual y pensaban igual.

—Calma, Nikol —dijo su hermano, alargando la mano para coger la de ella. Pero la muchacha no se apaciguó.

—«Haced donativos para el templo», dices. «¡Incrementad la gloria de Paladine!». ¡No es la gloria de Paladine la que habéis incrementado, sino la vuestra!

—Mide tus palabras, hija —dijo el clérigo mayor, a la vez que le dirigía una mirada penetrante y feroz—. Incurrirás en la cólera de los dioses.

—¡Hija! —La piel de Nikol se encendió por la ira. Apretó los puños y dio otro paso hacia el clérigo—. ¡No te atrevas a llamarme hija! Las dos personas que

tenían derecho a pronunciar esa palabra tan querida para mí están muertas. Mi padre en el servicio de tu mentiroso Príncipe de los Sacerdotes y mi madre por las privaciones y el exceso de trabajo.

El clérigo mayor parecía muy alarmado al ver avanzar hacia él a la exaltada joven. Echó una mirada inquieta a sus espaldas, a sus dos guardaespaldas, en cuyos uniformes lucía la insignia militar de Istar y que estaban cerca de la puerta, atentos y leales. Recobrada la confianza y quizá recordándose a sí mismo que, al fin y al cabo, era un huésped en el castillo de un Caballero de Solamnia, el clérigo mayor se volvió hacia el hermano.

—No te culpo por este estadillo insolente, señor caballero. Si tu hermana no ha aprendido a hablar con respeto a los clérigos no es culpa tuya, sino, más bien, de quien tiene a su cargo su enseñanza religiosa.

Los ojos entrecerrados del clérigo mayor se dirigieron hacia otro hombre que estaba en la sala, un hombre vestido con el humilde atuendo clerical de un sanador al servicio de la familia. Era joven, aproximadamente de la misma edad que los hermanos, pero la gravedad de su expresión lo hacía parecer mayor. Sus ropas no eran finas, como las de los clérigos visitantes de Istar, ni lucía anillos en los dedos. Su único emblema era un símbolo sagrado que brillaba con un suave fulgor azulado, y que colgaba de su cuello de una cinta de cuero. Parecía turbado por la acusación del clérigo mayor, pero no hizo comentario alguno y agachó la cabeza en un silencioso gesto que acusaba la reprimenda.

Nikol enrojeció y miró de soslayo al joven sanador.

—No culpes al hermano Michael por mi lengua mordaz, Venerable Hijo de Paladine —dijo en voz baja—. Perdona mi insolencia, pero es duro ver padecer a los que dependen de nosotros y saber que es muy poco lo que podemos hacer para ayudarlos.

—Hay algo que puedes hacer, señor caballero —dijo el clérigo mayor, dirigiéndose al hermano y haciendo caso omiso de la muchacha—. Cede tus tierras y propiedades a la iglesia. Licencia a los soldados que están a tu servicio. Los días de guerra han quedado atrás. La paz está al alcance de la mano. Todo mal ha sido, o pronto lo será, erradicado de Ansalon.

» Acepta la realidad, señor caballero. Hubo un tiempo en que la caballería era necesaria. Dependíamos de vosotros y de aquellos como vosotros para mantener la paz y proteger al inocente. Pero esa época ha terminado. Amanece una nueva era. La caballería está anticuada y sus virtudes, aunque admirables, son estrictas, rígidas, pasadas de moda. —El clérigo sonrió, y sus mofletudas mejillas se agitaron—. La gente prefiere procedimientos más modernos.

» Cede tus tierras a la iglesia. Nosotros nos encargaremos de la administración, enviaremos clérigos cualificados... —El clérigo mayor dirigió una mirada cáustica al hermano Michael— para recaudar impuestos y mantener el orden. A ti se te permitirá, por supuesto, vivir en tu mansión ancestral, como

intendente...

—¡Intendente! —El caballero se puso de pie. Su faz estaba muy pálida y su mano tembló sobre la espada que llevaba al costado—. ¡Intendente de la casa de mi padre! ¡Intendente de un noble predio que ha pasado honorablemente de padre a hijo durante generaciones! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí o por Paladine que...! —Desenvainó a medias su espada.

La gordinflona cara del clérigo mayor se cubrió de manchas rojas y blancas; sus ojos se desorbitaron. Se levantó del sillón en el que estaba sentado. Sus guardias sacaron las armas y el vibrante sonido del acero resonó en la sala.

—Hijo Venerable, permíteme escoltarte hasta tu carruaje. —El hermano Michael se había adelantado, de manera que se interponía entre el indignado caballero y el ofendido clérigo.

Nicholas, con gran esfuerzo, logró contenerse y volvió a enfundar la espada. Su hermana gemela estaba a su lado, con las manos cerradas prietamente sobre su brazo. El hermano Michael, hablando con voz sosegada y amable, acompañaba a buen paso al Hijo Venerable fuera de la sala. Ya en la puerta, el clérigo mayor de Istar hizo un alto y miró atrás; era una mirada dura y severa.

—¿Cómo osas amenazar a un religioso poniendo por testigo a Paladine? ¡Ten cuidado, señor caballero, no sea que la cólera de los dioses se descargue sobre ti!

—Por aquí, Reverencia —indicó el hermano Michael, a la vez que cogía el fofo brazo del clérigo mayor.

El sanador condujo a su superior fuera de la sala a un corredor vacío de muebles. La única decoración eran las ramas de adorno de Yule, mustias por el calor, y unas cuantas reliquias de una época pasada: una antigua armadura, tapices descoloridos y un estandarte desgarrado y manchado de sangre. El clérigo mayor dio un respingo despectivo a la vez que miraba desdeñoso en derredor.

—Ya ves, hermano Michael, el deterioro a que ha llegado esta hermosa mansión. Las paredes se les están cayendo encima. Es una pena, un desperdicio. No puede tolerarse algo así. Confío, hermano, en que aconsejarás bien a estos dos orgulosos jóvenes, que les hagas ver lo equivocado de su actitud.

El hermano Michael cruzó las manos bajo las mangas de su ajada túnica y no respondió. Su mirada fue a los numerosos y relucientes anillos que lucían los gruesos dedos del clérigo mayor. El sanador apretó los labios para que no escaparan unas palabras que no harían bien alguno, sino, quizá, todo lo contrario. El clérigo mayor se acercó más a él.

—Sería una pena que el inquisidor se viera forzado a hacer una visita a este caballero y a su hermana. ¿No estás de acuerdo, hermano Michael?

El sanador alzó la vista con premura.

—Pero son devotos seguidores...

El clérigo mayor lo interrumpió con un resoplido desdeñoso.

—La iglesia quiere estas tierras, hermano. Si el caballero rindiera de verdad culto a Paladine, no vacilaría en donar todas sus posesiones al Príncipe de los Sacerdotes. Por consiguiente, ya que este caballero y esa perra injuriosa que tiene por hermana se oponen a los deseos de la iglesia, deben de estar aliados con las fuerzas de la oscuridad. Hazlos volver a la senda de la virtud, hermano Michael. Hazlos volver, o tendré que empezar a dudar de ti.

El clérigo mayor salió por la puerta con su caminar bamboleante, acompañado por los armados guardaespaldas. Se dirigió a su carruaje y en el camino bendijo con gesto desganado a varios campesinos, que se despojaron de los sombreros e inclinaron las cabezas con humildad. Cuando el clérigo hubo desaparecido en el interior del carruaje, los campesinos contemplaron su rico equipaje con expresiones sombrías e iracundas, en las que podía leerse el cruel aguijonazo del hambre y la necesidad.

El hermano Michael permaneció largo rato en la puerta, observando la nube de polvo que levantaban las ruedas del vehículo. Su mano se cerraba con fuerza en torno al sagrado símbolo que colgaba de su cuello.

—Concédeme discernimiento, Mishakal —rogó a la bondadosa deidad—. Eres la única luz en medio de estas horrendas tinieblas.

Desde la sala, los dos hermanos oyeron el traqueteo de las ruedas del carruaje sobre los adoquines del patio y ambos soltaron un hondo suspiro. El caballero desenvainó la espada y la miró fijamente, apesadumbrado.

—¿Qué he hecho? ¡Amenazar con mi acero a un santo padre!

—Se lo merecía —dijo Nikol con decisión—. Ojalá hubiese tenido mi arma. ¡Lo habría librado de unas cuantas papadas!

Los dos se giraron al oír unas pisadas en la entrada de la sala. El sanador de la familia hizo un alto en la puerta.

—Adelante, hermano Michael. Como siempre, eres uno de nosotros —dijo Nikol, interpretando, erróneamente, su vacilación por una renuencia a entrometerse en una conversación privada.

Lo cierto era que Michael se estaba preguntando si ponerlos o no al corriente de la terrible amenaza. Eran tan jóvenes y ya luchando con las cargas de un feudo y sus gentes agobiadas por la miseria... Era poco lo que el joven Nicholas podía hacer por sus aparceros. Ya tenía suficientes problemas para mantener a los soldados, quienes evitaban que los goblins merodeadores y saquearan las escasas provisiones que le quedaba a la gente.

Michael miró al joven caballero, y los ojos se le nublaron por las lágrimas. Nicholas debería estar tomando parte en torneos con su brillante armadura, luciendo la cima de su dama. Debería estar ganando renombre en caballerías contiendas, pero la única liza que libraba este caballero era la ignominiosa lucha contra el hambre y las privaciones. El único corcel que montaba era un jamego de labranza. El sanador cerró los ojos y agachó la cabeza el susurro de unas

faldas y sintió el suave roce de unos dedos en su mano.

—Hermano Michael, ¿tienes problemas con el Hijo Venerable? Todo es culpa mía. Mi lengua es más afilada que mi espada. Enviaré una nota de disculpa si crees que servirá de algo. —Michael abrió los ojos y la miró en silencio. Como siempre, lo había dejado sin aliento. El amor que le profesaba, su ardiente deseo, su admiración, piedad y compasión brotaron en tropel de su interior y lo dejaron sin voz. Con delicadeza, apartó su mano de la de ella y retrocedió un paso. Ella era hija de un caballero; él un clérigo del más bajo rango, sin dinero con el que pagar al templo para alcanzar una posición más encumbrada.

—¿Qué ocurre, hermano Michael? ¿Algo va mal? ¿Qué te dijo ese hombre? —Nicholas cruzó la sala a zancadas.

Michael era incapaz de mirar a ninguno de los dos; bajó la vista al suelo.

—Amenaza con enviar al inquisidor, mi señor.

—¿Si no cedemos las tierras a la iglesia?

—Sí, mi señor. Siento profundamente que uno de los de mi clase...

—¡Ese hombre no se parece en nada a ti, Michael! ¡En absoluto! —Exclamó Nikol—. Tú trabajas incansablemente con la gente. Compartes nuestra pobreza. No coges nada, ni siquiera lo que es tuyo por derecho. ¡Oh, te he visto, hermano! He visto que metías de nuevo en mi bolsa el salario que te pagamos por tus servicios cuando crees que no estoy mirando.

La muchacha se echó a reír al ver la expresión bobalicona de su semblante, aunque era una risa entrecortada, como si estuviera a punto de llorar.

—M... mi señora —balbució Michael, con el rostro encendido—, le das demasiada importancia. No necesito nada. Me alimentáis, me cobijáis. Yo... —Fue incapaz de continuar.

—Vamos, Nikol —intervino su hermano con tono enérgico—. Nos vas a desmoralizar si sigues así. Y tenemos que discutir asuntos de gran importancia. ¿Cumplirá ese clérigo su amenaza? ¿Enviará al inquisidor?

—Me temo que sí —dijo de mala gana Michael, aunque i Ir estaba agradecido a Nicholas por cambiar de tema—. Ya les ha pasado a otros antes.

—Sólo a personas perversas, sin duda —protestó Nikol—. Clérigos de la Reina de la Oscuridad, hechiceros y gente de su calaña. ¿Qué tenemos que temer si nos mandan a un inquisidor? Hemos venerado siempre a Paladine, fielmente.

—Los justos no tenían nada que temer en el pasado, mi señora —respondió Michael—. Al principio, el Príncipe de los Sacerdotes intentaba sinceramente librar al mundo de la oscuridad. Sin embargo, no comprendió que para expulsar a la oscuridad tendría que expulsarnos a todos, pues en cada uno de nosotros hay algo de oscuridad. Nadie es perfecto, ni siquiera el Príncipe de los Sacerdotes. Sólo conociendo esa oscuridad y luchando continuamente contra ella evitamos que nos domine.

Michael tenía su propia oscuridad, o así lo creía él. Su amor por esta joven no

era puro, no era virtuoso, como él habría querido que fuera. Estaba teñido con un ardiente deseo. Quería tomarla en sus brazos, besar sus labios. Quería deshacer la corona de su cabello y sentirlo caer en cascada sobre los dos.

—Entiendo —dijo suavemente Nikol—. Anheo un hermoso vestido nuevo. ¿No es horrible que piense en algo así cuando la gente está pasando hambre? Y, pese a ello, estoy harta de llevar este pobre atuendo. —Sus manos alisaron el raído y remendado tejido. Suspiró y se volvió hacia su hermano— Quizás estamos equivocados, Nicholas. Tal vez pequemos de soberbia al querer conservar estas tierras. Quizá deberíamos cederlas a la iglesia. Después de todo, si es la voluntad de Paladine...

—No —dijo Nicholas con firmeza—. No creo que sea la voluntad de Paladine. Es la del Príncipe de los Sacerdotes y sus Hijos Venerables.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque, mi señora, el Príncipe de los Sacerdotes afirma conocer los designios de los dioses —respondió Michael, imperturbable—, ¿Cómo puede un mortal saber tal cosa?

—Tú sirves a Mishakal.

—Cumpló los preceptos de la diosa. Obedezco sus mandatos. Jamás presumiría de hablar en su nombre, mi señor

—¿Pero es equivocado querer librar al mundo de la maldad?

Michael vaciló antes de contestar. Ésta era una pregunta que debatía en su fuero interno hacía tiempo, y no resultaba fácil expresar con palabras sus más íntimos pensamientos y sentimientos.

—¿Cómo definirías el Mal, mi señora? Demasiado a menudo lo describimos como lo que es distinto de nosotros, o que escapa a nuestra comprensión. Antes dijiste que deberíamos librar al mundo de hechiceros, pero fue uno de ellos, un tal Magius, el que luchó junto al gran Huma, y que fue el amigo más querido del caballero.

» En mi tierra natal, cerca de Xak Tsaroth, vive una tribu de nómadas llamados los Hombres de las Llanuras. Son bárbaros, según el Príncipe de los Sacerdotes. Y, no obstante, no existe un pueblo más generoso y apacible. Adoran a todos los dioses, incluso a los oscuros, que se supone que han sido expulsados de este mundo. Cuando uno de los suyos, enferma, por ejemplo, los Hombres de las Llanuras ruegan a Mishakal que lo sane, pero también rezan a Morgion, dios maligno de la enfermedad, para que retire su mano corruptora.

—¿Qué sentido tiene hacer algo así? —Nicholas frunció el entrecejo—, Morgion, junto con la Reina Oscura, fue expulsado del mundo hace mucho tiempo.

—¿Lo fue? —Preguntó Michael con voz queda—. ¿Han desaparecido las enfermedades y las plagas? No. ¿Qué explicación damos entonces? Decimos que son los impíos los que sufren. ¿Acaso tu madre era impía?

Los hermanos guardaron silencio, absortos en sus pensamientos. Al cabo, Nicholas rebulló.

—Entonces ¿cuál es tu consejo, hermano Michael!? ¿Desafiar al Príncipe de los Sacerdotes? Piénsalo bien antes de responder. —El caballero esbozó una débil sonrisa—. Como encargado de nuestra guía espiritual, correrás tanto peligro como mi hermana y yo con el inquisidor.

Michael no contestó de inmediato. Se puso de pie y paseó por la sala, pensativo, con las manos enlazadas a la espalda, como si de nuevo se planteara qué decir y cómo decirlo.

Los hermanos se acercaron uno al otro y se cogieron de las manos. Por último, Michael se volvió para mirarlos.

—No hagáis nada. Todavía no. Yo... no puedo explicarlo, pero he tenido sueños extraños últimamente. Anoche, Mishakal se me apareció mientras dormía. La vi claramente. Su semblante estaba afligido, sus ojos tristes. Empezó a decir algo, a comunicarme algo. Alargó la mano hacia mí, pero, en el último momento, se desvaneció. Rezaré para que regrese esta noche, para que me hable. Y entonces, espero, podré aconsejaros.

Nicholas parecía aliviado; la pesada carga había sido levantada, por un tiempo, de sus hombros. Nikol dirigió una sonrisa trémula a Michael. Alargó la mano y, cogiendo la de él, le dio un cálido apretón.

—Gracias, hermano. Confiamos en ti.

La mano de Michael ciñó con fuerza la de ella, sin poderlo evitar. Nikol era tan encantadora, tan afectuosa... La joven, que lo miraba a los ojos, enrojeció y apartó la mano.

—Nicholas, es la hora de entrenamiento con la espada. A mí, por lo menos, me vendrá bien el ejercicio.

Su hermano se dirigió hacia la percha de armas y cogió una espada.

—Sí, me hace falta sudar para limpiarme los poros del tacto de ese gordo clérigo.

Lanzó el arma a su hermana, que la recogió con experta agilidad.

—Me cambiaré de ropas primero. No quisiera hacer más desgarrones a este pobre vestido. —Socarrona, miró a Michael con cierta coquetería—. No tienes que acompañarnos, hermano. Sé lo mucho que te trastorna la lucha, aunque sea un entrenamiento.

No lo amaba. Lo apreciaba y lo respetaba, pero no lo amaba. ¿Y qué otra cosa esperaba? ¿Quién era él? Un sanador, no un guerrero. Eran incontables las veces que la había visto con los ojos relucientes mientras escuchaba historias de arrojo y valor en el campo de batalla. Su ideal era un valeroso caballero, no un humilde clérigo.

Los gemelos se marcharon corriendo, en medio de risas y chanzas, y lo dejaron atrás, solo, vacío y asustado. Michael suspiró y fue a la capilla familiar

para rezar.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Lo sé —gruñó el jefe goblin. Era un mestizo con parte humana, y por tanto más despierto y más peligroso que la mayoría de los de su raza— Dame el dinero.

—La mitad ahora. La otra mitad cuando me entregues al caballero. ¡Vivo!

—¡No dijiste nada sobre eso! —se enfureció el goblin; el resplandor de la roja Lunitari hacía la expresión de su rostro más espantosa—. Sólo hablaste de traer al caballero. No mencionaste que lo querías vivo.

—¿Y para qué lo querría muerto? —replicó Akar.

—Yo no sé lo que hacéis los magos. Y no me importa —dijo con desdén el goblin—. Vivo te costará más.

—De acuerdo. —Akar cedió de mala gana. Metió la mano en su bolsa de terciopelo negro y contó unas cuantas monedas de oro.

El goblin las contempló con gran desconfianza.

—Son reales —espetó Akar—. ¿Qué temes? ¿Que desaparezcan?

—No me sorprendería. Si se esfuman, lo mismo haré yo. No lo olvides, hechicero. —El jefe goblin guardó las monedas en un saquillo peludo que colgaba de su cinturón—. Mañana por la noche. Aquí.

—Mañana por la noche. Aquí —repitió Akar.

Los dos se separaron y se perdieron en las oscuras sombras que los engendraban y cobijaban.

Faltaba una hora para el amanecer. El hermano Michael había dormido mal. Se había despertado a menudo, creyendo haber oído una voz que lo llamaba. Se sentaba en el catre, conteniendo la respiración, mirando fijamente la oscuridad de su pequeño cuarto carente de ventanas.

—¿Quién está ahí?

Ninguna respuesta.

—¿Se me necesita? ¿Hay alguien enfermo?

Ninguna respuesta.

Volvió a tumbarse, diciéndose a sí mismo que lo había imaginado, y de nuevo se sumió en un inquieto duermevela, para volver a despertarse con la misma llamada.

—Michael..., Michael...

Se sentó, aturdido, adormilado.

—¿Y ahora qué...? —empezó. Entonces se quedó mudo, boquiabierto.

La imagen de una bellísima mujer, rodeada por una radiante luz azul, se encontraba al pie de su cama. Había visto esa misma imagen antes, pero nunca con tanta claridad, nunca tan cerca. Supo que, esta vez, le hablaría, que había venido para consolarlo y aconsejarlo. Sus plegarias habían sido escuchadas.

A Michael no le preocupaba su desnudez, pues los dioses ven desnudos a todos

los hombres cuando vienen al mundo, ven la desnudez de sus almas, de sus corazones. Bajó de la cama y cayó de hinojos en el frío suelo de piedra.

—Mishakal, soy tu humilde servidor. Ordena y yo obedeceré. ¿Qué quieres de mí?

La voz de la diosa era adorable, como el canto de miles de pájaros, como el susurro de una madre, como el tañido de campanillas de plata en una mañana radiante.

—En verdad eres mi servidor, Michael. Uno de mi fieles seguidores. Te necesito. Ven conmigo.

—Sí, por supuesto, Señora. —Michael se incorporó con presteza y empezó a vestirse, sin reparar apenas en lo que hacía. La luz azul que lo envolvía era cegadora e inundaba su corazón con un gozo sublime—. ¿Está alguien enfermo? ¿Alguien del pueblo, quizá?

—Deja a un lado las aflicciones de este mundo, hermano Michael. Ya no te conciernen. —La diosa alargó una mano de belleza y suavidad sin par—. Ven.

Michael oyó el toque de cuernos llamando a la batalla. Escuchó gritos y voces, el tintineo de armaduras y de espadas. Oyó el golpeteo de pies corriendo en las almenas. Se detuvo; miró a sus espaldas, a la puerta que conducía a la capilla familiar.

—¡Sí, Señora, pero están luchando! Me necesitarán...

—No por mucho tiempo —dijo la diosa—. Paladine los tiene bajo su custodia. Se llevará sus almas, sacándolas de un mundo que muy pronto estallará en llamas. Suelta tu carga, Michael, y ven conmigo.

—¿Volveré a verlos? ¿A Nicholas, a Nikol?

—En el más allá. Los estarás aguardando. No será una espera larga.

—Entonces iré.

Se alegraba de partir, de librarse del dolor de la vida, del dolor de sus deseos. Pronto podría amarla castamente. Tendió la mano para asir la de la diosa.

Un grito desgarró el alba. Unos puños aporrearón la puerta.

—¡Michael! ¡Hermano Michael! ¡Tienes que venir! ¡Es Nicholas! ¡Está herido! ¡Te necesita!

—¡La voz de Nikol! —Michael se estremeció; su mano tembló.

—No puedes hacer nada —le dijo la diosa con tristeza—. Es cierto que el caballero ha sido herido, pero mientras su hermana está ahí, suplicando tu ayuda, sus atacantes se lo están llevando. No llegarías a tiempo de salvarlo.

—Pero si Nicholas ha sido puesto fuera de combate, ¿quién dirigirá a los hombres? El castillo caerá...

—¡Hermano Michael! ¡Por favor! —La voz de Nikol estaba ronca de gritar.

La diosa lo miró con frialdad.

—Lo que ha de suceder, sucederá. No puedes hacer nada por evitarlo. Ten fe en nosotros, cree que es por vuestro bien, aunque no lo entiendas. Tú mismo lo

dijiste: «¿Cómo puede un mortal conocer el designio de los dioses?» . Si rehúas, si vacila tu fe, si te quedas e intervienes, corres el riesgo de condenarte a ti mismo, a la mujer y al mundo a un terrible destino.

—¡Michael! ¡Te necesito! —gritó Nikol, que golpeaba la puerta con los puños.

—Que así sea pues, Señora —dijo él amargamente—, porque no puedo abandonarlos. —Dejó caer la mano junto a su costado. Ya no era capaz de mirar la luz resplandeciente. Le hería los ojos—. La amo. Los amo a ambos. ¡No puedo creer que sus muertes sean para bien! Perdóname, Mishakal.

Echó a andar hacia la puerta. Su mano se posó en el picaporte. Sentía una gran congoja. Anhelaba ir con la diosa. Sin embargo, al otro lado de la hoja de madera, oyó llorar a Nikol. Cerró los dedos sobre el picaporte, y la luz que lo envolvía pareció perder fuerza. Miró atrás.

—Mañana por la noche, la Noche de los Hados, el puente de la Ciudadela Perdida se abrirá para los clérigos verdaderos. Sólo aquellos que tengan fe podrán cruzarlo.

La luz azul parpadeó y se desvaneció. Michael abrió la puerta de un tirón. Nikol se aferró a él.

—¿Dónde estabas? ¿Qué estabas haciendo? ¿Es que no me oías llamarte?

—Estaba... rezando. —Era una mala excusa, pero no se le ocurrió qué decir.

Los ojos de la muchacha llamearon. Hija de un caballo ro, no podía entender al pusilánime clérigo que se postraba de rodillas y rezaba a su diosa para que lo salvara mientras otros hombres combatían. Lo agarró de la mano y echó a correr pasillo adelante. Michael avanzó a trompicones para no quedarse atrás. La muchacha llevaba puesto el camisón y los largos pliegues se enredaban en sus tobillos, casi haciéndola caer. La tela blanca de la prenda estaba manchada de sangre. Michael supo de quién era sin necesidad de preguntarlo.

—Lo han llevado dentro. —Nikol hablaba de manen atropellada mientras corrían—. Le hemos quitado La armadura. La herida es profunda, pero no mortal. Tenemos que apresurarnos. Ha perdido mucha sangre. Dejé al viejo Giles con él...

«¡No es menester que nos demos prisa! —Gritó para sus adentros Michael—. Demasiado tarde. ¡Llegaremos demasiado tarde!» . A pesar de todo, corrió tan deprisa como le fue posible, como si quisiera adelantarse al destino.

Llegaron a una habitación del piso bajo, cerca de la entrada. No habían llevado muy lejos al herido.

—¡Giles! —Gritó Nikol, al tiempo que empujaba la puerta—. Traigo al sanador. Yo... ¿Nicholas? ¿Dónde estás? ¡Giles! ¡Oh, dios, no! ¡No, Paladine!

El grito desgarrador atravesó a Michael como un cuchillo. Nikol llegó junto al cuerpo del anciano sirviente, y lo levantó del suelo con delicadeza.

—¿Qué ha ocurrido, Giles? ¿Dónde está Nicholas?

Michael se arrodilló junto al anciano. Tenía una flecha goblin hincada en el

pecho, el astil profundamente clavado.

—Mishakal, sana... —La voz de Michael se quebró. El sagrado medallón de la diosa que llevaba colgado al cuello, el símbolo de su fe que reflejaba la luz azul de la deidad, estaba apagado. Balbuceó, sin lograr articular las palabras.

—Se... lo llevaron —dijo el anciano entre jadeos.

—¿Quiénes? ¡Contéstame, Giles! —gritó Nikol.

—Goblins...

El viejo sirviente la miró, pero sus ojos ya no podían verla. La cabeza colgó flácida sobre el brazo de la muchacha. Nikol lo soltó en el suelo. Su semblante era inexpressivo; la conmoción superaba el dolor y la pena.

Michael se incorporó y miró alrededor de la habitación. Había cristales rotos esparcidos por el suelo; la ventana se mecía alocadamente de los gozmes. Había sido forzada con un objeto pesado, probablemente una maza o un garrote. El alféizar estaba manchado de sangre.

—Se lo han llevado por ahí —señaló.

—¿Pero por qué? —Nikol miraba con fijeza el lecho, las revueltas sábanas ensangrentadas. Su cara estaba más blanca que las ropas de cama—, ¿Por qué iban a llevárselo? Los goblins destrozan y matan. Nunca cogen prisioneros... oh, Nicholas.

Se estremeció de pies a cabeza. Hundió el rostro en las Abanas, todavía calientes, retorciendo la tela con sus dedos crispados. Ansiando consolarla, Michael se acercó a ella. Su mano rozó el hombro de la muchacha.

—Mi señora...

Nikol se giró bruscamente hacia él.

—¡Tú! —Gritó con ferocidad—. ¡Esto es culpa tuya! ¡Si hubieses estado aquí, en lugar de esconderte tras las faldas de tu diosa, mi hermano estaría bien! ¡Estaría vivo! Podríamos haberlos combatido...

Un arquero, manchado de sangre y desaliñado, apareció en la puerta.

—¿Dónde está mi señor? —Inquirió con aspereza—. El ataque del enemigo se recrudece. ¿Cuáles son sus órdenes?

Michael irguió los hombros, dispuesto a comunicar al soldado la terrible noticia de la desaparición de su señor.

Unas uñas se le hincaron en el brazo. Nikol lo apartó de un empujón y se adelantó.

—Mi señor se reunirá con sus hombres sin dilación —dijo, con voz firme, tranquila—. Le estamos vendando la herida.

—Ruego a Paladine para que venga pronto —dijo el arquero, que salió disparado hacia la entrada.

—¡Katherine! —Llamó Nikol—. ¡Katherine! Ah, estás ahí.

La mujer que había sido niñera y ama, y posteriormente dama de compañía, acudió presurosa a la llamada de su señora.

—Tráeme las ropas de hombre que utilizo cuando me entreno con Nicholas.  
¡Y date prisa! ¡Rápido!

Katherine la miró de hito en hito, desconcertada y trastornada.

—¡Oh, mi señora, no hay tiempo! Debemos huir...

—¡Ve! —Le gritó Nikol—. ¡Haz lo que te he dicho!

Katherine dirigió una mirada asustada a Michael, que sacudió la cabeza, perplejo. La mujer salió corriendo; se oyó el repicar de sus zuecos de madera sobre el suelo de piedra.

Nikol miró a su alrededor y encontró lo que buscaba. Cogió el cinturón de cuero de su hermano y desenvainó el cuchillo, que tendió a Michael. Éste miró primero el arma y después a la joven.

—Mis votos me prohíben manejar armas cortantes, mi señora...

—¡Pusilánime! ¡No te pido que luches con él!

Nikol soltó con brusquedad el cuchillo en la mano inerte del clérigo. Luego alzó la larga y pesada trenza de cabello dorado, la echó hacia adelante y se la tendió a Michael.

—Córtalo. Córtalo de manera que quede como lo lleva mi hermano.

Michael entendió de repente lo que se proponía hacer. La miró espantado.

—¡Nikol, no lo dirás en serio! No pensarás...

—¡No, no es lo que crees! —Se volvió a mirarlo—. Es la única probabilidad de salvar a Nicholas. ¿No lo comprendes? Se lo han llevado. Ahora lanzan un ataque para cubrir la huida. Tenemos que hacerlos retroceder y entonces podré dirigir una patrulla para ir a rescatarlo.

—Pero eres mujer. Los hombres no te obedecerán.

—No sabrán que soy yo quien les da órdenes —contestó Nikol con voz calma al tiempo que le daba otra vez la espalda—. Creerán que siguen a mi hermano. Nos parecemos lo bastante para hacerme pasar por él con la armadura. Y no te preocupes, hermano —añadió con acritud—. Puedes quedarte aquí, a resguardo y rezando por mí. Ahora, corta.

Su sarcasmo era más cortante que la hoja del cuchillo. Michael vio en ese momento el abismo que los separaba. A veces se había atrevido a esperar que le tuviera cariño, había imaginado que la joven había respondido afectuosamente a su contacto. «Si yo fuera noble o ella fuera plebeya, ¿acaso no nos amaríamos?», se preguntaba.

Pero ahora sabía la verdad, la leía en sus ojos. Lo despreciaba, despreciaba su debilidad.

Michael agarró el cuchillo con torpeza. Levantó la pesada trenza de cabello en su mano y tuvo la sensación de que sus dedos estaban tocando seda.

«¿Cuántas veces he soñado con este momento? —Pensó para sus adentros con amargura—. Tener el privilegio de tocar su maravilloso pelo».

Se oyeron gritos frenéticos en el exterior, y una flecha perdida penetró

silbando por la ventana. Apretando los clientes, Michael cortó los brillantes cabellos entretrejididos.

—¡Mi señor! —Un sargento canoso cogió al caballero por el brazo. La sangre manaba por un corte en la cabeza del soldado. Cojeaba, ya fuera por una vieja herida o por una reciente—. ¡Mi señor! Es inútil. ¡Esos demonios son demasiados! ¡Ordena la retirada!

—¡No! —El caballero se libró de su mano con un tirón furioso—. Empiezan a replegarse. ¡Reúne a los hombres para una nueva carga!

—Mi señor, se están reagrupando, preparándose para dar el golpe definitivo, eso es todo —dijo el sargento con suavidad.

Michael comprendió entonces que el veterano soldado sabía la verdad. Sabía que no seguía a su señor, sino a su señora.

El clérigo se acercó más para escuchar la conversación. La batalla había sido breve y brutal. Había hecho cuanto había podido para mitigar el dolor de los moribundos, pero no había sido mucho. La situación había sido demasiado horrenda, demasiado confusa para que nadie reparara en que su clérigo había guardado el medallón bajo la túnica, que sus labios no pronunciaban ninguna plegaria. A la mayoría les había llegado la muerte de un modo piadosamente rápido. A Michael lo aterrizzaba la idea de que Nikol cayera herida. Si eso ocurría, ¿qué podría hacer por ella?

—¿Cuáles son tus órdenes, señor? —preguntó el sargento con voz respetuosa.

Nikol no respondió enseguida. El agotamiento se había cobrado su precio. El cabello rubio le caía sobre las hombreras metálicas enredado y apelmazado por el sudor. Cualquiera otro caballero se habría despojado del pesado yelmo y se habría enjugado la transpiración del rostro. Pero éste seguía con él puesto.

Michael se unió a ellos y miró por encima de las almenas el bosque que se alzaba más allá. Ya había amanecido. El vasto número de enemigos se podía contar con facilidad; no hacían un secreto de su fuerza. El caballero echó un vistazo al patético puñado de hombres que quedaban a su mando.

—Releva de servicio a los hombres —dijo Nikol con voz baja, inexpresiva—. Si se marchan ahora, tienen posibilidad de huir. Los goblins estarán demasiado ocupados en saquear y prender fuego al castillo para preocuparse de perseguirlos.

—Muy bien, mi señor —dijo el sargento, mientras hacía una reverencia.

—Dales las gracias en mi nombre. Lucharon bien.

—Sí, mi señor. —La voz del veterano sonaba estrangulada—. ¿Vendrá mi señor con nosotros?

Nikol no respondió. Michael avanzó un paso, dispuesto a discutir, a decir a todos la verdad si era preciso. Cualquiera cosa con tal de salvarla. Captó el destello de los ojos azules tras el visor del yelmo. La mirada de Nikol se prendió en la suya un instante, como advirtiéndole que guardara silencio.

—No, no en este momento —contestó—. Y no me esperéis. Intentaré salvar las pocas cosas de valor que quedan.

—Mi señor...

—Ve, Jeoffrey. Mi agradecimiento y mi bendición van contigo.

El caballero tendió una mano enfundada en el guantelete. El viejo soldado la cogió y se la llevó a los labios.

—Jamás un noble caballero combatió con tanto valor como hoy has combatido tú, mi señor. Que Paladine te acompañe siempre.

El sargento inclinó la cabeza. Las lágrimas corrían por sus curtidas mejillas. Un instante después se había marchado y corría en medio del humo gritando órdenes.

Michael avanzó, saliendo de las sombras.

—Deberías ir con ellos, mi señora.

Nikol no se dignó mirarlo siquiera. Se quedó erguida, con los ojos prendidos en el bosque plagado de criaturas malignas.

—Tus plegarias no han servido de mucho, hermano.

La vergüenza tiñó de rojo las mejillas de Michael. ¿Sabía ella la verdad? ¿Lo sospechaba? El clérigo se dio media vuelta, sumido en un desdichado silencio.

—No te vayas, Michael —dijo la muchacha suavemente, con un tono arrepenido—. Perdóname... y pide a los dioses que me perdonen. ¡Me siento tan... desesperada!

Se recostó en él, agradeciendo su apoyo. No parecía muy indicado abrazar a un caballero con armadura; Michael se tuvo que limitar a apretarle la mano con fuerza.

—Debemos marcharnos, mi señora.

—Sí —musitó Nikol. Hablaba como si estuviera aturdida—. Hay una cueva, no lejos del castillo. Nicholas y yo solíamos jugar allí, cuando éramos pequeños. Está bien escondida. Estaremos a salvo.

—¿Hay alguna cosa que quieras llevarte? —preguntó Michael sintiéndose impotente. Contempló los muros del castillo. Incluso en esos momentos parecían resistentes, inexpugnables. Resultaba difícil imaginar que ya no ofrecían la protección que prometía su apariencia—. ¿Qué pasará con los sirvientes?

—Los hice marchar hace tiempo —dijo Nikol. Ahora estaban solos, pues los hombres habían huido. Se quitó el yelmo. Su rostro estaba ceniciento, pringado de polvo, sangre y sudor—. La mayoría tiene familia por los alrededores. Los alertarán, a tiempo, espero, de que se pongan a salvo. En cuanto a las joyas, las vendimos hace varios años. Tengo conmigo lo que más me interesa.

Su mirada se posó afectuosa, con tristeza, en la espada de su hermano y que anteriormente había pertenecido a su padre, y antes a su abuelo.

—Pero necesitamos vituallas, y odres de agua...

Un espeluznante grito goblin se alzó en el bosque. Una oleada negra empezó a

avanzar a través de los pisoteados prados que había delante del castillo. El portón estaba cerrado. Les llevaría cierto tiempo asaltar las murallas, a pesar de que ya no estaban defendidas.

Nikol apretó los labios. Se puso otra vez el yelmo y aferró con fuerza la espada.

—Quédate detrás de mí y no te pongas al alcance de mi brazo armado. Puede que tenga que combatir para abrirnos paso.

—Sí, mi señora.

Fueron presurosos hacia la escalera que descendía al patio. Nikol hizo una pausa, se volvió hacia el clérigo y le apretó la mano.

—Encontraremos a Nicholas y lo curarás —le dijo.

—Sí, mi señora —contestó Michael. ¿Qué otra cosa podía decir?

Ella asintió con un brusco cabeceo y desapareció en la oscuridad de la escalera de caracol. Michael fue tras la joven, abatido, angustiado.

«¡Es inútil! —quería gritarle—. ¡Inútil! ¡Aun en el caso de que lo encontráramos, no puedo curarlo! ¿Es que no lo ves? ¿Es que no lo entiendes?» .

Aferró el sagrado símbolo azul de Mishakal y lo sacó de debajo de la túnica. Antes habría iluminado la oscuridad. Habría emitido un fulgor brillante, radiante. Ahora apenas era distinguible en las densas sombras que lo rodeaban. Dejó que el medallón cayera con pesadez sobre su pecho. « Pronto lo descubrirás. Ahora me desprecias, pero después me odiarás» .

La siguió, trastabillando en la oscuridad.

La noche cayó sobre la tierra. Nikol estaba de pie a la entrada de la cueva y observaba el cárdeno fulgor de las llamas que se reflejaba en el oscuro cielo; brillante al principio, se había ido apagando de manera gradual. El humo del incendio escocía en los ojos, en las fosas nasales. De vez en cuando el viento traía el sonido de gritos broncos y risotadas salvajes.

—Deberías descansar, mi señora —dijo con suavidad Michael.

—Duerme tú, hermano. Yo vigilaré —respondió.

Su espíritu era fuerte, pero no podía prestar esa fuerza a los músculos, los huesos y los tendones. No había terminado de hablar cuando se le doblaron las rodillas. Michael la cogió en brazos y la tumbó en el suelo de la cueva. Le soltó los dedos crispados que todavía se cerraban sobre la empuñadura de la espada; unos dedos pringados con la negra sangre de los goblins. Le lavó las manos y el rostro con agua fresca.

—Despiértame antes del amanecer —musitó la joven—. Los seguiremos, encontraremos a Nicholas...

Se quedó dormida.

Michael recostó la espalda en la pared de piedra y cerró los ojos. Unas lágrimas de cansancio y desesperación le humedecieron los ojos; se le hizo un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarlo. La amaba tanto, tanto... y le

iba a fallar. Incluso si encontraban a Nicholas y lo rescataban —¿y cómo iban a hacerlo, con todo un ejército goblin?—, Michael no podría curarlo.

«Mañana por la noche, la Noche de los Hados, el puente de la Ciudadela Perdida se abrirá para los clérigos verdaderos. Sólo aquellos que tengan fe podrán cruzarlo». La voz de Mishakal llegó a él. La diosa le había dado una oportunidad de redimirse.

Mañana por la noche. Tenía hasta mañana por la noche para encontrar el puente, la Ciudadela Perdida, un lugar evocado sólo en las leyendas, desde el principio de los tiempos. Cruzaría el puente. La luz de la diosa volvería a brillar en él, lo envolvería, acabaría con el dolor de este amor imposible, de esta existencia inútil. Una vez que estuviera allí, encontraría de nuevo su fe perdida.

—Adiós, Nikol. Mañana, cuando despiertes, ya no estaré aquí —le dijo en un susurro. Alargó la mano y acarició el cabello mal cortado—. No te enfades conmigo. No me necesitas. Sería una carga para ti, un hombre débil que ni siquiera puede invocar el poder de su diosa para ayudarte. Viajarás más deprimida si vas sola.

Se recostó de nuevo en la pared de la cueva, firmemente decidido a permanecer despierto, aguardando la gris claridad del amanecer, momento en que se escabulliría. Pero el sueño lo venció. La cabeza le cayó sobre el pecho; su cuerpo se desplomó en el suelo. No lo vio, pero, en la oscuridad, el sagrado medallón que llevaba empezó a emitir un suave fulgor azul y ningún mal les sobrevino durante la noche, a pesar de que muchas criaturas malignas merodearon por las proximidades de su escondite.

Con la llegada del alba, no obstante, la suave luz del medallón se apagó.

El Túnica Negra estaba en cuclillas en un pequeño claro del bosque. Era mediodía. El sol brillaba a través de una neblina de humo suspendida sobre las copas de los árboles.

Akar estornudó, dirigió una mirada irritada al humo y después volvió de nuevo su atención a las piedras de adivinación que había lanzado al suelo. Se inclinó sobre ellas y las estudió detenidamente.

—Esta es la Noche de los Hados. Los clérigos verdaderos dejarán Ansalon. Tengo unas horas para encontrar la Ciudadela Perdida. ¿Dónde se han metido esos condenados goblins? —Akar miró otra vez el humo con gesto severo—. Divirtiéndose, imagino. Veremos durante cuánto tiempo lo hacen si me fallan...

Los crujidos de unas ramas lo interrumpieron. Akar recogió las piedras con un gesto veloz de su mano y las guardó en un saquillo de cuero negro. Con las palabras iniciales de un conjuro mortal prestas a salir de sus labios, retrocedió sigiloso a la cobertura de los árboles y aguardó.

Un grupo de cuatro goblins irrumpió en el claro. Se movían ruidosos, con la seguridad de los vencedores. Llevaban entre ellos una litera en la que yacía el cuerpo de un humano. El hechicero maldijo al ver las angarillas.

El jefe de los goblins se abrió paso a empujones entre sus hombres y miró en derredor.

—¿Hechicero? ¡Déjate ver! ¡Deprisa! ¡Quiero mi dinero!

Akar salió de entre los árboles. Hizo caso omiso del cabecilla y se encaminó hacia la litera, que los goblins habían tirado en el suelo. El joven tendido en ella soltó un gemido de dolor. Estaba consciente, aunque no parecía tener idea de lo que le estaba ocurriendo. Alzó la vista hacia el hechicero y lo miró aturdido, desconcertado.

Akar lo contempló con frialdad.

—¿Qué es esto? —Instó— ¿Qué me habéis traído?

—Un Caballero de Solamnia. Le habían quitado la armadura. —La voz del goblin tenía un tono acre. Le habría gustado apoderarse de esa armadura.

—¡Bah! Demasiado joven para ser caballero. ¡Y, aunque os creyera, este hombre está malherido, casi a punto de expirar! ¿De qué me serviría en este estado?

—¡Da gracias de tenerlo en este estado o en cualquier otro! —Siseó el goblin—. ¿Acaso esperabas que apresáramos a un Caballero de Solamnia sin lucha?

Akar se inclinó sobre el joven. Con gestos bruscos levantó los vendajes ensangrentados que le cubrían el abdomen y estudió la herida. El joven soltó un grito de dolor y apretó los puños. Al hacerlo, la luz centelleó en un anillo que llevaba. Akar le aferró la mano, examinó la joya y lanzó un gruñido de satisfacción.

—Bien, bien. Eres un caballero.

—¿Qué quieres de mí? —logró articular el herido, jadeante.

Akar hizo caso omiso de su pregunta. Buscó el pulso en el cuello y notó el estado febril de la sangre. El mago se sentó en cuclillas.

—No durará otra hora.

—Entonces te sugiero que hagas pronto lo que tengas que hacer con él —aconsejó el cabecilla goblin.

—Imposible. Lo necesito vivo toda la noche.

—¡No me digas! Supongo que ahora querrás que vayamos y capturemos un clérigo, ¿no? —dijo el jefe goblin con sorna.

—No serviría de nada. Ninguno de los clérigos que encontrásemos esta noche sería capaz de curarlo.

El goblin hizo un ademán de indiferencia.

—Entonces ocúpate tú de él. Al fin y al cabo, eres hechicero. Imagino que tu magia servirá para algo. Páganos lo que nos debes y podremos marcharnos. Planeábamos sacar algo en limpio de este asunto, pero habían dejado pelado el castillo de cualquier cosa de valor cuando entramos. Ni siquiera había una mujer para divertirnos.

El caballero gritó y trató de incorporarse. Su mano fue hacia la espada, pero

el arma no estaba a su costado.

—Ahorra fuerzas —dijo Akar, mientras lo obligaba a tumbarse otra vez. El hechicero se incorporó. Estaba de mejor humor, casi sonriente. Echó unas monedas de oro al jefe goblin—. Ahí tenéis vuestra paga.

Aparentemente, el cabecilla encontró sospechoso aquel cambio de humor del hechicero, pues dirigió una mirada desconfiada a las monedas.

—¡Tú, cógelas! —ordenó a uno de sus secuaces, que hizo lo que le mandaba.

Los goblins se escabulleron con el botín, el jefe sin apartar los ojos del que llevaba el dinero del hechicero.

Akar se volvió hacia el caballero, que yacía quieto y silencioso, luchando contra el dolor, negándose a mostrar debilidad.

—¿Qué quieres de mí? —repitió con voz ronca.

—Esta noche debo derramar la sangre de una persona buena e íntegra en el puente de la Ciudadela Perdida. Tienes la desgracia, señor caballero, de ser una persona buena e íntegra. Al menos, es lo que dice tu gente. Una rareza en los tiempos que corren, debo admitir. No te molestes en preguntarte el cómo y el porqué, pero, con tu muerte, los clérigos de Su Oscura Majestad podrán al fin regresar a este mundo.

El caballero sonrió.

—Me estoy muriendo. No viviré lo bastante para serte útil, gracias le sean dadas a Paladine.

—Oh, bueno. No pierdas la esperanza. Mi magia sirve para algo. No puedo sanarte, señor caballero. Tampoco es ése mi deseo. Deduzco que serías un prisionero muy problemático. Con todo, seguirás vivo hasta que te haya llevado a la Ciudadela Perdida.

» Un conjuro de deseo realizará mi propósito. Sí, funcionará bien. El conjuro me costará un año de vida. —El ] mago se encogió de hombros—. ¿Pero qué importancia tiene eso? Cuando obtenga el poder de Fistantilus, recuperaré ese año con creces.

Akar alzó las manos y miró al cielo, a la luna negra, lNuitari, la luna que sólo aquellos que caminan por la senda oscura del Mal pueden ver.

—Éste es mi deseo: que el caballero permanezca vivo hasta que le dé muerte la hoja de esta daga. —El mago desenfundó el arma que llevaba colgada a la cintura y la levantó hacia el cielo. El metal se oscureció, como si cayera una sombra sobre él, y después centelleó con una luz horrenda, perversa.

—¡Mi deseo me ha sido concedido! —dijo Akar con satisfacción.

—¡No! ¡Paladine, impídelo! ¡Toma mi vida! ¡Mátame ahora!

El joven caballero se puso de pie con esfuerzo. Desgarró los vendajes que cubrían su herida, por la que empezó a manar sangre a borbotones, y salió corriendo por el claro, en dirección al bosque.

Akar no se movió y lo observó con tranquilidad.

Nicholas cayó de rodillas. El fluido vital escapaba de su cuerpo. Lo vio derramarse sobre el suelo y empapar la tierra.

El dolor era intenso, atroz. Se dobló en dos, pidiendo a gritos la muerte.

Pero la muerte no le llegó. Nicholas quedó tendido sobre su propia sangre, temblando de agonía.

Akar lanzó un silbido. Un caballo negro como la sangre de un goblin —de hecho, ése era el nombre del corcel— entró trotando en el claro, arrastrando un pequeño carro. El hechicero agarró al caballero por los hombros, lo arrastró sobre la hierba ensangrentada hacia el carruaje y lo aupó a su interior. Luego ató con cuerdas las muñecas y los tobillos del atormentado caballero.

—No es que crea que estás en condiciones de hacerme mal alguno —dijo Akar—. Pero vosotros, los caballeros, sois una estirpe tenaz. Siento no poder hacer nada para aliviar el dolor. Pero enfócalo de este modo: tras unas cuantas horas de agonía, estarás más que deseoso de morir. Intenta no gemir demasiado alto. En estos tiempos, criaturas muy desagradables merodean por campo abierto. Y ahora, a buscar la Ciudadela Perdida.

El hechicero se subió al carro y tomó las riendas. De nuevo alzó la vista al cielo. Mientras lo observaba, una sombra se interpuso ante el sol, como si lo eclipsara una luna, pero sólo era visible la sombra. La contempló con fijeza, estrechando los ojos para resguardarlos del resplandor del sol hasta encontrar lo que buscaba.

La sombra se extendió hacia abajo, desde el sol, y creó un haz de tinieblas que traspasaba la luz del día. Dondequiera que aquella oscuridad tocara, le prendía fuego de manera instantánea. Un humo maloliente y ponzoñoso se cernió en el aire. Akar olisqueó su perfume. A sus espaldas oyó toser al caballero.

Cuando el humo se disipó, arrastrado por un viento gélido como la muerte, Akar vio que el fuego había formado un camino entre los árboles calcinados, un sendero de negrura, un sendero de la noche en pleno día.

—¡Alabado sea Nuitari! —dijo el hechicero.

Azuzó al corcel con las riendas y condujo el carro por el camino amortajado en sombras.

Nikol y Michael siguieron el rastro de los goblins con facilidad..., con demasiada facilidad. A su paso por el bosque que rodeaba el castillo incendiado y despojado, el ejército había dejado una huella de destrucción, como la franja abierta en un pastizal por una guadaña. Su número era considerable y por tanto no necesitaban esconderse ni ocultar el camino que conducía a su guarida en las montañas. No temían recibir justo castigo a sus fechorías. Los caballeros de las cercanías, en sus vecinos feudos, tenían suficientes problemas en los que pensar con sus tierras y las gentes que dependían de ellos.

Michael contempló consternado los árboles partidos, los matorrales aplastados, los cadáveres de goblins que habían sido heridos y abandonados a su

suerte por sus rudos compinches. Nikol iba de un lado a otro de la senda, con la mirada prendida en el suelo buscando alguna pista de su hermano.

—Mi señora, si se lo llevaron con ellos, ¿qué posibilidad tienes de rescatarlo? Deben de ser... ¡cientos! —dijo el clérigo señalando con un ademán la destrucción que los rodeaba.

—Entonces tendré el consuelo de morir junto a él —replicó Nikol. Se incorporó y apartó el pelo que le caía sobre los ojos—. Sabías a lo que nos enfrentábamos. Te lo advertí esta mañana.

Michael no quería que le recordara eso. Los dos habían despertado, abrazados el uno al otro. Confusos y turbados, ambos guardaron las distancias. Él quiso decirle entonces que pensaba abandonarla, pero, fuera por lo que fuera, no encontró las palabras.

El silencio entre los dos se hizo más incómodo por momentos. No cabía duda de que ella también pensaba en lo de esta mañana.

—Nikol —empezó, deseoso de confesar lo que guardaba en su corazón.

La joven se apartó de él con precipitación y empezó a examinar otra vez el suelo con premeditada intensidad.

—¿Has oído que los goblins tomaran rehenes alguna vez, hermano? —preguntó de improviso, poniendo, a entender de Michael, gran énfasis en su título religioso. El clérigo suspiró y sacudió la cabeza con gesto cansado.

—No. Se necesita tener una mente ingeniosa para maquinar el cambio de rehenes por un rescate. Los goblins sólo piensan en saquear y matar.

—Exactamente. Y, sin embargo, se llevaron a Nicholas, deliberadamente. Sólo a él. No buscaban a nadie más. Mataron al pobre Giles. ¿Por qué? A menos, claro, que tuvieran órdenes de raptar a Nicholas...

La nueva idea hizo que sus mejillas se encendieran. Olvidó la forzada actitud de reserva.

—¡Eso es, Michael! El ataque al castillo fue una maniobra de diversión para cubrir su verdadera intención: capturar a Nicholas. ¡Lo que significa que alguien lo quiere y que ese alguien lo necesita vivo!

—Sí, mi señora —se mostró de acuerdo Michael.

No era necesario decirle que su gemelo, si es que seguía vivo, podía muy bien desear estar muerto en esos momentos.

Unas cuantas horas de búsqueda infructuosa y Nikol no tendría más remedio que darse por vencida. Entonces, tal vez, lograría persuadirla para que buscara refugio en algún feudo vecino, en tanto que él se preparaba para partir...

—¡Michael!

Su voz excitada resonó como plata en el silencio. Él avanzó presuroso por los matorrales, en su dirección.

—¡Mira! ¡Mira esto! —Nikol señalaba una mancha en la hierba pisoteada.

Sangre. Sangre roja. Sangre humana.

Antes de que Michael tuviera ocasión de decir una palabra, Nikol había echado a correr por la trocha que salía del camino principal. El clérigo corrió en pos de la joven, sin saber si dar gracias a los dioses o maldecirlos por poner esta pista en su camino.

Llegaron a un claro, y ambos se frenaron en seco. Aunque el sol brillaba radiante, la perversidad que flotaba en el ambiente cubría el calvero con una oscura nube. Nikol se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero los dedos, inertes, resbalaron por el metal. En un gesto inconsciente, buscó el contacto de Michael. La mano de él se cerró sobre la suya; se acercaron más el uno al otro, tiritando ante la gélida oscuridad iluminada por el sol.

—¡Oh, Michael! —susurró Nikol con voz quebrantada—. ¿Dónde está mi hermano? ¿Qué han hecho con él? Yo...

Dio un grito. La luz se reflejaba en un gran charco de sangre. Cerca de éste aparecían tirados los vendajes que había hecho con sus propias manos sobre la herida de su hermano. Nikol se cubrió el rostro con las manos y se recostó en el pecho de Michael. Él la rodeó con los brazos y estrechó su tembloroso cuerpo.

—Mi señora, debemos alejarnos de aquí. —Su amor por ella, su compasión, era una agonía—. Déjame llevarte al castillo de sir Thomas. Allí estarás a salvo...

—¡No! —La joven se limpió las lágrimas con precipitación y se libró del reconfortante abrazo—. He sido débil por un momento. Este espantoso sitio... —Miró en derredor y se estremeció—. Pero Nicholas no está aquí. Su cuerpo no está aquí —continuó, con tono decidido, sombrío—. Se lo han llevado a otra parte. Aún está vivo. ¡Sé que está vivo!

Empezó a rastrear el claro. No tardó mucho en encontrar las marcas dejadas por las ruedas de un carro y el reguero de sangre que iba hasta ellas. Rastreó las huellas, y Michael la siguió. Encontraron el abrasado acceso al bosque, el acceso a la oscuridad. Se detuvieron, mirándolo intensamente, sintiendo que la sangre se les helaba en las venas.

—Mirar al Abismo debe ser algo así —dijo Michael sobrecogido.

El semblante de Nikol estaba ceniciento, sus ojos desorbitados por el terror. Se acercó más a él y, a través de la armadura, el clérigo sintió temblar su cuerpo.

—No puedo entrar ahí...

El viento gimió en las copas de los ennegrecidos árboles; parecía un grito de dolor, como si los árboles estuvieran quejándose. Y entonces, con un escalofrío de horror, Michael comprendió que el grito procedía de una garganta humana. Deseó que Nikol no lo hubiese oído.

—Vamos, mi señora, alejémonos de este lugar maligno...

—¡Nicholas! —Llamó angustiada la joven—, ¡Te he oído! ¡Ya vamos!

Avanzó un paso hacia las silenciosas tinieblas. Michael la sujetó por el brazo.

—¡Nikol, no!

Ella lo golpeó con fuerza para apartarlo.

—Voy a entrar. ¡Y tú también, cobarde! —Sus dedos aferraron la muñeca del clérigo con la fuerza de un cepo—. Tienes que curarlo...

—¡No puedo! —gritó Michael violentamente—. ¡Mira! ¡Mira! —Sacó de un tirón el sagrado símbolo escondido bajo su túnica y lo alzó para que Nikol lo viera—. ¡Está oscuro, tan oscuro como ese paso que tenemos ante nosotros! ¿Sabes lo que eso significa? La diosa me ha dado la espalda. No responderá a mis plegarias. Aun en el caso de que encontráramos a Nicholas, no podría hacer nada por él.

Nikol lo miró de hito en hito, sin comprender.

—Pero... ¿cómo? ¿Cómo es posible que la diosa te haya abandonado?

« ¡Porque yo la abandoné a ella! ¡Lo hice por ti; por ti y por Nicholas!» , quiso gritarle Michael, dar salida a su frustración, a su miedo, a su rabia... Rabia contra la muchacha, rabia contra los dioses...

Lo sacudió un súbito estremecimiento. No debía sentirse furioso. No estaba bien. Los creyentes nunca se enfurecían, nunca dudaban. Una vez más, había vacilado su fe.

—No puedo explicarlo —respondió con tono cansado—. Es algo entre mi diosa y yo. Pero ahora debes alejarte de este sitio. Como ves, no podemos hacer nada...

Nikol le soltó la muñeca, como si tirara una inmundicia.

—Gracias por acompañarme hasta aquí. —Su voz era fría, amarga por el desencanto—. No es preciso que vengas conmigo. Este lugar es mucho más peligroso para ti que para mí, ya que al parecer ahora estás indefenso contra su maldad. Adiós, hermano... Mejor dicho, Michael.

Se dio media vuelta y entró con paso firme en el aterrador bosque abrasado por el fuego. Las sombras la envolvieron al instante, y Michael la perdió de vista; ni siquiera atisbaba el brillo de la armadura.

Se quedó de pie, tembloroso, al borde de los árboles ennegrecidos. Las palabras de Mishakal, olvidadas hasta ahora, regresaron a su mente de manera repentina, como si las escuchara en ese preciso momento, en ese preciso lugar.

« Si vacila tu fe, si te quedas e intervienes, corres el riesgo de condenarte a tí mismo, a la mujer y al mundo a un terrible destino» .

Se había quedado. Había intervenido. Había contribuido a atraer este mal sobre ella, sobre sí mismo, quizá sobre el mundo entero.

—Debería tener fe —se exhortó—. Si la tuviera, la dejaría marchar. Paladine está con ella. El amor la protege como una armadura. Sólo perderá la vida. ¡Yo puedo perder mi alma! Debería darme media vuelta, buscar la Ciudadela Perdida, suplicar a la diosa que me perdone. Sólo tengo hasta esta noche para encontrarla, para reparar mi falta de fe...

Se volvió y dio la espalda al oscuro y aterrador bosque en el que ella había

desaparecido. Avanzó un paso, y otro más. Y entonces se detuvo.

No podía abandonarla. No podía dejarla morir sola, acosada por el dolor y el miedo. Aunque perdiera su alma iría con ella, estaría con ella hasta el final.

Hasta que la perdición cayera sobre ellos... y sobre el mundo.

Michael estaba ciego. La oscuridad, densa y sofocante, apagó su vista en el mismo momento de entrar en el terrible bosque. La pérdida de visión fue instantánea y absoluta. No atisbaba nada, ni el más leve contorno sombrío, ni el menor movimiento. No podía ver el brillo de la armadura de Nikol ni el satinado dorado de su cabello. Tan extraña y aterradora fue esta súbita ceguera que el clérigo se llevó las manos a los ojos en un gesto mecánico. Tenía la impresión de que se los hubieran arrancado.

—¿Michael!? —Por el tono se advertía que Nikol estaba asustada—. Michael... ¿eres tú? ¡Michael, no puedo ver!

—Estoy aquí —respondió.

Intentó dar a su voz un tono aplomado, pero sus palabras sonaron ahogadas. Sí, aquí estaba. ¡De mucho le iba a servir a la muchacha su presencia! Menudo favor le haría a ella, a sí mismo... Alargó las manos hacia donde sonaba su voz y el suave tintineo de las hebillas de su armadura.

—Yo... tampoco puedo ver, mi señora.

Hizo una pausa, parpadeó. De repente atisbo algo. Divisó la salida, el camino de regreso. Vio el cálido brillo del sol en el claro, las huellas dejadas por el carro dirigiéndose a este bosque. Inhaló hondo, agradecido. Por un instante había temido que la vista le hubiese sido arrebatada para siempre.

—¿Qué ocurre, Michael!? —preguntó Nikol al escuchar su respingo. Lo cogió de la mano.

—Date la vuelta, mi señora —instruyó, al tiempo que la guiaba.

Así lo hizo la muchacha, despacio, arrastrando los pies sobre la maleza calcinada y la ceniza. Abrió los ojos de par en par y apretó la mano de él.

—¡Estaba tan asustada! —musitó, levantando la mirada hacia Michael. Su sonrisa se desdibujó poco a poco— ¡No te veo! —Giró la cabeza a un lado y a otro—. No veo nada a mi alrededor.

—Se ve la salida...

—¡Pero es que no quiero volver! —chilló furiosa—. Yo...

Enmudeció al escucharse de nuevo el grito, pero sonaba muy lejano, bastante más adentro del bosque. Se oía el trapaleo de los cascos de un caballo y el bamboleo de un carro arrastrado a paso lento sobre un terreno irregular. Nikol soltó la mano de Michael y echó a correr.

—¡Nikol! ¡Regresa!

El clérigo percibió el ruido de las pisadas que se alejaban; luego la oyó tropezar y caer, y escuchó sus sollozos de cólera, de frustración. Se encaminó hacia la muchacha, trastabillando en medio de la espantosa oscuridad que

parecía tornarse más negra a medida que se aventuraba más allá. Casi cayó sobre la muchacha; se arrodilló a su lado.

—¿Estás herida?

—¡Déjame en paz! —Nikol empezó a incorporarse— Voy tras él.

Michael perdió la paciencia.

—Nikol, sé razonable. ¡Es inútil! Aunque pudieses ver no podrías alcanzar a un carro. ¡No ves el sendero! ¡No ves los obstáculos o peligros que encontrarás a tu paso! Podrías rodar por una pendiente, o caer por un precipicio.

—No lo abandonaré. ¡Iré tras él aunque tenga que hacerlo a gatas!

Estaban muy cerca, y el clérigo notó que se daba media vuelta. Sabía que estaba mirando atrás, en la dirección por donde habían venido. También él se giró. Jamás le había parecido tan hermosa y brillante la luz del sol.

El claro que antes semejava un lugar terrorífico, ahora era un refugio de paz y seguridad.

«Así damos por supuesto los bienes concedidos, sin apreciarlos hasta que se nos arrebatan», pensó con amarga tristeza al tiempo que se llevaba la mano al símbolo de Mishakal, que pendía sobre su pecho como una pesada carga.

—¿Qué origina esto? —preguntó Nikol, frustrada—. ¿Qué maldad ha creado esta oscuridad?

—Nuitari, dios de lo imperceptible —respondió una voz queda—. Camináis bajo la luz de la luna negra.

—¿Quién anda ahí? —Nikol se había puesto tensa. Michael oyó el metálico sonido del acero. La muchacha había desenvainado la espada—. ¿Quién es?

—Tu arma no sirve de nada, señor caballero. —La voz tenía un marcado tono sarcástico— He estado sentado aquí, observándoos a los dos, desde hace unos diez minutos. Podría haberos matado a ambos a estas alturas.

Michael aferró el brazo armado de la muchacha. La sintió temblar de miedo y frustración. Ella lo apartó de un empujón y blandió el arma ciegamente, ante sí, más para aliviar su sensación de impotencia que porque esperara acertarle a algo. Michael escuchó el inofensivo silbido de la espada al cortar el aire.

El invisible observador empezó a reír, una risa que de repente sonó ahogada y dio paso a un angustioso golpe de tos. Tras largos momentos, el espasmo cesó. Michael escuchó una inhalación áspera, entrecortada.

—Mi señora, si es cierto que esta persona nos ha estado observando, como afirma, entonces es que puede ver —apuntó el clérigo, a la par que alargaba la mano; al topar con el brazo de la muchacha, lo aferraba con firmeza.

—Tienes razón —admitió Nikol, bajando la espada—. ¿Puedes ver?

—En efecto —respondió con calma la voz—. Para quienes caminamos bajo las tinieblas de Nuitari, este bosque está tan iluminado como si fuera de día. Para vosotros, la oscuridad se irá haciendo más intensa con cada paso que deis. Claro que quizás hayáis entrado aquí de manera accidental. Os sugiero que os

marchéis, mientras todavía podéis encontrar la salida.

—Si es verdad que nos has estado observando, sabrás que no hemos entrado accidentalmente —replicó Nikol con frialdad. Se había vuelto hacia donde sonaba la voz, con la espada todavía empuñada y la guardia en alto—. Alguien ha sido traído a la fuerza a este bosque, alguien muy querido para nosotros. Tenemos razones para creer que lo han capturado unos goblins.

—¿Un hombre joven? —preguntó la voz—. ¿Bien parecido, gallardo, con una grave herida en el costado? Lleva unos vendajes ensangrentados...

—Sí —dijo Nikol con voz queda; su mano se cerró sobre la de Michael, buscando apoyo—. ¡Sí! Es mi hermano. ¿Lo has visto?

—Lo he visto, sí. Y os daré un consejo: regresad por donde habéis venido. No podéis hacer nada por él. Es ya hombre muerto. Sólo conseguiréis morir también. Nada de lo que hagáis lo salvará. ¿No es así, Hijo Venerable de Mishaka!? —La voz sonó desdeñosa, burlona.

—No soy un Hijo Venerable —contestó Michael con calma—. Sólo un humilde sanador.

—Ni siquiera eso, al parecer —replicó la voz.

Michael sintió unos ojos clavados en él, unos ojos extraños que habría jurado que casi podía ver, unos ojos en forma de reloj de arena. Cohibido, el clérigo se llevó la mano al medallón colgado sobre su pecho y lo guardó con premura bajo la túnica.

—Déjalo en paz —replicó furiosa Nikol—. No tiene razón para encontrarse aquí, como la tengo yo. Viene conmigo impulsado, no por amor, sino por lealtad.

—¿De veras?

Michael pudo ver los relojes de arena mirándolo con burla.

—Así que has entrado aquí por amor a tu hermano, ¿no, señor caballero? —continuó la voz, suave, siseante—. Renuncia. No puedes hacer nada por él, salvo morir también.

—Entonces, moriré. —Nikol habló con firmeza—. No podría vivir sin él. Somos gemelos, ¿entiendes?

—¿Gemelos? —La voz había cambiado, y ahora era gravo, lóbrega, más lóbrega que el bosque—. Gemelos —repitió.

—Sí —dijo Nikol, vacilante, incierta de lo que significaba el súbito cambio que notaba en el invisible orador. ¿Presagiaría algo bueno o algo malo?—. Somos gemelos. Y, si sabes algo sobre ellos, estarás enterado de que nos sentimos muy unidos, más que otros hermanos.

—Sí, sé... algo sobre gemelos —dijo la voz.

Las palabras fueron pronunciadas en un tono tan quedo que casi resultaron inaudibles, pero los dos tenían aguzados al máximo los sentidos para compensar la pérdida de la vista.

—Entonces sabrás que no lo abandonaré a su suerte —dijo Nikol—. Iré tras

él, para salvarlo si me es posible, o para morir con él si no lo consigo.

—No puedes salvarlo —musitó la voz, tras una breve pausa— Tu hermano ha sido capturado por un poderoso hechicero de los Túnica Negras, un hombre llamado Akar. Necesita a una persona virtuosa. ¿Es tu hermano también, por ventura, un caballero?

—Mi hermano es caballero. Yo no lo soy —contestó Nikol—. Soy una mujer, como muy bien sabes, pues siento tus ojos clavados en mí, aunque no pueda verlos.

—Un gemelo nace con un cuerpo frágil y débil, el otro es fuerte y poderoso. ¿Nunca has sentido resentimiento o envidia por su causa?

—¡Por supuesto que no! —la respuesta de Nikol fue demasiado rápida, demasiado indignada—. ¡Lo quiero! ¿De qué demonios hablas?

—No tiene importancia. —Pareció que la voz iba a suspirar, pero el suspiro fue interrumpido por una tos que dio la impresión de que iba a partir al hombre en pedazos.

En un gesto maquinal, olvidando que había perdido su don curativo, Michael alargó una mano hacia el extraño. Oyó una risa siseante.

—¡No podrías ayudarme, sanador! Aun en el caso de que gozaras del favor de tu diosa. ¡Es la ira del cielo lo que fustiga este pobre cuerpo mío, la cólera de los dioses que muy pronto purificarán este mundo con fuego! —La voz cambió de improviso, para tornarse fría y práctica—. ¿Hablas con sinceridad, señora? ¿Seguirás a tu hermano, a pesar de que el camino sea oscuro y terrible, y el final infructuoso?

—Lo haré.

—¿Y cómo iremos a ninguna parte? —Objetó Michael—. No vemos el camino.

—Yo sí —dijo la voz—. Y seré vuestros ojos.

Michael escuchó el susurro de tela, como si una túnica larga rozara el suelo. Escuchó ruidos extraños, como objetos colgados de un cinturón que tintinearán y se rozaran entre sí. Escuchó un suave golpeteo sordo acompañando el murmullo de unas pisadas, tal vez un bastón, con el que el extraño se ayudaba a caminar. Michael olisqueó y sintió un cosquilleo en la nariz. Percibía el aroma dulce de pétalos de rosa, y otro olor también dulzón, pero terrible: el de la putrefacción. Sintió que un brazo se tendía hacia ellos.

—Espera un momento —dijo el clérigo, deteniendo a Nikol, que había envainado su espada y alargaba la mano hacia el extraño—. Si puedes ver con la luz de Nuitari, entonces tú también debes de ser un hechicero del Mal, un Túnica Negra. ¿Por qué íbamos a confiar en ti?

—No deberíais hacerlo, desde luego —contestó la voz.

—¿Entonces por qué nos ayudas? ¿Cuál es la razón? ¿Es una trampa?

—Podría serlo. En cualquier caso, ¿qué otra opción tenéis?

—Ninguna —dijo Nikol, con un tono repentinamente suave—. Y sin embargo, te creo. Confío en ti.

—¿Y por qué lo haces, señora? —La voz era ahora áspera, burlona.

—Por lo que dijiste acerca de los hermanos gemelos. Uno débil, el otro fuerte...

El extraño guardó un largo silencio. Michael habría creído que el hombre los había dejado solos a no ser por la trabajosa respiración de unos pulmones atormentados por la enfermedad.

—El motivo que me impulsa a ayudarlos es algo que no entenderíais. Digamos que a Akar se le ha prometido lo que me pertenece por derecho. Mi intención es procurar que no lo consiga. ¿Vais a venir o no? ¡Decidíos rápido! La Noche de los Hados se aproxima. Queda muy poco tiempo.

—Yo voy —dijo Nikol—, te seguiré a donde me lleves, ¡aunque me cueste la vida!

—¿Y tú, hermano? —Preguntó el hechicero con suavidad—, ¿caminarás a mi lado? La mujer ha empeñado su vida. Para ti, como has conjeturado, el precio será mucho más elevado. ¿Pondrás en juego tu alma?

—¡No, Michael, no lo hagas! —Exclamó Nikol, adelantándose a la respuesta del clérigo—. Regresa. Esta no es tu batalla. Es la mía. No dejaré que te sacrifiques por nosotros.

—¿Qué pasa, mi señora? —Espetó Michael, dominado por una súbita e irracional cólera—. ¿Acaso piensas que no quiero a Nicholas tanto como tú? ¿O quizá crees que no tengo derecho a amarlo a él o a cualquier otro miembro de tu familia? Pues bien, mi señora, tengo sentimientos, ¡sé lo que es amar! Y mi decisión es ir contigo.

La sintió dar un respingo, y oyó el tintineo de la armadura.

—La decisión es tuya, hermano, desde luego —dijo en voz baja. Alargó la mano para agarrar el brazo del mago.

El hechicero hizo un ruido rasposo que pudo ser una risita.

—¡En verdad, estás ciega!

Michael extendió la mano, y sus dedos se cerraron sobre el brazo del hechicero; un brazo delgado, frágil, tan frágil como los huesos de un pájaro. La fiebre ardía en su piel; la sensación de tocar al mago fue desagradable.

—¿Cómo te llamas, señor? —preguntó Michael con frialdad.

El hechicero no respondió enseguida. Michael se quedó perplejo al sentir que el brazo que sujetaba se ponía tenso, como si la pregunta fuera dolorosa.

—Soy... Raistlin.

Aquel nombre no significaba nada para Michael. Dedujo, por la vacilación del hechicero, que les había dado un nombre falso.

El mago los condujo hacia la oscuridad que se hizo progresiva e inconcebiblemente tenebrosa, como les había advertido. Caminaron tan deprisa

como la prudencia hacía aconsejable, sin acabar de confiar en el mago y, sin embargo, sujetándose con fuerza a su brazo, pendientes del susurro de su túnica, del suave golpeteo de su bastón.

En sus fosas nasales estaba prendido el olor a rosas y muerte.

No les sobrevino mal alguno. Empezaron a confiar en Raistlin y, a medida que se afianzaba su confianza, avanzaron a una velocidad increíble. Los pies de Michael apenas rozaban el suelo. Un viento frío le azotaba el rostro y hacía que le escocieran sus cegados ojos. Las ramas le arañaban las mejillas, se enredaban en su cabello. Zarzas y arbustos espinosos enganchaban su túnica. Imaginó vívidamente lo que sería chocar de lleno, a esa velocidad, contra un árbol o una roca, o precipitarse en algún barranco sembrado de peñascos. Se aferró con más fuerza al frágil brazo del mago.

Michael no tenía idea de cuánto tiempo llevaban viajando en la oscuridad. Podía ser el lapso de un latido del corazón, o el transcurso de eones. Se preguntó cuánto más sería capaz de continuar, pues, aunque parecía no sentir fatiga, su cuerpo estaba más y más agotado. No tuvo más remedio que recostarse en el hombro del mago, maravillado de que un cuerpo tan débil pudiera sostener el suyo. Sentía los miembros pesados como plomo, y apenas era capaz de moverlos. Sus pies trastabillaban. Tropezó, se soltó de Raistlin y cayó al suelo.

Sollozante y falta de aliento, Michael se esforzó por incorporarse. Levantó la cabeza y se quedó boquiabierto.

Ante él se erguía un edificio, una estructura de una simplicidad bella y elegante. Columnas de mármol negro, blanco y rojo sustentaban un techo abovedado cuyo exterior reluciente era un espejo del cielo nocturno. Reflejadas en él, las constelaciones giraban en torno al eje central. Los dos dragones, Paladine y la Reina de la Oscuridad, se vigilaban atentos el uno al otro; en el centro, Gilean, el libro de la vida, giraba sobre sí mismo; a su alrededor rotaban el resto de los dioses, buenos, neutrales y malignos.

Un puente hecho con reluciente luz de estrellas arrancaba de debajo de la cúpula. El puente se extendía hacia arriba y sobrepasaba el templo hasta alcanzar el cielo nocturno. Una puerta abierta surgía en la oscuridad estrellada. Más allá, unos extraños soles ardían abrasadores, rojo y amarillo contra la profunda negrura. Planetas desconocidos giraban en torno.

La belleza de la imagen hizo llorar a Michael, y sólo cuando sintió el frescor de las lágrimas en sus mejillas cayó en la cuenta de que volvía a ver, que había recobrado la vista.

Al mismo tiempo que descubría que podía ver otra vez, reparó en la figura oscura que menoscababa la radiante belleza del templo.

Un mago con ropajes negros, alto y de constitución fuerte, soltaba las ataduras de las muñecas y tobillos de otro hombre que estaba tendido sobre un carro tirado por un caballo. Se encontraban inmersos en las sombras. El Túnica

Negra apenas era visible, una silueta de oscuridad en contraste con la noche, pero el resplandor del templo caía sobre el semblante del hombre tendido en el carro. La joven faz estaba demacrada, consumida por el dolor y el sufrimiento. El sudor perlaba la pálida piel.

Michael también veía ahora a Raistlin, y el sanador se quedó perplejo por la aparente juventud del mago. Era joven, débil y enfermo. El delgado rostro estaba muy blanco, y unas manchas febriles teñían los pómulos. Su respiración era entrecortada y trabajosa. Se apoyaba en un cayado de madera, cuyo extremo superior estaba adornado con una garra dorada de dragón que aferraba una bola de cristal facetado. El cristal emitía una luz suave que se reflejaba en los fríos ojos castaños del mago.

«Qué extraño —pensó Michael—. Habría jurado que tenía las pupilas en forma de reloj de arena».

—¡Nicholas! —gritó Nikol.

La muchacha habría corrido hacia él, pero Raistlin la aferró de la muñeca con fuerza y la detuvo.

Nikol había sido compañera de su hermano en todos los deportes y entrenamientos. Era tan alta como Raistlin y físicamente más fuerte. Michael esperaba que se soltara con facilidad de la presa del mago, y se dispuso a frenar su impetuosa carrera hacia lo que sin duda sería su muerte.

De hecho, el otro hechicero, el llamado Akar, había hecho un alto en su trabajo y escudriñaba a su alrededor con expresión alarmada.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién anda ahí? —inquirió con una voz profunda y áspera.

La mano delgada y frágil de Raistlin permaneció cerrada sobre la muñeca de la muchacha. Nikol dio un respingo de dolor. Pareció retorcerse bajo la inflexible garra del mago.

—¡No hagas ruido! —susurró—. ¡Si descubre que estamos aquí, todo estará perdido!

Raistlin arrastró a la joven de vuelta a las sombras de los calcinados árboles. Renuente, Michael los siguió, incapaz de apartar los extasiados ojos del radiante esplendor del templo y el maravilloso puente que muy pronto lo llevaría lejos de todo dolor, aflicción, desaliento y temor.

—Me haces daño —susurró Nikol mientras hacía un infructuoso intento de librarse de sus dedos—. ¡Suéltame!

—Sufrirías un daño mucho mayor si lo hiciera —respondió Raistlin, sombrío—. Akar es poderoso y no vacilaría en destruirte si interfirieses en sus planes.

Nikol lanzó una mirada angustiada a su hermano. Al parecer, Akar había llegado a la conclusión de que lo que había oído era producto de su imaginación y había reanudado su trabajo. Agarró con rudeza al joven, lo sacó a rastras del carro, y lo dejó caer al suelo. Nicholas lanzó un grito agónico.

—Pronto habrán terminado tus sufrimientos, señor caballero —dijo Akar mientras se limpiaba las manos manchadas de sangre en su túnica.

El hechicero sacó un objeto de su cinturón y lo alzó hacia la luz. El acero centelleó, reluciente y afilado. Inspeccionó la daga y luego la guardó otra vez en el cinturón, con un gruñido de satisfacción. Se agachó para coger al caballero por los tobillos, con la evidente intención de llevarlo a rastras por el suelo.

Nicholas propinó una patada al hechicero que lo hizo retroceder trastabillando. Cogido por sorpresa, pues no había supuesto que su debilitada víctima tuviera todavía energía para presentar resistencia, Akar perdió el equilibrio y se tambaleó. Pisó el repulgo de su túnica y cayó pesadamente al suelo.

En un patético intento por regresar y perderse en la oscuridad de la que había venido, Nicholas empezó a gatear hacia el bosque.

—Voy a reunirme con él. No me lo impedirás. —Nikol, que seguía con la muñeca firmemente sujeta por los dedos de Raistlin, llevó la mano izquierda a su espada.

De la empuñadura saltaron chispas, y la muchacha apartó con premura la mano, estremecida de dolor. Lo intentó de nuevo, y de nuevo saltaron las chispas. Dirigió una mirada feroz al mago.

—¡Malditos hechiceros, estáis confabulados! ¡Debí suponerlo! Jamás debí confiar...

—¡Silencio! —ordenó Raistlin.

Su mirada estaba prendida en Akar. Parecía que todo su ser estuviera concentrado en su colega. Incluso la tos pertinaz había cesado momentáneamente. Un tenue rubor le teñía las mejillas, y daba la impresión de que no advirtiera los forcejeos de la mujer, si bien sus dedos no se aflojaron ni por un instante.

Nikol se giró para mirar a Michael.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Ve con Nicholas! ¡Sálvalo! ¡Este malvado no te tiene sujeto! ¡No puede luchar contra los dos!

Michael avanzó un paso, reacio a dar la espalda al brillante puente, y sin embargo angustiado por el animoso caballero y por la hermana que sufría con él. La voz de Raistlin lo detuvo, inmovilizando al clérigo con tanta firmeza como su mano inmovilizaba a Nikol.

—Es mucho más lo que está en juego que la vida de un valiente caballero. El destino del mundo pende incierto en la balanza de Gilean. —Raistlin miró a Michael—. ¿Qué es lo que ves, sanador?

—Veo... la imagen más maravillosa que he contemplado en toda mi vida. Ante mí se alza un templo cuyas columnas son de mármol negro, blanco y rojo. Su cúpula es el firmamento, y su techo, las constelaciones. Un puente hecho con luz de estrellas se extiende desde este mundo a otros que hay más allá. Hay gente

cruzando ese puente; hombres y mujeres, humanos y elfos. Vuelven la mirada hacia este mundo con pesadumbre, sus semblantes entristecidos. Pero Paladine está con ellos y los conforta, y ellos se vuelven hacia la puerta con esperanza.

—¿Qué le has hecho? —Exclamó Nikol—. ¡Lo has embrujado!

Michael dio un paso hacia adelante, como si quisiera seguir a aquellas personas. Un grito colérico lo hizo volver a este mundo con brusquedad. Akar se había incorporado y miraba enfurecido al caballero.

—En verdad, como dije, una estirpe tenaz. Vamos, señor caballero, estoy perdiendo la paciencia. Apenas queda tiempo para perderlo con tontos jueguecitos.

Akar propinó una patada al rostro de Nicholas. El joven se desplomó sin un quejido y se quedó tumbado, inmóvil. El hechicero lo agarró, esta vez por los hombros, y empezó a arrastrar el cuerpo inerte.

—¡Lo lleva hacia el templo! ¿Qué planea hacer? —preguntó Michael a Raistlin, que observaba todo con una expresión sombría y severa.

—¡Planea matarlo! —gritó Nikol, que intentó otra vez soltarse.

—Mi señora, por favor... —empezó con suavidad Michael.

—¡Déjame en paz! —Los ojos de la muchacha centelleaban—. Estás hechizado. ¡El mago te ha embrujado con algún conjuro! ¡Un puente de luz de estrellas! ¡Un templo radiante! ¡Sólo son ruinas desmoronadas, probablemente un altar de perversión consagrado a la Reina Oscura!

Michael la miró de hito en hito.

—¿No ves tú...?

—No. No puede verlo —dijo Raistlin—. A sus ojos es una ciudadela en ruinas, nada más. Sólo tú, clérigo, ves lo que es de verdad. Sólo tú puedes impedir que Su Oscura Majestad penetre en este mundo.

Michael no creía al hechicero. ¿Cómo era posible que Nikol no viera lo que para él era algo tan bello y evidente? Y, no obstante, la muchacha lo miraba furiosa, atemorizada, como si de verdad él fuera una persona que actuara bajo el influjo de un sortilegio.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó en voz baja.

—La dama tiene razón. Akar intenta asesinar al caballero, pero debe ejecutar el crimen dentro del límite de las ruinas o, como tú lo ves, en el puente de luz de estrellas. Si la sangre de alguien bueno e íntegro se derrama en el sagrado puente, los clérigos oscuros, largo tiempo atrapados en el Abismo, estarán libres de regresar a Krynn.

—¿Me ayudarás? —pidió Michael.

—¡No le creas! —gritó Nikol mientras se retorció entre la garra del mago—, ¡sus túnicas están cortadas del mismo paño!

—Os traje hasta aquí —dijo Raistlin con voz queda—, y, sin mi ayuda, fracasaréis. Tu hermano morirá y el mundo entero caerá en poder de la Reina

Oscura.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó Michael.

—Cuando Akar deje caer la daga, apodérate de ella enseguida y no dejes que la coja de nuevo. Ha cometido la estupidez de vincular la vida del caballero al arma.

—Se la arrebataré —dijo Nikol.

—¡No!

Quizá fuera un efecto engañoso de la luz que irradiaba del templo, pero los ojos castaños del mago, fijos en Michael, relucieron dorados de repente, como si fuera su verdadero color y el otro sólo un artificio.

—Sólo el clérigo puede tomar la daga, o de otro modo el hechizo no se romperá.

—¿Y qué hago después? —La mirada de Michael volvió hacia el hechicero, que arrastraba con esfuerzo el cuerpo del moribundo caballero sobre la hierba.

—Lo ignoro —dijo Raistlin—, y no oigo las voces de los dioses. Tú sí. Debes escuchar lo que digan. Y tú, mi señora... —El mago soltó la muñeca de Nikol— deberás escuchar lo que diga tu corazón.

Nikol se apartó de un salto de Raistlin, a la par que desenvainaba su espada. La enarboló, con la hoja apuntada contra el mago en tanto que retrocedía de espaldas.

—No os necesito a ninguno de los dos. No necesito a vuestros dioses ni a vuestra magia. Salvaré a mi hermano.

Echó a correr. La espada centelleó al reflejar la luz del templo, una luz que, para ella, era oscuridad.

Michael dio un paso en pos de la muchacha, con el corazón oprimido de miedo por ella, por sí mismo, por todos ellos. Entonces se detuvo y se volvió a mirar al hechicero.

Raistlin se apoyaba en el bastón y contemplaba al clérigo con intensidad.

—No confío en ti —dijo Michael.

—¿Es en mí en quien no confías, o en ti mismo? —preguntó el mago, con los finos labios curvados en una sonrisa.

Michael giró sobre sus talones sin responder y corrió tras Nikol. Unas palabras llegaron hasta él:

—Recuerda. Cuando caiga la daga, recógela.

Sudoroso y jadeante, tropezando con el repulgo de su túnica, Akar arrastró al desvanecido caballero sobre el áspero e irregular suelo. Aunque fuerte, el mago estaba más acostumbrado a emplear el tiempo en estudiar conjuros que en realizar tareas que precisaran esfuerzo físico. Akar no tuvo más remedio que hacer una breve pausa para descansar y dar un respiro a sus doloridos músculos. Echó un vistazo por encima del hombro para calcular la distancia que lo separaba de su punto de destino.

A la oscura luz de Nuitari vio la ruinoso ciudadela, sus muros de piedras desmoronados y haciéndose polvo. Un puente sobresalía del suelo resquebrajado, un puente que refulgía con un brillo fantasmagórico, espectral. Al otro extremo del puente, unas siluetas sombrías alargaban hacia él unas manos ansiosas. Unas voces huecas le gritaban que las liberara, que pusiera en libertad a las legiones de la oscuridad.

—Unos instantes más, caballero, y te librarás de esta vida y yo de ti, por lo que ambos estaremos agradecidos —gruñó Akar mientras se agachaba otra vez para reanudar su tarea.

Nicholas había recobrado el conocimiento, apartando las sombras que le habían proporcionado el bendito alivio de la agonía que soportaba. Sin embargo, peor que el dolor de su herida era la amarga certeza de saber que, aunque involuntariamente, sería responsable del resurgimiento del Mal en el mundo. Mantuvo los ojos enfocados en el rostro de su enemigo.

—¿Por qué me miras así? —demandó Akar, en cierta medida desconcertado por la ardiente mirada prendida en él—. Si temes no reconocermme cuando nuestras almas se encuentren en el otro lado, ahórrate la molestia. Estaré más que satisfecho de presentarme a mí mismo.

El joven caballero tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no gritar cada vez que respiraba. Incluso se las arregló para que sus labios esbozaran una sonrisa, a pesar de tener una costra de sangre coagulada y estar agrietados por la sed.

—Me limito a observarte como lo haría con cualquier adversario —musitó con voz ronca—. Espero que des un traspíe, o que bajes la guardia, o que cometas algún error.

Akar se echó a reír.

—¿Y qué harás entonces, señor caballero? ¿Escupirme? ¿Tendrás fuerzas para hacer eso siquiera?

—Paladine está conmigo —respondió con calma Nicholas—. El me dará la fuerza necesaria.

—Entonces más vale que se dé prisa —se mofó el hechicero.

Tal vez fuera por el tono apremiante de las oscuras voces, pero Akar se sintió repentinamente ansioso por terminar la tarea. No se concedió más respiros y arrastró al caballero escaleras arriba sin miramientos, escuchando con cierta complacencia los gritos de agonía que exhalaba el maltratado joven.

—Dudo que Paladine haya escuchado tus lamentos ni tus súplicas —se burló Akar—. Ya estamos en el puente, y aquí, señor caballero, tu vida llega a su fin.

Una pavorosa luz de luna iluminó el rostro y el ensangrentado cuerpo del joven. El maligno resplandor anulaba todo color, tornando la roja sangre en negra, reduciendo la pálida carne a huesos, brillando en los ojos como lágrimas contenidas. La luz cegó a Nicholas con su vasta y terrible negrura. Lanzó un grito,

a la par que sus manos crispadas manoteaban el aire, sin encontrar nada donde aferrarse.

—¡Conoce la desesperación! —Jadeó Akar mientras sacaba la daga de su cinturón—. ¡Conoce la derrota! ¡Conoce la suerte a la que tu dios os ha abandonado a ti y al mundo...!

—¡Alto, infame servidor del Mal! ¡Detén tu mano o juro por Paladine que te la cortaré de un tajo!

Akar se quedó inmóvil y escudriñó la oscuridad. No lo indujo a hacerlo la voz perteneciente a un ser vivo, a pesar de que tenía un tono severo e imperativo; se había detenido por las susurrantes y frenéticas advertencias lanzadas por las voces fantasmales del otro lado del puente. ¿Qué amenaza percibían?

La mirada del hechicero se posó en la figura de un caballero vestido con armadura, espada en mano, que corría hacia él para presentar batalla. Unos encantamientos poderosos rodeaban la Ciudadela Perdida, por lo que Akar dudó que el caballero pudiera atravesarlos. Como había supuesto, la figura con armadura chocó contra una barrera que fue como una explosión de estrellas, y salió rebotado brutalmente hacia atrás.

—¡Nikol! —gritó el joven prisionero mientras se esforzaba por incorporarse, pero sólo consiguió caer de bruces sobre su torso ensangrentado.

La mujer se lanzó otra vez contra la barrera, lanzó un grito de dolor y frustración al no lograr atravesarla, y empezó a darle tajos con su espada. A su lado apareció un clérigo que vestía una túnica de color azul apagado; al parecer, intentaba convencerla para que cesaran sus esfuerzos vanos. Akar no les prestó más atención. A la oscura luz de Nuitari, había atisbado algo mucho más inquietante.

Un mago envuelto en ropajes negros estaba de pie, apoyado pesadamente en un bastón que tenía en el extremo una bola de cristal sujeta en la garra de un dragón. Akar reconoció el cayado; era el Bastón de Mago, un poderoso artefacto mágico que se encontraba, según sus últimas noticias, guardado a buen recaudo en la Torre de Wayreth. Por el contrario, no reconocía al mago que lo manejaba, y ello lo inquietaba, ya que conocía a todos los que vestían Túnica Negra.

—Así que intentas usurpar mi puesto, ¿no, Akar? —dijo el mago. Raistlin avanzó más.

¿Quién era ese extraño hechicero? La voz le sonaba familiar y, aun así, Akar podía jurar que no lo había visto hasta entonces. Las palabras de un conjuro mortal acudieron a los labios de Akar. Se cambió la daga a la mano izquierda; los dedos de su derecha se introdujeron en un saquillo para coger ciertos componentes. Las voces de la oscuridad lanzaban gritos y advertencias, lo urgían a destruir al silencioso espectador, pero Akar no se atrevía a matar al extraño sin averiguar primero quién era y qué propósito tenía. Hacerlo sería ir en contra de todas las leyes del Cónclave. En un mundo donde se contempla la magia con

desconfianza y repulsa, cualquier hechicero es leal a otro, en bien del arte.

—Tienes ventaja sobre mí, hermano Túnica Negra —gritó Akar, intentando en vano atisbar con más detalle bajo las sombras de la capucha que ocultaban el rostro del otro mago—. No te conozco, y tú sí parece conocermé a mí. Estaría encantado de reanudar una antigua confraternidad pero, como verás, estoy ocupado en este momento. Permíteme que despache a este caballero y complete el conjuro. Después tendré mucho gusto en discutir cualquier queja que tengas contra mí.

—¿No me reconoces, Akar? —inquirió la voz suave, susurrante—. ¿Estás seguro?

—¿Cómo puedo estarlo si no te quitas la capucha y me dejas ver tu cara? —replicó Akar con tono impaciente—. Sé breve. El tiempo apremia.

—Mi rostro no te es conocido. Pero esto, creo, sí lo es.

El extraño mago levantó un objeto en su mano y lo adelantó de manera que la luz negra de Nuitari lo iluminara. Akar lo vio, lo reconoció y sintió que la fría garra del terror le estrujaba el corazón.

En aquella mano delgada y consumida —una mano que parecía brillar como si la piel tuviera un tinte dorado— el mago sostenía un colgante con un rubí engastado en una montura de plata.

Akar conocía esa joya. La había visto muy a menudo, colgada del cuello de su maestro, uno de los hechiceros más grandes y poderosos que jamás habían existido... y uno de los más perversos. Akar había oído los rumores que corrían sobre el colgante, de cómo el viejo hechicero lo utilizaba para absorber la vida de un aprendiz e insuflar su propia esencia en el cuerpo más joven. Akar jamás había dado crédito a tales rumores; nunca los había creído... hasta ahora.

—¡Fistandantilus! —gritó al reconocerlo, y manoseó los componentes de hechizos con unos dedos que se le habían quedado yertos, en tanto que su cerebro buscaba unas palabras que lo eludían.

Una descarga zigzagueante hendió la noche y alcanzó la mano izquierda de Akar. La sacudida arrancó la daga de los dedos del mago, a quien lanzó con fuerza hacia atrás, y lo dejó momentáneamente aturdido.

Nicholas hizo un debilitado esfuerzo para escapar. Reptando sobre las manos y las rodillas arrastró su dolorido y torturado cuerpo fuera de la fantasmal luz. Llegó al borde de la escalera, intentó gatear escalones abajo, resbaló en un charco de su propia sangre, y cayó rodando. Sus ojos, nublados con el velo de la muerte, buscaron y encontraron a su hermana. Alargó una mano hacia ella.

La joven tiró su espada e intentó aferrar la mano que le tendía su hermano, pero la barrera mágica se interponía entre ambos. A sus espaldas, desde la oscuridad, llegó una orden apremiante:

—¡Coge la daga!

Michael oyó la orden de Raistlin y recordó las instrucciones del mago.

« Cuando la daga caiga, ¡recógela! » .

—¿Cómo? —Gritó Michael—. ¿Cómo puedo cruzar la barrera?

El clérigo había estado intentando que Nikol no se hiriera y cesara de lanzarse una y otra vez contra el muro mágico que la separaba de su hermano. Las manos de la muchacha estaban quemadas y con ampollas; a pesar de ello, incluso ahora, hacía caso omiso del dolor y procuraba por todos los medios alcanzar a Nicholas, aunque en cada intento brotaba una cascada de chispas a su alrededor.

Michael miró más allá de la muchacha, más allá del torturado Nicholas, y vio la reluciente daga tirada en la escalera, cerca del puente. El Túnica Negra que la había manejado, el que buscaba traer de regreso a este mundo a los clérigos oscuros que gritaban y farfullaban al otro lado, empezaba a recobrase de la conmoción, miraba en derredor y evaluaba la situación. Estaba mucho más cerca de la daga que Michael.

—¡Tú puedes entrar, estúpido clérigo! —gritó Raistlin.

Pero no pudo añadir más, ya que estas últimas palabras lo habían dejado sin aliento. El conjuro que había lanzado lo había debilitado. Un violento ataque de tos lo postró de rodillas, cerca de donde se encontraba Nikol.

Akar vio flaquear a su enemigo, y sus ojos centellearon. Se incorporó de un brinco.

Michael aferró su medallón sagrado, el medallón que estaba oscuro e inanimado, y se abalanzó, con los dientes apretados, contra lo que sabía debía ser una descarga mágica que lo más probable lo mataría.

Para su sorpresa, no ocurrió nada. La barrera se abrió. Corrió escaleras arriba y se lanzó de cabeza para apoderarse de la daga un instante antes de que los dedos de Akar se cerraran sobre ella. La gélida mano del hechicero rozó la piel del clérigo. Michael se encogió estremecido por la horrible sensación y el odio ardiente que irradiaban los negros ojos del hechicero, pero tenía la daga.

Con el arma en la mano, apenas consciente de lo que hacía e impulsado por el único deseo de escapar del mago, Michael descendió los peldaños a trompicones.

Al final de la escalera yacía Nicholas. Michael bajó la vista hacia el rostro contraído por el dolor, y la compasión por el sufrimiento del joven, la admiración por su arrojo, hicieron que olvidara su miedo. Se arrodilló, tomó la mano de Nicholas en la suya, y se la apretó. El moribundo caballero consiguió esbozar una débil sonrisa llena de dolor.

—¡Paladine, socórreme! —musitó el joven, jadeante.

Una luz azul bañó a Michael y al caballero, borrando de su demacrado rostro las huellas del dolor, como si se hubiese sumergido en un lago de plácidas aguas. El tiempo se detuvo. Todos los presentes se quedaron inmóviles, desde Nikol, que se esforzaba desesperadamente para llegar junto a su hermano, hasta el perverso hechicero, que todavía intentaba llevar a cabo su atroz objetivo. Con el corazón

rebotante de agradecimiento, Michael alzó los ojos a la radiante diosa azul que se erguía a la entrada del brillante puente.

—Mishakal, concédeme el poder de sanar a este hombre, fiel servidor de Paladine —suplicó el clérigo.

El fulgor azul perdió intensidad. La faz de la diosa expresó una gran tristeza.

—Eso está fuera de mi alcance. Por un perverso deseo del hechicero, la vida del caballero está vinculada a la daga que sostienes. Sólo el arma y quien la maneje, para bien o para mal, tienen el poder de acabar con el sufrimiento de este hombre.

Michael contempló con horror la daga que tenía en la mano al comprender de repente lo que se le pedía que hiciera.

—¡No puedes decirlo en serio, Señora! ¿Cómo me encomiendas una tarea tan espantosa? ¡Soy un sanador, no un asesino!

—Yo no te encomiendo ninguna tarea. Sólo te digo cómo puede acabar para siempre el sufrimiento del caballero. La elección es tuya. Ves el puente, ¿verdad?

—Sí —respondió Michael, mirando anhelante la radiante pasarela y los rostros rebosantes de paz y serenidad de las etéreas figuras que lo cruzaban—. Lo veo con claridad.

—Entonces puedes cruzarlo. Arroja a un lado la daga. Las aflicciones de este mundo ya no te conciernen.

Michael bajó de nuevo la vista a Nicholas, que yacía inmóvil, con los ojos cerrados, sumido en un apacible sueño... mientras la luz de la diosa brillara sobre él. Cuando se apagara, el horrible conjuro que lo ataba a tan cruel sufrimiento resurgiría otra vez. Nikol había cesado de debatirse contra la barrera y estaba de rodillas, tan próxima a su hermano como se lo permitía el muro mágico que se interponía entre ellos.

—Puedes curarlo, Michael —decía.

Cerca de la joven, el extraño mago Túnica Negra, Raistlin, que había combatido contra uno de los suyos, observaba a Michael con ojos relucientes que reflejaban la luz azul de la diosa, como si viera lo que estaba pasando.

¿Quién era el tal Raistlin? ¿Cuál era su propósito? Michael no lo sabía, no lo entendía. No alcanzaba a comprender nada de lo que estaba ocurriendo, y de pronto se vio a sí mismo como si sólo fuera un hilo deshilachado de una madeja enredada.

La rabia rebulló en su interior. ¿Qué importancia tenía para los dioses, seres inmortales, su vida o la de los demás? ¿Cómo podían esperar que él supiera discernir lo que era bueno o malo si iba por la vida tropezando, tan ciego como lo había estado en aquel bosque encantado?

—Mientras siga en este mundo, sus aflicciones me conciernen —gritó Michael— Cuando tomé tus votos, Señora, acepté mi responsabilidad con el mundo y su gente. Y lo serán mientras viva. ¿Cómo me pides que los rompa?

—Pero también los romperás si matas a este hombre, Michael.

—Que así sea, pues —dijo el clérigo con aspereza. Agarró la daga con manos temblorosas—. ¿Tengo..., tengo que acuchillarlo?

—No —respondió suavemente la diosa—. Sólo es preciso que brote la sangre. Con eso quedará roto el hechizo.

—¿Y mis votos? —Michael alzó de nuevo la vista a la diosa; su expresión era tranquila, no suplicante, pero rebotante de tristeza—. ¿Perderé tu favor?

La diosa no respondió.

Michael agachó la cabeza. La luz azul se apagó, y el tiempo reanudó su marcha, como el latido de un corazón. Oyó a sus espaldas los pasos apresurados de Akar, su respiración agitada. Delante, vio a Nikol mirándolo expectante, esperanzada. Sintió la mano del caballero, todavía agarrada a la suya, crisparse por la agonía y vio su rostro contraerse.

—¡Golpea ahora! —Ordenó Raistlin, tan debilitado por la tos que era incapaz de sostenerse en pie—. ¡Si no lo haces, todo estará perdido!

—¿Golpear? ¿Qué quieres decir? —Nikol se incorporó de un brinco. Vio la daga en la mano de Michael y de repente entendió su intención—. ¿Qué haces? ¡Falso clérigo! ¡Me has traicionado! —Se giró hacia Raistlin—. ¡Ayúdame! ¡Tú entiendes lo que siento! ¡No permitas que mate a mi hermano!

Ahora que no estaba mirando era el momento de actuar, pensó Michael; mientras no estuviera mirando. Casi cegado por las lágrimas, apoyó la punta de la daga en la frente perlada de sudor del caballero y apretó lo suficiente para que el acero atravesara la piel. Un fino hilillo de sangre manó del arañazo.

Akar barbotó una maldición.

Nicholas abrió los ojos y giró la cabeza. La luz del puente se reflejó en su faz.

—Paladine es misericordioso —musitó—. Me dio fuerzas.

Al escuchar su voz, Nikol se volvió con presteza.

—¡Nicholas!

Los ojos del joven se habían cerrado. Exhaló su último aliento con un suspiro. Las huellas de dolor y sufrimiento se borraron, como bajo el influjo sedante de una mano inmortal.

Nikol vio a Michael soltar la daga en el pecho del caballero, con gesto reverente.

—¡Nicholas!

La voz desgarrada de la joven atravesó el corazón de Michael más hondamente de lo que la daga había atravesado la carne de su hermano. La barrera mágica desapareció, y Nikol se arrojó sobre el cuerpo sin vida. El cabello, sacrificado al cuchillo por él, se mezcló con el del joven, tan semejantes que resultaba imposible distinguir cuál era de uno y cuál del otro.

De pronto levantó la cabeza y miró de hito en hito a Michael y a Akar.

—¡El clérigo ha matado a tu hermano! —Gritó el hechicero—. Era mi

hechizo el que lo mantenía con vida. ¡El clérigo lo rompió!

Michael guardó silencio. Dijera lo que dijera, ella no lo comprendería.

Nikol lo miró con ojos inexpresivos, insensibles.

Unas manos bruscas agarraron por detrás a Michael y lo levantaron de un tirón. Un brazo cubierto con ropas negras se cerró en torno a su cuello.

—¡Ven aquí, clérigo! —Dijo Akar—. Sube hacia el templo. Aléjate de ese perverso hechicero, Fistandantilus. No lo conoces. ¡Es peligroso!

Michael abrió la boca para gritar una advertencia, pero la mano de Akar se aplastó contra su boca.

—Sí, te he capturado. ¡La persona buena y virtuosa! —El hechicero soltó una risita siniestra—. ¡Vi a la diosa hablando contigo! Gozas de su favor. ¡Tu sangre hará tan buen servicio como la del caballero!

Michael se tensó, dispuesto a resistirse.

—Yo que tú no lo haría —susurró Akar—. ¡A menos que quieras ver a esa joven devorada por las llamas! Bien, eso está mejor. Vamos, no presentes resistencia. Y tú, Fistandantilus —se mofó el hechicero mientras arrastraba al clérigo escaleras arriba—, ¡estás demasiado débil para detenerme!

Raistlin estaba de rodillas, aferrado al bastón para evitar desplomarse. La sangre le manchaba los labios. Era incapaz de hablar, pero esbozó una sonrisa y señaló algo.

Michael, al que el hechicero sujetaba contra sí, escuchó el respingo de Akar. La daga. La daga yacía reluciente sobre el pecho del caballero muerto.

« La sangre habrá de derramarla un acero » .

Akar se detuvo; sus dientes rechinaron por la frustración, Michael vio el puente bajo sus pies. Ahora que estaba tan cerca del otro lado podía oír las frías voces que clamaban por su muerte, veía las sombrías figuras agitándose ansiosas por quedar libres.

Al principio, Michael creyó que se debía a su febril imaginación, pero ahora estaba seguro: la luz del puente se apagaba de manera gradual, y los gritos clamorosos de los muertos se hacían más frenéticos, más intensos. La Noche de los Hados llegaba a su fin.

—¡Muchacha! —La voz de Akar se había tornado repentinamente suave, dulce y cálida—. Muchacha, tráeme esa daga.

Nikol alzó los ojos hacia el hechicero y parpadeó. Despacio, bajó la vista a la daga que descansaba sobre el pecho de su hermano.

—El falso clérigo mató a ese caballero al que tanto querías. Tráeme la daga, muchacha, y tendrás tu venganza.

Nikol alargó la mano y, levantando el arma con dedos temblorosos, la miró con fijeza; luego miró al mago y después a Michael. Sus ojos estaban sombríos. Lentamente, se puso de pie y empezó a remontar la escalera de la Ciudadela Perdida, acercándose a ellos, con la daga en la mano.

¿Estaba embrujada? Michael no había oído que el hechicero pronunciara palabras mágicas ni articulara un conjuro.

—¡Vamos, muchacha, apresúrate! —siseó Akar.

Nikol hizo lo que le ordenaba. Caminó con pasos firmes, y los ojos tan inanimados como los de su hermano. Algo en su interior había muerto con él.

El brazo de Akar se cerró con más fuerza sobre el cuello de Michael.

—¡Sé lo que estás pensando! Pero, si intentas escabullirte, clérigo, será su sangre la que se derrame en el puente. Tú eliges. Ella o tú. A mí me da lo mismo.

Nikol había llegado a su altura. Su mano extendida, flácida, sujetaba sin fuerza la daga; su mano izquierda. La mano que manejaba la espada, la derecha, estaba vacía.

La luz del puente se apagaba con rapidez. Un mortecino resplandor en el distante horizonte presagiaba la llegada del alba, de un día gris, de un amanecer de infortunio y terror para aquellos que se habían quedado en un mundo en el que la humanidad había abandonado a los dioses.

Akar disponía sólo de unos segundos. Hizo un brusco movimiento para apoderarse del arma.

Nikol cerró con fuerza los dedos sobre la daga y arremetió con ella. La hoja desgarró la palma del mago, atravesó huesos, tendones y músculos, y salió por el otro lado de la mano, oscurecida por la sangre.

Akar gritó de dolor y rabia. Michael se soltó del brazo debilitado del hechicero y se arrojó al suelo, consciente de que el único modo de ayudar a Nikol era quitarse de en medio.

La espada de Nikol, la que había pertenecido a su hermano y antes que él a su padre y al padre de su padre, pasó silbando por encima del clérigo en un reluciente arco plateado. El hechicero gritó. La hoja se había hundido profundamente en sus entrañas.

Michael rodó sobre sí mismo y se incorporó de un salto. Akar estaba ensartado en la espada de Nikol, aferrando el acero con las manos, con el rostro desfigurado por la furia y la agonía.

Nikol extrajo la espada con un seco tirón. La sangre salió a borbotones por la boca de Akar. El hechicero se fue de bruces y cayó muerto sobre la escalera de la Ciudadela Perdida.

Con el semblante pálido e impasible, tan rígido como una piedra, gris bajo la luz de amanecer, Nikol empujó el cuerpo de Akar con la punta de la bota.

—Lo siento si te he asustado —le dijo a Michael—. Tenía que seguirle el juego. Temía que me lanzara un conjuro antes de que pudiera matarlo.

—¡Entonces lo entiendes! —fue todo cuanto se le ocurrió decir a Michael.

—No —respondió con acritud la muchacha—. No entiendo nada. Lo único que sé es que el tal Akar era el responsable de la muerte de mi hermano y, por el Código y la Medida, esa muerte ha sido vengada. En cuanto a ti —sus ojos

inánimes se volvieron hacia Michael—, hiciste lo que estaba en tu mano.

Nikol se dio media vuelta y bajó las escaleras del templo.

Con el estómago revuelto por la terrible muerte que acababa de presenciar, tembloroso por la penosa prueba a la que había sido sometido, el clérigo intentó ir tras ella, pero las piernas le fallaron. Su cuerpo se cubrió de sudor frío. Se recostó contra una columna medio desmoronada, sin fuerzas, y su mirada pensativa se volvió atrás, buscando el brillante puente, la fila de figuras rebosantes de paz que partían de este mundo de dolor, aflicción y padecimiento.

El paso había desaparecido. La puerta abierta entre las estrellas se había cerrado.

La mañana estaba sumida en un silencio mortal. Silencio.

Michael levantó la cabeza. Las horrendas voces de los clérigos oscuros habían enmudecido. Había terminado su amenaza de apoderarse del mundo, ahora que todos los clérigos verdaderos habían partido.

Todos los clérigos verdaderos. Michael suspiró. Su mano fue hacia el símbolo de Mishakal que colgaba de su cuello, oscuro y frío. Había dudado, cuando debería haber creído. Se había mostrado colérico, desafiante, cuando debería haber sido humilde, sumiso. Había puesto fin a una vida, cuando debería haber tomado medidas para salvarla.

Michael aspiró profundamente para disipar la bruma que le enturbiaba la mente. Aún tenía una tarea pendiente, la única para la que ahora parecía estar capacitado: preparar el cadáver para su descanso final. Entonces podría marcharse, dejar a Nikol sola con su amarga aflicción, librarla de su presencia y del recuerdo de su fracaso. Era un pobre consuelo, pero el único que podía ofrecerle. Se retiró de la columna en la que estaba recostado y descendió despacio la escalera.

Nikol estaba arrodillada junto al cadáver de su hermano, con la mano inerte del joven entre las suyas. No levantó la vista hacia Michael ni dio señales de advertir su presencia. Su armadura estaba salpicada con la sangre del hechicero muerto, y su piel tenía un tinte ceniciento. El parecido entre los gemelos era pavoroso. A Michael le parecía estar contemplando dos cadáveres, en lugar de uno. Tal vez fuera así. Hija de un caballero, Nikol no sobreviviría mucho tiempo a su hermano.

Una sombra se proyectó sobre los dos y una tos jadeante rompió el denso silencio. Michael había olvidado al Túnica Negra que los había conducido hasta allí, y lo sobresaltó encontrar al hombre tan cerca de él. El aroma a pétalos de rosa y el leve tufo a putrefacción prendidos en los suaves ropajes negros resultaban inquietantes, como también lo era el calor febril que irradiaba del frágil cuerpo.

—¿Has conseguido lo que querías? —preguntó brusca y amargamente Michael.

—En efecto. —Raistlin estaba sereno. Michael se puso de cara al mago.

—¿Quién eres, de todas formas? Nos diste un nombre. Akar te llamó por otro. ¿Quién eres en realidad y cuál era tu propósito al venir aquí?

El mago no respondió enseguida. Se apoyó en el bastón, miró intensamente a Michael con aquellos ojos castaños que relucían con destellos dorados a la fría luz del triste amanecer.

—Si te hubiese conocido hace un año y te hubiese hecho esa misma pregunta, clérigo, habrías respondido con fácil desenvoltura, imagino. Hace un mes, hace un día, sabías quién eras... o creías saberlo. ¿Habrías estado en lo cierto? ¿Me darías la misma respuesta hoy que ayer? No. —Raistlin sacudió la cabeza—. No, creo que no.

—¡Déjate de palabras enigmáticas y acertijos! —protestó Michael, a quien el miedo lo hacía sentirse frustrado y furioso—. Sabes quién eres y por qué viniste. Y te valiste de nosotros para tus propósitos, fueran cuales fueran, ya que al final estabas demasiado debilitado para detener a Akar tú mismo. ¡Creo que nos debes una explicación!

—¡No os debo nada! —espetó Raistlin, cuyas pálidas mejillas habían enrojecido—. Fui yo quien sirvió a vuestros fines, más que vosotros a los míos. Podría haberme encargado de Akar sin ayuda de nadie. Me facilitasteis la tarea, eso es todo.

El mago alzó el brazo derecho, y la negra manga resbaló dejando a la vista la delgada muñeca. Un destello metálico surgió fugaz y frío a la luz del sol. Una daga, sujeta ingeniosamente a una correa de cuero, se deslizó a la mano de Raistlin cuando el mago hizo un giro de muñeca. El movimiento fue tan rápido que Michael apenas pudo seguirlo.

—Si ella hubiese intentado matarte, no lo habría logrado —dijo el mago, moviendo la daga de manera que la luz centelleó en su hoja.

—Podrías haber eliminado a Akar.

—¡Bah! ¿Y de qué hubiera servido? En todo momento sólo fue un instrumento al servicio de la Reina Oscura. Él no era imprescindible; únicamente la sangre de una persona buena y virtuosa, derramada con ira.

—¡Habrías matado a Nikol! —Michael lo miraba incrédulo.

—Para impedir que ella te matara a ti.

—Pero, entonces, la maldición se habría cumplido, de todos modos. Su sangre habría caído en el puente.

—Ah —dijo Raistlin, con una sonrisa astuta—, pero ya no habría sido la sangre de una persona buena y virtuosa, sino la sangre de una asesina.

Michael lo observó de hito en hito, conmocionado. La frialdad calculadora del mago lo horrorizaba.

—Márchate —dijo con voz enronquecida.

—Es lo que intento. Se me necesita en Istar —respondió Raistlin con tono

enérgico—. Los acontecimientos se precipitarán en estos últimos trece días antes del Cataclismo, y mi presencia es fundamental.

—¿El Cataclismo? ¿Qué es eso?

—Dentro de trece días, los dioses, encolerizados por la locura de los hombres, arrojaron una montaña de fuego sobre Ansalon. La tierra se abrirá, los mares ascenderán, y las montañas se desplomarán. Las víctimas serán innumerables. Y muchos más, que vivirán los oscuros y terribles días que seguirán, llegarán a desear haber muerto también.

Michael no quería creerlo, pero había certeza en la voz calmada y en los extraños ojos, que parecían haber presenciado aquellos terribles acontecimientos, aunque todavía no habían tenido lugar. Recordó las palabras de Mishakal: «Paladine los tiene bajo su custodia. Se llevará sus almas, sacándolas de un mundo que muy pronto estallará en llamas».

Michael volvió la vista hacia las dos figuras inmóviles que parecían personificar la predicción del mago: una de ellas muerta, la otra incapaz de soportar el dolor de seguir viviendo.

—¿No hay esperanza?—preguntó Michael.

—Tú eres el único que puede contestar a eso, amigo mío —respondió el mago con dureza.

Al principio, a Michael le pareció que no quedaba esperanza. El desaliento cubriría el mundo con una marea negra que ahogaría todo bajo sus ponzoñosas aguas.

Pero, al mirar al joven muerto, el clérigo vio la paz y la serenidad reflejadas en los pálidos rasgos, la satisfacción por haber combatido bien en la batalla, por haber alcanzado la victoria. La diosa no había abandonado a Michael. La Reina Oscura había sido derrotada en su incesante esfuerzo por regresar al mundo.

Michael, Nikol y Nicholas eran tres hilos de seda entretejidos durante un tiempo. Raistlin y Akar, dos hilos más que se cruzaban con los suyos desde direcciones opuestas. Ninguno de ellos podía ver más allá de sus propios e insignificantes nudos y enredos. Pero a los ojos de los dioses, los hilos individuales formaban, no una madeja enmarañada, sino un maravilloso tapiz. Si los dioses optaban por rasgar ese tejido, ya no volvería a ser tan hermoso. Pero podría, una vez remendado, ser mucho más resistente.

Suavemente, Michael tomó la mano inerte de Nicholas de las de su hermana y la colocó sobre el pecho inanimado. Una tenue luz azul los envolvió. Nicholas abrió los ojos y se puso de pie. De nuevo vestía la armadura de caballero, en cuyo peto relucía el símbolo de la corona. Toda huella de sufrimiento y pesar había desaparecido de su semblante. Nikol alargó los brazos hacia él, con la faz iluminada por la alegría. Pero su hermano retrocedió un paso, apartándose de ella.

—¿Nicholas?—Dijo con voz quebrada la joven—. ¿Por qué te alejas de mí?

—Déjalo marchar, mi señora —musitó Michael—. Paladine está esperándolo.

Nicholas esbozó una sonrisa alentadora a su hermana y después se dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera, hacia la Ciudadela Perdida.

—¡Nicholas! —Gritó angustiada la muchacha—. ¿Adónde vas?

El caballero no respondió y siguió caminando. Nikol corrió tras él.

—¡Déjame ir contigo!

Nicholas hizo un alto en la escalera del templo en ruinas y se volvió a mirar a su hermana con expresión triste, suplicante, como rogándole que comprendiera.

La luz azul se intensificó, y la figura de la diosa se materializó al lado del caballero.

—Por ahora, vosotros dos tenéis que separaros. Pero tened la certeza de que algún día volveréis a estar juntos. —La mirada de Mishakal fue hacia Michael. La diosa le tendió la mano—. Puedes venir, hermano, si así lo quieres.

La sagrada luz que los rodeaba procedía del medallón que colgaba del cuello del clérigo. Michael cerró los dedos sobre él, lleno de gratitud. Recordó con añoranza la belleza y las maravillas de los mundos del más allá. La luz del medallón se intensificó y se reflejó en el rostro de Nikol. La vio de pie, sola en la oscuridad, despojada de todo y desamparada, sin comprender lo que ocurría. Habría muchos, muchísimos más como ella en los espantosos días que se avecinaban.

—Me quedo —dijo Michael.

Mishakal asintió en silencio. El puente reapareció con un destello, la puerta a las estrellas se abrió. El caballero puso el pie sobre la brillante pasarela, se volvió para dirigir a su hermana una última mirada y una sonrisa animosa. Después desapareció. El puente se desvaneció, y la luz azul se apagó.

Cerca de Michael, se reanudó la tos del hechicero.

—¡Por fin! —musitó Raistlin.

Arrebujo la Túnica Negra sobre el delgado cuerpo y agarró con fuerza el bastón mágico. Pronunció una palabra incomprensible.

La luz del cristal del cayado llameó con tal intensidad que casi cegó a Michael. El clérigo se resguardó los ojos del hiriente resplandor con una mano.

—¡Aguarda! —llamó—. Afirmas conocer el futuro. ¿Qué será de nosotros? ¡Dinos lo que ves!

La imagen del mago empezaba a desdibujarse. Fluctuó un instante y, al hacerlo, sufrió un cambio repentino y aterrador. La Túnica Negra se tornó de suave terciopelo y en la capucha aparecieron unas runas plateadas de inmenso poder, el pelo encaneció y su piel emitió un brillo metálico dorado, así como sus ojos, cuyas pupilas adoptaron la forma de relojes de arena.

—¿Lo que veo? —Repitió Raistlin con voz queda—. En un mundo de incrédulos tú eres el único que mantiene firme su fe. Y, por ello, serás injuriado,

ridiculizado, perseguido. —Los ojos dorados se volvieron hacia Nikol—. Pero también veo a alguien que te ama, que arriesgará todo por defenderte.

—¿Es ése el futuro que ves que nos aguarda? —preguntó la muchacha con la voz quebrada.

Los labios de Raistlin se torcieron en una sonrisa amarga.

—El que me aguarda a mí mismo.

Desapareció. Nikol y Michael se habían quedado solos en aquel frío amanecer de una mañana gris.

Estaban solos, juntos.